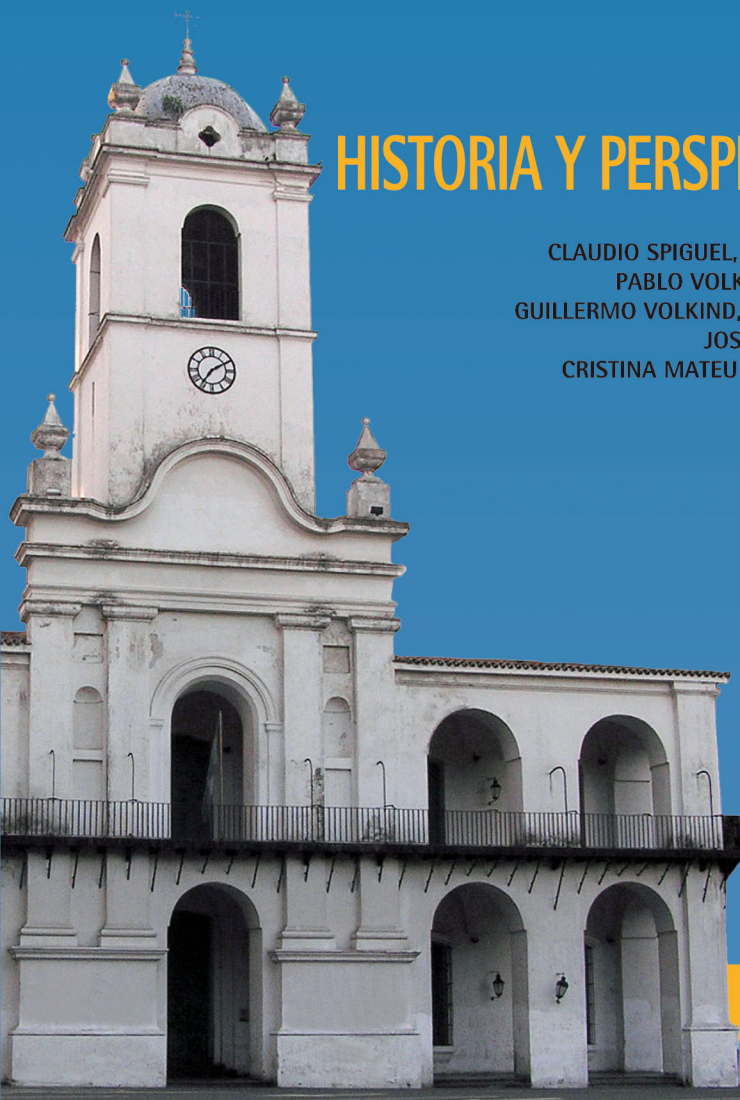


Argentina en el **Bicentenario** de la Revolución de Mayo

HISTORIA Y PERSPECTIVAS

CLAUDIO SPIGUEL, JORGE CARRIZO,
PABLO VOLKIND, ANA SOFÍA,
GUILLERMO VOLKIND, BEATRIZ PEDRO,
JOSEFINA RACEDO Y
CRISTINA MATEU (COMPILADORA)



EDICIONES REVISTA
La marea

Argentina en el Bicentenario de la Revolución de Mayo
HISTORIA Y PERSPECTIVAS

Claudio Spiguel, Jorge Carrizo, Pablo Volkind, Ana Sofía,
Guillermo Volkind, Beatriz Pedro, Josefina Racedo,
Cristina Mateu (compiladora)

Argentina en el Bicentenario de la Revolución de Mayo

HISTORIA Y PERSPECTIVAS

Ediciones Revista La Marea
Buenos Aires 2010

Diseño: Jorge Brega
Corrección de estilo: Mirta Caucia
Desgrabación de clases: Cecilia Litvin

© 2010 Ediciones Revista La Marea
Agrelo 3045, (1221) Ciudad Autónoma de Buenos Aires
República Argentina
<http://lamarea-revistadecultura.blogspot.com>
revistalamarea@yahoo.com.ar

ISBN: 978-987-25690-0-6

Primera edición
Hecho el depósito que indica la ley 11.723

Impreso en Argentina por Artes Gráficas Neiga,
Osvaldo Cruz 2611, Ciudad de Buenos Aires, febrero de 2010

Presentación

La Marea, revista de cultura arte e ideas, se edita semestralmente en Buenos Aires desde 1994. Es una publicación de alcance nacional que se propone aportar al rescate, desarrollo y difusión de una cultura nacional, popular, científica y democrática. Ha realizado cursos, seminarios y numerosas presentaciones públicas, entre ellas, su participación anual en la Feria Internacional del Libro de Buenos Aires, donde integra regularmente el stand institucional de revistas culturales argentinas.

En mayo de 2007, *La Marea* presentó un documento elaborado por colaboradores, amigos e integrantes de la revista que llamamos “*Argentina hacia la segunda y definitiva Independencia: A doscientos años de la Revolución de Mayo*”¹. Ese documento acompañó la salida de nuestro número 27, presentado en la 33^o Feria Internacional del Libro de Buenos Aires con un espectáculo musical del que participaron Suma Paz, Rafael Amor, Luisa Calcumil, Lidia Orsi y el grupo de candombe afroamericano “Los tambores” de Tito Quiros. Los diversos afluentes que dan vida a nuestra cultura –indígena, afroamericano, criollo rural y urbano, vieja y nueva inmigración– se expresaron así con su música, su canto y su baile.²

En octubre de ese mismo año, de cara al bicentenario organizamos el curso “**Argentina en el Bicentenario de la Revolución de Mayo: historia y perspectivas**”, dictado por docentes de distintas disciplinas cuyo eje consistió en abordar las problemáticas clave de nuestra historia, para identificar la secuencia de intereses que nos condujeron de la independencia lograda en 1810 a la dependencia que sufrimos en el siglo XXI. El objetivo era establecer e identificar los problemas irresueltos, que luego de lograda la independencia nacional derivaron en una dependencia de nuevo tipo con conse-

1. Declaración y adhesiones: <http://www.mobisegind.com.ar>

2. Ver *La Marea* N° 28, invierno 2007.

cuencias gravosas para las grandes mayorías y para la nación en su conjunto. Problemas que han estado en el sustrato de las agudas contradicciones y conflictos del desarrollo social argentino desde la economía a la educación y la cultura. Resulta necesario seguir este recorrido de la independencia de 1810 a la dependencia actual para detectar las causas que invirtieron los sentidos.

La realidad misma nos impone reconsiderar la Revolución de Mayo desde esta perspectiva de la dependencia que padecemos. Las consecuencias nacionales de la actual crisis mundial, con la creciente desocupación sumada a la extranjerización de la economía, la pobreza, el deterioro de la educación, la salud, la ciencia y la técnica nacionales, la destrucción del patrimonio cultural y el avasallamiento de la identidad nacional-popular, la impunidad y el latrocinio, la mentira y el cinismo de los que detentan el poder precarizan nuestra vida cotidiana y generan incertidumbre sobre nuestro futuro. Esta realidad nos interpela no sólo acerca del “mandato independentista heredado”, sino por nuestro “futuro hipotecado”.

La nueva crisis económica mundial –como sucedió con las crisis anteriores– agudiza y desnuda nuestros problemas estructurales. Sus consecuencias más significativas recaen sobre los sectores populares y, en forma particular, sobre los trabajadores argentinos. La crisis mundial –que presenta en primer plano el derrumbe financiero estadounidense– tiene como trasfondo una profunda crisis productiva y de consumo, que estalla en Estados Unidos pero que recorre el mundo entero.

Los grandes centros de poder económico presentan la crisis como un accidente pasajero, como una contingencia externa, un fenómeno de la naturaleza, inmodificable y del que se saldría con ciertas medidas que implican ajustar el cinturón de las mayorías pobres, salvar los bolsillos de los más ricos y renunciar a producir para satisfacer las necesidades más urgentes de la sociedad. Como ya sucedió en los años 90, cuando la crisis se despliega, nadie duda de que nos enfrentamos a una crisis profunda, producto de un sistema que repite políticas que no resuelven los problemas estructurales generadores de la desigualdad, el deterioro y la ruina de la calidad de vida de las grandes mayorías.

Como sostiene Claudio Spiguel “cuando la crisis se despliega –y esto no es sólo un fenómeno económico sino que es social y es político– pone en juego relaciones de fuerza a nivel mundial y recrudece la disputa entre las grandes potencias. Es decir, cuando la crisis se despliega surge el debate, para decirlo en términos cotidianos, sobre ¿quién la va a pagar? ¿Quién paga las consecuencias de la crisis? ¿Los trabajadores y las mayorías populares, o los que se han enriquecido durante todos estos años –para poner una fecha, desde la dictadura de 1976 hasta acá, incluyendo los últimos cinco años con la reactivación económica argentina–? ¿Quién paga: la nación o los grandes países desarrollados que han saqueado a los países oprimidos y dependientes? Es decir que las crisis abren perspectivas de agudización no sólo de los conflictos internacionales entre las grandes potencias sino también de agudización de la lucha social y nacional de los pueblos oprimidos”.³

Teorías actuales intentan explicar el “desacople” de la economía argentina de la crisis mundial, cuando la Argentina está atada históricamente a los vaivenes de la economía mundial por su condición de país exportador. Estas teorías requieren falsear la historia y negar nuestra experiencia cotidiana. La economía argentina, profundamente extranjerizada y amarrada al modelo exportador, depende en la actualidad de la exportación sojera, minera, petrolera, con una demanda externa determinada por la dinámica económica de China, el gran comprador para la soja, también afectado por esta crisis, como lo prueban los derrumbes de las bolsas no sólo en Wall Street sino en Europa, en Shangai, y otras partes del mundo.⁴ Inevitablemente,

3. Claudio Spiguel, clase del módulo “Sociedad, universidad y sindicalismo en la Argentina actual”, Programa de formación y capacitación gratuita para docentes de las universidades nacionales, FADIUNC- Universidad Nacional de Cuyo, 2008.

4. El 27 de setiembre el Diario *La Nación* dice: “Según datos oficiales, las importaciones chinas cayeron en el primer semestre del año un 35% (más del doble que las exportaciones hacia allí) y permitieron así que Estados Unidos ocupara el segundo lugar como proveedor de la Argentina, detrás de Brasil. Los seis años anteriores, según las mismas estadísticas, las importaciones chinas habían mostrado un sostenido crecimiento, provocando un déficit en la balanza bilateral de más de 700 millones de dólares en 2008, revertido en los primeros meses de 2009. (...) La disminución

también sobre nuestra economía recae la crisis mundial. Las empresas norteamericanas General Motors, Kraft-Terrabusi, la alemana Mahle, los grandes supermercados como el francés Carrefour, así como el sector bancario, los “call centers”, etc., impusieron suspensiones y despidos en sus filiales locales. Y la lucha de los trabajadores contra los despidos, las suspensiones, los toques salariales, la supresión de paritarias, crece, a pesar de la traición de los dirigentes sindicales devenidos gerentes y empresarios que pactan con las patronales y acuerdan con el gobierno que la crisis se resuelva con los puestos de trabajo de los argentinos, sin tomar medidas urgentes para sostener estos puestos de trabajo.

La crisis mundial también afecta los ingresos de los trabajadores estatales por la reducción del presupuesto público y por el reconocimiento gubernamental de una deuda ilegítima y fraudulenta, para cuyo pago se desvían fondos que podrían destinarse a esas áreas, entre otras. De ese presupuesto reducido dependen no sólo los salarios de sus trabajadores, sino también el financiamiento general de la educación, de la ciencia, de la técnica, de la cultura, de los proyectos universitarios. Lo mismo ocurre con la salud.

Dado que las principales ramas de la producción, de los servicios, de las finanzas, de los recursos naturales están en manos de monopolios extranjeros –instalados mediante la exportación del capital de los países centrales desde fines del siglo XIX–, éstos impusieron la base de una dominación que incluye el control social y cuotas significativas del poder estatal y político. Una dominación que ya no se ejerce como en la etapa colonial, sino a través, en lo fundamental, de la asociación extranjera con sectores dominantes locales.

Recorrer estos doscientos años de nuestra historia permite identificar los intereses económicos y políticos de los terratenientes y grandes comerciantes intermediarios del puerto de Buenos Aires, que

de los envíos de China a la Argentina, y en particular las restricciones originadas en las licencias no automáticas e investigaciones antidumping, provocaron malestar en el gigante asiático: ‘La exportación desde la Argentina ahora ha sobrepasado y mucho las exportaciones de China a la Argentina. ¿Acaso quieren que en vez de la soja o aceite argentinos, compremos en su lugar a Brasil?’,” amenazó Wang Junwen, director general del Centro de Comercio Internacional de China.

venciendo a los revolucionarios de Mayo y a otros patriotas que resistieron su proyecto, fueron reacomodándose y metamorfoseándose para mantener esa asociación subordinada con el capital extranjero, hundiéndonos en la dependencia. Dependencia que se manifiesta en aspectos muy conocidos y variados de nuestra economía: vender barato y comprar caro, tomar prestado y mantenerse en deuda, exportar materia prima e importar productos manufacturados, limitar nuestra industria a la producción liviana y depender de la importación de maquinarias, además de los favoritismos y prebendas a determinados capitales, etc. A esto se suma la usurpación de las Malvinas, el control de los recursos estratégicos, nuestra pérdida del patrimonio nacional y una ideología y una cultura dominantes que subestiman y menosprecian la producción creativa local.

Todo esto condujo a la Argentina a un capitalismo limitado por la dependencia y el latifundio terrateniente, cuya matriz originaria fue la asociación subordinada al imperialismo que aún hoy, con nuevos protagonistas, condiciona el desarrollo de la economía nacional.

El libro que presentamos recorre el proceso de la independencia a la dependencia a partir de definir su carácter y ahondar en el desarrollo de la estructura agraria e industrial, el conflicto social, los problemas educativos y habitacionales, la lucha por una identidad y cultura nacionales. Es fruto del aporte de docentes desde sus campos específicos de investigación y especialización a quienes agradecemos por su colaboración. Extendemos nuestra gratitud a la inestimable ayuda que nos brindó Cecilia Litvin en la organización del curso y en la posterior desgrabación de las clases.

Los trabajos aquí incluidos corroboran la importancia y validez de la perspectiva propuesta en el curso que les dio origen. Estos textos resultan valiosos para abordar y repensar nuestro pasado, discutir las soluciones a los problemas presentes y proyectar nuestro futuro revalorizando el espíritu de Mayo, intencionalmente desviado de sus objetivos revolucionarios.

Cristina Mateu

De la independencia a la dependencia

Claudio Spiguel¹

“El extranjero no viene a nuestro país a trabajar en nuestro bien, sino a sacar cuantas ventajas pueda proporcionarse. Recibámoslo enhorabuena, aprendamos las mejoras de su civilización, aceptemos las obras de su industria, y franqueémosle los frutos que la naturaleza nos reparte a manos llenas, pero miremos sus consejos con la mayor reserva, y no incurramos en el error de aquellos pueblos inocentes que se dejaron envolver en cadenas en medio del embelesamiento que les habían producido los chiches y abalorios.”

Mariano Moreno, “A propósito de la conducta del capitán inglés Elliot”, *La Gaceta*, 16/9/1810

La convocatoria “A 200 años de la Revolución de Mayo” pone en primer plano la problemática de la independencia nacional. El carácter dependiente de nuestra Argentina contemporánea y la lucha por su independencia tiñen todos los aspectos de su historia económica, social, política, cultural. Por eso, seguramente esta problemática volverá a aparecer en cada una de las instancias de este seminario.

Por lo tanto, nos concentraremos en definir estos conceptos y caracterizar, en el proceso histórico de formación de nuestra nación, cómo se forjó ese carácter dependiente, cuáles son los principales sustentos y manifestaciones que hacen de la Argentina un país oprimido por los imperialismos contemporáneos.

El bicentenario que se aproxima –y ya es objeto de polémica y de disputa intelectual, política, cultural, en torno a su significado– conmemora acontecimientos revolucionarios. Es decir, una ruptura en la historia de la sociedad que se fue desarrollando en estas tierras, un punto de inflexión de la lucha contra la dominación colonial española en América.

Esta conmemoración (recordar con otros) y el estudio de esos hechos los hacemos desde nuestro presente y desde una posición en esa polémica, porque entendemos que el conocimiento de la historia

1. Claudio Spiguel es historiador, docente en Historia Económica y Social en la Universidad de Buenos Aires.

de nuestra independencia es requerido y urgente. Es que somos un país dependiente, con nuevas formas de dominación extranjera que pesan sobre nosotros, distintas de aquellas contra las que se alzaron los patriotas de Mayo, pero igualmente opresivas y gravosas para nuestro pueblo y nuestras perspectivas. En este debate ponemos sobre la mesa algo que suele omitirse en discursos celebratorios o historiográficos: vivimos hoy en un país dependiente y los rasgos de esa dependencia contemporánea se han profundizado hasta el hueso, particularmente en los últimos treinta años, con saltos cualitativos sucesivos desde el golpe de Estado de 1976 o las políticas de los años 1990 y posteriores, cuyos efectos condicionan poderosamente la actualidad más inmediata.

Así buscamos vincular el conocimiento del pasado con la comprensión de nuestro presente, entendiendo que recuperar aquella historia de lucha por la independencia desde Mayo de 1810 apunta a dos objetivos. El primero es encontrar ejemplos, reponer memorias, aprender de la experiencia de distintos procesos, de distintas figuras, de distintos movimientos populares que desde entonces pugnarón por afirmar la independencia nacional. Este es un elemento muy importante porque, al menos desde el punto de vista historiográfico, también en los últimos tiempos se ha borrado ese contenido, así como se escamotea el hecho de que los grandes movimientos sociales y populares de nuestro presente han tenido y tienen un contenido esencial de lucha por la independencia nacional.

Pero además de buscar ejemplos, experiencias y enseñanzas de aquellas luchas, es importante conocer científicamente la génesis de la nación argentina y sus problemáticas posteriores para comprender la estructura contemporánea, económica y política, del país. En el sentido de que si no se conoce esa historia, o se la conoce de modo deformado, se desconoce una parte de nuestro presente: para comprender la actualidad hay que conocer su génesis, conocer su historicidad, para entender así las contradicciones en juego en el presente mismo y las condiciones y posibilidades de los distintos futuros que se abren para nuestro pueblo y nuestra patria. Por lo tanto, enfocar históricamente el problema de la dependencia, de atrás para adelante

y de adelante para atrás, es prioritario para las polémicas del presente y para la lucha por la liberación nacional y social.

Aquella ruptura revolucionaria con el orden colonial español que se inició en 1810 fue abonada por un largo proceso que duró tres siglos. Si contamos desde la fundación de la primera ciudad en una parte de lo que hoy es la Argentina, Santiago del Estero, “madre de ciudades”, fueron 265 años de dominación colonial española sobre los que aquí habitaban. Originarios, mestizos, criollos, afroamericanos esclavos, múltiples afluentes que constituirían los contingentes fundamentales en la formación del pueblo argentino.

Tres siglos de dominación colonial, y esto es importante: no todos los países que hoy existen en el mundo han sido colonias. Es importante tomar en cuenta que nuestra nación se desarrolló sobre la base de un proyecto de lucha contra la dominación colonial. Nuestro país, como otras naciones latinoamericanas hermanas, fueron colonias de España y de Portugal durante tres largos siglos y esto tuvo una eficacia fundamental para modelar la sociedad, la estructura económica, la cultura. En aquel pasado colonial se forjaron ciertos elementos duraderos, como por ejemplo, que la economía se orientara a exportar productos primarios, los metales, la plata del Potosí. Otro rasgo: la apropiación latifundista de la tierra en muy pocas manos, por aquel entonces en manos de españoles y sus descendientes, cristianos “viejos”, “limpios de sangre”, que a través del dominio sobre la tierra podrían ejercer mecanismos de compulsión extraeconómica, característicos de las relaciones de producción feudales, para obtener el plustrabajo de los campesinos y artesanos, fueran éstos indios, negros esclavos o criollos. Estos dos elementos: la estructura “primario-exportadora” y el origen del latifundio, de la gran propiedad territorial, tanto en la Argentina como en el resto de América latina tienen que ver con ese largo proceso de dominio colonial.

Hoy también somos un país primario-exportador: agroexportador (soja, etc.), y ahora, en las últimas décadas, petrolero y minero-exportador. Las causas y factores que hoy generan y sostienen esa estructura no son las mismas que en aquella época de la colonia. Sin embargo, el hecho de que a lo largo de dos siglos no se pudo romper

con aquellos aspectos tiene su eficacia para entender porqué hoy seguimos siendo agroexportadores y también hoy sigue siendo la propiedad latifundista de la tierra, el monopolio de la tierra, un rasgo esencial de la estructura económica argentina.

La lucha anticolonial

Pero así como fueron tres largos siglos de dominio colonial, fueron también tres largos siglos de lucha anticolonial, pues todos los conflictos y luchas de las poblaciones sometidas por los virreyes, por los corregidores, por el poder militar, por los terratenientes, etcétera, inevitablemente, adquirirían un carácter anticolonial. Era el poder colonial español el que garantizaba todas esas opresiones económicas y sociales, políticas y culturales, religiosas, etc. sobre las mayorías nativas sometidas a una estructura de castas que legalizaba jurídica e ideológicamente la desigualdad feudal de derechos en base a la clasificación por el color de la piel. Ese sistema así como la esclavitud de los afroamericanos amasó el racismo, hijo del colonialismo, que aún hoy padecen las mayorías argentinas, junto con la opresión de los pueblos originarios. La propia condición de los esclavos estaba garantizada por un poder extranjero, el estado colonial español, con sus funcionarios, sus representantes, sus fuerzas armadas, sus comerciantes monopólicos, su burocracia aquí instalada. Por lo tanto, desde el principio, desde la resistencia de los pueblos originarios y la rebelión de los “mancebos de la tierra”, los siete jefes ejecutados cuando Garay fundó Santa Fe, los indios, los esclavos y los criollos fueron quienes abonaron el camino de un largo proceso de luchas por la emancipación: colonialismo y anticolonialismo. Es en esta lucha que se fueron forjando elementos que saldrían a la luz con el hecho revolucionario de Mayo y los sucesos posteriores, en los albores de la nacionalidad.

Eso se acelera en el siglo XVIII, por condiciones americanas e internacionales: en particular, la corona española con los Borbones buscó reformar el dominio colonial para hacerlo más eficaz y por lo tanto, más gravoso y más penoso para las poblaciones que aquí vivían. A la vez, la recuperación demográfica y de la actividad econó-

mica en ese siglo tornó más aguda la contradicción entre las necesidades y posibilidades de desarrollo de estas regiones y aquel dominio colonial en beneficio del cual se organizó la producción y la vida social. Esta contradicción aguda se manifiesta en el plano de la acción, en la aceleración de las luchas, con aquel gran precedente de la lucha latinoamericana que es la rebelión de Tupac Amaru. Rebelión que abarcó tres virreinos, con Tupac Catari en el Alto Perú –parte del Virreinato del Río de la Plata–, que puso en jaque, debilitó y erosionó el poder español abriendo un proceso de acumulación de fuerzas en marcha a la emancipación. Ya a fines del siglo XVIII, en las cárceles de Buenos Aires, que de una aldea cerrada se había convertido en puerto monopólico y sede de las autoridades virreinales, algunos estaban presos por “tupamaros”, tupamaristas, sinónimo de rebeldes.

Hubo un largo proceso interno de desarrollo de esa contradicción entre el poder colonial y los oprimidos que luchaban contra él, con diversos afluentes. Al mismo tiempo, la irrupción de la revolución se da con un trasfondo de condiciones internacionales muy importantes. Estas condiciones explican también un episodio fundamental: las Invasiones Inglesas en 1806 y 1807, y su derrota a manos del pueblo de Buenos Aires, un momento clave en la acumulación de fuerzas del “partido criollo”, con la toma de conciencia de sus propias fuerzas, con el armamento de las milicias criollas y de “pardos y mulatos”, con la huida de Sobremonte y la crisis del poder virreinal. En el contexto internacional de la época, Inglaterra buscó tener aquí una base colonial directa, para avanzar en sus miras mercantiles respecto de las colonias españolas y en su enfrentamiento con la Francia napoleónica y con España, en aquel momento aliada de Bonaparte. Después, la propia crisis del imperio español se vio acelerada por la invasión napoleónica a España en 1808, con el consiguiente debilitamiento extremo de su poder colonial.

Es allí cuando irrumpen los sucesos de Mayo, precedidos por los levantamientos de Chuquisaca y la Paz (en el Alto Perú, hoy Bolivia) de 1809, donde se jugaron la vida los criollos y mestizos, compañeros de nuestros primeros patriotas, como Murillo, que proclamó en el cadalso “ya es tiempo, en fin, de levantar el estandarte

de la libertad en estas desgraciadas colonias, adquiridas sin el menor título y conservadas con la mayor injusticia y tiranía”. El levantamiento, del Alto Perú al Plata, no fue único ni aislado, también se inició en Caracas. Dos años antes había emergido en México con la rebelión popular dirigida por el cura Hidalgo. Tres grandes áreas revolucionarias: la de México, la venezolano-colombiana y el Río de la Plata; así se inauguró un largo proceso de guerras, quince largos años de guerra en América del Sur.

Algunas visiones escamotean el papel de los pueblos y de esa guerra emancipadora: sostienen que España era ya una potencia decadente e inevitablemente sería derrotada; que las potencias capitalistas la habían dejado atrás; que Inglaterra tenía sus intereses en vender sus mercancías y expandir su influencia en América latina. Ciertamente; pero se trata de una reflexión *a posteriori*. Para derrotar a ese poder colonial, por decadente que fuera, se requirió una larga guerra: el Estado colonial debió ser destruido por medio de la lucha armada de los pueblos, porque ese poder colonial resistió hasta el final. Inclusive después de los triunfos de Ayacucho en 1824 y Tumusla en 1825, todavía un militar español resistió unos años en la isla de Chiloé, al sur de Chile, en nombre del rey de España. Allí donde esa lucha no triunfó perduró el colonialismo, como en Cuba, cuyo pueblo logró la independencia a fines del siglo XIX. Es decir, hubo dos fuerzas en conflicto, dos poderes: el poder criollo y el poder español, que se enfrentaron en una guerra sangrienta y prolongada, una de las grandes guerras de la humanidad, necesaria para destruir ese poder “decadente”.

Es preciso conocer y valorar aquel proceso, con todas sus enseñanzas para las luchas actuales, con sus componentes de protagonismo popular y de heroísmo colectivo, en los escenarios de nuestro continente, esas cordilleras inmensas, esas selvas, esos llanos... ¡Cuántas películas podrían hacerse!, sin embargo, hay pocas obras que narren con arte aquella historia, como consecuencia del carácter dependiente y oprimido de nuestras naciones en la actualidad. Estas opresiones del presente nos niegan las condiciones materiales para ello, y la cultura imperialista dominante desvaloriza el conocimiento

de nuestra propia historia y de nuestro patrimonio... La lucha armada implicó la combinación de ejércitos regulares que se fueron armando sobre la marcha dirigidos por los criollos, con guerrillas populares, campesinas, mestizas, indígenas, hasta destruir el Estado colonial y su principal bastión: las fuerzas armadas.

Diversas fuerzas sociales confluyeron para acabar con el colonialismo: por un lado, las “élites” criollas, un sector de terratenientes y de grandes comerciantes vinculados al comercio exterior, partidarios de acabar con la dominación española para comerciar libremente con el exterior y afirmar su propio poder, que a la vez temían y procuraban impedir una transformación revolucionaria del orden social, feudal-esclavista, que España había impuesto y que estos sectores criollos buscaban mantener en su beneficio. Y, por el otro, todos los sectores populares: los pueblos originarios; los campesinos mestizos o criollos como el gaucho de nuestras pampas, pastor imposibilitado de acceder legalmente a la tierra, con tenencia precaria y acceso al ganado, sometidos a las imposiciones de los terratenientes; los esclavos; los pequeños hacendados y chacareros cerca de las ciudades; la pequeña burguesía urbana (artesanos, pequeño comercio, empleados urbanos e intelectuales). Todos ellos formaban la mayoría y eran la expresión más genuina de una sociedad distinta a la española, padecían la dominación colonial y debieron enfrentarla: la rebelión contra ese poder constituía el camino y primer paso ineludible para lograr sus reivindicaciones económico-sociales, políticas, culturales, por medio de una transformación revolucionaria de la sociedad. Sin acabar con ese poder colonial no se podría liquidar ni el latifundio, ni la esclavitud y la sujeción servil, ni la opresión cultural y étnica de los pueblos, ni lograr la democracia, con el contenido antifeudal que este concepto tenía en aquella época.

La época de las revoluciones burguesas

Este proceso se da en una época histórica de Europa (y del mundo, en la medida en que Europa lo iba subordinando), que es la época de las revoluciones burguesas, la época del ascenso del capitalismo

y de la burguesía moderna que, nacida en las entrañas de la vieja sociedad feudal, debió destruir el poder de las monarquías absolutas y de la nobleza para convertirse en clase dominante y hacer triunfar el nuevo modo de producción. Es la época de ascenso de los movimientos populares antif feudales contra el orden nobiliario sostenido por las monarquías absolutas. Cien años antes se había producido ya la revolución inglesa de 1640-1660, que afirmó allí el dominio de la burguesía, en alianza con un sector de la nobleza, e hizo posible el desarrollo capitalista en la Gran Bretaña del siglo XVIII. Así se sentaron las bases de la revolución industrial a partir de 1770 (segunda etapa del capitalismo inglés, que construye su propia base técnico-económica con el maquinismo, como consecuencia del triunfo previo de la burguesía y su afirmación en el poder).

El proceso en el continente europeo es abierto a partir de 1789 por la Gran Revolución Francesa, que en su despliegue adquirió un carácter popular generalizado e implicó el protagonismo campesino, plebeyo, artesano, incluso del incipiente proletariado urbano, en un movimiento histórico dirigido por la burguesía, y en algunas etapas por la pequeña burguesía radicalizada (los jacobinos) contra el orden nobiliario feudal defendido por los Borbones. (El proceso revolucionario francés constituyó desde entonces el ejemplo más acabado de las “revoluciones democrático-burguesas”, en las que el pueblo en su conjunto luchaba por acabar con el viejo orden nobiliario y monárquico, y esa lucha abrió el paso al dominio estatal de la burguesía y al triunfo del modo de producción capitalista, de un nuevo y superior régimen de explotación).

Esa época revolucionaria fue simultáneamente la de la lucha por la libertad de las naciones. No siempre los hombres vivieron en sociedades organizadas como naciones. Hubo antes otras formas históricas de los pueblos: comunidades agrícolas, ciudades, imperios despóticos, repúblicas mercantiles, feudos, reinos dinásticos. La organización de los pueblos en naciones recorrió un largo proceso histórico, social y cultural. Proceso de concreción de la unidad de lengua, de territorio y vida económica, de rasgos culturales –siempre a través de las luchas de clases–, que en Europa se forjó con el

desarrollo del intercambio mercantil en el seno de la sociedad feudal, en la relación de unas regiones con otras, y articulado con la expansión del colonialismo europeo y la génesis del mercado mundial. Así se fueron formando las naciones europeas, precisamente con el ascenso y la afirmación del capitalismo.

Sin embargo, el poder feudal trababa esa formación. Por eso, la lucha democrática, con el carácter antifeudal propio de la época, significaba la lucha por la libertad de la nación. Era el caso de Polonia, oprimida por los zares rusos, donde la lucha contra esa dominación de un imperio feudal extranjero abonaba el terreno para la formación de la nación polaca y adquiría el carácter de lucha campesina y popular. Era también la histórica lucha por la unificación alemana y la italiana, pueblos disgregados en múltiples reinos, feudos, principados, y dominaciones de estados ajenos (Austria). La posibilidad de acabar con el orden feudal y afirmar un mercado interno nacional pasaba también en esos casos por lograr la unidad de la nación, como afirmaban los republicanos alemanes e italianos. También la formación nacional de Francia culmina con la revolución, que destruyendo el estado monárquico rompió todos los obstáculos y trabas feudales al desarrollo del mercado interno. El pueblo en armas, los ciudadanos, un ejército de desarrapados derrotó en Valmy a los ejércitos mercenarios extranjeros de las monarquías que habían invadido Francia para restaurar a la dinastía derrocada; la nobleza y el rey habían conspirado con los invasores. Entonces aquel pueblo en armas proclama: “Somos la nación”. Con la revolución se produce un salto cualitativo, del Reino de Francia a la Nación Francesa. Grito campesino, grito plebeyo, grito artesano, de ciudadanos ahora “iguales ante la ley”. Aunque esa igualdad invocada y defendida por el pueblo rebelado encubría una nueva desigualdad económica, una dominación de clase: la de la burguesía y el capitalismo sobre la clase obrera y las mayorías populares.

En consecuencia, las doctrinas avanzadas de Europa que los patriotas americanos enarbolaron en la lucha por la independencia resultaban pertinentes a las tareas que tenían por delante en nuestras tierras: la de lograr la libertad nacional de los americanos y la de

transformar democráticamente el orden social y económico feudal-esclavista impuesto por España. Estaba el ejemplo de la Revolución Norteamericana (1776), la primera revolución anticolonial, contra el dominio inglés, que fue el punto de partida del proceso de la revolución burguesa en los Estados Unidos, una lucha de casi un siglo hasta que la burguesía del norte predominó sobre los terratenientes esclavistas del sur en la Guerra Civil Norteamericana (1865). Una época de transformación, desde las viejas colonias inglesas a la formación de la nación y el capitalismo norteamericanos.

Entonces, las fuerzas sociales que aquí protagonizaron la lucha anticolonial encontraban condiciones internacionales favorables: materiales, por la rivalidad entre los imperios inglés y francés, la invasión napoleónica a España, etc., e ideológicas. Se conformó un movimiento revolucionario con distintos componentes: desde las aristocracias criollas de terratenientes y grandes mercaderes que querían acabar con el dominio colonial y su monopolio comercial pero buscarían preservar el latifundio, la esclavitud y las relaciones serviles imperantes, hasta el conjunto de las masas populares, las diversas categorías de campesinos, criollos e indios, los esclavos, que formaron los contingentes mayoritarios de las fuerzas patriotas, pasando por la pequeña burguesía urbana y sectores de la intelectualidad, que se expresaron en corrientes y liderazgos de carácter democrático-revolucionario, apuntando a que la revolución anticolonial y la independencia fueran el punto de partida para una transformación democrática de la sociedad feudal-esclavista que defendía el poder colonial español. En nuestra tierra configuraron la tendencia que se ha denominado “la izquierda de Mayo”, con Moreno y su Plan de Operaciones, con la acción política de Castelli y su proclama en Tiahuanaco por la igualdad y el acceso a la tierra de los pueblos originarios, con Belgrano y su prédica a favor de la concesión de tierra a los labradores y a favor de la industria, etc. Recogiendo esos impulsos, esa corriente tuvo su expresión más avanzada en el liderazgo de Artigas y el artiguismo, tanto en la Banda Oriental como en todo el litoral (“Los Pueblos Libres”), y su Reglamento de Tierras de 1815, que impulsó y practicó el reparto de tierras según el criterio de que

los más privilegiados fueran los más infelices, y también su prédica federal y democrática, opuesta al despotismo militar y el centralismo porteño; la participación de los indios en sus ejércitos; etcétera.²

Las contradicciones internas de las fuerzas sociales que luchaban contra los españoles se expresaron en las disidencias sobre la propia forma de encarar la lucha independentista y la guerra: las aristocracias criollas confiaban más en las negociaciones diplomáticas, en apoyarse en los ingleses o en hacer buena letra con ellos para lograr su protección frente al colonialismo español, que en la lucha popular: tenían mucho temor de desplegar a fondo la lucha armada de los pueblos. Porque una vez desplegada esa lucha, podía terminar quitándoles sus privilegios.

Por lo tanto, las grandes disidencias dentro de las dirigencias patriotas van condicionando hasta la propia forma de la lucha. Por ejemplo, Artigas y los Pueblos Libres (con representantes de Entre Ríos, Corrientes, Santa Fe y un observador de Córdoba) declararon la Independencia un año antes, y recién en 1816 lo hace el Congreso reunido en Tucumán. Esto fue producto de una lucha: poderosos sectores de la aristocracia criolla en ese momento temían declarar la Independencia. Las condiciones internacionales habían cambiado abruptamente, Napoleón había sido derrotado, Fernando VII y los Borbones habían vuelto al trono de España. En todas partes volvían las “testas coronadas”, y con ellas el intento de la vieja nobleza de perpetuarse en el poder y recuperar posiciones. Parecía, coyunturalmente, que los vientos revolucionarios habían sido sepultados. Inglaterra estaba en un juego dual: penetraba en la América española con sus mercancías, comerciando con los rebeldes, pero, así como había apoyado a los españoles contra Napoleón, ahora apoyaba a fondo a la Santa Alianza que reunía a las restauradas monarquías y a la reacción feudal europeas (por cuanto más feudal permaneciera Europa continental, mejor para el capitalismo inglés).

Era una situación muy difícil para los patriotas americanos. Había sido derrotada la Patria Vieja en Chile. Habían sido derrotados

2. Azcuy Ameghino, Eduardo, *Historia de Artigas y de la independencia argentina*, Montevideo, Ed. de la Banda Oriental, 1993, Cap. 1.

los movimientos revolucionarios de Hidalgo y Morelos en México, incluso con la traición de la aristocracia criolla que por temor a los campesinos se entregó en los brazos del poder colonial. Bolívar había sido derrotado en Venezuela y Colombia, donde un gran ejército enviado desde España en 1814 llevó adelante la “guerra a muerte”, aniquilando a las fuerzas patriotas.³

Así, en América española el único territorio libre que quedaba era el Río de la Plata, incluyendo la Banda Oriental (donde Artigas y su pueblo peleaban contra la invasión portuguesa, realizada con la complicidad de los porteños) y el Paraguay del Doctor Francia. Fue en estas condiciones que se reunió el Congreso de Tucumán: allí, con el impulso de San Martín y de Belgrano y venciendo la resistencia de los vacilantes, se declaró finalmente la Independencia. Esta implicaba un punto de no retorno, arrojando la máscara de gobernar “en nombre de Fernando VII” y enarbolando ya sin desobediencias el pabellón que creó Belgrano, para llevar adelante la guerra hasta el final. Gran enseñanza histórica: en un momento desfavorable frente a los que predicaban adaptarse a lo “posible”, a las “circunstancias”, ellos se plantaron y decidieron el camino de la lucha para hacer posible lo necesario. Así era efectivamente la polémica: ya Monteagudo la había dado contra los vacilantes: “nos dicen: las circunstancias aconsejan otra cosa, ¡oh, circunstancias!, ¡cuándo dejareis de ser el pretexto para tantos males!”... Allí, como se ha dicho, la historia jugó a favor de los que lucharon para transformar las circunstancias.⁴

La Argentina criolla y el origen de la dependencia moderna

Esas luchas constituyeron un salto cualitativo en el prolongado proceso de formación de las nacionalidades latinoamericanas. La independencia alumbró nuevas posibilidades y nuevos conflictos. Las

3. En un principio, esa flota realista estaba destinada al Río de la Plata, pero la liberación de Montevideo por los patriotas alteró los planes españoles y se dirigió a Venezuela.

4. Gresores, Gabriela, “San Martín no luchaba por utopías”, *La Marea* N° 15, Buenos Aires, Verano 1999/2000, pág. 21.

corrientes que buscaban lograr una revolución democrática fueron derrotadas en toda América latina. En el caso argentino, en los nuevos poderes estatales o micro estatales provinciales predominó la clase terrateniente y sus socios, los grandes comerciantes portuarios. Consolidaron su poder y frenaron las transformaciones democráticas. Desde 1820 a 1880 ampliaron los latifundios y buscaron afianzar su dominio sobre la población campesina criolla y los pueblos originarios, culminando con la llamada Conquista del Desierto.

El propio régimen social que defendían trabó la formación de la nación, imponiendo márgenes muy estrechos para la conformación de un mercado interno nacional unificado y un Estado nacional unificado. Se abrió un prolongado período de guerras civiles. Jugó un papel muy importante la clase terrateniente bonaerense y sus socios comerciales, que buscaron afianzar su monopolio portuario, con el consiguiente manejo de sus rentas aduaneras, y la hegemonía de Buenos Aires. Se fue afirmando el “exclusivismo ganadero” y la política librecambista del puerto en desmedro del interior. Junto con el ahogo del mercado interno se consolidaba una economía exportadora de cueros a Europa y carne salada para las zonas esclavistas del Brasil y del Caribe. Los terratenientes, con esas exportaciones, realizaban en el mercado mundial la renta del suelo obtenida mediante el trabajo servil y semiservil de agregados, peones, jornaleros, aparceros o arrendatarios subordinados. En esas condiciones, el predominio del latifundio ganadero obstaculizaba el desarrollo tanto de la agricultura como de la industria.

Esta estructura social y estos intereses dominantes consolidaban un tipo de relaciones comerciales con el exterior: se fue afirmando la clásica “división internacional del trabajo” promovida por el capitalismo europeo: en el Río de la Plata ganadero, Inglaterra y Francia introducían las mercancías industriales. Con el mayor lucro de los terratenientes y los comerciantes con el comercio exterior, más se restringían las condiciones para la diversificación agrícola-industrial. La política librecambista, que favorecía ese tipo de intercambio (cuero por manufacturas) tenía un factor interno condicionante: la economía semifeudal basada en el latifundio y la supremacía de

los terratenientes y los grandes comerciantes. Al mismo tiempo, esto es aprovechado por las potencias capitalistas europeas: primero y durante un largo período Inglaterra, pero después Francia y otras potencias (Alemania, Bélgica, en aquel período histórico que es el período de afirmación de su industria). Por entonces buscaban principalmente en estas tierras vender más que comprar, abrir la puerta para introducir sus mercancías. A la vez, para vender hay que comprar. Así, hacia 1840, como señaló un viajero, el gaucho de la pampa bonaerense usaba un poncho hilado en Mánchester y las artesanías precapitalistas del interior vieron estancado su desarrollo.

Se va generando un proceso de subordinación comercial creciente, que tiene su factor interno en el poder de los terratenientes ganaderos y su factor externo en la expansión mercantil de las potencias capitalistas europeas. A ello se agregan episodios “financieros” como el famoso préstamo de la Baring Brothers en tiempo de Rivadavia y su proyecto unitario, un préstamo usurario en una economía mundial cuyas relaciones económicas internacionales eran aún esencialmente mercantiles.

Este proceso generaba un debilitamiento económico objetivo aprovechado por las potencias en el terreno comercial, que iba condicionando la propia soberanía nacional. Es el período en el que Inglaterra usurpa las Islas Malvinas, clave en el tráfico transoceánico en el Atlántico Sur. Es el período en el que se producen las intervenciones extranjeras con los bloqueos, primero el francés y después el anglo-francés al Río de la Plata y el puerto de Buenos Aires. Estos episodios no son casuales, sino parte de un período mundial: el de la expansión colonial y mercantil del capitalismo triunfante en Europa (la primera expansión había sido, desde el siglo XVI, la abierta por la conquista de América por parte de aquellos imperios feudales-mercantiles, Portugal y España, y también luego la del colonialismo francés, holandés e inglés en la etapa de la acumulación originaria del capitalismo en Inglaterra). Esta segunda expansión colonial era promovida por el interés de las potencias capitalistas de Europa de conseguir mercados para sus manufacturas, y abrir las puertas de los países precapitalistas, con el comercio o con las cañoneras. En la dé-

cada de 1830 comienza la expansión francesa, que abarcó tres grandes guerras contra los argelinos, con genocidios horrorosos como han sido todas las guerras coloniales; más tarde la guerra del Opio en China por parte de las potencias. Esta expansión colonial culmina a fines del siglo XIX, ya en otra etapa histórica del capitalismo: la del imperialismo moderno.

Al no predominar otros proyectos, las relaciones de la oligarquía criolla de terratenientes y comerciantes con el comercio europeo va preparando el terreno de la consolidación del llamado “modelo agroexportador”, de la Argentina oligárquica de 1880, cuando se produce un salto cualitativo preparado desde mediados del siglo XIX.

A partir de entonces, se intensifica el comercio transatlántico y se afianza la adaptación de la economía del país a la demanda externa. Antes era el cuero, ahora la lana. Ya en tiempos de Rosas, su representante Roxas y Patrón, enfrentaba al gobernador correntino Ferré (federal, proteccionista), apoyando el librecambio desde el ángulo de los intereses terratenientes exportadores y afirmando que la demanda de cueros sería “siempre creciente”. No fue así, pero a la demanda de cuero, le siguió la de la lana. Y así siguieron después el trigo, la carne... ahora es la soja y el petróleo. Las potencias que ofrecen mercados para esos productos han obtenido por parte de esos poderosos intereses locales, condiciones de privilegio para sus mercancías y capitales. Esos procesos prepararon la dependencia y la unilateralidad de la economía contemporánea, del siglo XX hasta ahora.

Así, a partir del 1860, 1870 hasta 1890 se expanden y multiplican las relaciones comerciales con Europa, no sólo con Inglaterra, sino también con Francia, Bélgica, Alemania. Se ha dicho que la Argentina de principio del siglo XX era económicamente inglesa, culturalmente francesa y militarmente alemana. Pero se debe tomar en cuenta que las relaciones culturales con Francia tenían su correlato económico, como así también las relaciones militares con Alemania.

Se produce el proceso de la unificación oligárquica, con la hegemonía de Buenos Aires, a través de las campañas genocidas contra

las provincias rebeldes del interior, de la guerra del Paraguay y de la “conquista del Desierto” contra los pueblos originarios de la Pampa, la Patagonia y del Chaco. Culmina en 1880 con la capitalización de Buenos Aires, que, como proclamó Leandro Alem, paradójicamente significó la muerte del federalismo, porque con el puerto le dio un poder enorme a una reducida oligarquía que iba a ahogar el verdadero federalismo.⁵

Esto se produce en el momento mismo de un proceso de cambio internacional, en el último tercio del siglo XIX, con el pasaje del capitalismo a su etapa superior, monopolista: en los principales países capitalistas el proceso de concentración de los capitales ha dado origen a los monopolios modernos. No sólo en Inglaterra, sino en otros países: Alemania, Francia, Estados Unidos, Japón (después de la revolución Meiji). Sobre la base de esos monopolios y el entrelazamiento del capital industrial y bancario, se origina el capital financiero. Ese capital desborda la posibilidad de inversión rentable en sus propios países y deben buscar nuevas áreas donde obtener ganancias. Es decir, nuevos territorios económicos, no sólo como mercados para sus productos sino donde obtener mano de obra barata y materias primas baratas. Esta es una necesidad compulsiva, exigida por la nueva competencia monopolista por el control de áreas de influencia y materias primas esenciales para lograr la supremacía e impedir que otros se apropien de ellas.

Por lo tanto, era una carrera no sólo económica, sino que tendría un correlato político y militar, de reparto del mundo entre las principales potencias imperialistas. La expansión colonial se completa (toda África y la mitad de Asia se convierten en colonias de Europa a fines del siglo XIX) y se genera un movimiento masivo de exportación de capitales a las áreas “atrasadas”. Es la época del imperialismo. Se consolida y se afianza la división del mundo en dos tipos de países: las grandes potencias imperialistas y los pueblos, países y naciones oprimidos, coloniales, semicoloniales y dependientes. Se trata de nuevas relaciones de dominación, ya no fruto de la expan-

5. Gastiazoro, Eugenio, *Historia Argentina*, Buenos Aires, Agora, 1986, Tomo II, Cap. IX.

sión colonial de los viejos imperios feudales y mercantiles, o de potencias en las que el colonialismo está al servicio de la acumulación originaria del capital en la metrópoli, como en la Inglaterra de los siglos XVII y XVIII, lucrando con el tráfico esclavista en las primeras etapas del capitalismo. En el siglo XX es un nuevo sistema mundial de dominio y esclavización de naciones que brota del más elevado desarrollo del capitalismo mundial en las grandes potencias capitalistas, que se han transformado en monopolistas, en imperialistas.

La exportación del capital adquiere una importancia decisiva, rigiendo en una última instancia el desarrollo del comercio internacional, que era antes el elemento fundamental. Este rasgo esencialmente nuevo resulta clave para la configuración dependiente de la economía argentina. Ya no se trata solamente de un comercio desigual con las grandes potencias. Ahora el capital de las grandes potencias se convierte en un factor interno de la economía nacional controlando sus principales resortes y por ende, es también un factor social y político que adquiere importantes cuotas de poder estatal a través de la subordinación de las clases dominantes locales. Fueron entonces los ferrocarriles ingleses que en forma de abanico organizan la estructura económica y la circulación del país en torno al puerto. En Londres tenían sus oficinas en un edificio: en cada piso una compañía ferroviaria. Constituían en la Argentina, como se dijo, un “Estado dentro del Estado”. Fueron los frigoríficos ingleses y después los norteamericanos; también los grandes oligopolios comercializadores de cereales, fundamentalmente belgas, alemanes y franceses.

En esta etapa la Argentina se convertirá en un gran productor y exportador de productos primarios. Pero la venta de carnes a Inglaterra es posible por la operatoria de los frigoríficos ingleses que procesan la carne, la congelan y la refrigeran y por la flota frigorífica que la exporta a Europa. Un negocio de esas grandes empresas frigoríficas no sólo en la Argentina sino también en Uruguay, Rio Grande do Sul. También la Argentina se convierte en un gran importador, por ejemplo, de carbón británico, ¿por qué? porque los ferrocarriles son ingleses. El comercio se expande y multiplica pero por obra de

un nuevo determinante: la penetración del capital extranjero, que pasa a modelar la estructura económica nacional.⁶

Esto hace a la esencia de la dependencia moderna del país: el dominio del capital monopolista, el capital financiero extranjero sobre ramas clave de la economía nacional. A su vez, esto determina múltiples aspectos de la dependencia. Por ejemplo, los ferrocarriles modelan la forma de abanico que subordina al interior consolidando la orientación hacia el mercado externo a través de la pampa húmeda y del puerto. Se consolida así una economía deformada. A la vez, ese capital extranjero interiorizado se convierte en una bomba de succión –verdadero vampiro interno–, a través de la cual la economía argentina paga tributo a los capitales de las grandes potencias, cuyas áreas de inversión no se reducen a este país. Buena parte del plustrabajo argentino, de los obreros y los campesinos argentinos, incluso de los ingresos de las capas medias, no se reinvierte aquí sino que migra al exterior, a las metrópolis. Por lo tanto, se genera una estructura deficitaria que el Estado dependiente compensa contrayendo deuda pública (otra forma de inversión rentable para el capital financiero). Vienen los préstamos en libras o dólares que paga con intereses toda la nación, mientras las empresas extranjeras remiten sus dividendos al exterior. A la vez, esa deuda, que es consecuencia de la dependencia, es a la vez una nueva soga de las relaciones de dependencia con las condiciones que impone, la acumulación de intereses, la toma de nuevos préstamos para pagar viejos préstamos, etc.; un buen negocio para los capitales imperialistas y una necesidad compulsiva para las clases dominantes nativas. En aquel tiempo entre 1880 y 1900 se consolida el país agroexportador, que exporta carne barata y trigo barato, y que a la vez le permite a los industriales europeos tener aquí un mercado cautivo para sus productos industriales, sus maquinarias y sus tecnologías. Se consolida esa división internacional imperialista del trabajo: nosotros vendemos materia prima, ellos nos venden productos industriales; nosotros vendemos barato, ellos nos venden caro.

6. Ciafardini, Horacio, “La Argentina en el mercado mundial contemporáneo”, en *Crisis, inflación y desindustrialización en la Argentina dependiente*, Buenos Aires, Agora, 1990, pp. 19-30.

Imperialismos y clases dominantes nativas

Hasta aquí hemos esbozado el esqueleto económico de la dependencia, de la dominación imperialista contemporánea sobre nuestro país. Sin embargo ¿es esa dependencia sólo un fenómeno económico?, ¿qué diferencia hay entre ese tipo de dominación y la colonial? Ya en la famosa obra de Lenin de 1916, “El imperialismo fase superior del capitalismo”, figura la Argentina como ejemplo paradigmático de un país dependiente.⁷ En las colonias, como la India, dominada por la Gran Bretaña de aquella época, la dominación se ejercía con la imposición por la metrópoli de su fuerza estatal, el Estado colonial, con las tropas británicas, el funcionariado y el virrey de la India, ligado a o pariente de la familia real británica. Esa es la condición para el dominio del capital monopolista inglés sobre los hindúes y sus recursos.

Pero en la Argentina existe una sociedad con un proceso histórico de formación nacional desde la Independencia a principios del siglo XIX, con una clase dominante propia que ha armado su Estado (con sus fuerzas armadas y sus restantes atributos nacionales). Por lo tanto, el capital extranjero y la acción estatal de las potencias se encuentran aquí con esa realidad previa y el dominio monopolista del capital extranjero *no se puede desarrollar sin asociar y subordinar a las clases dominantes locales*. Desde ya, esa asociación recorre la historia previa de los terratenientes y comerciantes criollos a la que aludimos antes. Y son esas clases dominantes, de grandes terratenientes, con hegemonía de los de Buenos Aires, y de los grandes comerciantes importadores, las que “abren la puerta” para el capital extranjero, pues de este modo pueden garantizar un proceso económico que genera un cierto desarrollo capitalista, donde ellos conservan la supremacía y amplían su poder y las rentas de los latifundistas (el poder y la riqueza de los latifundistas de 1910 son incomparable-

7. Lenin, V. I., *El Imperialismo, fase superior del capitalismo*, Buenos Aires, Agora, 2000, pág.63. En aquel tiempo, la mayoría de los pueblos y países oprimidos eran colonias; luego la lucha anticolonial y antiimperialista del siglo XX cambió esa realidad y hoy son amplia mayoría los países dependientes.

mente mayores que los de los de 1860), al precio de convertir al país en un país dependiente.

Se trató entonces de una confluencia de intereses coincidentes, donde Gran Bretaña y otros países europeos controlaban el mercado comprador de carne y cereales (donde se realizaba, se convertía en dinero la renta de suelo), y a la vez, sus inversiones en ferrocarriles, frigoríficos, cerealeras y servicios se beneficiaban con la producción agroexportable. Así, al tiempo que los terratenientes y los comerciantes importadores *necesitan* de los ferrocarriles, frigoríficos y cerealeras extranjeros y del acceso a los mercados controlados por los imperialistas, el capital británico, el francés, alemán o belga necesitan de esa oligarquía terrateniente y comercial para penetrar e imponer su dominio monopolístico: deben asociarse con ella y subordinarla para poder dominar la economía y el Estado. Dominar el *Estado* es clave, pues se trata de una inversión monopolista, que requiere condiciones de privilegio, en una carrera y rivalidad creciente de los distintos monopolios y las distintas potencias imperialistas que disputan el control del país. Por lo tanto, quien controle el Estado controla la llave para la expansión de un monopolio u otro, de los intereses de una potencia o de otra. De allí que la asociación con diversos sectores de las clases dominantes nativas sea fundamental para ese predominio.

El capital monopolista extranjero para imponer su dominio puede hacer negocios con distintos sectores burgueses, pero a la larga su predominio y operatoria se vuelve contradictorio con el desarrollo de amplias capas del empresariado local, a las que restringe y sofoca. Necesita apoyarse en aquella clase terrateniente de origen feudal-colonial, que en la época que estamos viendo sufre su “mediocre metamorfosis”, como dice Mariátegui, hablando de la oligarquía peruana. La clase terrateniente se adapta a las nuevas condiciones del mercado mundial. Esa oligarquía terrateniente y comercial, que viene de la época colonial, al hegemonizar el proceso de la independencia e impedir la transformación revolucionaria democrática, frenó el desarrollo interno del capitalismo nacional. Ahora sí, dejan que se expandan las relaciones capitalistas de pro-

ducción, pero sobre la base del predominio del capital extranjero sobre la economía nacional.

A partir de entonces, en la Argentina se expanden las relaciones capitalistas: en un proceso pasa a ser determinante para la producción nacional la mano de obra asalariada (en los ferrocarriles, en los frigoríficos, en otras actividades urbanas, y también crecientemente en las cosechas de la pampa húmeda y otras producciones rurales, junto al trabajo campesino); se desarrolla vigorosa la clase obrera moderna. Pero al mismo tiempo, ese desarrollo capitalista es un desarrollo deformado, unilateral, de una economía especializada, no integrada ni autosostenida. Un desarrollo capitalista a la larga restringido y trabado por un doble monopolio (que como todo monopolio implica parasitismo): el monopolio del capital extranjero y el monopolio de la propiedad del suelo, que se fusionan relativamente; uno de origen feudal-colonial, el otro con origen en el más avanzado desarrollo del capitalismo en las grandes potencias. La gran expansión de la Argentina “agroexportadora”, por el cauce de deformación que consolida la dependencia y el poder latifundista, a poco de andar va mostrar con toda crudeza las restricciones y trabas que impone al desarrollo económico nacional y al progreso social de las grandes mayorías populares, con las grandes crisis y la llamada “vulnerabilidad” externa de la economía, con la agudización de los conflictos sociales. El cambio de las condiciones internacionales que genera la crisis mundial de 1929 revelará con toda claridad el carácter dependiente de la economía argentina y la esencia antidemocrática y antinacional de su Estado y de sus clases dominantes.

Éstas, del siglo XIX al XX, también se habían transformado: por un lado, la oligarquía terrateniente, la clase fundadora del Estado, mantiene el monopolio de la tierra, multiplicando sus rentas, su gran influencia social y en el poder; por el otro, en la medida en que se desarrollaron y llegaron a ser dominantes las relaciones capitalistas de producción, se desarrolla también un sector de la burguesía subordinado al imperialismo, que operó y opera no sólo en el comercio exterior sino también en las finanzas y la producción, incluida la industrial. Los intereses imperialistas, en su penetración,

necesitan y pueden subordinar a ciertos capitalistas –la burguesía intermediaria–, convirtiéndolos en apéndices internos suyos, mientras que su dominio condiciona y traba el desarrollo del resto de la burguesía (la burguesía nacional), cuyo crecimiento se ve restringido por ese dominio (lo que se manifiesta de diversas formas en los planos económico y político). Sea que provengan de familias poderosas de terratenientes o de los viejos comerciantes importadores, o sean inmigrantes que se instalan en la Argentina como expresión e instrumento de la expansión de los negocios de ciertos monopolios, generando a su vez fortunas locales, se trata de grupos de gran burguesía “intermediaria” de los capitales extranjeros y de la operatoria de las potencias imperialistas en los distintos sectores y ramas de la actividad económica.

Un sector del empresariado argentino, pequeño pero poderoso, que se desarrolla y acumula en tanto es apéndice y expresión de la penetración de intereses extranjeros: ingleses, franceses, alemanes, belgas, italianos, norteamericanos. Son esos “grupos económicos”, de los que se habla, diversificados en distintos rubros y que también frecuentemente se conjugan con su papel como grandes propietarios terratenientes. Por ejemplo, hacia 1910, el grupo Tornquist: ingenios azucareros en Tucumán, banco, latifundios en la provincia de Buenos Aires, refinería de azúcar en Rosario... ¿qué era? Era un representante de capitales alemanes. Con la expansión –económica y política– del grupo Tornquist, se vehiculizaba la penetración de intereses del imperialismo alemán, sólo secundario respecto al inglés antes de 1914.

Entonces, junto a la presencia directa de los monopolios extranjeros, terratenientes y grandes burgueses intermediarios son las clases dominantes (por eso en plural, aunque se entrelazan) que tienen el poder del Estado. He aquí la esencia de una formación social dependiente: la dominación imperialista (económica y política) se realiza principalmente a través de la asociación subordinada de las clases dominantes locales. Son un bloque heterogéneo, no sólo por las diversidades y contradicciones regionales o sectoriales (agrarias, industriales, comerciales) sino, fundamentalmente, porque con la penetración de capitales extranjeros de distintas potencias imperia-

listas se introduce en el país una gran rivalidad intermonopolista por el control de la economía y las palancas del poder, expresión de la disputa entre distintas potencias imperialistas a nivel mundial. Esa rivalidad y esa disputa son un fenómeno consustancial al sistema imperialista a partir del siglo XX y se manifiestan de modo particular en nuestro país, principalmente a través de distintos sectores de terratenientes y capitalistas intermediarios asociados a diferentes constelaciones de intereses financieros extranjeros, y en última instancia a distintas potencias imperialistas.

Desde los inicios de la dependencia moderna en el siglo XIX siempre se manifestó la diversidad de vínculos de la oligarquía argentina con las grandes potencias. Como veremos, nunca la dependencia fue “monocolor”: aún en esas primeras décadas del siglo XX en las que era clara la hegemonía inglesa (ferrocarriles, frigoríficos, fletes, comercio de importación, deuda pública, mercado inglés de carne), ésta no se afirmó y perpetuó sino en aguda lucha con otros intereses imperialistas como fueron primero los franceses, y desde principio del siglo los intereses alemanes y de otras potencias secundarias. Después de la Primera Guerra Mundial pasan a jugar un rol importante los capitales norteamericanos. En esa permanente rivalidad, los intereses británicos contaban no sólo con la presencia directa y el enorme volumen de sus inversiones, sino con el sostén que le brindaban una fracción poderosa de los terratenientes ganaderos, así como intereses financieros e intermediarios locales.

Frente a concepciones unilaterales –historiográficas y también políticas– que conciben a la dominación imperialista sólo como un factor externo, que condiciona desde afuera la economía nacional, deben tomarse en cuenta los factores internos que sostienen la dependencia moderna del país. Esto es determinante, porque hubo períodos en donde las relaciones de dependencia que encadenaban a la Argentina se debilitaron: por ejemplo, durante las dos guerras mundiales se enfrentaban las potencias en los campos de batalla y se resquebrajó el sistema imperialista; la primera alumbró el triunfo de la Revolución Rusa y, fruto del triunfo antifascista en la segunda se conformó un campo de países socialistas y eclosionó una prolon-

gada oleada de luchas anticoloniales y antiimperialistas que cambiaron la faz del mundo. Estas condiciones internacionales favorecieron la lucha obrera, campesina, estudiantil, de las capas medias y la resistencia de sectores nacionales del empresariado. Entre otras cosas, debido a la agudizada disputa interimperialista, que fracturaba a las clases dominantes dividiéndolas en facciones contrapuestas (proingleses, proalemanes, proyanquis) que disputaban el control del Estado, y debilitaba su cohesión y hegemonía social y política. Se desarrollaron cambios económicos, con políticas defensivas de la industria nacional. Esas condiciones facilitaron que nuevas fuerzas socio-políticas, heterogéneas respecto de las clases dominantes locales, alcanzaran posiciones de gobierno logrando masivos apoyos populares con programas de reforma política o económica. Tanto el yrigoyenismo (en 1916) como el peronismo (en 1945-6) llegaron al gobierno en estos contextos. Sin embargo, las relaciones de dependencia se limitaron pero no fueron eliminadas.

En la inmediata posguerra el proceso de nacionalización operado por el primer gobierno peronista, redujo en gran medida la presencia directa del capital extranjero instalado en el país (de un 15% a un 5% del total del capital fijo). Hasta 1945, el 55% del capital extranjero instalado era británico y se redujo abruptamente. Sin embargo, con las políticas económicas nacionalistas e industrialistas del primer peronismo –cuando el país pasó de ser eminentemente agrario a industrial-agrario, con la mayor parte de la población vinculada a las actividades industriales en los 50–, de todos modos, en ciertos rubros claves el capital extranjero siguió dominando. Además de su importante peso previo en la industria manufacturera liviana, un eslabón fundamental fueron los frigoríficos norteamericanos e ingleses, que procesaban la carne que se exportaba a Gran Bretaña, fuente de las divisas –dólares y libras– requeridas para importar la maquinaria y los insumos para la expansión de la industria local, debido a la falta de desarrollo de la producción de bienes de capital. Tampoco fue nacionalizada la compañía eléctrica del Gran Buenos Aires, la famosa CADE. Es decir, el impulso nacionalizador encontró ciertos límites y los monopolios, aunque restringidos en sus privilegios y en las

condiciones de percepción de sus beneficios, siguieron controlando nudos muy importantes para la economía del país.

Pero además, el latifundio conservó su poder: aunque debilitado, el monopolio de la propiedad de la tierra se mantuvo. Si bien perdieron el poder político, los grandes terratenientes conservaron una llave muy importante pues siguieron condicionando la producción agropecuaria, y por lo tanto las fuentes de las divisas requeridas por la industrialización. Así, las clases dominantes operaron junto con las presiones externas (de Estados Unidos, Inglaterra, el comercio mundial, etc.) para cercenar ese proceso, que culminó con el derrocamiento del gobierno peronista. Con el golpe de 1955, fue evidente que el poder del Estado respondía a sus dueños tradicionales, sustento del carácter dependiente del país, poniendo de manifiesto los factores internos que hacen posible la subordinación externa. Las reformas nacionalistas y la industrialización no bastaron para lograr la independencia económica.

Dependencia y sociedad

La dominación imperialista, la dependencia, es determinante en la configuración de la sociedad argentina. No se trata sólo de un factor económico, es un sistema de dominación social, político y cultural, que determina particularidades de la estructura social del país, no sólo en las clases dominantes sino también en los sectores dominados, en las clases que conforman el pueblo.

Ya hemos visto que en la economía capitalista argentina, la mayor parte del plustrabajo, obrero o campesino, no se reinvierte en beneficio del desarrollo nacional sino que se convierte principalmente en superbeneficios monopolistas de capital extranjero y en renta terrateniente. La clase obrera argentina, como en los otros países dependientes y oprimidos, sufre una doble opresión: la del capitalismo local y la del capital extranjero. El capital extranjero viene aquí, entre otras causas, a aprovechar mano de obra más barata que en las economías metropolitanas. Si la mano de obra se vuelve cara por la lucha del pueblo, trata de revertirlo, como sucedió desde 1976 en adelante.

También esquilma a los pequeños y medianos campesinos, no sólo porque, asociándose históricamente a la clase terrateniente, contribuye a perpetuar el poder latifundista sobre la tierra, sino porque genera y reproduce todas las otras condiciones económicas que impiden la acumulación del campesinado: los monopolios que compran la cosecha, los que venden los insumos, la usura. La opresión imperialista determina también los procesos de pauperización de las capas medias urbanas, de la pequeña burguesía, esquilmas por los monopolios y el Estado, limitadas en sus expectativas de ascenso social, periódicamente cercenada en el acceso a la educación superior, en el desarrollo de la ciencia, la tecnología y la cultura nacionales. Es decir, la dependencia es determinante en la explotación y opresión social de las clases populares y por eso mismo, la lucha de la clase obrera y del pueblo por sus reivindicaciones adquiere inevitablemente el carácter de lucha antiimperialista contra los factores de opresión nacional.

También, la dependencia se manifestó en contradicciones de distinta envergadura y alcances entre el dominio monopólico del capital extranjero y vastas porciones del empresariado nacional, urbano y rural, que no son apéndices del imperialismo como la gran burguesía intermediaria. Al revés que esta burguesía intermediaria, porciones mayoritarias de capitalistas nacionales ven limitado y restringido su crecimiento y acumulación por el predominio del capital extranjero y sus socios internos, los que determinan las condiciones del funcionamiento de la economía. Por lo tanto, esta escisión del empresariado, entre un sector poderoso vehículo de la dependencia, y amplias capas empresariales débiles económicamente y que históricamente han sido impotentes para lograr el poder político y económico, se manifestó, como hemos ya señalado, en la emergencia de movimientos con programas reformistas y nacionalistas en distinto grado, que expresaron a esos sectores burgueses nacionales y lograron el apoyo de amplios sectores populares, como fueron los casos del yrigoyenismo y el peronismo.

Esta es una cuestión de gran importancia para el análisis político. Actualmente, analistas, teóricos, periodistas y funcionarios de gobierno, convocan a “reconstruir una burguesía nacional”, pero

denominan así a los grandes grupos de la burguesía intermediaria que se han adueñado del país, subordinados a distintos capitales extranjeros. También suelen presentarse como medidas “favorables al capital nacional” a políticas que en realidad favorecen a unos u otros de esos grandes grupos del capital intermediario. Al mismo tiempo y como contracara, se sentencia la inexistencia de la burguesía nacional. En realidad, la mayor parte del empresariado en la industria, el agro y en el comercio pertenece, precisamente, a ese sector, débil económicamente, que no controla las principales palancas del poder, que tiene conductas políticas oscilantes pero es influyente socialmente, con épocas de expansión, como la burguesía industrial en los años cuarenta, y que en las últimas décadas ha sido perjudicado por la profundización de la dependencia y la extranje-rización económica.

La dominación imperialista se ejerce y manifiesta también en el terreno político. Desde ya las potencias imperialistas operan dentro de la sociedad, el Estado argentino y sus instituciones burocráticas y coercitivas, e infiltran a sus agentes de espionaje y provocación. En las últimas décadas, servicios de espionaje como la CIA, la DEA o la ex KGB han adquirido incluso presencia legal dentro del país. Por su parte, el imperialismo inglés usurpa las islas Malvinas y del Atlántico Sur y los mares adyacentes e impulsa sus reclamos por la Antártida Argentina y la Chilena y amplias porciones de nuestro mar territorial. A la vez, la dominación imperialista ha consolidado la esencia antidemocrática y restrictiva del poder y el Estado argentino, un obstáculo a la democracia tanto en el sentido elemental y profundo de la vigencia del poder de decisión de las mayorías, como también en el restringido de la democracia burguesa (las libertades públicas y derechos ciudadanos, el voto universal, etc.).

Ese carácter antidemocrático del Estado tuvo su origen, como hemos señalado, en la frustración de los aspectos democráticos de nuestra independencia y en el poder consolidado por la oligarquía criolla, genocida de indios, negros, criollos y después de obreros inmigrantes; carácter que fue aprovechado y perpetuado por la penetración y dominio imperialistas. Sucede que este Estado, instrumen-

to de esos intereses predominantes en la economía, debe garantizar políticas a su servicio que colisionan agudamente, una y otra vez, con las amplísimas mayorías populares y los intereses nacionales. Por ende, las clases dominantes dependientes no pueden nunca lograr consensos suficientemente amplios y estables para gobernar pacíficamente.

Así, la dependencia ha estado en la base de los golpes de Estado. Son precisamente las Fuerzas Armadas, corazón del Estado, las que dan el golpe junto con y al servicio de intereses –civiles– de las clases dominantes, para clausurar las formas electivas y garantizarse el control directo de las palancas del gobierno. En la reiteración de los golpes de Estado se pueden observar, con peso variable, tres tipos de motivaciones conjugadas. Por un lado, la necesidad de clausurar las libertades democráticas y reprimir al pueblo, en diversas condiciones mundiales y nacionales, para frenar sus luchas e imponer ciertas políticas que generan o van a generar una enorme oposición popular. En segundo lugar, apuntan a desalojar del gobierno a fuerzas que sin resolver los problemas nacionales a favor del pueblo y la nación, también son un obstáculo para que se resuelvan a favor de los intereses imperialistas y sus aliados nativos, como fueron el caso de los golpes contra Yrigoyen , Perón, Illia o Isabel Perón. Por último, un tercer factor que impulsa la desestabilización golpista es la carrera y confluencia de distintos sectores imperialistas y de sus socios locales, en la lucha por controlar el poder del Estado a favor de unos u otros. Así, la disputa interimperialista se manifiesta en la competencia y la rivalidad entre distintas camarillas y corrientes dentro del bloque de clases dominantes, de la burocracia estatal y de las Fuerzas Armadas. Sucedió en el caso inaugural del '30 con el uriburismo pro-alemán, aliado a los intereses norteamericanos, y Justo, como expresión del ala liberal hegemónica subordinada al imperialismo inglés y al francés. Ese trasfondo de distintas corrientes proimperialistas que confluyen y rivalizan estuvo también en el '55, entre Lonardi y Aramburu-Rojas, en el '66 entre Onganía y Lanusse y, agudamente, en el golpe de 1976.

Por lo tanto, históricamente la dependencia refuerza y perpetúa

todo lo que en la estructura económica determina los aspectos antidemocráticos de la sociedad argentina y también en la vida política y en el Estado, lo que hace a su esencia elitista y ferozmente represiva, la cual ha operado hasta los niveles del terrorismo de Estado genocida de la última dictadura en defensa de los intereses imperialistas y oligárquicos. Ahora que la dependencia se ha profundizado hasta el hueso, aunque rige la forma constitucional de gobierno y el sufragio universal, se ha profundizado también la exclusión total de las mayorías populares de las decisiones, en un retorno paródico a las formas de la política del más viejo cuño conservador oligárquico, con la cooptación y el soborno abierto de representantes electivos, con el manejo de los fondos estatales y el cercenamiento del federalismo, que evidencian que las decisiones se toman entre bastidores, donde se dirimen las disputas entre distintos sectores del bloque dominante. Son formas políticas necesarias para el predominio de sectores muy minoritarios que sólo así pueden llevar adelante sus intereses en los marcos de la democracia representativa burguesa. A eso se le agrega el manejo monopólico de los medios de comunicación y la información, manejo muy disputado, pues constituyen poderosos instrumentos de dominación política, ideológica y cultural, también en manos de un puñado de grupos que responden a distintos intereses imperialistas. En suma, una estructura antidemocrática del “sistema político”, que es condición para el manejo del poder por uno u otro de esos sectores. Una estructura antidemocrática que ha sido desnudada e intensamente cuestionada por las grandes rebeliones populares desde fines de la década de 1990 al Argentinazo del 2001.

Polémicas

Comprender que la dependencia se ejerce a través de esa asociación subordinada de las clases dominantes locales con distintos intereses imperialistas es fundamental frente a dos concepciones erróneas y unilaterales sobre el tema. Una de esas visiones considera a la dependencia solamente como un factor externo que condiciona a la nación. Efectivamente, nos condicionan económica, política y

militarmente: con la ocupación británicas de las Malvinas y el Atlántico Sur, con el manejo y los chantajes de la deuda externa, con el monopolio del comercio mundial, con presiones diplomáticas e intrigas, intervenciones políticas en nuestros asuntos internos y actos de espionaje de las grandes potencias (realidades que no suelen figurar en los abordajes teóricos e históricos de la ciencia social “oficial” sobre la Nación y el Estado). Pero estos condicionamientos externos operan sobre la base de factores internos: el poder de los intereses de bloque dominante de grandes burgueses intermediarios y terratenientes que por sus propias necesidades de clase subordinan el país a las potencias imperialistas y hacen posible su dominio.⁸ Esta cuestión no ha sido considerada en profundidad por los ensayos, investigaciones y críticas a la dependencia (muchas de ellas penetrantes y precursoras) de intelectuales y representantes del nacionalismo popular, como Scalabrini Ortiz, más allá de verificar que el capital extranjero “soborna” a los dirigentes locales. Se omite frecuentemente el papel de la clase terrateniente y de la gran burguesía intermediaria y se reduce así la explicación del problema a la operatoria de la contradicción entre el imperialismo y la Nación Argentina.

Muchas veces, estas concepciones se articulan con la idea de una dependencia “monocolor”: “primero, los británicos; luego, los norteamericanos”. No se considera el papel de las clases dominantes dependientes, sus pujas internas y a través de ellas la forma que adquiere la rivalidad interimperialista dentro del país. Así se absolutiza la dominación de un solo imperialismo. En estas visiones la dependencia es asimilada a una relación colonial. Como una derivación de esto hubo quienes consideraron y consideran como expresión de antiimperialismo, nacionalismo o búsqueda de autonomía a toda toma de distancia respecto de esa potencia hegemónica, aun cuando expresara a intereses económicos y políticos de sectores de las clases dominantes subordinados a otras potencias imperialistas, antibritánicos o luego antinorteamericanos, en la medida que buscaban reorientar o re-direccionar las relaciones de dependencia.

8. Ver Echagüe, Carlos, *Argentina, declinación de la soberanía y disputa interimperialista*, Buenos Aires, Agora, 2004, pp.161-163.

Estas concepciones no sólo son erróneas desde el punto de vista científico sino que derivan en políticas que, en lugar de dar cuenta de esas rivalidades para aprovecharlas a favor de un camino independiente para el pueblo y la nación, las escamotean como tales y preconizan apoyarse en otras potencias para liberarse de la que se considera hegemónica. La experiencia de todo un siglo ha demostrado y demuestra el perjuicio de tales políticas, ineficaces contra la dominación británica o norteamericana y “funcionales” a la penetración de los intereses económicos y políticos de potencias rivales. Desde ya, esta polémica tiene una gran actualidad para la Argentina y América latina, donde se desarrollan grandes movimientos populares antiimperialistas, surgen fuerzas y gobiernos reformistas nacionalistas, pero también operan tendencias y gobiernos que toman distancia de las políticas de Estados Unidos, la gran potencia del hemisferio, y sin embargo lejos de propugnar políticas antiimperialistas y autonómicas, mantienen la estructura dependiente y buscan reorientarla en función de los lazos con otras potencias e intereses imperialistas.

Otro enfoque erróneo y muy extendido desjerarquiza la dominación imperialista como elemento determinante de nuestra formación y estructura social, en tanto país dependiente. Partiendo de que en el país las relaciones de producción dominantes son las capitalistas, no se distingue este elemento (el modo de producción dominante) de la formación económico social en su conjunto (articulación del conjunto de relaciones históricamente determinada en la que juega un rol fundamental, como hemos visto, la dominación del capital monopolista extranjero, del imperialismo, es decir la dependencia). En muchos análisis que definen al país como “capitalista dependiente”, la dependencia pasa a ser un mero rasgo del desarrollo capitalista. Se identifica, en términos absolutos, la penetración imperialista con el desarrollo capitalista. Por un lado, de hecho esto es considerado así por concepciones abiertamente apologéticas del capitalismo que preconizan políticas al servicio del imperialismo y la atracción de capitales extranjeros para “desarrollar” el país. Pero el concepto así entendido de “capitalismo dependiente” es sustentado por posicio-

nes que son críticas del capitalismo pero que escamotean el elemento central de la dominación, de la opresión nacional, que el imperialismo determina. Estas posiciones también omiten o distorsionan la historia de la clase terrateniente de origen colonial-feudal que en el proceso del siglo XIX garantizó ese predominio en función de sus propios intereses, y niega la existencia de contradicciones objetivas entre el capital extranjero y el nacional, al que el imperialismo tiende a subordinar y sofocar. Así no pueden dar cuenta de la particularidades de la estructura social, la naturaleza de las clases dominantes dependientes y de la diversidad de clases sociales oprimidas por aquellas. Esas concepciones tampoco pueden dar una explicación profunda de las raíces sociales objetivas de reiterados movimientos, de carácter masivo, que reivindican la libertad y autonomía nacional en América latina, movimientos no dirigidos por fuerzas políticas anticapitalistas y obreras, sino por fuerzas burguesas, más allá de los alcances e impotencias de las mismas. Formulaciones similares consideran la economía de nuestros países sólo como “una sección” de la economía mundial capitalista. Las relaciones de desigualdad y dominación nacional se evaporan y con ellas la dependencia y la lucha en su contra.⁹

Dependencia y economía a lo largo de un siglo

Puntualicemos ciertos trazos gruesos de la evaluación económica argentina durante el siglo XX. En el período fundacional, como se ha señalado, la economía dependiente y latifundistas se desarrolló por el cauce de lo que se ha dado en llamar el “modelo agroexportador”, que cimentaba el tipo “clásico” de división internacional imperialista del trabajo, conveniente para los capitales ingleses y europeos y para los terratenientes argentinos, de intercambio de productos agrícola-ganaderos por productos industriales. Luego cambiaron las condiciones y a partir de los efectos de la crisis mundial de 1929,

9. Ver Brega, Jorge, *¿Ha muerto el comunismo? El maoísmo en la Argentina. Conversaciones con Otto Vargas*, Buenos Aires, Agora, 1997, Cap.II: “Crítica a la teoría del capitalismo dependiente”.

que dislocaron el comercio mundial y redujeron la “capacidad de importar” de la Argentina, hubo un proceso de mayor desarrollo de la industria. Es importante ver que esa industria no fue fruto de una decisión de algún nuevo sector social y político que hubiera tomado el poder estatal y planteado: ¡hay que industrializar!; en sus primeros pasos fue una adaptación de la vieja oligarquía dominante a las nuevas condiciones mundiales. Como se verá en otros capítulos de este libro, el crecimiento de la industria que sustituía por producción local lo que antes se importaba no desarrolló una industria de maquinarias. Nuestra industria se desarrolló dentro de los límites que le marcaba la estructura de una Argentina dependiente y latifundista: fue sólo una industria liviana, donde se invirtieron capitales extranjeros que buscaban aprovechar las nuevas oportunidades rentables que generaba ahora el mercado interno local y también capitales intermediarios y de terratenientes, generalmente como socios subordinados de grupos o sociedades dominadas por capitales extranjeros. Pero, simultáneamente, ese proceso generó, especialmente con la Segunda Guerra, una expansión de la burguesía nacional, de capas extensas de pequeños y medianos empresarios y también de la gran burguesía industrial en aquella, su “época de oro”. Este es el sustrato de modificaciones en la estructura social que favorecieron el proceso de reformas nacionalistas e industrialistas impulsado por el peronismo en el gobierno.

Ya hemos señalado cómo no se transformó de raíz la estructura económica y social interna que generó históricamente la dependencia y la sostiene, y el Estado –en tanto instrumento de los intereses dominantes– terminó derrocando al gobierno peronista. Posteriormente, abandonadas las políticas nacionalistas, durante un período, nuevas inversiones extranjeras y grupos de gran burguesía intermediaria favorecidos por el Estado, encontraron, en tiempos de Frondizi y de Onganía, una interesante fuente de lucro en la inversión en aquella industria, con un mercado interno relativamente expandido como el argentino por el proceso de las décadas anteriores. Se aprovecharon, pero a la vez, fueron segando las bases de la propia industria nacional y ahogando el mercado interno que venían a capturar, a través de

la superexplotación obrera y un proceso de concentración monopolista en la industria en perjuicio de la pequeña y mediana empresa. Proceso que implicó la extranjerización de la industria junto al peso creciente de grupos capitalistas intermediarios del capital extranjero. Ese proceso económico fue la base de las agudas contradicciones sociales que estallaron en las décadas de 1960 y 1970, con las rebeliones obreras y populares, el propio forcejeo de las burguesías nacionales, la disputa entre las dos superpotencias (Estados Unidos y la Unión Soviética) por el control del país y su culminación con el golpe fascista de 1976.

A partir de allí, se abre un proceso conjugado con nuevas condiciones internacionales, lo que Horacio Cíaardini llamó “la vuelta atrás”. Una nueva vuelta de tuerca que remachó las relaciones de dependencia y el poder de la clase terrateniente y de la gran burguesía intermediaria, con sus efectos en la desindustrialización, reprimarización de la economía y gigantesco endeudamiento nacional, una economía que para su funcionamiento pasó a depender más que antes de las exportaciones agropecuarias y de los flujos de capitales extranjeros, condición para que “cierren las cuentas” externas y se desarrolle la actividad económica, al precio de alimentar e incrementar el predominio de esa bomba de succión interna, de ese vampiro que chupa todo el tiempo nuestras riquezas hacia afuera. Este proceso regresivo y profundización de la condición dependiente de nuestro país pegó un nuevo salto en los años 1990.¹⁰

Sobre esta historia conflictiva de la nación operaron condiciones internacionales. Se pueden observar dos períodos en este sentido. Por un lado, las políticas de reforma nacionalista y el debilitamiento de los lazos de dependencia fueron el producto de movimientos populares, de factores internos, pero se vieron favorecidos por el dislocamiento del sistema imperialista mundial, especialmente con la Segunda Guerra y sus corolarios en la posguerra, la conformación de un campo de países socialistas fuera del mercado mundial que llegó a abarcar a la tercera parte de la humanidad y el desarrollo en espiral de un gigantesco auge anticolonial y antiimperialista de

10. Ver Cíaardini, Horacio, *op. cit.* y Echagüe, Carlos, *op. cit.*

los pueblos oprimidos que fue configurando lo que luego se llamó Tercer Mundo.

Sin embargo, en los años 1970 y por encima del auge de los pueblos que luchaban por su liberación, fue predominando la disputa bipolar entre las dos superpotencias, Estados Unidos y la Unión Soviética, esta última convertida ya en un país imperialista fruto de la restauración capitalista desde fines de los años 1950, operada con el entronizamiento de una nueva burguesía burocrática monopolista de Estado. Esa disputa predominó y fue enchalecando y cercenando el auge antiimperialista y anticapitalista de los años 1960. Esto se refuerza en la década de 1980, ya restaurado también el capitalismo en China. Derrotadas las experiencias socialistas de poder, se inicia la gran revancha: de la burguesía contra los obreros en todo el mundo; de las potencias imperialistas contra los pueblos y naciones oprimidos. Este es el proceso internacional que ha condicionado las últimas décadas de nuestra vida nacional desde la dictadura de 1976-83.¹¹ En la década de 1990, tras las mentirosas concepciones “globalizadoras” se verifica con la crisis rusa, su “sinceramiento” como país capitalista y su debilitamiento como potencia, la culminación de un proceso de reunificación de mercado mundial (en realidad un retorno: ¡en 1910 el mundo estaba tan “globalizado”, que la mayoría de los países eran colonias!). Una nueva oleada de exportación de capitales, de asociaciones monopolistas y de nuevo reparto del mundo se plasmó aquí potenciada por las políticas llamadas neoliberales, que, acompañadas por los intereses de diversos sectores terratenientes e intermediarios, generaron un salto cualitativo en la presencia directa del capital extranjero en ramas claves de la economía nacional y de sus recursos naturales, incluyendo desde entonces la extranjerización de vastas porciones de tierras, al precio de la destrucción de ramas enteras de la industria y de resortes claves para un desarrollo independiente (como la flota mercante del Estado y tantos otros) y profundizando hasta límites extremos el endeudamiento externo.

11. Ver para el proceso de los años 1960 y 1970, VV.AA., *La trama de la Argentina antagónica. Del Cordobazo al fin de la dictadura*, Buenos Aires, Agora, 2006.

Empresas estatales, privatizaciones y dependencia

Un elemento fundamental de este proceso fueron las privatizaciones, que merecen un capítulo especial en el análisis y la reflexión sobre nuestra dependencia actual. La expansión de las empresas estatales fue promovida históricamente por todos los partidarios de la búsqueda de mayor autonomía económica, como los que promovieron la monopolización estatal del petróleo con YPF frente a la penetración y dominio de los trust imperialistas. Fue el caso de Mosconi, quien llegó a afirmar que era preciso oponerse tanto a “la cuerda del cáñamo” de la Standard Oil como a “la cuerda de seda” de la Shell inglesa, porque “ambas servirán para ahorcarnos”. Lo mismo sucedió con el impulso nacionalizador del primer peronismo en función de su proyecto industrialista, como ya hemos referido.

Ahora bien, en todos los países capitalistas, con las empresas estatales el Estado opera como “capitalista colectivo ideal” invirtiendo en infraestructura, servicios o producción esenciales para el funcionamiento de la economía, allí donde el capital privado no puede o no tiene interés en invertir. Es el aérea capitalista de Estado, al servicio de la acumulación de capital, y existe en todos los países capitalistas, más aún en la etapa monopolista del capitalismo. Pero en un país dependiente, esto tiene una particularidad respecto de los países imperialistas, porque la estatización puede significar a la vez una palanca para la nacionalización, en desmedro del capital extranjero y a favor de los intereses nacionales, como en los casos a los que hacemos referencia. Viceversa, en un país dependiente, las privatizaciones no suelen implicar simplemente una transferencia del sector público al capital privado en general, sino que se traducen al mismo tiempo en extranjerización, en avance imperialista sobre esos recursos, como fue el caso de los años 90 cuando consorcios extranjeros, estatales o privados, asociados a distintos grupos de burguesía intermedia local que coparticiparon de la rapiña, se apropiaron de servicios públicos, empresas y recursos naturales, incluyendo a la principal empresa del país, YPF. Así se operó una desnacionalización, que configuró una profundización de la dependencia global respecto

de distintos capitales y potencias imperialistas, con hondas consecuencias económicas y sociales; desnacionalizaciones que afectan y ponen en riesgo la soberanía nacional, en un mundo preñado de rivalidades y guerras imperialistas.¹²

Esta es una realidad que suele escamotearse en análisis presuntamente críticos de las políticas de los años 1990. Se habla de neoliberalismo, de ajustes regresivos, de concentración monopolista en general, de distribución regresiva del ingreso, pero no de la extranjerización, de la profundización de la dependencia que constituye el elemento determinante de todos esos aspectos.

A la vez, es preciso tomar en cuenta que no toda estatización implica nacionalización. Esto depende del carácter del Estado. Históricamente, el poder oligárquico ha operado en muchos casos estatizando para lograr el salvataje de intereses imperialistas u oligárquicos en quiebra o afectados por las crisis. Y si bien, como hemos reseñado, el avance de las empresas estatales estuvo ligado en sus orígenes a programas nacionalistas como en los años 1940, al permanecer el Estado como instrumento de los intereses imperialistas y oligárquicos, derrocado el gobierno peronista, la importante “área estatal de la economía” fue siendo cercenada y saqueada. A la vez, su funcionamiento no constituyó una palanca para la acumulación y expansión del capital nacional sino que por el contrario –pese a la brega de técnicos y funcionarios patriotas– operó principalmente como palanca para la acumulación de diversos grupos imperialistas y de gran burguesía intermediaria. Desde tiempos de Frondizi, con las políticas desarrollistas, se afirmó la “patria contratista”; con Videla y Martínez de Hoz las empresas estatales fueron saqueadas y endeudadas con el exterior para alimentar la “bicicleta financiera” de la que se beneficiaban esos mismos grupos, también grandes deudores privados con el exterior. Esa deuda fue estatizada primero por Cavallo bajo la dictadura y el resto bajo el gobierno de Alfonsín.¹³

12. Echagüe, Carlos, *op. cit.*, Cap. III.

13. Todo ello determinó el deterioro y la ineficiencia de muchos servicios públicos, saqueados y desfinanciados, lo que luego constituyó el pretexto para legitimar ante la opinión pública su entrega.

En suma, “la participación del Estado” en la economía, dada la naturaleza del poder en la Argentina, ha operado y opera –con este tipo de políticas– al servicio de diversos capitales extranjeros o intermediarios que se disputan el control del país, al servicio de la dependencia. Este es el contenido del llamado “capitalismo de amigos”, y desde ya tiene una gran actualidad. También permite extraer como conclusión que la imperiosa lucha actual por la renacionalización de nuestros recursos naturales, servicios públicos y otras empresas claves para la soberanía nacional debe ir ligada a la lucha por otro poder, por un nuevo tipo de Estado que sea el instrumento de las mayorías populares y los intereses nacionales.

Disputa interimperialista y contradicciones dentro de las clases dominantes

Hemos señalado que desde la configuración del Estado y la economía contemporánea de la Argentina, nuestro país tuvo una diversidad de vínculos con las grandes potencias capitalistas que determinaron su carácter de país disputado: nunca la dependencia fue monocolor. Desde el siglo XIX, a más de las relaciones tradicionales con Inglaterra, se expandieron (a través de la lana) los vínculos comerciales principalmente con Francia, Bélgica y Alemania. La dominación del imperialismo británico se asentó sobre sus grandes inversiones (ferrocarriles, frigoríficos), su peso en el comercio importador, el rol acreedor de la City londinense, el control del mercado inglés de carne, y tuvo sustento interno fundamental en la alianza de los grandes terratenientes invernadores y los frigoríficos. Sin embargo, su hegemonía siempre se afirmó en permanente disputa con las otras potencias europeas. Desde principios del siglo XX, crecen en el Río de la Plata las inversiones alemanas (desembarca la Compañía de Electricidad, CATE), y el comercio y el endeudamiento con Berlín y se forjan lazos con grupos terratenientes, economías regionales y capitales intermediarios. La lucha por el control del Estado se agudizó con la Primera Guerra Mundial, fraccionando a la oligarquía. Bajo Roque Sáenz Peña, el ala “modernista” buscó horadar la hegemonía

de los sectores proingleses; sobre esa disputa pivoteó el radicalismo e Yrigoyen para llegar al gobierno, aceptando la continuidad de las instituciones oligárquicas.¹⁴

Desde la Primera Guerra Mundial en adelante, penetra el capital norteamericano, empezando por los frigoríficos (eslabón clave en la cadena con Inglaterra, la cual siguió controlando con el mercado comprador la asociación con grupos fundamentales de la clase terrateniente). En los años 1920, como en toda América latina, crecen impetuosamente las inversiones yanquis, en casas importadoras, empresas ensambladoras de productos industriales y servicios públicos y también el endeudamiento con Wall Street. Sin embargo, en la Argentina se conservó, pese a su declinación mundial, la hegemonía británica —en asociación y rivalidad con Alemania y otras potencias— hasta 1945. Buenos Aires, frente a la expansión “panamericana” de Washington, sería el último bastión pro-europeo en América del Sur, con los gobiernos fraudulentos de la “década infame” y el Pacto Roca-Runciman de 1933. Aunque los intereses yanquis y su diplomacia buscaban afirmar su penetración y lograr la hegemonía, ocurre que los Estados Unidos, a diferencia de Gran Bretaña y otros países europeos, no se convirtieron en un mercado importante para las exportaciones argentinas de carne y cereales. A diferencia de lo que sucedió con el cobre de Chile, el café de Brasil, la banana de Ecuador o el petróleo de Venezuela, la economía norteamericana se autoabastecía de esos productos agrícolas de clima templado, y posteriormente se convertiría en un gran exportador y competidor en el mercado mundial. Por lo tanto la penetración imperialista de los capitales yanquis, pese a su ofensiva y vigor nunca pudo lograr, a diferencia de los británicos y otros, esa asociación subordinada, una alianza estable y sólida con una fracción fundamental de las clases dominantes argentinas, la oligarquía terrateniente de la pampa húmeda, que realiza precisamente la renta del suelo con esa exportación. Esa contradicción limitó históricamente la capacidad del capital norteamericano para lograr aquel sustento interno mayoritario,

14. Ver Gastiazoro, Eugenio, *Historia Argentina*, Buenos Aires, Agora, Buenos Aires, Tomo III, Cap. XII.

decisivo para el control del Estado, llave para el predominio en la rivalidad interimperialista por la hegemonía en el país, desplazando a los británicos.

El régimen oligárquico de los años 30 expresaba un bloque dominante en el que predominaba el capital británico y europeo (alemán, francés, etc.). Diversos sectores convivían en el seno del gobierno fraudulento: el presidente Justo (liberal, cosmopolita, amigo de Botana del diario *Crítica* pero cabeza del gobierno del pacto Roca-Runciman y de la picana eléctrica) convivía alegremente con Fresco, fascista proalemán, gobernador de la provincia de Buenos Aires. La Segunda Guerra Mundial agudizó las disputas y fracturó al régimen oligárquico entre probritánicos, proalemanes y los que buscaban acomodarse con los Estados Unidos, al tiempo que crecían las tendencias nacionalistas en el empresariado y las fuerzas armadas. Los norteamericanos, alguna vez, esperaron que con el crecimiento industrial que se operaba en la Argentina tendrían su “gran oportunidad” para lograr la hegemonía, por su papel de inversores, proveedores y financiadores para esa industria y por el debilitamiento del imperialismo británico. Buscaban articular un “lago industrial” subsidiario de sus capitales y las necesidades metropolitanas. Pero con el debilitamiento de los sectores probritánicos y proeuropeos no hubo un “reemplazo” automático: en el medio se cruzó el nacionalismo peronista.

Recién desde los años 1950, dentro del total del capital extranjero instalado en el país, pasa a predominar por primera vez el capital norteamericano, en la carne, en la industria manufacturera, etc. Sin embargo, durante muchos años la hegemonía del imperialismo yanqui se desplegará, en desmedro del nacionalismo peronista, en disputa con los históricos vínculos dependientes con las potencias europeas. Gran Bretaña conservará su papel en el mercado de carnes hasta mediados de los años 1960. En los años 1950 crecieron los vínculos comerciales y de inversión con Italia, Alemania y otros países de Europa Occidental que constituían ya entonces el principal mercado de destino de las exportaciones argentinas. Todo ello tenía su correlato en el seno de las clases dominantes, las fuerzas armadas

y el aparato estatal, en el golpe de la “Revolución Libertadora”, en la disputa militar de “azules y colorados”, etc. A mediados de los años 1960, la principal corporación privada extranjera era la Fiat italiana.

A la vez, por sobre esas rivalidades históricas operará la acelerada penetración de un nuevo imperialismo, desde el gobierno de Frondizi en adelante: testaferreros, representantes de capitales y grupos monopolistas intermediarios de capitales soviéticos van ganando posiciones en la economía y el Estado en alianza con poderosos sectores terratenientes exportadores. Ese proceso, en aguda disputa con los intereses yanquis y asociaciones con diversos capitales europeos tuvo un salto cualitativo fundamental durante la dictadura de Lanusse y culminó luego del golpe de 1976, cuando los intereses de esos grupos intermediarios y terratenientes predominaron con la corriente de Videla, Viola y el ministro Martínez de Hoz dentro de la dictadura fascista. Se convirtió la Unión Soviética de entonces en el principal mercado de compra de productos argentinos –en porcentajes sólo alcanzados anteriormente por Gran Bretaña–; como ocurrió históricamente, esa relación comercial tenía su correlato en grupos intermediarios dentro del país, que acumularon y fugaron enormes riquezas en aquella etapa de saqueo, en el plano diplomático y militar, y dentro del Estado dictatorial, donde sus representantes convivían y rivalizaban con las corrientes proyanquis y proeuropeas, en aquel período del “mundo bipolar”.

En los años 1990, con el derrumbe de la Unión Soviética y la conversión de Rusia en una potencia imperialista de segundo orden, Estados Unidos quedó como única superpotencia que buscó afirmar su hegemonía mundial. Sin embargo, se trataba ya de un mundo multipolar en el que convivía con varias potencias. Todo eso tuvo repercusión en nuestro país, donde se desplegaron nuevas relaciones de fuerzas dentro de las clases dominantes. A través de las políticas “neoliberales” que tuvieron un elemento clave en las privatizaciones, la convertibilidad, la refinanciación de la deuda externa y bajo la política exterior de Menem de relaciones “carnales” con los Estados Unidos se configuró un nuevo y reducido bloque dominante

conformado por un pequeño puñado de grupos monopolistas y terratenientes, bloque que se articulaba a diversos intereses vinculados a distintas potencias imperialistas. Por eso, la extranjerización del período implicó una profundización de la dependencia global de la Argentina, como lo prueba la poderosa presencia europea en las privatizaciones.

La unidad de ese nuevo bloque dominante, heterogéneo y con la precaria hegemonía de los intereses económicos y políticos vinculados al imperialismo yanqui, se vio erosionada por la crisis económica mundial que desde el año 1997 eclosionó en Asia y llegó a las puertas de la economía norteamericana en el 2000. Ese fue el escenario de una agudización de las rivalidades interimperialistas en el mundo. A la vez, las rivalidades dentro de los sectores dominantes argentinos se agudizaron al calor del desarrollo de las grandes rebeliones populares que culminaron en el 2001 cuando ese bloque terminó de fracturarse entre los defensores de la convertibilidad (beneficiarios de los servicios públicos, sector bancario) y los partidarios de la devaluación (monopolios exportadores, un sector de terratenientes). Sin embargo, como ha sucedido históricamente, no se trataba de meras pujas “interburguesas”: por detrás de estas contradicciones “intersectoriales” se expresaban y se abrían paso las rivalidades entre distintos sectores subordinados y asociados a los intereses de distintas potencias, unos buscando conservar la política de alineación con los Estados Unidos y otros que preconizaban el pasaje de las relaciones “carnales” a lo que llamaban relaciones “maduras”, tomando distancia de Wáshington e impulsando una “diversificación”, en realidad, una reorientación y fortalecimiento de las relaciones dependientes con otras grandes potencias. Como ya hemos señalado, esas políticas que toman distancia de los Estados Unidos se presentan, en el discurso y la literatura sobre el tema, como “autónomas”, cuando en realidad van amarrando al país al carro de otras potencias competidoras. Operan en nuestro país los intereses europeos, también los intereses históricamente ligados a una Rusia reactivada en su rol de potencia internacional bajo el reinado de Putin, y en los últimos años se han abierto paso vigorosamente los intereses de la nueva China imperialista, poderosa exportadora de

capitales hacia América latina.¹⁵ Nuevamente, una gran potencia monopoliza la compra de los productos agropecuarios exportables, reforzada ahora la monoproducción de soja, y así obtiene ventajas para la penetración de sus capitales y mercancías, en un proceso en el que el gobierno y poderosos intereses empresarios preconizan una “alianza estratégica” con el país asiático, al que se le han otorgado múltiples concesiones: mina de hierro en Sierra Grande, puerto privado, Ferrocarril Belgrano Cargas, etc. Como en el pasado, esta realidad no implica armonía en el seno de los poderosos: todo lo contrario.

Corolarios y perspectivas del presente

Como se ha tratado de resumir, la dominación imperialista, la dependencia, ha jugado un papel determinante en la historia argentina del siglo XX. Pero asimismo, esa dominación no ha existido sin generar su inevitable contrario: la lucha por la independencia nacional. Todo el conflicto social, todos los movimientos sociales populares adoptan en un país dependiente, más tarde o más temprano, el carácter de lucha antiimperialista, pues chocan inevitablemente con ese pilar fundamental de las opresiones que padecemos.

Ese choque se ha expresado y se expresa en distintos programas y directrices ideológicas que albergan esos movimientos, propias de las diversas clases sociales que, cada una desde su perspectiva, cuestionan la dominación imperialista. En un sentido inverso al del histórico nacionalismo oligárquico, chauvinista contra los pueblos hermanos de América latina, los pueblos originarios y los obreros inmigrantes a la vez que sumiso ante las exigencias de una u otra potencia imperialista, se desarrollan a través de la lucha obrera y popular amplios movimientos de carácter antiimperialista que confluyen en reivindicar la necesidad de la liberación nacional de esas sujeciones que nos encadenan y foguean un patriotismo popular y democrático, que alimenta y se alimenta de las luchas de los otros

15. Laufer, Rubén, “China y las clases dirigentes de América Latina: gestación y bases de una ‘relación especial’”, *Revista Mexicana de Política Exterior*, N°83, México, junio de 2008.

pueblos de América y del mundo contra el imperialismo.¹⁶

Como en los países hermanos de América latina, las grandes rebeliones populares argentinas desde fines del siglo pasado han articulado la lucha por las reivindicaciones sociales y la lucha democrática y contra la represión, con la lucha antiimperialista y en defensa de la soberanía nacional. En la lucha de los trabajadores desocupados, de los obreros contra los despidos, en defensa de la fuente de trabajo y contra la superexplotación de los monopolios y las políticas estatales cómplices, en los movimientos de los usuarios esquilados por los servicios públicos privatizados-extranjerizados, en la lucha de los excombatientes y veteranos de Malvinas contra la usurpación inglesa de las islas y nuestro mar –y contra las claudicaciones y complicidades con ella–, en los movimientos contra el pago de la deuda externa usuraria, ilegítima y fraudulenta, en aquella lucha de los trabajadores de Aerolíneas del 2001 en defensa de su fuente de trabajo pero también por la recuperación de nuestra aerolínea de bandera, en las luchas multisectoriales contra el saqueo minero y la contaminación ambiental, como la de Botnia, y por la recuperación del petróleo y los recursos naturales, en los movimientos agrarios contra los monopolios compradores y proveedores, la usura y las políticas estatales cómplices, y contra la extranjerización de la tierra, en las campañas antiimperialistas y de solidaridad con los pueblos agredidos como las de artistas e intelectuales argentinos, va creciendo en espiral la contracara y la respuesta necesaria contra tanto vaciamiento, espejitos de colores, alienación de nuestros destinos y nuestra identidad. En los movimientos populares argentinos eclosionó, llamando la atención del mundo, ese reclamo nacional popular, que se expresó en todos

16. Indudablemente las luchas nacionales de los pueblos de América latina se alimentan recíprocamente y requieren de la unidad y el fortalecimiento de lazos económicos y políticos entre las naciones; una unidad que contribuya a la independencia y la soberanía común, frente a las ambiciones imperialistas. A la vez, el destino y resultados de los proyectos de integración a lo largo del siglo XX, incluyendo el Mercosur, han demostrado que es preciso lograr la liberación nacional de nuestros países para garantizar esa unidad y hacer posible una auténtica integración en beneficio de nuestros pueblos y no de los monopolios extranjeros de distinto origen imperialista y de las clases dominantes.

los ámbitos y del que *La Marea* ha sido amplia receptora y portavoz cultural desde sus primeros números de los años 1990.

¿Qué conclusiones podemos extraer de esta historia en víspera del Bicentenario que se aproxima? Que nuestra condición dependiente, que la dominación imperialistas sobre nuestro país marcó la configuración de la estructura social contemporánea hace ya más de un siglo y hoy es una tenaza asfixiante, un cepo que ahoga nuestra vida económica, nos despoja de nuestros recursos, determina y sostiene la explotación y la miseria del pueblo y cercena todas las posibilidades de progreso social, cultural y democrático en nuestro país. Lograr la liberación de las mayorías populares de sus opresiones y una verdadera democracia, donde el pueblo pueda ser efectivamente el sujeto de las decisiones y del poder, requiere lograr la independencia nacional. Esa contradicción entre nuestras necesidades y posibilidades y la dominación de los imperialismos y sus socios locales se ha manifestado en innumerables luchas y se manifestará una y otra vez hasta que ese objetivo sea logrado. Si la dependencia tiene su sustento interno en las clases dominantes de terratenientes y burgueses intermediarios, que en última instancia detentan el poder, es necesario un cambio revolucionario de poder para eliminar ese sustento interno y asegurar así la liberación nacional y social. Siendo nuestro país dependiente objeto de rivalidad, disputa y saqueo por parte de diversos capitales y potencias imperialistas, disputa que corroe y fragmenta al bloque dominante, es preciso conocer esa realidad para poder aprovecharla y orientar la unidad y la lucha del pueblo y de todas las fuerzas patrióticas y democráticas por un camino independiente. Así también se podrá evitar que el pueblo sea dividido y utilizado por esas rivalidades inter-imperialistas.

A doscientos años de la Revolución de Mayo, nuestra historia contemporánea muestra, con nuevos protagonistas sociales y en nuevas condiciones históricas, la vigencia de muchos objetivos revolucionarios que acometieron nuestros primeros patriotas, pendientes de realización a través de una segunda y definitiva Independencia.

Los procesos sociales: afluentes y conflictos

Jorge Hugo Carrizo¹

“El país no sería menos infeliz por ser hijos suyos los que gobernasen mal (...). Es necesario destruir los abusos de la administración, desplegar una actividad que hasta hoy no se ha conocido, promover el remedio de los males que afligen al Estado, excitar y dirigir el espíritu público, educar al pueblo, destruir o contener a sus enemigos y dar nueva vida a las provincias. Si el gobierno huye del trabajo; si sigue las huellas de sus predecesores, conservando la alianza con la corrupción y el desorden, hará traición a las justas esperanzas del pueblo y llegará a ser indigno de los altos destinos que se han encomendado en sus manos.”

Mariano Moreno, “Sobre las miras del Congreso”, *La Gaceta*, 17/11/1810

“Argentina es una nación joven, con una historia milenaria”. Esta acertada definición de Josefina Racedo resuelve una cuestión compleja que, planteada dilemáticamente, suele problematizar los inicios del estudio sobre la Argentina: ¿a partir de cuándo importa conocerla? Para las clases que se erigieron como dominantes en la construcción del Estado oligárquico-imperialista está claro que es a partir de la conformación del “modelo agroexportador” de 1880 que, montado sobre la inversión de capital extranjero y la significación del aporte inmigratorio, sentó las bases del mito del país “aluvional”, “crisol de razas”, “Europa en América”, cosmopolita, ajeno a su raíz americana, responsable de una visión que perdura, aun dentro del campo popular: “los argentinos venimos de los barcos”.

Pero esta visión de la historia, aún dominante, no sólo es errónea por cuanto condiciona la comprensión de la nación a la hegemonía impuesta en ella por la clase terrateniente y la burguesía intermedia, subordinadas al imperialismo, sino por escamotear en su construcción el rol de las clases populares, comenzando por la pretendida “invisibilización” de los pueblos originarios –a quienes se sometió y

1. Jorge Carrizo es sociólogo y psicólogo social. Docente de la Universidad de Buenos Aires.

pretendió aniquilar–, de los negros africanos, del gaucho, y del conflicto de intereses que implicaron 70 años de guerras internas hasta la definitiva constitución del Estado.

Es por ello de importancia fundamental, para una historia que pretenda situarse desde los intereses de los trabajadores y el pueblo argentino en la actualidad, una mirada que parta de los mismos: “desde abajo”, “desde adentro” –vale decir, ajena a cualquier interés metropolitano, como el que nos ha impuesto los límites de ser un país agrominero exportador–, y “desde antes” –desde los orígenes del poblamiento de nuestro territorio–, como supiera expresar con acierto la artista Suma Paz.²

Situarnos desde esta perspectiva nos habilita a la comprensión de que el territorio, hoy argentino, ha sido habitado desde hace más de 10.000 años, que los orígenes de ese poblamiento han sido probablemente diversos, y que a lo largo de un proceso y atendiendo a los rasgos del desarrollo histórico-social se configuraron tres grandes áreas: la del NOA y Cuyo actuales, vinculadas al área andina y con muchos desarrollos correspondientes a la misma; la patagónico-pampeana (que recibirá la impronta mapuche) junto a la llanura chaqueña, ambas indómitas hasta la “Conquista del Desierto”; y la del litoral mesopotámico, incluyendo el Delta hasta el Río de la Plata, que recibirá la influencia guaraní. La primera caracterizada por una evolución que, a la llegada de los conquistadores españoles, presentaba pueblos agricultores, sedentarios, con uso del riego artificial, criadores de llamas y recolectores, con una organización comunitaria asentada en la familia extensa, y organizada como señoríos, con dominio territorial y autoridad sobre varias comunidades.

La segunda, constituida por pueblos cazadores y recolectores, que, en el caso de los grupos tehuelches, pehuenches y querandíes, se organizaban en bandas que nucleaban un grupo reducido de familias, relacionadas entre sí por el comercio o la guerra, algunos con un importante desplazamiento territorial en pos de los animales que

2. Esta imagen fue vertida por Suma Paz en la inauguración del Instituto de investigación histórico-social Hecos, en la década de 1980. Durante el período de revisión de este trabajo se produjo el fallecimiento de la artista, lo cual refuerza el sentido de su mención.

constituían su sustento, con particularidades derivadas de su ubicación, ya en la llanura, más próxima al mar o a la cordillera. La llanura chaqueña, por su parte, fue el hábitat de otros grupos de horticultores, cazadores y recolectores, tal el caso de los chiriguano y guaycurúes. Junto con la Patagonia, recién fue sometida tras la “conquista del desierto”.

La tercer área es la del litoral fluvial mesopotámico, ocupada por cazadores y recolectores del interior, como los timbúes, corondas y chanás, que en su adaptación al ambiente incorporaron la pesca, practicaban la alfarería y algunos cultivos, y por grupos de horticultores amazónicos, los guaraníes, que también combinaban sus cultivos con la pesca, la recolección y la caza, y que al momento de la conquista asentaban sus aldeas en las riberas de los ríos Uruguay, Paraná y el Delta.

Sabemos hoy que diversos pueblos del NOA resistieron entre 1300 y 1400 varios intentos de penetración de los conquistadores Incas, y si bien éstos pudieron finalmente imponer su dominio sobre la región, esta experiencia histórica expresa un rasgo que se reactualizará, con intermitentes y breves períodos de calma, en la guerra que durante 130 años sostendrán contra el conquistador español, a partir de la entrada de éste en la región hacia 1540. Tal el caso de los omaguacas, al mando del cacique Viltipoco hacia 1560, y de los pueblos diaguitas, que protagonizarán grandes alzamientos, como el de 1630, donde sobresale el cacique Chelemin, o el posterior, de 1655, conocido por la participación del “falso inca” Bohórquez, que se extenderá por más de una década, tras cuyo aplastamiento se deportará a los valerosos quilmes a la provincia de Buenos Aires, dando origen a la actual ciudad del sur metropolitano. También resistieron comechingones y sanavirones en las Sierras Centrales. En el Chaco, el conquistador español tropezó con la insuperable resistencia de chiriguano y guaycurúes, que cien años antes detuviera la expansión incaica, y mantuvo libre su territorio durante toda la etapa colonial. Otro tanto puede decirse de la resistencia querandí y guaraní en la pampa y sur del Litoral, que dificultó la imposición del conquistador hasta varios años después de la segunda fundación de

Buenos Aires por Garay, en 1580.

Pero la imposición de su dominio colonial no significó para el Imperio la pacificación de sus territorios. Consolidó su avance en el NOA, Cuyo y el Litoral, pero no así sobre el Chaco y la llanura pampeana y patagónica, cuyos pueblos resistieron durante tres siglos hasta la consolidación, posterior a la Independencia, del Estado oligárquico imperialista. El conquistador impuso el mestizaje, de lo cual resultó el mestizo (hijo de español e indígena) e introdujo al negro, a partir del comercio de esclavos, de lo cual surgieron los mulatos (hijos de negros y españoles) y los zambos (hijos de negros e indígenas), lo que, junto al criollo (hijo americano de padres españoles) dio por resultado una sociedad de castas, cerrada y desigual.

En 1780, la insurrección de Túpac Amaru, en el Cuzco, conmovió el naciente Virreinato del Río de la Plata, y sus repercusiones fueron fuertes entre los pueblos diaguitas, y particularmente tobas y mocovíes, cuya resistencia se prolongó hasta entrada la década. Entrado el 1800, el Chaco seguía siendo un bastión inexpugnable, y los chiriguanos y guaycurúes continuaban rechazando las renovadas campañas de aniquilación españolas, obligando a sus autoridades a cercar la región con una cadena de fortines.

La apropiación del caballo significó, para los pueblos originarios pampeano-patagónicos y de la llanura chaqueña, un instrumento que acentuó su dominio territorial y les permitió, junto a los pueblos de la Araucanía, la constitución de una frontera cuyo proceso de desintegración recién se iniciaría con posterioridad a 1550. Sabemos hoy que los monarcas españoles debieron firmar periódicamente acuerdos directos sobre límites con los caciques de la Araucanía y las Pampas, lo que implicaba el reconocimiento de la soberanía de dichas comunidades.

El sistema de dependencia colonial y opresión feudal impuesto por España no reservó tampoco una mejor condición a los mestizos, como lo prueba tempranamente la rebelión de las “mancebos de la tierra” excluidos de la repartición de tierras efectuada por Garay en Santa Fe, en 1580. Mestizos, blancos pobres, negros e indios sometidos constituyen la mano de obra de las vaquerías, las estancias, los arreos de

carretas y de mulas, los obrajes y las minas. Son peones, esclavos o mitayos. El pasaje de indio a campesino, incorporado de modo servil en las haciendas, en caso de sobrevivir a la mita minera, es el proceso que recorrerán miles. La palabra gaucho, utilizada en sus orígenes para nombrar a los ladrones de ganado, se generalizará para identificar a los pobladores rurales, diferenciados de estancieros y soldados, adquiriendo hacia 1800 su sentido actual de peón rural, sin fortuna, que realiza tareas pastoriles. Todos ellos constituyen la base popular de la sociedad colonial, bajo el denominador común de la servidumbre.

La dependencia colonial implicó, a su vez, un acentuado regionalismo y dispersión económica, y la imposición del monopolio. España era único vendedor y comprador en territorios americanos bajo su dominio. Todo ello implicaba una traba para la constitución de un mercado interno, la necesidad de cuyo impulso latía a comienzos del siglo XIX, en pleno período ascendente de las revoluciones burguesas en el mundo. Según la adecuada caracterización de Ruggiero Romano, las Provincias del Río de la Plata constituían “mercados regionales agregados” en los que se producía y circulaba una importante riqueza, cuya posibilidad de integración constituía el fundamento de las crecientes críticas al régimen colonial alentada por sectores criollos imposibilitados de acceder al poder político por el centro estatal metropolitano. El filo de dicha crítica se concentró finalmente en el monopolio. La debilidad española operó el resto. Cuando los tropas de Napoleón invadieron la península, y su hermano ocupó el trono abandonado por Fernando VII, en los territorios del Virreinato del Río de la Plata no se habían apagado aún las brasas encendidas por la gran rebelión indígena de Túpac Amaru, que por primera vez logró establecer alianzas con otros sectores sociales, y el rechazo de las Invasiones Inglesas de 1806-1807 había demostrado a los grupos criollos que dirigieron la recuperación militar de Buenos Aires, la posibilidad cierta de poner fin a la tiranía española. Vale decir, habían madurado las condiciones para la revolución. Situación que con sus particularidades específicas en cada región, se verificó en el conjunto del Imperio español americano.

La Revolución de Mayo

Las revoluciones de Independencia latinoamericanas, que tras un proceso de guerra que duró 24 años pusieron fin a la dependencia colonial, formaron parte, indudablemente –al igual que la independencia de los colonias norteamericanas respecto a Inglaterra– del ciclo de revoluciones burguesas que, hacia 1848, culminaría con la imposición del capitalismo como hegemónico en el sistema mundial. Esta cuestión es importante porque está relacionada con las condiciones objetivas para la construcción de una nación. Precisamente, una de las tareas principales de la Revolución de Mayo, expresada en las propuestas de Moreno, Artigas, Castelli, Belgrano y otros integrantes de la vanguardia dirigente que la inició, era la de la integración de esos “mercados regionales agregados” en una nueva unidad socio-político-económica, en principio de los más próximos, a través de un pacto confederativo asentado en la soberanía popular, rompiendo con la dispersión feudal y convirtiendo en “ciudadanos” de ese Estado por construir a los gauchos, negros, originarios, zambos, mulatos y restantes integrantes de aquella sociedad de castas. Sabemos –siguiendo la conceptualización de Eduardo Azcuy Ameghino³ que la Revolución de Mayo tuvo ante sí cinco problemas a enfrentar y resolver, todos vinculados a esta cuestión. En primer lugar, la definición o no de la independencia de estas Provincias Unidas del Río de la Plata. Discusión que no se resolverá en 1810 sino recién en 1816, con la determinación de romper no sólo con la dependencia colonial española sino también de cualquier otro poder colonial.⁴

Sabemos también que hay otras dos cuestiones que se van a ir enredando. Una, la de la afirmación y continuidad de un camino democrático, presente en lo previo y en los inicios de la Revolu-

3. Azcuy Ameghino, Eduardo, *Historia de Artigas y la Independencia Argentina*, Montevideo, Ed. de La Banda Oriental, 1993.

4. En un momento traumático -en el cual Fernando VII había recuperado su trono en España, Napoleón había sido derrotado en 1815 y se restauraban los poderes absolutos en Europa, con una revancha muy sangrienta sobre los pueblos que habían intentado independizarse, las Provincias del Río de la Plata deciden proclamar su independencia, cabiendo en ello el mérito principal a figuras como San Martín y otros.

ción, a saber: el protagonismo pleno de los originarios, negros, zambos, mulatos, pardos, en función de resolver su libertad, la obtención de su tierra, la ruptura de su servidumbre. Condición para su incorporación en plenitud de derechos a la Revolución. Este camino es el que explica las misiones de Belgrano a Paraguay –con la entrega a tierras a los originarios en su paso por Misiones–, la misión de Castelli al Alto Perú –y su propuesta de integración de los originarios en los Cabildos–, el Reglamento de Tierras de Artigas en la Banda Oriental –“con prevención que los más infelices serán los más privilegiados”– y también, parcialmente, la concepción de San Martín de la guerra por la Independencia. Pero este camino sufrirá un creciente freno a partir de que ese núcleo democrático –que orientara las medidas fundamentales de la Revolución de Mayo en sus inicios– vaya perdiendo paulatinamente la dirección. Situación que se inicia con el desplazamiento de Moreno, y se profundiza cuando el Directorio deja librada a su suerte la guerra que San Martín seguía librando en Chile y Perú, e inicia su lucha contra Artigas.

Este camino democrático, que implicaba el rol protagónico del pueblo en la Revolución y la construcción de una nación entramando política y económicamente su territorio, es el derrotado a partir de 1820. Ligado con eso quedará sin resolución la segunda cuestión: la del sistema de gobierno, bajo la forma de un pacto confederal. La caída del Directorio, tras pretender imponer una solución inversa –un rígido centralismo que asegurara la hegemonía de Buenos Aires– imposibilitará toda unidad y afianzará, por el contrario, la división. Derrotados los proyectos de Moreno y Artigas y rechazada la incorporación de Paraguay, la “unidad” no fue más que una variante del “despotismo ilustrado”, y el “federalismo” un instrumento para justificar el aislamiento y la dispersión feudal.⁵

La política de tierras y la matriz latifundista

5. Carrizo, Jorge H., “Moreno, Artigas y la integración de las Provincias del Río de la Plata”, en Recondo, G. (comp.), *Mercosur, una historia común para la integración*, Asunción, CARI- Multibanco, 2000.

Vinculados a la resolución revolucionaria de la cuestión democrática y de la forma de gobierno, se abrían dos grandes cuestiones económicas, relacionadas con la época y con la posibilidad de desarrollo capitalista y de la construcción de la nación, que eran: por un lado, la disposición para eliminar el latifundio, con algún tipo de reforma de la propiedad de la tierra y de incorporación de actividades económicas que revirtieran el exclusivismo ganadero y, por otro, tras la eliminación del monopolio comercial español, el ejercicio de una auténtica libertad de comercio, que incrementara la circulación de bienes y diversificara el relacionamiento internacional. Cuestión esta última no reñida con la práctica de un proteccionismo que resguardara y asegurara el desarrollo y evolución de las artesanías existentes en las distintas provincias respecto de la competencia extranjera, como sucedía con los textiles, la seda, y otras producciones regionales.

En consonancia con la reafirmación de la servidumbre, a partir de 1815, y la sostenida expansión de la frontera desde 1817, las políticas de tierra de Rivadavia y de Rosas –así como las posteriores– profundizarán la matriz latifundista heredada de la colonia, al tiempo que la libertad de comercio (consigna unificadora contra el monopolio) se trocará en la imposición del libre cambio, impulsado por Inglaterra, que propiciaba el ingreso irrestricto de mercaderías extranjeras, alentando, a la par, la exportación sin trabas de los productos nativos.

Que éste fuera el modo en que se resolvieron esas grandes cuestiones de la Revolución de Mayo, fue pavimentando la hegemonía que los terratenientes y los grandes comerciantes exportadores e importadores impusieron al proceso. Implicó la frustración de construir una nación, en detrimento de las posibilidades abiertas por la movilización y el protagonismo populares. Los grandes estancieros reclutaban –respaldados por las “leyes de vagos” y con el auxilio de los jueces de paz a ellos subordinados– a los gauchos sin conchabo para el servicio de frontera, mezcla de peones forzosos y milicos, extendiendo así la dimensión de sus tierras arrebatadas a los pueblos

originarios, cuyo aniquilamiento prosiguió a través de las “campañas al desierto”. No fue diferente la condición de los negros, sobre los cuales se refiere, en un periódico de 1833: “ni los changadores, ni carretileros, aguateros... ninguno tendrá votos en los comicios públicos con arreglo a la materia sancionada y claramente determinadas en el número cuatro. Es extensivo este decreto, muy especialmente, a nosotros los negros quienes a juicio del referido escritor no somos considerados como ciudadanos porque exige para estos votos la calidad de blancos”. Ese sector de terratenientes y comerciantes intermediarios se consolidó con Rosas. Entre 1810 y 1850 triplicó las exportaciones de cuero, carne salada y sebo por el puerto de Buenos Aires, asegurando el ingreso y circulación de todo tipo de bienes extranjeros y acentuando el exclusivismo ganadero sobre otras posibilidades de desarrollo en las provincias. ¿Qué era la Argentina? Era eso. La precariedad de este tipo de desarrollo era maquillada por las clases dominantes en virtud del carácter externo del mecanismo de relación económica internacional del Estado, a través del intercambio de bienes, disimulando la diferencia de valor entre un textil inglés y un cuero secado con sal. Esto explica por qué el gaucho sometido a una rígida servidumbre, ajeno al manejo de moneda, podía canjear sus productos por un poncho, o un mate, manufacturados y elaborados en Inglaterra. Explica el liberalismo de Rosas, pero fundamentalmente su nacionalismo, cuando consideraba excesivas las presiones y exigencias de las potencias coloniales que rivalizaban por imponer su influencia sobre la Confederación Argentina.

Pero hacia 1850, cambios tecnológicos y leyes derivadas de los avances del capitalismo en los países metropolitanos, modificarán las condiciones de inserción mundial de los diferentes países. Y en tal sentido impondrán otra línea a la conducta política que la élite terrateniente mercantil rioplatense había practicado hasta el momento. Esto tiene que ver con la caída de Rosas, y con la imposición de un modo de organización nacional que asegurará la hegemonía definitiva de esa élite y el carácter dependiente del país, cuyo arquitecto principal es Bartolomé Mitre.⁶ Mitre, expresión de los comerciantes

6. En *La Gran Aldea* (1884), Lucio V. López describe con acierto esa transforma-

intermediarios, la convencerá de la necesidad, ahora sí, de unificar el país y crear las condiciones para la penetración del capital internacional, generando un mercado interno unificado para la penetración de los productos extranjeros. Proceso que, en el plano político, tiene que ver con la atracción para una alianza con Buenos Aires de las élites de Cuyo y del NOA, que se expresará en las sucesivas presidencias de Mitre (1862), Sarmiento (1868) y Avellaneda (1876), y que lejos de ser idílico, estará jalonado por la eliminación a sangre y fuego de las últimas resistencias federales en el interior (Chacho Peñaloza, en la región cuyana, Felipe Varela, en el NOA); por la guerra de la Triple Alianza contra Paraguay (1875-1870) –impulsada por la oligarquía argentina junto a las élites liberales uruguaya y brasilera–, y por la última etapa de la “Conquista del Desierto”, reiniciada en la década de 1870, que culmina la política de genocidio contra los pueblos originarios pampeano-patagónicos y chaqueños en 1884.

Felipe Varela encabezó la resistencia a la leva de los campesinos norteños para ser integrados al ejército de Mitre, jefe militar de las fuerzas de la Triple Alianza. Aplastar al Paraguay, que desde 1813 intentaba afianzar una nación independiente sobre la base del proteccionismo y el desarrollo de su mercado interno, era uno de los objetivos de Inglaterra, pues afectaba la necesidad de imponer su hegemonía sobre los países de la región subordinándolos al libre-

ción: “En el partido de mi tía, es necesario decirlo para ser justo, y sobre todo para ser exacto, figuraba la mayor parte de la burguesía porteña, las familias decentes y pudientes; los apellidos tradicionales: esa especie de nobleza bonaerense pasablemente beática, sana, iletrada, muda, orgullosa, aburrida, localista, honorable, rica y gorda; ese partido tenía una razón social y política de existencia; nacido a la vida al caer Rosas, dominado y sujeto a su solio durante veinte años, había sin quererlo absorbido los vicios de la época, y con las grandes y entusiastas ideas de libertad, había roto las cadenas sin romper sus tradiciones hereditarias. No transformó la fisonomía moral de sus hijos: los hizo estancieros y tenderos en 1850. Miró a la Universidad con huraña desconfianza, y al talento aventurero de los hombres nuevos pobres como un peligro de su existencia; creó y formó sus familias en un hogar lujoso con todas las pretensiones inconscientes a la gran vida, a la elegancia y al tono; pero sin quererlo, sin poderlo evitar, sin sentirlo, conservó su fisonomía histórica, que era honorable y virtuosa, pero rutinaria y opaca. Necesitó su hombre y lo encontró: le inspiró sus defectos y lo dotó con sus méritos” (alusión a Mitre, JC).

cambio y a la división internacional del trabajo. De allí que propició esa guerra, que enfrentó entre sí a gauchos, negros y criollos de naciones hermanas, primera línea de fuego de una contienda en la que murió un millón de paraguayos varones, sangría que latió en el pueblo hermano hasta muy entrado el siglo XX.

Por otro lado, la derrota de Juan Calfucurá en la batalla de San Carlos (1872) inicia el progresivo retroceso del dominio de los grupos originarios en la región pampeano-patagónica, que culmina con el despojo de sus tierras, tras las campañas de Alsina (1876) y Roca (1878), y que finaliza en 1885, tras ser vencida la resistencia del cacique manzanero Sayhueque. En el Chaco, Benjamín Victorica culminó su campaña en 1884, aunque la resistencia persistió hasta entrado el siglo XX. Los vencidos fueron repartidos en estancias, obrajes y casas de familia.

El progresivo sometimiento del gaucho, la desaparición del negro y el aniquilamiento de los pueblos originarios, fueron parte del proceso de “modernización” económica impulsado por los grandes latifundistas y ganaderos de Buenos Aires, quienes se volcaron masivamente a la cría de la oveja. Frente a la declinación de los mercados esclavistas de Cuba y Brasil –sustento de la expansión del saladero del período anterior–, estos sectores comenzaron a propiciar los intentos de renovación tecnológica que, con la introducción del alambrado, fueron transformando las estancias, introdujeron las graserías. Los avances en el proceso político ya reseñado, se propició la “seguridad jurídica” para la progresiva atracción de capitales que dieron sustento dependiente a la organización del sistema financiero, al desarrollo del sistema ferroviario y, tras la aparición de los métodos para refrigerar los transportes de carne en 1876, a la introducción del frigorífico a partir de 1880.

Este proyecto comenzará a transformar la naturaleza predominantemente externa de las relaciones que el país tenía con las potencias colonialistas a partir de la Independencia, en otra de carácter interno, a partir de la creciente radicación de capitales que prepararán su inserción en la siguiente etapa imperialista. Correlato de esta transformación fue también el aporte inmigratorio. La producción del lanar

va a favorecer la incorporación de inmigrantes irlandeses y vascos en la campaña bonaerense, en relaciones de aparcería que varían en parte las relaciones de producción hasta entonces predominantes, y posibilitará la formación de numerosos pueblos que dinamizan el comercio. En 1857 se inician los proyectos colonizadores que radicarán colonias agrícolas de inmigrantes en Entre Ríos, Corrientes y Santa Fe. Eran restrictivos en el otorgamiento de tierras en relación al patrón latifundista dominante –¡33 ha a cada familia, sobre el mínimo de 2.500 ha que definiera la condición de estanciero ya desde la época colonial!– y en su localización, sin embargo las colonias santafecinas lograrán sobrevivir, y serán la base –como en el caso de la colonia suiza La Esperanza– del desarrollo de la producción triguera para el abastecimiento del mercado interno.⁷

La restricción impuesta por el latifundio limitó el crecimiento de los centros urbanos. El censo de 1869 muestra que la población rural era aún mayor que la urbana. No obstante ello algunas ciudades, como Buenos Aires, comenzaron a crecer, al ser receptoras obligadas de aquellos inmigrantes imposibilitados de acceder a la tierra. Esto trajo aparejado la expansión de diversos oficios –aún de rasgos artesanales– vinculados a la construcción, los servicios, e incluso la aparición de algunas pequeñas fábricas que, hacia 1870, permiten verificar la emergencia, si bien débil, de la clase obrera, junto a una más débil burguesía de aspiraciones industrialistas. Surgen mutuales por nacionalidad de origen y, en 1877, el primer sindicato: la Unión Tipográfica, derivación de la anterior Sociedad Tipográfica Bonaerense de 1857, cuya composición era aún predominantemente negra y criolla.

Este proceso de “modernización”, que potencialmente abría el paso al afianzamiento de relaciones de producción de tipo capitalista, sirvió, inversamente, para reforzar el poder de los terratenientes que vieron incrementarse el valor de sus tierras con el ciclo del lanar, impidieron la capitalización y la posibilidad de acceso a las mismas de la mayoría de los aparceros, retrogradando sus contratos a formas

7. Cabe recordar que hasta avanzada la década de 1870 el país era importador de trigo, particularmente desde los Estados Unidos.

más precarias, y duplicaron luego la extensión de sus tierras con la campaña de Roca. Del mismo modo, el movimiento “industrialista” surgido entre 1866-1875, producto inicialmente de la caída de los mercados compradores de la lana y luego, de la crisis mundial de 1873, movimiento que criticó las desventajas de convertirnos en “la granja de los países industrializados” y propició la manufactura de la lana, fue fruto principalmente de los propios sectores ganaderos afectados, careciendo de una base burguesa capaz de sostenerla en el tiempo, razón por la cual se eclipsó hacia finales de la década.

Proyecto oligárquico y conflictividad social

Así llegamos a la definitiva conformación de la Argentina oligárquico-imperialista de 1880. El eje ganadero hegemónico en la producción tendrá una nueva evolución, con el pasaje de la lana a la selección de carnes, la introducción del frigorífico y el desarrollo de la agricultura, subordinada a la ganadería, que implicará la expansión del cereal y las forrajeras, de la mano de la introducción masiva de inmigrantes incorporados de manera precaria como arrendatarios, peones o engrosando el proletariado en los frigoríficos, el puerto, el transporte, la construcción y los servicios en las ciudades. Crecen las ciudades portuarias, como Buenos Aires, Rosario, Bahía Blanca, centrales en el esquema agroexportador. Y tenemos también el crecimiento acelerado, en pocos años, de uno de los protagonistas centrales de la vida y las luchas sociales argentinas en el siglo XX: un fuerte proletariado que, lejos de la inmadurez, llega portando las ideas vigentes en el debate de líneas del proletariado internacional e, imbuido de ellas, protagonizará, desde el inicio, entre 1878 y 1889, un reguero de conflictos y huelgas por salarios, jornada y condiciones de trabajo, en las que los ferroviarios ocupan un rol central. La disputa de líneas es entre corrientes marxistas y anarquistas, en las cuales sobresalen dirigentes como Lallemand y Malatesta. Así surgen la Federación Obrera, en 1890, organizada por los “marxistas del 90” –corriente revolucionaria que se debilita en el transcurso de la década, fortaleciéndose tendencias reformistas parlamentarias

inspiradas en el socialismo de J. B. Justo— y, en 1902, la FOA, de mayoría anarquista.⁸ La capacidad organizativa de los anarquistas da un gran impulso al desarrollo de las organizaciones gremiales de portuarios, albañiles, conductores de carros, etcétera.

La primera huelga general en el país estalla en 1902, en el puerto de Buenos Aires, y se origina en la reivindicación de los trabajadores de reducir la carga de las bolsas de cereales que levantaban los estibadores, cuyo peso oscilaba entre los 100-120 kilos, a lo que se sumó las reivindicaciones de los conductores de carros, y los restantes gremios vinculados a la exportación. La medida afectó también a Rosario y otros puertos, y adquirió carácter de repudio político general al régimen de Roca, que sancionó la ley 4.144 de deportación de extranjeros o “ley de residencia” y estableció, por primera vez, el estado de sitio para reprimir un conflicto obrero. El estado de lucha, enfrentando la represión sangrienta del régimen, se extendió hasta las vísperas de la celebración del Centenario, en 1910.⁹

Esta profunda inestabilidad social, que se extendía a las disputas políticas internas del régimen, se agudizará en el transcurso de la década de 1910, y se prolongará hasta casi mediados de la siguiente. La inaugura en 1910 la huelga de los campesinos arrendatarios de Macachín, La Pampa, y eclosiona en 1912 con la rebelión de los chacareros del sur santafecino en el “Grito de Alcorta”, que se extiende como un reguero de pólvora hacia el sur cordobés y el norte bonaerense —núcleos del área cerealera pampeana—, en reclamo de la rebaja de arrendamientos y aparcerías, de contratos escritos por un plazo no inferior a cuatro años, y de la exención de imposiciones donde aún campeaban relaciones propias del régimen de servidumbre. Fruto principal de estas luchas es la creación de la Federación Agraria Argentina en 1912, como expresión de los intereses de esos

8. Por su parte, la corriente socialista creará la UGT, en 1903.

9. Las condiciones de miseria y explotación a las que se hallaban sometidos los trabajadores argentinos aparecen vívidamente descriptas por Juan Bialet Massé en *Informe sobre el estado de las clases obreras argentinas a comienzos de siglo*, redactado en 1904 a solicitud del Ministerio del Interior del gobierno de Roca.

chacareros pobres y medios.¹⁰

Por su parte, las disputas internas y la necesidad de descomprimir las tensiones políticas empujan a la oligarquía a sancionar la ley Sáenz Peña, que introduce el sistema electoral producto del cual en 1916 llega al gobierno la Unión Cívica Radical de Hipólito Yrigoyen, expresión política de fracciones de terratenientes menores y de burguesía rural y comercial urbana que forcejean con la oligarquía –que sigue conservando los resortes del poder. Pero este gobierno no vacilará en reprimir el ascenso de luchas obreras y campesinas que, a partir de 1917 y no ajenas al período de auge revolucionario mundial derivado del triunfo de la Revolución Rusa, se desarrollan en el país, llegando hasta 1923. Expresión de ese ascenso es también la Reforma Universitaria en 1918, que demuestra la radicalización de un importante sector de las clases medias. Pero fundamentalmente, la huelga de los talleres metalúrgicos Vasena, en enero de 1919, cuando la represión de la empresa y la policía detonan un estallido popular que desde los barrios de Parque Patricios y Pompeya se extiende rápidamente a toda la ciudad, que es militarizada. La huelga se extiende por más de una semana, con más de un centenar de muertos, pero también importantes bajas en las fuerzas represivas. Ese año, la FORA y la Federación Agraria convocan al primer paro nacional. Entre 1919-1921 una oleada de huelgas sacude las fábricas y obrajes de La Forestal, compañía de tierras británica que explotaba el quebracho colorado, en tierras del norte santafecino, Chaco y Formosa. Son salvajemente reprimidas por la empresa y sus “cardenales”, y son deportados muchos obreros. Este ascenso de luchas culmina entre 1920-1923 con la huelga de los peones de estancia patagónicos, con ocupaciones de estancias frente a la represión de la policía y fuerzas de choque de los estancieros. Yrigoyen envía el Ejército, que interviene aislando, cercan-

10. En *Las guerras civiles argentinas* Juan Álvarez advierte en 1910 anticipadamente, con preocupación, sobre las causas que hacían previsible un estallido, a su juicio: “a) el latifundio que por ahora abarata la producción, pero no es fórmula de democracia; b) el derecho que la ley acuerda a los propietarios de explotar sus campos con entera abstracción de las necesidades de la colectividad”.

do y fusilando a los trabajadores.

Con la crisis mundial y la restauración oligárquica a través del golpe militar de 1930 declina la hegemonía del anarquismo en la dirección del movimiento obrero. En septiembre de ese año se constituye la Confederación General de Trabajadores (CGT), sobre la base de la unión de corrientes sindicalistas y socialistas, de tendencia conciliadora. Pero desde mediados de la década comenzará a crecer la influencia del Partido Comunista (PC), creado en 1918 al influjo de la Revolución Rusa. En enero de 1936 el PC dirige la prolongada huelga de la construcción, y comienza a crecer dentro de una nueva dirección cegetista, en disputa con las corrientes socialistas y sindicalistas. La discusión sobre el rol del movimiento obrero al desencadenarse la Segunda Guerra Mundial, llevará a la ruptura de la CGT, que se divide entre la corriente socialista “apolitica”, fuerte en los gremios de servicios (ferroviarios, tranviarios, etc.) y la comunista, hegemónica en los gremios de la construcción, gráficos, alimentación, metalúrgicos, etcétera, que, influenciada por el browderismo,¹¹ planteaba la participación activa del movimiento obrero en el frente “aliado” contra el fascismo. Esto implicó, en los hechos, suspender el combate antiimperialista en el plano nacional, cuyo blanco principal seguía siendo la dominación anglo-yanqui y la de la oligarquía terrateniente y la burguesía intermediaria en que se apoyaba. Esta situación se agudizó tras el golpe militar de 1943 y el surgimiento del peronismo, a quien ambas corrientes enfrentaron integradas a la Unión Democrática en las elecciones de 1946.¹²

Disputa imperialista y lucha de clases

11. Earl Browder era un destacado dirigente de la Internacional Comunista, secretario del PC norteamericano. Abandonando la teoría marxista de la lucha de clases, va a plantear en los hechos la caducidad del imperialismo y la apertura de una nueva etapa del mundo donde ya era posible la colaboración permanente entre el capitalismo y el socialismo, no sólo durante la guerra antifascista, sino también después, a través de la cooperación pacífica.

12. La Unión Democrática fue una alianza política integrada por el PC, el socialismo, la democracia progresista, el radicalismo y los partidos conservadores núcleo de la -antigua Concordancia de 1930, con el apoyo explícito de la embajada norteamericana, a través de su embajador S. Braden.

El triunfo de Perón en esas elecciones fue la culminación del proceso de cambios provocados por el impacto de la crisis mundial en la Argentina, que obligó a las clases dominantes a una readaptación a las condiciones planteadas por el mercado mundial. Esto derivó en un proceso de industrialización indeseado por esas clases, el agudizamiento de la disputa anglo-yanqui y de otros imperialismos por la hegemonía en el país, y la crisis política que derivó en el golpe y el afianzamiento dentro del mismo de una corriente industrialista nacionalista dirigida por Perón. Lo que explica también por qué fue esta corriente la que terminó conquistando la dirección del movimiento obrero, al quedarse éste sin una alternativa propia que le permitiera dirigir la oposición popular a la oligarquía y el imperialismo. Perón, que había sido encarcelado por las propias Fuerzas Armadas a comienzos de octubre de 1945, fue liberado el 17 de octubre, en el marco de una gigantesca “pueblada”, fruto de la cual pudo imponerse sobre sus opositores. Su política, favorable a los intereses industrialistas de sectores de la burguesía nacional, posibilitó el avance popular, logrando los trabajadores reivindicaciones por las que habían luchado en el transcurso del siglo. Al mismo tiempo, esa política, imposibilitada por la naturaleza de clase de esos mismos intereses, no enfrentó a fondo las limitaciones impuestas por el latifundio y los monopolios imperialistas, razón por la cual fue derrocado en septiembre de 1955.

El período abierto tras la restauración oligárquico-imperialista desmontó los instrumentos centrales de la política nacionalista de Perón, y abrió paso a un proceso de concentración y centralización monopólica, impulsado centralmente por el desarrollismo frondizista –entre 1958-1962– y por el “eficientismo” de la dictadura de Onganía –entre 1966-1970–, centrados ambos en la atracción del capital extranjero en la industria y la expansión del latifundio. Este tipo de industrialización dependiente va a agudizar el impacto cada vez más profundo de las “crisis recurrentes” de la economía, con su derivación en crisis sociales y el tensamiento de la disputa por la hegemonía en el seno de las clases dominantes. En ese contexto el

movimiento obrero enfrentará el revanchismo oligárquico y la política racionalizadora de las empresas recurriendo a dos instrumentos principales: la huelga y las ocupaciones de fábricas. Así sucede con la ocupación del frigorífico Lisandro de la Torre en 1959; la gran huelga ferroviaria de 1961, contra la aplicación del plan Larkin de privatización, con movilizaciones multitudinarias, como la de los talleres de Tafi, en Tucumán. Las ocupaciones de fábrica se multiplicaron y radicalizaron a partir de 1962, al tiempo que se agudizaba la inestabilidad política y la disputa en las alturas, tal cual se expresó tras el enfrentamiento entre “azules” y “colorados” en las Fuerzas Armadas. De esa época son las ocupaciones de IKA, en Córdoba, frente a las suspensiones, el despido de 1.500 trabajadores y la amenaza de cierre, que movilizó 5.000 trabajadores, y la del Ingenio Santa Ana, en Villa Hileret, rodeadas de la solidaridad y movilización popular. La debilidad política del gobierno radical de Arturo Illia, a partir de 1963, agravada por la proscripción del peronismo, no hizo más que agudizar la situación. Durante 1964, en el marco de un plan de lucha nacional de la CGT, se ocupan 1.200 fábricas; y en 1965, el anuncio del cierre de ingenios en Tucumán, detona ocupaciones, cortes de ruta y movilizaciones multitudinarias.

La pretensión de la dictadura de Onganía de asegurar tras el golpe de Estado de junio de 1966 el proceso de concentración y centralización monopólica requerido por las clases dominantes y el imperialismo, subestimó el proceso de auge vigente en el país, en la región y en el mundo, expresado en los impactos de la Revolución Cubana, los procesos de liberación nacional y social de los pueblos del Tercer Mundo, las revueltas estudiantiles norteamericanas, o el Mayo francés. Esa subestimación le impidió ver el polvorín de odio que había sembrado bajo sus pies, y que afectaba no sólo a la clase obrera, sino al conjunto de sectores populares. El fracaso de la política de imponer un “sindicalismo sin Perón” a través de la captación de dirigentes como Augusto Timoteo Vandor, se expresó, por fuera y por dentro del peronismo, en la emergencia de un sindicalismo combativo y clasista que ocupará el centro de la escena y aglutinará en torno suyo a los restantes sectores populares. Precedido por la

huelga petrolera de 1968, y en el marco de un paro activo dispuesto por la CGT de Córdoba contra la derogación del “sábado inglés”, el 29 de mayo de 1969 estalla el “Cordobazo”. Días antes, la dictadura había reprimido salvajemente al movimiento estudiantil en Corrientes y en Rosario, con los asesinatos de los estudiantes Cabral y Bello. El 29, convergiendo sobre el centro de la ciudad de Córdoba, las columnas obreras desbordan la represión policial, enfrentamientos en el que es asesinado el obrero Máximo Mena. Por su parte, los estudiantes mantienen ocupado el barrio Clínicas. Durante dos días los trabajadores y el pueblo se hicieron dueños de la ciudad, “recuperada” para la dictadura recién con el ingreso del Ejército.

El “Cordobazo” provocó la caída de Onganía al año siguiente, pero no tranquilizó a sus recambios dictatoriales, Levingston y Lanusse. A la pueblada cordobesa le sucederán dos “Rosariazos”, un “Tucumanazo”, un “Mendozazo”, un “Rocazo” –que impone por unos días el reemplazo del intendente–, expresiones de un auge en el que confluyen el desarrollo y luchas de las Ligas Agrarias, principalmente en el Noreste –con gran peso de campesinos pobres–, Córdoba y Santa Fe, y la lucha nacional del movimiento estudiantil. El desarrollo en el movimiento obrero de una corriente clasista ajena a las presiones “gorilas” que habían dificultado muchas veces su unidad, permitió un proceso de democratización sindical no conocido con anterioridad, cuyo eje lo constituirá el rol decisivo de los cuerpos de delegados. Tendrá como una de sus máximas expresiones la recuperación del sindicato de los mecánicos (SMATA) de Córdoba y la figura de René Salamanca.

Fue ese auge, y el consiguiente debilitamiento de la dictadura, lo que provocó su derrota, e impuso el retorno de Perón en elecciones condicionadas. Situación que agudizó la disputa interimperialista en el seno de las clases dominantes, dentro de las cuales primará la hegemonía impuesta a partir del lanussismo, por grupos de terratenientes y burguesía intermediaria subordinados al socialimperialismo soviético. Fue consenso imperante dentro de esas clases eliminar de la política nacional un proceso de dirección capaz de emerger de los “soviets de fábrica” – al decir del dirigente liberal y

ex ministro de economía de Frondizi, Alvaro Alsogaray– e inducir un proceso de desindustrialización que, consecuentemente con el cambio de modelo, dismantelara el peso de la burguesía nacional, eliminara la influencia del sindicalismo, y junto con ello, el peso del clasismo y de Perón.

Del golpe de 1976 a la crisis del 2001

El golpe de Estado de 1976 significó la coronación de esa hegemonía, que necesitó de una represión capaz de empalidecer la de Pinochet, con 30.000 desaparecidos, para imponer el viraje hacia el modelo agrominero exportador, que predomina actualmente. Fue el momento inaugural de la revancha imperialista –fruto de la progresiva restauración del capitalismo en la URSS y en China y el retroceso de los procesos de liberación nacional y social– que, una década más tarde, tras la disgregación del Estado soviético, la rebelión del Este europeo y la disolución del COMECON, reconstituirá un mercado capitalista mundial único y proclamará la instauración de una nueva época, post-imperialista: la era de la “globalización”. Pero si bien esto clausuraba el ciclo de auge revolucionario abierto en el mundo durante la década de 1910, e implicó nacionalmente una fuerte regresión en las luchas del movimiento obrero – principal afectado por la represión dictatorial–, y de su rol aglutinador de los restantes sectores populares, no implicó la anulación de la resistencia a la feroz dictadura violo-videlista. Prontamente se vio surgir la lucha de las Madres de Plaza de Mayo por la aparición de sus hijos (más tarde por el juicio y castigo de los responsables de esas desapariciones), la huelga de los ferroviarios y la lucha de los trabajadores de Luz y Fuerza, la denuncia nacional e internacional de los crímenes de la dictadura que tuvo un hito durante la realización del Mundial de Fútbol de 1978, y el movimiento popular de oposición a la guerra del Beagle contra el hermano pueblo de Chile, propiciada por Videla y Pinochet, que fue detenida, a horas de su inicio, en diciembre de 1979. Esto marcó un punto de inflexión hacia el progresivo debilitamiento de la dictadura, que culminó con la derrota en la Guerra de

Malvinas, en mayo de 1982. A fines de marzo, pocos días antes del comienzo de la guerra, una gran movilización antidictatorial convocada por la CGT había llegado a la Plaza de Mayo. Fuertemente reprimida por la dictadura, dejó el saldo de un trabajador muerto.

El retorno a la democracia impuesto por esas luchas, con el gobierno radical de Raúl Alfonsín y el debilitamiento del peronismo, abrió expectativas que pronto se eclipsaron frente a la pretensión de imponer la ley Mucci, de atomización sindical con sindicatos por empresa, la aceptación de la deuda externa ilegítima y fraudulenta contraída por la dictadura, la imposición del Plan Austral y las primeras propuestas privatizadoras, rechazadas por la CGT y el conjunto del movimiento popular a través de paros y movilizaciones. La sanción de las leyes de Obediencia Debida y Punto Final demostró también que las condenas parciales del Juicio a las Juntas—que había tenido un impacto no desdeñable sobre la opinión pública—, eran fruto de los acuerdos con que el grupo hegemónico de la dictadura había asegurado su retirada. Eso, y la política desmalvinizadora, desmereciendo el sentimiento y la solidaridad populares que, sin desmedro de su posición antidictatorial, había acompañado la lucha y el heroísmo de los combatientes, expresaba la apoyatura del alfonsinismo en esos sectores. Lo cual sirve para explicar sus posiciones antiyanquis, pero también su “gorilismo” y la continuidad del proceso de desindustrialización iniciado por la dictadura, lo cual agravó la situación social y contribuyó a pavimentar su derrota en las elecciones presidenciales de 1989.

El triunfo de Carlos Menem, su traición al peronismo histórico y su acelerado tránsito desde una promesa de “Menemtroika” a una política de “relaciones carnales” con los EE.UU., tras el derrumbe de la URSS y la imposición de las recomendaciones del “Consenso de Washington”, implica un cambio de hegemonía e inaugura la década de “los noventa”, con una exaltación de la “globalización” y la consecuente pérdida de capacidad de decisión soberana de nuestro país, correlativa a la pérdida creciente de nuestro patrimonio nacional. Las privatizaciones de Ferrocarriles Argentinos, Aerolíneas Argentinas, Yacimientos Petrolíferos Fiscales (YPF), ENTEL y el

conjunto de empresas estatales, como prenda de un endeudamiento que en el transcurso de la década trepó de U\$S 60.000 millones a U\$S 152.000; la flexibilización laboral y la eliminación de conquistas históricas, afectaron a miles de trabajadores. Pero, contra el desconcierto inicial y de cara a la eclosión del desempleo, una oleada de “puebladas” y rebeliones provinciales, iniciadas con el “Santiagueñazo”, en 1993, marcó el fin del reflujó y el comienzo de un renovado período de ascenso de la lucha popular, retomando a un nivel superior, los procesos de auge registrados en la años 1960 y 1970. El mismo tuvo como protagonistas principales, no ya a los trabajadores de los principales gremios industriales, sino a los trabajadores municipales y estatales, los maestros, y, principalmente, un gran movimiento de desocupados, que asumió el rol principal y se convirtió en eje de la recomposición del movimiento social, al que se sumaron los jubilados, y los estudiantes, principalmente secundarios. Su instrumento principal fueron los cortes de ruta, los piquetes y las asambleas populares, donde el protagonismo y poder de decisión pusieron en práctica el ejercicio de una soberanía popular alternativa y superior a la declamada por el sistema político oficial. Menem pudo “zafar” en 1998, de una grave recesión, y el agudizamiento de la crisis social –salvaguardado por el temor del conjunto de las clases dominantes a la pérdida de “gobernabilidad”– de ser expulsado del gobierno por una “pueblada”. La oposición dentro del régimen optó por derrotarlo, en 1999, por el camino electoral, utilizado como vehículo para fraguar otro tipo de alianzas internas y externas de poder. Pero la continuidad de la política de endeudamiento y ajuste desarrollada por el gobierno de la Alianza no hizo más que arrastrar aceleradamente a la crisis política y, tras un fallido intento de imponer el estado de sitio, se produjo su derrocamiento por una gigantesca rebelión popular en la que el pueblo, masivamente en las calles, lo echó. Se obtuvo entonces la declaración, transitoria, del no pago de la deuda externa, y durante cinco días se sucedieron cinco presidentes. Ese fue el Argentinazo.

Actualización del autor

Luego del “Argentinazo”, una de las cuestiones más controvertidas giró sobre la convergencia de los sectores medios con los trabajadores desocupados: ¿había sido circunstancial, incluso sólo atribuible al “egoísmo” de los sectores medios afectados en su bolsillo por el “corralito” de Cavallo?, ¿o expresaba la magnitud de la crisis estructural de la Argentina, y una tendencia que no debía ser subestimada por el movimiento popular? Esta discusión se agudizó cuando a mediados de 2002 la economía comenzó a salir de la recesión en la que se había precipitado en 1998, y se inició la recuperación que se verificaría hasta mediados del 2006, base del diagnóstico autocomplaciente que aún hoy exhibe el gobierno de los Kirchner. En realidad, la salida de la crisis económica no significó la salida de la crisis social, y menos aun de la crisis política, como se evidenció tras la ida del ministro de Economía Roberto Lavagna del gabinete de Néstor Kirchner. El desempleo, el deterioro del salario, la restricción y el congelamiento de los planes de ayuda que debieron implementarse luego del estallido del 2001 mantuvieron viva la intranquilidad popular, y a comienzos del 2008, la gigantesca rebelión agraria y federal que conmovió durante meses la Argentina, con amplio apoyo en las capas medias urbanas, demostraría que las brasas del “Argentinazo” no se habían extinguido –como muchos supusieron- y su rescoldo se reavivaba agitado por el “tsunami” de la crisis mundial, cuyos efectos comenzaron a descargarse sobre nuestro país. Desde entonces hasta hoy, otro hecho trascendental comenzaría a manifestarse, en pleno curso actualmente: la reaparición en el escenario social y político del movimiento obrero ocupado, con una ascenso de luchas que van desde petroleros y petroquímicos, la industria automotriz y autopartista, papelera, de maquinaria agrícola, hasta la heroica lucha de los obreros de Kraft-Terrabusi, que durante tres meses enfrentaron la arbitrariedad de la patronal norteamericana, que atropellara toda la legislación laboral del país, con la aquiescencia de la dirigencia sindical, y el apoyo de la represión del Estado.

La producción agraria y la propiedad latifundista de la tierra

Pablo Volkind¹

“Para fomentar con brazos útiles la población de la campaña se revisarán los terrenos disponibles y los sujetos dignos de esta gracia, con prevención que los más infelices serán los más privilegiados. En consecuencia los negros libres, los zambos de esta clase, los indios y los criollos pobres, todos podrán ser agraciados con suertes de estancia, si con su trabajo y hombría de bien propenden a su felicidad y a la de la Provincia (...) Los terrenos repartibles son todos aquellos de emigrados, malos europeos y peores americanos.”

José Gervasio Artigas, *Reglamento de tierras*, 1815

En los primeros años del nuevo milenio la Argentina alcanzó a una producción récord de 95 millones de toneladas de granos; las retenciones a las exportaciones agropecuarias jugaron y juegan un papel importante en la generación del superávit fiscal del Estado; se ampliaron las inversiones y el poder de los grandes monopolios proveedores de insumos y maquinarias en el sector, en tanto se multiplicaron las revistas y suplementos sobre el tema, y gigantes como la nueva potencia China se convirtieron en los principales mercados compradores de enormes volúmenes de soja producidos por nuestro país. Todos estos tópicos le otorgan una enorme relevancia al problema de la producción agropecuaria y la propiedad latifundista de la tierra. Un país que produce alimentos para 300 millones de personas pero cuya población padece de hambre y desnutrición infantil, denota que sólo un pequeño puñado de grandes monopolios imperialistas, terratenientes y burgueses intermediarios se han beneficiado de las políticas llevadas por los diversos gobiernos al tiempo que hundían en la miseria y la indigencia a las grandes mayorías populares. Este fue y es un proceso que hunde sus raíces en nuestra historia y que

1. Pablo Volkind historiador, investigador y docente de Historia Económica y Social en la Universidad de Buenos Aries.

presentó un salto hacia delante con la dictadura iniciada en 1976 y la posterior década menemista, en donde se produjo una extraordinaria concentración de la propiedad territorial en diversas zonas del país, buena parte a manos extranjeras.

La conquista, el dominio colonial y el origen del latifundio

Con la llegada de los españoles a estos territorios, buena parte de las comunidades originarias (esencialmente las que habitaban en el noreste y noroeste cultivando y criando ganado) sufrieron la confiscación de la mayor parte de sus tierras, de su libertad, autonomía y desarrollo independiente. El interés principal del dominio colonial fue la explotación de los minerales de la región andina y en torno a esa actividad, donde fueron masacrados millones de indígenas, el colonialismo llevó adelante la organización económica del área. Se cultivaba, se criaban mulas o se producían textiles en el noroeste argentino o en el litoral, para abastecer principalmente al Alto Perú (donde estaba el cerro de Potosí) o para el consumo –fundamentalmente– de los señores españoles que dominaban a escala local las pequeñas sociedades que conformaban esta área.

En el caso del Río de la Plata, la primera fundación de Buenos Aires por Pedro de Mendoza duró poco y nada debido a la resistencia de los Querandíes (un pueblo nómada), que se negaron a subordinarse, se retiraron y luego asediaron el fuerte habitado por los españoles. En esta expedición se introdujeron las primeras vacas y caballos, inexistentes en estas tierras, que se desbandaron y reprodujeron libremente. Cuando Garay funda definitivamente el puerto de Santa María en 1580, o sea la ciudad de Buenos Aires, esas vacas y caballos reproducidos naturalmente en las pampas pasarían a ser uno de los principales objetos de la actividad económica en estas tierras. Recordemos que estos españoles venían a ser “señores” a América. No se trataba de colonos, pequeños productores que venían a desarrollar su vida en base a su propio trabajo. Eran “segundones”, de familias de hidalgos, que venían a América a convertirse en señores de tierras e indios sometiéndolos a tributo. Trasladaban a estas

tierras bajo la política de la potencia colonial las relaciones feudales que predominaban en la metrópoli; sólo que acá se ejercieron en primera instancia sobre un pueblo ajeno, los pueblos originarios, dando a esas relaciones un carácter particular (racista), fruto de la dominación colonial. Los recién llegados estaban ávidos por ser propietarios y controlar grandes territorios como los duques, los condes, los señores españoles, los latifundistas andaluces, puesto que en aquella sociedad feudal el control de amplios territorios permitía disponer también del trabajo de los hombres, en la medida que esos hombres veían severamente limitada su libertad y la propiedad de lo que producían.

En nuestro caso, las poblaciones sometidas estuvieron compuestas en primera instancia por los pueblos originarios (las distintas comunidades subordinadas en las encomiendas) y en el área rural rioplatense por ese campesinado pastor ganadero que se fue conformando y por los primeros agricultores.

Esta avidez por el control de la tierra se conjugó con la política real, que procedió a su reparto, como se hizo en Buenos Aires. Garay distribuyó entre los españoles que lo acompañaban, a modo de merced real (donación que otorgaba el rey), un solar en la ciudad, una “suerte de chacra” en las afueras y una “suerte de estancia” más alejada. Mientras que la mayoría de los indios encomendados y los mestizos que acompañaban la expedición no tuvieron propiedad legal de la tierra, porque la propiedad legal en esa sociedad sólo podía usufructuarla una pequeña minoría de la población: los colonialistas.

Una vez apropiada la tierra y repartida así entre los conquistadores, era necesario ponerla en producción, pero en la zona de Buenos Aires y del litoral no existían pueblos originarios a quienes se pudiera someter a tributo en la producción agrícola o ganadera, dado que eran pueblos nómades. Por lo tanto, los españoles debieron aprovisionarse de mano de obra de otras regiones. En el caso de Buenos Aires, Garay entregó 64 encomiendas (esencialmente de guaraníes) traídos de su expedición en la zona de Asunción, que fueron los que construyeron las primeras calles y veredas, pero también los primeros que trabajaron en los campos.

Producto de la libre reproducción del ganado vacuno en la zona rioplatense (durante más de 100 años), la producción en esta región estuvo caracterizada por lo que se ha denominado “la vaquería”. Las vaquerías eran expediciones de caza de ganado salvaje, cimarrón, que vivía libremente en gigantescas manadas en estos campos. Se lo cazaba, le sacaban el cuero, a veces se utilizaban también la grasa o las astas, y el resto quedaba para comerlo en el momento por parte de la expedición o no se aprovechaba. Era una actividad esencialmente extractiva. Los grandes terratenientes eran los únicos que tenían el derecho legal de ir a vaquear y la posesión de esas licencias generaba que esa acción se convirtiera luego en un antecedente para reclamar la propiedad del área donde se realizaba la vaquería. Es decir que la tierra dio origen al monopolio de la vaquería y el monopolio de la vaquería dio origen a ulteriores concentraciones de la tierra sobre la base de la expansión latifundista. La mayoría de la población flotante, que reproducía su vida en zonas no apropiadas ni por el Estado ni por los terratenientes, si vaqueaba lo hacía ilegalmente, de manera clandestina, y utilizaba esos cueros para elaborar su ropa o parte de la vivienda y para venderlos a algún pulpero, que a lo mejor, por diversos mecanismos podía revenderlo a un contrabandista. Esta vaquería ilegal representaba el modo por el cual una parte de la población obtenía medios de vida propios y esta era la razón por la cual los terratenientes necesitaban ejercer sobre ellos compulsiones extra-económicas para que trabajasen para otro. Esa gente, si no era obligada no se conchababa, dado que podía proveerse su medio de vida por sí misma, ya sea en las inmediaciones de la ciudad o en el propio campo, en las inmensas extensiones aún no apropiadas por los terratenientes, es decir, aquellas que constituían una zona (en particular en Buenos Aires) de frontera.² Lo mismo sucedía, en

2. Entendemos por frontera un área donde no llega la soberanía del Estado colonial y donde predomina la confrontación y el intercambio entre la población blanca y la originaria. Sobre todo es un área en donde no está completada no sólo la soberanía estatal del colonialismo español sino tampoco, en el plano económico, la apropiación jurídica de la tierra. Por lo tanto, no sólo es un área de intercambio, sino que además es un lugar donde se reproduce de forma más libre la vida de los que buscan escapar al control terrateniente. Por eso toda expansión de la frontera pasa a

esencia, en otras áreas del territorio, donde lo que se modificaba eran las actividades productivas que se desarrollaban, pero no la forma en la que se extraía el plus-trabajo.

El cuero en la región servía para múltiples fines: ropa, techos, carretas, etc., y a su vez, se podía transformar en un objeto de compraventa en el comercio con las otras regiones y con el exterior. Sin embargo, esta actividad estaba muy limitada porque el puerto de Buenos Aires estaba cerrado y se suponía que los barcos no podían arribar allí. Por lo tanto el comercio o la exportación de cuero a España tenía que realizarse por el trayecto hasta Potosí, de ahí a Cuzco, luego a Lima, al istmo de Panamá y finalmente a España; por eso se desarrolló un intenso contrabando.

Con la conquista y la dominación colonial no sólo se llevó adelante la expropiación de las tierras de las comunidades originarias, sino que también se impusieron nuevas relaciones de producción, las mismas que predominaban en España, las relaciones feudales. Esto implicaba que el que trabajaba para otro no lo hacía por razones económicas –como el obrero en la sociedad capitalista– sino por diversos mecanismos de compulsión extra-económica que se ejercían sobre él: la fuerza directa, las leyes, la costumbre, la cultura, la ideología, la subordinación a un terrateniente.

La explotación del trabajo de los originarios se realizó esencialmente a través de la imposición de obligaciones de prestar determinados servicios, de realizar ciertos trabajos en las minas, en las haciendas o en los obrajes textiles (esto sería la renta feudal en trabajo) o de rendir parte de su producción, que sería la renta en especies.

Con el terrible aniquilamiento de las poblaciones originarias fue adquiriendo mucho peso otra relación de producción –que fue secundaria sólo respecto de la feudal– que tuvo una enorme importancia en la artesanía doméstica y también en la producción rural en todo el territorio: la esclavitud del negro.

traducirse en expansión de la apropiación privada latifundista de la tierra y se va a traducir en la presión para subordinar a esa mano de obra constituida por la población flotante. Esto implicaba tres movimientos simultáneos: en el control estatal, en la propiedad de la tierra y en el control social.

Hacia el siglo XVIII, en la zona rioplatense, la situación se va modificando. El ganado cimarrón comienza a agotarse y se va desarrollando un cambio en las modalidades de explotación, consolidándose la unidad de explotación de la estancia colonial. Al mismo tiempo, crece la población de la ciudad de Buenos Aires y eso requiere un creciente aprovisionamiento de carnes y trigos. Los cueros van a tener cada vez mayor salida al exterior, sea por medio del contrabando o por las múltiples excepciones al cierre del puerto de Buenos Aires, y desde la segunda década del siglo XVIII, el puerto comienza a abrirse al comercio con España a través de los navíos de permiso. Finalmente en 1776 se crea el Virreinato y dos años después se realiza la apertura definitiva del puerto de Buenos Aires al comercio con diversos puertos de España. Esta fue una forma de flexibilizar el monopolio, para hacerlo más eficaz en un momento de crisis de la dominación española. ¿Por qué crisis? Porque la creación del Virreinato, a diferencia de lo que muchos plantean, no fue una iniciativa que daba cuenta de la fortaleza de la Corona Española sino que, por el contrario, era una medida dirigida a modernizar y reforzar la dominación colonial amenazada por el debilitamiento de España, por la competencia de Inglaterra y por otros factores.

Incentivada por la apertura del puerto de Buenos Aires al comercio con España, que ahora permitía legalmente obtener enormes beneficios de la venta de cueros, se produjo una gran expansión de la apropiación latifundista de la tierra en la región. El poder colonial y la Corona tenían enormes necesidades fiscales y la apropiación del suelo por medio de denuncias, composiciones y ventas podía generar algunas entradas. La composición era la oferta de un monto de dinero por la tierra y la denuncia consistía en exigir el título legal a partir del reclamo de posesión histórica de una tierra. El Estado, a través de esta denuncia, permitía a sectores terratenientes apropiarse gratuitamente de tierras donde desenvolvían su vida pueblos enteros. Para esos terratenientes y el Estado, la de esos pueblos era una ocupación precaria, ilegal. Esto era parte del derecho que manifestaba en el plano de la superestructura

las relaciones sociales fundamentales, donde a la vez el oprimido, el productor, el trabajador disponía legal o ilegalmente de medios de vida. Los campesinos que vivían en esas tierras tenían dos opciones: irse y seguir sobreviviendo inestablemente en la frontera o someterse a los terratenientes y convertirse en un arrendatario forzoso. Esta fue una de las formas en las que se manifestaron en el Río de la Plata las relaciones de producción fundamentales en el campo. Junto con el arrendamiento forzoso se desarrollaron otras formas de sujeción de la mano de obra, como el peonaje obligatorio y la condición de agregado.

A partir de la última década del siglo XVIII, se acentuó la apropiación latifundista del suelo y los reclamos de tierra. Resulta ilustrativo que 100 reclamos que realizan grandes terratenientes en este período, terminan con la apropiación de un millón de hectáreas aproximadamente. En estos enormes latifundios predominaba la producción ganadera con el objetivo de exportar cueros o sebo.

En suma, la propiedad latifundista tuvo su origen en la época colonial y estructuró una sociedad de campesinos compelidos a entregar un tributo por presión extraeconómica, campesinos que fueron la contracara del gaucho perseguido, que precisamente era perseguido porque huía a la frontera para escapar del control estatal y terrateniente. Gauchos que serían los “vagos y mal entretenidos”, justamente porque no querían trabajar para otro, por resistirse, y a los que el poder colonial trató de obligar por diversos mecanismos compulsivos. Por otro lado, una clase dominante constituida por los intereses que la Corona representaba y secundariamente por una clase terrateniente criolla poderosa que se había desarrollado al calor de las nuevas relaciones de producción impuestas y de las formas de propiedad colonial.

En un proceso de 300 años, sectores importantes de esa clase terrateniente, muchos de ellos ya criollos, van a entrar en contradicción con el dominio colonial y con el poder que lo representa y se van a transformar en una parte muy importante del proceso emancipador, mientras que otros seguirán sosteniendo hasta el final el poder realista.

La propiedad de la tierra tras la derrota del colonialismo

El estallido revolucionario de Mayo y la lucha por la independencia fueron posibles por la confluencia y unidad (a veces formal y otras veces en los hechos) de múltiples fuerzas sociales. Eso se expresó en una heterogeneidad de proyectos y propuestas respecto de la lucha por la independencia y sobre cuál debía ser el proceso de la nueva patria que se buscaba organizar.

Desde Mayo en adelante encontramos una corriente social que expresaba los intereses de grandes terratenientes y comerciantes intermediarios, importadores y exportadores, que buscaban acabar con el dominio colonial para comerciar libremente sin el control y la tutela del monopolio español, pero tratando de preservar hasta el final las relaciones de producción y la forma de propiedad que ellos representaban y de la cual se beneficiaban: la propiedad latifundista y toda la estructura social que se erigía sobre ella, es decir las relaciones semif feudales de tipo compulsivo garantizadas por un poder estatal de carácter aristocrático que excluyera de las decisiones a las grandes mayorías. Esta estructura impedía la formación del capital y la diversificación productiva, impedía el desarrollo de la industria y hasta de la agricultura, afirmando y afianzando el exclusivismo ganadero, que es lo que resultaba rentable para la exportación.

Por el otro lado, encontramos un sector de la intelectualidad, que, proveniente de esos sectores o de la pequeña burguesía y de sectores medios urbanos, plasmaba en los programas con los que inicia la lucha emancipadora otros planteos: buscaba, junto con la independencia, abrir paso a una revolución democrática, en el sentido de antifeudal, no sólo en el plano político sino también económico, que implicaba reformar la matriz latifundista de la propiedad del suelo, base de la estructura social antidemocrática. Obviamente allí donde fueron convocados a la lucha por su libertad y por la independencia, las masas campesinas, los esclavos liberados para sumarse a los ejércitos, los artesanos, etcétera, vieron en la independencia la posibilidad de alcanzar sus propias reivindicaciones, porque el po-

der colonial perpetuaba la servidumbre, la esclavitud, el ahogo del mercado interno, la falta de apoyo a las artesanías locales.

Todas esas fuerzas confluyeron, en lo que podría considerarse un gran frente político de hecho, con un blanco que era el poder colonial español y los realistas. Estas corrientes democrático-revolucionarias (que finalmente fueron derrotadas) elaboraron proclamas y programas donde el problema de la democracia, la libertad, la protección de las producciones internas y la necesidad del reparto de tierras constituían una necesidad de primer orden. Así surgieron los planteos de la denominada “izquierda de Mayo”, distinta de la corriente liberal aristocrática o conservadora que expresaban los grandes terratenientes y comerciantes. En las proclamas de Belgrano, de Artigas y de Castelli, que tan vigentes son todavía ahora, a principios del siglo XXI, se evidenciaba un reclamo que todavía hoy tiene un contenido revolucionario, en el sentido que exige una revolución para poder concretarse.

A partir de la Revolución de Mayo y la posterior guerra revolucionaria en muchos casos se fueron relajando las relaciones de dominación y opresión de los terratenientes sobre las masas campesinas (sobre todo debido a que grandes contingentes de esas masas participaron en las luchas) y algunas formas antiguas de esa dominación de tipo feudal fueron caducando. Sin embargo, el proceso en su conjunto no culminó con una transformación de la estructura económico-social heredada de la colonia, no se abrió paso junto con la independencia una revolución democrática burguesa, los latifundios no fueron expropiados, no se repartió la tierra y no se transformaron en profundidad las relaciones de producción dominantes que se heredaban de la época colonial.

Bajo la hegemonía de los terratenientes y sus socios los comerciantes portuarios, comenzó a desarrollarse un proceso caracterizado por la expansión de la frontera “contra el indio” y la apropiación de crecientes extensiones de tierras por un núcleo de grandes propietarios. Al mismo tiempo, se generó una fragmentación muy grande y una agudización de las contradicciones entre las distintas regiones, impidiendo la formación de un mercado interno nacional unificado y por ende, la estructuración de un Estado nacional unificado.

En Buenos Aires, se produjo el “corrimiento” de la frontera que se tradujo automáticamente en la expansión de la soberanía estatal blanca, en la apropiación latifundista de la tierra y por lo tanto en un poder mayor para subordinar a la población flotante: “los vagos y mal entretenidos”. Toda clase explotadora consideró y considera siempre que los que trabajan, los explotados, son vagos; pero en este caso todo un repertorio legal gigantesco se desarrolló para subordinar y lograr extraer el plustrabajo de las masas agrarias: desde las leyes de vagabundaje y mal entretenimiento, el Bando de Oliden en 1815, hasta el tardío Código Rural de la Provincia de Buenos Aires sancionado en 1865. Estas fueron las formas jurídicas en las que se materializó la relación social dominante.

Hitos destacados de este proceso fueron las campañas de Martín Rodríguez, donde la antigua merced real se fue transformando, en la época de la oligarquía criolla, en los premios militares. Y luego, sobre la base de estas campañas, se produjo la Ley de Enfiteusis –impulsada por el ministro Rivadavia– que permitió un salto en la apropiación privada latifundista de la tierra, dado que no se estipulaba la superficie máxima a dar en enfiteusis, no se prohibía el subarriendo, y a la vez las concesiones de tierras eran otorgadas por un jurado de vecinos, donde estaban el juez de paz y otros terratenientes, que se entregaban entre ellos los terrenos disponibles a un muy bajo canon, que en la mayoría de los casos nunca abonaban. Esto a su vez permitió –al no existir un límite máximo– un gran salto, por el cual al llegar 1830, 538 enfiteutas se habían repartido 8.656.000 hectáreas de las mejores tierras de la provincia de Buenos Aires; entre ellos se destacaban familias como los Acevedo, los Anchorena o los Alvear.

Posteriormente, durante el gobierno de Rosas, algunos propietarios de tierras adversarios fueron confiscados al tiempo que se consolidó el gran poder terrateniente de sus sostenedores. Con Rosas la famosa restauración de las leyes, modificaciones a las leyes coloniales para garantizar el orden en la campaña a través de mecanismos patriarcales y de dominación típicamente pre-capitalista, se dio sobre la base de haber logrado apoyo de masas contra el despotismo

unitario. Por lo tanto, Rosas consolidó el latifundio y las relaciones sociales preexistentes.

Al mismo tiempo se fue desarrollando el saladero desde los primeros tiempos de la vida independiente. Al romperse las trabas del monopolio comercial de España mejoraron las condiciones para su desenvolvimiento. ¿Qué era el saladero? Un establecimiento que requería vacas, tierra, peones, sal, y un puerto para la salida. Se elaboraba tasajo o charqui, que era carne salada, lo que permitía entonces su conservación, y se exportaba como alimento hacia las zonas esclavistas. Aunque tuvo su importancia como antecedente de algún tipo de industria agroalimentaria, al mismo tiempo reforzó el poder de un sector de los terratenientes y el exclusivismo ganadero. Durante la década de 1830, Rosas extendió la frontera (en su famosa expedición al desierto de 1833), obteniendo nuevas tierras, pactando con algunos pueblos originarios y hostilizando y asesinando a otros, y garantizando a su vez el abastecimiento de los saladeros con la sal de la Salina Grande.

Hacia 1850 se desarrollan dos procesos: la expansión del ganado ovino, especialmente en la provincia de Buenos Aires, y las primeras experiencias de colonización agrícola en el Litoral, vinculados a las transformaciones en el comercio mundial, a la expansión del comercio transoceánico y a la industrialización de Francia y Alemania.

El ganado ovino, que había sido introducido con anterioridad, sufrió una gran expansión a partir de 1850, vinculada esencialmente con la demanda del mercado exterior. A pesar de que lo fundamental de las relaciones comerciales se habían establecido con Inglaterra, no fueron los ingleses (que se abastecían en otras regiones) los principales compradores de lana, sino los franceses, los belgas y los alemanes, inaugurando vínculos comerciales con otras potencias europeas (lo que tendría su importancia después, en la época del imperialismo). Este tipo de actividad económica requería de un mayor volumen de mano de obra, no sólo para cuidar las majadas sino principalmente para realizar tareas temporarias como la marcación, la doma y esencialmente la esquila. Parte del salario que recibían los temporarios se establecía en comida, vivienda y “vicios” (como

llamaban las clases altas y los terratenientes a las necesidades de los peones) y sólo una pequeña parte en moneda, que terminaría siendo cambiada en la propia proveeduría de la estancia o la de algún socio del estanciero; es decir que mucho del ingreso de ese trabajador era sólo un estipendio de apariencia salarial. Sin embargo, en 1860-1870, la producción asalariada comenzó a adquirir una mayor importancia, especialmente en Buenos Aires, asociada principalmente a ciertas actividades urbanas, aunque en un proceso complejo y contradictorio, que también se caracterizó por la promulgación del Código Rural de la provincia de Buenos Aires (1865), muestra clara de la dificultad que todavía tenían los grandes propietarios para hacerse de trabajadores en las zonas rurales, y del peso que mantenían diversos mecanismos de presión extraeconómica (en este caso legal) para ese fin. Aún eran etapas de la historia argentina en donde la frontera hacia el sur estaba abierta, y, para un sector de la población, era posible sobrevivir “escapando” de la explotación.

Recién hacia 1870 comenzó la introducción del alambrado (importado) exigido por las nuevas tareas, que fue modificando el sentido de la propiedad. Se requería una demarcación mucho más precisa para poder cuidar y controlar al ganado ovino que paulatinamente se iba refinando. La inmensa demanda textil originada por el constante aumento de la industria europea alentó la cría de merinos, cuya producción pasó a superar a la del ganado vacuno, generando un retraimiento y desplazamiento de este tipo de animales hacia zonas marginales. La vieja vaca criolla fue orientada hacia la periferia y los campos más cercanos al puerto se poblaron de ovejas.

La adaptación al mercado mundial demandante era una consecuencia del control que sobre la producción agropecuaria tenían los grandes terratenientes, que orientaban inevitablemente la producción ganadera a la exportación dado que era allí donde podían realizar su renta. Este es un aspecto fundamental al que se debe atender para poder explicar por qué no se desarrolló la industria y por qué los importantes ingresos que generó la exportación de lanas y posteriormente de carnes y de granos no se transformaron mayormente en capital. Estos terratenientes que se fueron adaptando a las nuevas

condiciones del mercado mundial constituyeron el factor que orientó la economía “hacia fuera”.

Mientras esto sucedía con la ganadería, especialmente en la provincia de Buenos Aires, comenzó a desarrollarse el proceso denominado “de colonización agrícola” en el litoral. Las primeras colonias se desarrollaron en las provincias de Santa Fe y Entre Ríos. En el origen del proceso, la Confederación Argentina con capital en Paraná quería equilibrar el poder de Buenos Aires poblando el área, y a la vez, ese sector de terratenientes cuya producción no había progresado por las guerras civiles, buscaba valorizar sus propios campos haciendo posible la producción agrícola en las menos fértiles (que van a dar a las colonias), lo que automáticamente, por el mecanismo de la renta diferencial, valorizaría las propiedades de los grandes estancieros del centro de Santa Fe. Todas esas razones, ideológicas, de coyuntura, de disputa de poder, hicieron posible el inicio de una colonización que pretendió estar sustentada en la llegada de inmigrantes que poblarían y se transformarían en propietarios de la tierra, por lo menos en teoría, a partir de una política oficial de orientación de la colonización.

Esta primera etapa de colonización, que se extiende aproximadamente de la década de 1850 a principios de 1860, se va a desenvolver a través de un contrato que se hacía con algún empresario europeo. A este sujeto se le entregaba la tierra a un bajo costo y ese empresario reunía familias europeas y las instalaba.

Pero a la vez, aún en los marcos de esta colonización oficial, el acceso a la tierra no fue libre y casi gratuita como en Estados Unidos con la Ley del Hogar de 1862, sino que aquí se realizó sobre la base de un “rescate” que el colono tenía que hacer de esa tierra, pagando un canon al empresario colonizador. No hubo apropiación libre de la tierra pese a la aparición sintomática de estos primeros ensayos de colonización agrícola.

Algunas colonias pudieron progresar y muchas otras fracasaron, pero estas experiencias no se generalizaron, no fue el camino que predominó en el resto del país, ni mucho menos en la provincia de Buenos Aires. Posteriormente, se abrió paso la colonización privada

que dio lugar a una agricultura de arrendatarios que en lo esencial no accedieron a la propiedad de la tierra que trabajaron.

Todo el proceso abierto con la caída de Rosas, la adaptación al mercado mundial, la unificación estatal a través de tres grandes guerras (la represión a las rebeliones provinciales, la guerra del Paraguay y la “Conquista del Desierto”) que van completando la formación del Estado oligárquico en manos de la clase terrateniente nacional con la hegemonía de Buenos Aires, culmina en el plano que nos ocupa –el de la propiedad de la tierra y la producción agropecuaria– con la llamada Conquista del “Desierto”. En 1879, Roca llevó adelante una expedición punitiva donde arrinconó y aniquiló a los originarios (muchos fueron transformados en semi-siervos como puesteros de las grandes estancias ovinas de la Patagonia, o fueron llevados como seudoesclavos para trabajar en el servicio doméstico de las casas de la oligarquía en Buenos Aires), para incorporar rápidamente las tierras del oeste y el sur del territorio a la jurisdicción estatal. La tierra ya estaba repartida en lo esencial de antemano. Similar lógica siguió Benjamín Victorica en la campaña al Chaco, en la misma década de 1880. Todo este proceso señala a las claras cómo la concentración de la propiedad territorial en la Argentina no fue el producto o el resultado del desarrollo capitalista del agro. Al contrario, el monopolio de la propiedad del suelo fue un condicionamiento previo no sólo del desarrollo capitalista sino de la puesta en producción de la tierra.

Por lo tanto, en el momento en que se abre a fondo el país a la inversión extranjera, en un proceso que algunos llaman de modernización y que es de consolidación de la estructura social moderna de la Argentina a través de dos factores principales: la dominación imperialista sobre nuestra economía y nuestros mercados (es decir la dependencia) y la perduración de la propiedad latifundista, es en ese mismo momento que culmina la larga historia de la apropiación privada latifundista de la tierra, iniciada desde la conquista española en Buenos Aires y otras zonas del país. Fue un proceso que se desarrolló en beneficio de la clase terrateniente, cuyo origen hemos reseñado desde la época colonial y que no pudo ser destruida por la revolución de Mayo. Por lo tanto, al tiempo que la conquista del

“desierto” multiplicaba el poder latifundista, esa misma clase social –para acrecentar sus rentas y su poder– abría el país al capital extranjero convirtiéndolo en dependiente. Su base estaba en la ampliación del poder latifundista de la tierra, estimulada por la oportunidad de grandes ventas a Europa.

Esta nueva situación creó, por un lado, condiciones para la expansión del capitalismo, tanto en términos de propiedad como de confiscación de los productores directos: aquel gaucho que se creía libre y que buscaba zafar del control terrateniente fue perdiendo esa condición y pudo ser transformado en un paisano, en un obrero rural, al tiempo que se incrementaba la inmigración. Se generaron condiciones para el desarrollo de relaciones asalariadas, para la proletarianización de sectores agrarios que antes tenían acceso directo a ciertos medios de producción, aunque fue un proceso lento y desigual en las diversas regiones del país. Pero por otro lado, esta situación consolida el poder de la clase terrateniente generando gigantescos latifundios. Se van a expandir las relaciones de producción capitalistas en el país, no por el triunfo de una revolución burguesa y popular contra las estructuras pre-capitalistas, sino por obra de la expansión del capital imperialista al que le abrió la puerta la clase dominante argentina. Por eso mismo, el capitalismo se va a expandir de un modo deformado, unilateral, condicionado por la dependencia y por el fortalecimiento del latifundio. Esto se evidencia si se lo contrasta con lo sucedido en Estados Unidos: allí, en abierta pugna con el sur latifundista y esclavista y después de su derrota, la colonización que se fomentó con el pleno predominio de la burguesía industrial en el Estado fue libre y más democrática, con límites al tamaño de las parcelas y otras regulaciones. En ambos casos la “conquista” se hizo en desmedro de los pueblos originarios de cada uno de los territorios, pero en Estados Unidos fue en beneficio del desarrollo burgués, que requería la constitución de una capa de pequeños propietarios que consumieran los productos de la ciudad y abastecieran de alimento barato a las urbes industriales, mientras que en nuestro país se hizo en beneficio de los terratenientes, reforzando el patrón agro-exportador, orientado hacia el mercado externo.

En 1880 ya se había desarrollado el proceso de la lana y sonaba el momento de los frigoríficos y la expansión agrícola. Por lo tanto, la puja por expandir la frontera, completar la dominación del territorio y extender la propiedad latifundista del suelo estaba acelerada en primer lugar, por la alianza con el capital extranjero que exigía países constituidos, Estados estables, fronteras y seguridad; pero también los terratenientes requerían nuevas tierras para poder desplazar las ovejas hacia el sur y criar vacas en las zonas más cercanas a los frigoríficos y los puertos.

La consolidación de la estructura agroexportadora

Hacia 1880 comienza a desarrollarse un proceso caracterizado por las inversiones de monopolios extranjeros, esencialmente ingleses. Se incrementa la demanda de carne y comienzan a instalarse los primeros frigoríficos a partir de 1883. En un primer momento procesaban la res ovina, que por su menor tamaño, se adaptaba mejor a las condicionares técnicas disponibles para el congelamiento. Esto condujo a un proceso de desmerinización (reemplazo de la raza Merino por la Lincoln, que poseía lanas más largas y mayor y mejor rendimiento cárnico). El ganado ovino refinado se extiende por Buenos Aires y el sur de Córdoba y Entre Ríos, desplazando a los merinos hacia los nuevos latifundios ubicados en la Patagonia. Al mismo tiempo se fue incrementando la exportación de vacunos en pie. Hacia fines del siglo XIX (1890-1900) comenzó el descenso de la exportación de lana y el ovino fue perdiendo importancia al tiempo que los ingleses (que ya habían desarrollado la tecnología para congelar volúmenes de carne más grandes) prohibieron la exportación de ganado en pie (por una supuesta fiebre aftosa que coincide con la apertura de frigoríficos de ese mismo origen en nuestro país). Dan comienzo así a la expansión de las operaciones de estos establecimientos sobre la base de la exportación, ahora, de ganado vacuno refinado a partir de cruza con nuevas razas, el mejoramiento de las pasturas y el alambrado de los campos.

¿Cómo lograron los terratenientes ganaderos implantar esas pas-

turas en sus campos para mejorar los planteles vacunos? Benigno del Carril, en 1892, lo explicaba de la siguiente manera: “La tierra se divide previamente en potreros alambrados de 1.600 a 2.000 hectáreas, y en seguida se subdivide en lotes amojonados y numerados de 200 hectáreas, sin alambrado intermedio. Estos lotes se arriendan a chacareros italianos con elementos y recursos propios, a razón de 4 pesos la hectárea, por el término de 3 años, con la obligación de dejar el terreno sembrado con alfalfa al finalizar el contrato”.

Una vez finalizado dicho contrato, la familia inmigrante debía procurarse otra parcela de tierra para poder seguir sobreviviendo, lo que la exponía a una situación de extrema precariedad y subordinación. De esta manera, los terratenientes se aseguraban el mejoramiento de las pasturas, casi no efectuaban desembolso, percibían el arriendo correspondiente e imponían una serie de cláusulas a los arrendatarios que operaban en su beneficio.

Al mismo tiempo, entre fines del siglo XIX e inicios del XX, se fue desarrollando una gran expansión de la agricultura estimulada por la demanda del mercado mundial. Miles de inmigrantes que fueron arribando a estas costas con el sueño de transformarse en colonos terminaron arrendando una parcela de tierra dado que el acceso a la propiedad de la misma estaba vedado. La tierra ya había sido apropiada antes de su puesta en producción por los grandes terratenientes.

Bajo estas condiciones se expandieron los cultivos de maíz, trigo y lino al tiempo que se incorporaba una dotación imprescindible de maquinaria agrícola (mayoritariamente extranjera) que permitía poner en producción la tierra. La necesidad de importar estas herramientas grafica las trabas que emanaban de la estructura económico-social nacional, que limitaban severamente el desarrollo del mercado interno y la producción industrial. Estructura coherente con un país que iba consolidando su condición de dependiente del imperialismo en el marco de la impuesta “división internacional del trabajo” establecida por las grandes potencias mundiales a fines del siglo XIX.

Las tareas de cosecha requerían un número cada vez mayor de personas, fundamentalmente para el maíz, dado que se realizaba manualmente. Estos trabajadores estaban expuestos a jornadas muy ex-

tensas –de sol a sol–, a una pésima alimentación, a importantes riesgos físicos y a la casi inexistencia de viviendas en las explotaciones donde desarrollaban su tarea. La expansión de la agricultura en estas condiciones condujo a la conformación de un enorme contingente de trabajadores, esencialmente transitorios, que eran contratados para la preparación del suelo, el cuidado de los cultivos y principalmente la cosecha. Estos jornaleros, junto a los carreros, estibadores, hombreadores –que desempeñaban sus tareas en las estaciones del ferrocarril– fueron constituyendo la masa, imprescindible, de asalariados rurales.

En el caso de los campesinos arrendatarios, también desarrollaban sus tareas condicionados por múltiples imposiciones fijadas por los grandes terratenientes, los almaceneros de ramos generales, los empresarios de trilla (que eran en su mayoría comerciantes y terratenientes que habían adquirido trilladoras –las máquinas más costosas– pasando a controlar una fase fundamental del proceso productivo), los ferrocarriles y los monopolios comercializadores. Generalmente, los contratos estipulaban que los arrendatarios se aseguraran contra el granizo, alquilaran maquinarias y comprasen sus bolsas únicamente a los grandes terratenientes, que también eran dueños de las tiendas y almacenes del lugar. Para obtener créditos, los colonos debían garantizar el pago con su cosecha, vendiéndola a los comerciantes locales. La tierra puesta en producción por ellos, se valorizaba, incrementando su precio y alejando aún más las posibilidades de los pequeños y medianos campesinos de poder acceder a la propiedad. Esta valorización tenía también su correlato en el aumento del monto de los arrendamientos, que treparon al 30% o más de la cosecha en los inicios de la década de 1910.

Frente a esta terrible situación, antecedido por la rebelión de los colonos de Macachín –La Pampa–, estalló el Grito de Alcorta en 1912. Los pequeños y medianos chacareros protagonizaron uno de los hitos de la lucha agraria más importante en la Argentina, dando origen a la Federación Agraria Argentina, y al año siguiente, a su periódico.

Las pésimas condiciones de vida y de trabajo de chacareros y peones se prolongaron durante toda la década de 1910 y una vez

finalizada la Primera Guerra Mundial, recrudecieron los conflictos sociales, no sólo en el campo sino también en las ciudades. Crecieron las organizaciones de chacareros y trabajadores rurales, quienes protagonizaron grandes luchas exigiendo, en el caso de los primeros, mejores condiciones de arrendamiento y posibilidades reales de acceso a la propiedad territorial; y en el caso de los peones, incrementos salariales, comida y vivienda digna y acortamiento de la jornada laboral. Entre 1918 y 1922 los conflictos se extendieron por varias provincias, alcanzando una gran violencia en algunas zonas, que incluyeron enfrentamientos armados y quema de parvas. Inclusive, hacia 1920 la Federación Agraria Argentina y una de las organizaciones de trabajadores orientadas por los sindicalistas revolucionarios (la denominada Federación Obrera Regional Argentina del 9º Congreso) llegaron a firmar un pacto donde se comprometían a colaborar mutuamente en su lucha contra los terratenientes, empresas de transportes y casas comercializadores, a quienes identificaban como sus principales enemigos.

La lucha de la Federación Agraria Argentina logró arrancar la sanción de la primera Ley de arrendamientos y aparcerías rurales (1921) que prescribía un mínimo de 4 años para los arrendamientos, fijaba la indemnización por las mejoras realizadas en la explotación y la inembargabilidad de los útiles e implementos de labranza indispensables para el sustento de la familia del agricultor. Esta legislación, aunque con muchas deficiencias, inició un derecho agrario que fue expresión de las conquistas que lograron los arrendatarios y que hoy no existe más.

Pero no sólo en la región pampeana se desarrollaron los conflictos en el ámbito rural. Entre 1919 y 1921 también los peones rurales patagónicos fueron protagonistas de las gloriosas jornadas de lucha en las estancias ovejeras del sur; los cañeros y trabajadores en los ingenios azucareros tucumanos, los hacheros en La Forestal, que mantenía el monopolio del tanino desde el norte de Santa Fe hasta el oeste de Salta. Estos episodios constituyeron jalones muy importantes en la historia de las luchas populares argentinas y concluyeron con una feroz represión por parte del gobierno.

En este período, también, los monopolios imperialistas lograron hacerse del control de los frigoríficos, ferrocarriles y casas exportadoras de cereales. En el caso de las firmas cerealeras, cuatro grandes controlaban el negocio: Bunge y Born, Dreyfus, Weil Bruders y Huni y Wormsser. Un caso similar sucedió con los frigoríficos, aunque la disputa en esta rama se concentró entre los ingleses y los norteamericanos. A lo largo de este período, la técnica del enfriado fue desplazando al congelado (conservaba mejor el sabor de la carne) y por lo tanto los establecimientos estadounidenses –creadores de la innovación– incrementaron su peso en las exportaciones. La disputa por el control del mercado de las carnes y las ventas para el consumo interno de los ingleses se reflejó en la lucha por la disponibilidad de bodegas frigoríficas, que fue denominada “guerra de las carnes”. El contenido central giraba alrededor de cómo iban a repartirse las bodegas de embarque del producto para Inglaterra. Este conflicto presentó varios momentos, que se extendieron durante las décadas de 1910 y 1920, y resultaron en acuerdos transitorios entre las dos potencias (donde terminaron predominando los estadounidenses), al tiempo que casi eliminaron del negocio a los establecimientos de origen nacional. Estas disputas también tuvieron su correlato en el interior de la clase terrateniente, donde se fue generando una división y creciente disputa entre aquellos que se dedicaban a la cría del ganado y los invernadores. Estos últimos, agrupados esencialmente en la Sociedad Rural Argentina, se dedicaban al engorde final del animal, poseían las mejores pasturas y fueron los que establecieron vínculos directos con los frigoríficos, subordinando de esta manera a los criadores, que estaban atados a sus pedidos y demandas.

En suma, esta expansión agropecuaria de la Argentina “próspera”, del apogeo oligárquico, estuvo condicionada por la dominación imperialista y la perpetuación del latifundio. La clase terrateniente, durante este período, acrecentó a extremos nunca vistos sus rentas, como no se podrían haber imaginado sus abuelos hacendados de 1800. Cuando hablamos de grandes terratenientes en 1900, hablamos de los Montes de Oca, de los Pereira Iraola, de los Anchorena, de los Santamarina, familias que monopolizaban más de 400.00 hec-

táreas cada una; un puñado de propietarios de gigantescas superficies, iguales a países enteros de Europa. Propietarios que no podían enriquecerse sin que el ferrocarril funcionara, sin que las cerealeras comprasen los granos, sin que los frigoríficos procesaran la carne (y se llevasen todas las ganancias al exterior, como hacen los capitales imperialistas). La condición de ese dominio era la necesidad de esta clase social y en particular de los grandes terratenientes, de encarar ese tipo de “desarrollo”, convirtiendo al país en dependiente.

Al mismo tiempo, al calor de este proceso y como su contracara, en este período se fueron expandiendo y pasaron a predominar las relaciones de producción capitalistas, muy ligadas a ciertas actividades portuarias, a los ferrocarriles, a los comercios de las escasas grandes ciudades y al trabajo transitorio en la cosecha del trigo y maíz en la región pampeana, que requería de 200.000 a 300.000 jornaleros. Era un predominio cualitativo, muy condicionado, deformado y trabado por la propia dependencia que desarrollaba las ramas productivas requeridas por las potencias imperialistas, y por la existencia del latifundio, que dificultaba terriblemente la conformación de una capa de agricultores fuerte y poderosa capitalizados en el agro. A su vez, esta nueva estructura económico-social perpetuaba y recreaba múltiples relaciones de tipo precapitalista en bastas regiones del país e inclusive en las estancias ganaderas de la propia región pampeana, donde la herencia precapitalista se manifestaba con todo su peso como sucedía en la Patagonia o en los yerbatales del Chaco. Con la crisis del 30 y la ruptura de las relaciones comerciales internacionales se desestructuró la economía argentina, dejando al descubierto las profundas consecuencias de la dependencia y del latifundio. En este marco, tomó fuerza entre la oligarquía terrateniente la consigna levantada por la Sociedad Rural Argentina: “comprar a quien nos compra”. El objetivo era mantener la “relación especial” con Inglaterra, reforzando los estrechos vínculos forjados en décadas anteriores, y evitar la disminución de los embarques de carne hacia ese país. Fue este el antecedente del tristemente afamado Tratado Roca-Runciman, celebrado hacia 1933, que implicaba el compromiso de Inglaterra de comprar una muy baja cuota de carne

enfriada a cambio de la liberación de la remisión de todas las utilidades, del congelamiento arancelario para todos los productos de origen británico y el cumplimiento en tiempo y forma de pago de la deuda externa, entre otros aspectos. Como manifestó en esa ocasión Julio Roca hijo, (vicepresidente de la Nación en aquel momento): “por su interdependencia recíproca, desde el punto de vista económico, somos una parte integrante del Reino Unido”.

En este período, caracterizado por el agotamiento de la frontera agropecuaria, para continuar incrementando la producción se requerían prácticas más intensivas basadas en la utilización de nuevas maquinarias, fertilizantes, agroquímicos y modificaciones genéticas, entre otros elementos. Justamente de todo esto careció la Argentina; la ausencia de políticas que alentaran el desarrollo de la investigación y la inversión en estos rubros generaron las condiciones que llevaron al inicio de un período de estancamiento en los rindes y en los niveles de producción de las cosechas.

La crisis produjo, también, otros efectos relacionados con la concentración de la propiedad territorial, situación que se evidencia en los datos arrojados por los censos: para 1914, el 50,5% de las explotaciones agrícolas estaba a cargo de sus propietarios, mientras que en 1937 sólo el 37,9% se encontraba en esta situación en todo el país.

Las dificultades para exportar granos generó la retracción de la producción agrícola en detrimento de la ganadera. El deterioro de los ferrocarriles, la inexistencia de una flota mercante propia y la escasez de bolsas y silos para almacenar la producción agudizaron las dificultades económicas. Los contratos de arrendamiento mantenían las mismas características que en los períodos anteriores y la tierra continuaba concentrada, en su gran mayoría, en muy escasas manos. Con la intención de destinar dichas tierras para la cría o internada de ganado, fueron expulsados miles de arrendatarios, generando una situación aún más difícil y precaria para una gran masa de la población rural que se vio obligada a migrar hacia las ciudades. Este primer movimiento de las zonas rurales hacia las urbes estuvo protagonizado por familias que no procedían, en aquel primer momento, de

las zonas extra-pampeanas sino de la misma pampa húmeda, fueron esos mestizos y gringos los que migraron hacia las ciudades.

El peronismo y el agro

Con el advenimiento del peronismo la situación cambiaría sustancialmente. Ya desde 1943 se detuvo el proceso de expulsión de arrendatarios, prorrogando los contratos de arrendamiento y suspendiendo los juicios de desalojo.

Unos años después, en 1948, se dictó una nueva ley de aparcería y arrendamiento rural que daría al arrendatario estabilidad en la tierra por 8 años (5 años con opción a otros 3), además de otros beneficios respecto de la capacidad de negociación del monto de los contratos, las condiciones de vida en la tierra arrendada, la garantía de indemnización por mejoras introducidas, eliminando legalmente las restricciones a las que los terratenientes los sometían hasta el momento. A estas medidas, se sumó la regulación estatal de los cánones de arriendo en un contexto inflacionario, que implicó una rápida licuación de la parte de la renta del suelo percibida por los arrendadores. Estas medidas, sumadas a la nacionalización del Banco Central, de los depósitos bancarios y la creación de líneas de crédito agrarios a una baja tasa de interés, permitieron que muchos pequeños y medianos productores pudieran de esta manera acceder a la propiedad de la tierra. Una tercera medida, en este mismo sentido, fue la aplicación de políticas estatales de colonización de tierras fiscales y privadas que, aunque no resolvieron de fondo el problema, distribuyeron parcelas entre pequeños y medianos campesinos. Una parte de las explotaciones fueron compradas a grandes terratenientes que veían como un negocio más conveniente vender parte de sus propiedades antes que tener arrendatarios con cánones congelados por 8 años o más.

También se sancionaron el Estatuto del Tambero-Mediero y el Estatuto del Peón, que otorgó importantes beneficios a los asalariados rurales permanentes, generando una mejoría de las condiciones de vida de los obreros rurales. Significó una reparación histórica,

dada la explotación sin límites a la que habían estado sometidos hasta ese momento. El Estatuto fijaba los horarios de trabajo, los de comida, el tipo de alimentación, de vivienda, el peso que debían tener las bolsas que se cargaban, etc. Para los terratenientes y grandes empresarios agrarios esta medida resultaba un ataque directo a la discrecionalidad con la que históricamente habían procedido respecto a sus peonadas, además de los mayores costos laborales que toda clase de empleadores rurales deberían satisfacer en adelante. También se produjo el fortalecimiento del poder de negociación de los trabajadores del campo a partir de su sindicalización y el nucleamiento en los Centros de Oficios Varios, que negociaban con los compradores de fuerza de trabajo las condiciones de trabajo y de salario de los trabajadores estacionales.

Este conjunto de medidas, sumadas a la nacionalización de los ferrocarriles y al control del comercio exterior a través del IAPI (Instituto Argentino para la Promoción del Intercambio), generaron una nueva situación para las grandes mayorías del campo y consolidaron el avance del capitalismo (particularmente en el agro pampeano).

Si bien el IAPI recortó una porción de las superganancias monopolistas de las cerealeras exportadoras, la política de conciliación del propio peronismo permitió la conservación de los frigoríficos que no fueron nacionalizados y constituyeron un punto clave de la vieja dominación: no se afectaba la propiedad norteamericana e inglesa y los ingleses seguían controlando una importante cuota del mercado comprador de carne.

Frente a la crisis de 1951-1952, se inauguró el repliegue de la ofensiva reformista del peronismo, que también tuvo su expresión en el terreno agrario, donde se invirtió el papel del IAPI y se pasó a subsidiar al agro, lo cual favorecía a los pequeños y medianos productores, pero también a los terratenientes. De todas formas, la Sociedad Rural, que en ese segundo período saludó el nuevo curso abierto por el gobierno, siguió considerando que las medidas adoptadas eran insuficientes mientras no se flexibilizaran las condiciones para disponer de la oferta de tierras, o sea: no se anulara la nueva ley de arrendamientos rurales de 1948.

En ese período, entonces, el peronismo con su política nacionalizadora afectó a una parte del capital imperialista y de la renta terrateniente. Sin embargo, al no alterarse el monopolio de la propiedad de la tierra, y por lo tanto, la base de poder de los grandes terratenientes, el proyecto peronista dejaba en pie lo que se convertiría en uno de sus talones de Aquiles. Si bien se agitó como propuesta electoral la reforma agraria y en algunos casos se aplicó cierta política de colonización (principalmente donde los arrendatarios la tomaron en sus manos y fueron luego a Buenos Aires a exigir el reconocimiento), lo que generó, junto con los arrendamientos más estables, una relativa desconcentración de la propiedad, la prosperidad de un sector de chacareros y la formación de cooperativas en los pueblos, no se cuestionó de fondo la propiedad latifundista.

Las inversiones extranjeras

Con el golpe de Estado a Perón se puso en marcha la anulación de todas las medidas tomadas por su gobierno que afectaban a clases y sectores dominantes que habían retornado al poder. Se repartieron porciones importantes de las tierras fiscales entre los grandes propietarios, se anuló el IAPI y posteriormente se buscó emprender el camino hacia la “modernización del campo”. Esto implicaba que se incrementara la producción y la productividad agraria sin modificar los condicionamientos que el latifundio y la dependencia imponían a las mismas. Por el contrario, se buscaba fomentar un crecimiento de la producción de la mano de los terratenientes y de los monopolios. Estos fueron los lineamientos de las diversas políticas desarrollistas, partidarias del desarrollo a través de la atracción del capital extranjero, modernizando el latifundio a partir de su tecnificación.

En este período se dio una fuerte caída del número de arrendatarios y aumentó la cantidad de trabajadores asalariados. Muchos productores que no habían logrado pasar a ser propietarios durante el peronismo, ya no estaban en condiciones de producir por los altos costos y los bajos precios, y terminaron migrando hacia las ciudades o pasaron a ofrecer sus servicios en otras explotaciones, munidos

de sus maquinarias, constituyendo una capa de nuevos “contratistas”. Estos campesinos con poca tierra o sin ella (pero con tractores y herramientas) pasaron a trabajar campos de otros, con contratos verbales y a porcentaje.

La política desarrollista buscó el fortalecimiento de los terratenientes como llave para lograr una mayor productividad. Recurrió a la liberalización de los nuevos contratos de arrendamiento (los del peronismo se tocaron recién en 1967) y fundamentalmente a los créditos gigantescos y desgravaciones impositivas para los planteles vacunos y para la mecanización y tractorización del campo. Desde mediados de 1960 crecieron cada vez más las dificultades para vender a los mercados europeos. Inglaterra, principal compradora de carnes hasta 1966, se volcó a la expansión de las relaciones con la Comunidad Europea, y el angostamiento de las compras inglesas de carnes fueron el prólogo del fin de los grandes frigoríficos, con el vaciamiento de fines de la década. Se abrió entonces una nueva era cerealera. Pero las dificultades para vender a otros países no cesaban, debido al avance de la Política Agraria Común europea –subsidiadora de la propia producción agropecuaria, especialmente francesa– y por las restricciones siempre vigentes de las ventas al mercado norteamericano –que nunca compró montos sustanciales, dado que su producción agropecuaria era competitiva con la Argentina. Esto llevó a buscar una ampliación de los mercados compradores redireccionando las ventas hacia los países del Este y latinoamericanos (por ejemplo Brasil), también con la Unión Soviética (convenios de 1964 y 1965 a cambio de nafta y gasoil de Rusia).

Durante este período, y especialmente en los primeros años de la década de 1960, Argentina se fue recuperando de la etapa de estancamiento vinculada esencialmente con la retracción de la producción pampeana de trigo, maíz y lino. Hacia 1962 se podía observar un crecimiento de los principales cultivos de exportación, estrechamente relacionado con la incorporación de maquinaria agrícola y de insumos como fertilizantes, semillas mejoradas y métodos más eficientes de cultivo.

Se alentaba un cambio productivo y una modernización en la explotación agraria, pero conservando la estructura de propiedad de

la tierra, que no sólo no se había modificado sino que a partir de este período observaría una tendencia –sin prisa pero sin pausa– a la concentración de número de hectáreas por explotación, o lo que es lo mismo, un aumento de la superficie promedio de las explotaciones agropecuarias. Es decir que esa modernización se hacía en beneficio de la propia clase terrateniente y los monopolios imperialistas. Lo mismo ocurrió, en términos de concentración latifundista, en las regiones extra-pampeanas, con la crisis de los pequeños cañeros y el cierre de ingenios y la concentración latifundista y del capital en un pequeño puñado de privilegiados por el Estado. O con los contratistas de viña y el peso de los grandes bodegueros y la concentración de la tierra en la zona de Cuyo.

Fue la lucha de los productores agropecuarios, entre 1955 y 1967, lo que impidió que inmediatamente las clases dominantes pudieran retrotraer sus conquistas en lo relativo a los arrendamientos y aparcerías rurales. Este proceso tuvo momentos históricos, como la conformación de las Ligas Agrarias o la confluencia (en un cierto momento) de la Federación Agraria y la CGT en la exigencia de una reforma agraria.

En el año 1967, bajo la dictadura de Onganía, se impone la Ley Raggio culminando el proceso de contrarreforma abierto a partir del golpe de 1955. Se ponía un final definitivo al arrendamiento tradicional, eliminándose el derecho agrario conseguido a través de la lucha. Otra medida adoptada bajo ese gobierno fueron las retenciones a las exportaciones; los grandes terratenientes protestaron, pero ya se habían visto profundamente beneficiados por la Ley Raggio y por la devaluación del 40% que implementó el ministro de Economía Krieger Vasena. Por lo tanto, el conjunto de medidas adoptadas durante este período golpearon centralmente a los campesinos pobres, medios, un sector de los ricos y a los trabajadores agrícolas.

El golpe de 1976

Con el golpe de Estado de 1976 se terminaría de remachar la dependencia argentina hacia diversas potencias imperialistas. Apro-

vechando las condiciones creadas por el deterioro de los términos de intercambio y las progresivas restricciones del Mercado Común Europeo (que era el principal destinatario hasta entonces de las exportaciones agropecuarias) y utilizando el trabajo y la influencia de importantes grupos financieros e intermediarios de los capitales soviéticos en el país desde las épocas de Frondizi, un sector muy poderoso de la oligarquía terrateniente se propuso ya desde la época de Lanusse afianzar esas relaciones en tanto la Unión Soviética prometía un excelente mercado estable para los productos argentinos y en particular para los granos. Los acuerdos del ministro Gelbard durante el tercer gobierno de Perón apuntaban en ese sentido, aunque el gobierno peronista nunca los ratificó. Por el contrario, fue la dictadura implantada en 1976 la que afianzó esos acuerdos y los amplió convirtiendo –en un proceso– a la Unión Soviética en la principal compradora de los granos argentinos.

En este sentido, la dictadura de 1976 expresó una política pro-terratiente. Este elemento no siempre está presente en los estudios sobre el período, sólo se suele destacar la especulación financiera, con el plan de Martínez de Hoz y el endeudamiento externo. Pero precisamente ese endeudamiento externo y ese mecanismo de especulación financiera garantizado por la política de la dictadura permitió acrecentar, en las finanzas, gigantescas rentas obtenidas por la clase terrateniente y grandes monopolios exportadores en el comercio exterior: los denominados excedentes financieros de origen agropecuario, que no eran otra cosa que colocaciones de origen agropecuario en las finanzas. En estas épocas, en las que llegó a haber cosechas récord y superávit comercial, se afianzó el poder terrateniente, la agricultura de contratistas y se operó un proceso de concentración del capital. En todo el país se reforzó el latifundio. Los grandes terratenientes y burgueses intermediarios se vieron ampliamente favorecidos por la orientación de la política económica en general y la agropecuaria en particular, expresada con claridad por el ministro de Economía –miembro de una de las familias núcleo de la oligarquía terrateniente– José Martínez de Hoz; quien eliminó las retenciones y liberalizó el sistema de comercialización de granos.

Pero además del enorme incremento de la renta terrateniente, en esta época se dio también un salto en el poder económico de los monopolios en la comercialización y en todas las etapas vinculadas a la producción agropecuaria.

La devastación impuesta por la dictadura en la industria y en el agro se manifestó con crudeza en los años 1980, en una etapa de crisis estructural prolongada que se inauguró con la crisis de la deuda externa y donde se mantuvo un estancamiento muy grande de la producción y del mercado interno.

Desde los 90 a la actualidad

Con el programa de convertibilidad se produjeron profundos cambios en el agro. El tipo de cambio fijo, la reducción de los aranceles de exportación, la liquidación de las juntas reguladoras de granos, carne, yerba, etc., la liberalización de los plazos y formas de arriendo, entre otras medidas, llevaron a la desaparición de casi 100.000 explotaciones agropecuarias entre 1988 y 2002.

Al mismo tiempo, un sector de grandes capitalistas agrarios logró maquinizarse a través de la importación y se pasó a incorporar nuevas tecnologías (en semillas, fertilizantes, agroquímicos) de manera masiva. Esto generó un gran aumento en la productividad, se amplió el área sembrada, la soja se fue convirtiendo en el “cultivo estrella” y la ganadería fue replegándose a tierras de peor calidad.

Esta nueva etapa estuvo caracterizada por una enorme concentración del capital, de la producción, del uso de la tierra y de la propiedad. A su vez, también se profundizó la extranjerización de la tierra, esencialmente en algunas regiones del país.

Todos estos procesos, caracterizados por la utilización de esta nueva tecnología importada muy asociada a la producción de soja, terminaron reforzando, aún más, la dependencia de nuestro país, al tiempo que generaron cifras desconocidas aquí en lo que se refiere a producción de granos, alcanzando en la cosecha de 1997-1998 los 66 millones de toneladas.

La contracara de esta situación estuvo representada por el desmantelamiento del sistema ferroviario, el despoblamiento rural, las crisis de las familias del campo, el desempleo y el engrosamiento de los barrios precarios, asentamientos y villas alrededor de las grandes ciudades. Esta nueva realidad estimuló la lucha y el surgimiento de nuevas organizaciones, como lo muestran el gran “tractorazo” realizado en Plaza de Mayo en 1993, el paro agropecuario de 1994 o la aparición del Movimiento de Mujeres en Lucha (que enfrentaron la política del gobierno y lucharon por la supervivencia de los pequeños y medianos chacareros oponiéndose activamente a los remates de los campos).

Con la devaluación y la creciente demanda de granos en general y de soja en particular se generó una nueva situación. El proceso de agriculturización llevó a la producción, en el 2007, de 95 millones de toneladas de granos cultivados en 30 millones de hectáreas: 45 millones de toneladas fueron de soja y los restantes 50, se repartieron entre maíz, trigo, girasol, etc. Mientras tanto, la ganadería ha cedido casi 8 millones de hectáreas, aunque se mantiene la cantidad de cabezas desde 1997 (55 millones aproximadamente). Esto es producto, entre otros fenómenos, de la expansión de los denominados “feedlots”, que implica el engorde a corral de los animales.

En estos tiempos el rol protagónico lo pasaron a tener los grandes capitalistas agrarios, los pools de siembra y los fideicomisos, que son los que controlan gran parte de la producción exportable. Junto a los Duhau, los Rodríguez Larreta o los Blaquier (que mantienen sus enormes propiedades y su influencia política) se fueron conformando los CREDUD (de Soros), los Grobocopatel, Urquía (de Aceitera General Deheza) o Benetton que son los grandes beneficiarios de este modelo.

Por lo tanto, a pesar de la heterogeneidad de sus orígenes y de las actividades productivas a las que se dedican sus miembros, mantiene su vigencia la existencia de una clase terrateniente con intereses objetivos en común. No sólo existen: mantienen y desarrollan una importantísima posición de privilegio estratégico en la economía, la sociedad y la política argentinas a través de la monopolización privada de cientos de miles de hectáreas bajo su control. Estos detentadores de la propiedad territorial se siguen alzando con enormes sumas sólo en concepto

de renta anual: un cálculo cuidadoso les adjudica a los propietarios territoriales la friolera de 8.000 millones de dólares (incluyendo tierras agrícolas y ganaderas, exceptuando algunas producciones).

El profundo entrelazamiento de los terratenientes con el imperalismo queda una vez más evidenciado en la preeminencia absoluta del cultivo de soja, transformada en un virtual monocultivo en algunas zonas, que se destina casi en su totalidad a la exportación (directamente o tras su procesamiento en aceites, harinas y pellets) a China o Europa. Esto parece tender a profundizarse con las perspectivas que ofrece la producción de etanol y biodiesel, ya que aumentan la demanda de granos de soja o maíz, elevando su precio internacional, al tiempo que se acentúa el divorcio entre la producción agrícola y la satisfacción de las necesidades alimentarias de nuestro pueblo.

Esta situación se ve aun más agravada por la dependencia de los insumos e implementos extranjeros. A esto se suma la falta de políticas estatales para sostener al pequeño productor –y la poca posibilidad de éste de acceder a las nuevas tecnologías para una producción a escala que optimice los rendimientos–, lo que aceleró la concentración de la producción y de la tierra, expulsando decenas de miles de campesinos y obreros rurales, acentuando el despoblamiento del campo. Según el último censo, en un país con escaso desarrollo industrial, sólo el 10% de la población argentina vive en el medio rural.

En definitiva, retomando los planteos iniciales de la exposición, se puede concluir que los problemas planteados en relación a la tierra por la corriente democrática revolucionaria de Mayo están pendientes de resolución. Está claro que la situación no es la misma que en 1810, se han dado grandes cambios en la Argentina. El latifundio y la dependencia son dos grandes montañas que oprimen a toda la Argentina y a los sectores populares del campo en particular.

De acuerdo con lo comprobado por la experiencia histórica, en la etapa actual del capitalismo, para poder ir a fondo con un programa que beneficie a las grandes mayorías rurales (obreros, campesinos y chacareros medios y pequeños) y al conjunto del pueblo argentino, es necesario un cambio profundo encabezado por las clases explotadas de la ciudad y del campo.

El desarrollo industrial: proteccionismo y librecambio

Ana Sofía¹

“Ni la agricultura ni el comercio serían casi en ningún caso suficientes a establecer la felicidad de un pueblo si no entrase a su socorro la oficiosa industria; porque ni todos los individuos de un país son a propósito para desempeñar aquellas dos primeras profesiones, ni ellos pueden sólidamente establecerse ni presentar ventajas conocidas, si este ramo vivificador no entra a dar valor a las rudas producciones de la una y materia y pábulo a la perenne rotación del otro.(...) La importación del mercaderías que impiden el consumo de las del país o que perjudican al progreso de sus manufacturas y de su cultivo lleva tras de sí la ruina de una nación.”

Manuel Belgrano, *Correo de Comercio*, 1810.

Para tratar el tema, abordaremos algunos períodos que resultan importantes a partir de preguntarnos por qué no fue posible una industrialización, por lo menos hasta el día de hoy, en un nivel que nos permita hablar de una Argentina integralmente industrializada. En todas las ramas de la industria, la tecnología de punta no se encuentra desarrollada en nuestro país y dependemos de la importación desde las grandes potencias, que son las que tienen el monopolio de esas tecnologías y del conocimiento tecnológico.

Brevemente, haremos una mención a la época de dominación española, como hito importante para ver los momentos en que la industria tuvo un intento de despegue, con sus límites y problemas. También veremos cómo se dio el debate respecto a la necesidad de cierto grado de desarrollo manufacturero a partir de la revolución de independencia, una crisis económica importante a fines del siglo XIX que va a dar lugar nuevamente a un debate sobre los caminos a seguir. Luego veremos los efectos de la expansión imperialista a fines del siglo XIX y principios del siglo XX, los de la Primera

1. Ana Sofía es historiadora, docente de Sistemas Económicos e Historia Social de la Universidad de Buenos Aires.

Guerra, como así también la década de 1920 con algunas cuestiones para analizar. Finalmente, otros hitos son la crisis de 1930, la Segunda Guerra Mundial, en tanto momentos importantes de avance en el desarrollo industrial argentino, que va a ser transformado con un nuevo carácter a partir del derrocamiento de Perón en 1955 hasta llegar a la dictadura de 1976.

Las primeras propuestas proteccionistas

En la época de la dominación española, nuestra región –que luego va a conformar lo que es la República Argentina– y toda la América española vivieron bajo la dominación colonial, y por lo tanto, la prohibición e imposibilidad de todo tipo de desarrollo no sólo manufacturero sino inclusive agrícola. El monopolio comercial que había impuesto España impedía el desarrollo de ese tipo de producciones americanas. Pero la Corona Española tenía dificultades para poder controlar y garantizar la llegada de elementos básicos para la vida de los americanos. La mayoría de esos productos que llegaban a América, los proveía España, que los compraba a las potencias europeas que surgían como potencias manufactureras y luego industriales: Holanda, Gran Bretaña, principalmente. Pero a pesar de este monopolio, había intersticios, vacíos que la Corona no podía dominar, no podía controlar, y allí se generaron algunas producciones regionales. En el caso de la Argentina, en el Noroeste, Cuyo y el Litoral, que producían elementos de consumo para el mercado del Potosí, mercado que se desarrolló en función a la producción de sus minas. Allí podemos ver ciertas producciones artesanales como ponchos, frazadas, azúcar, vino, que surgieron en estas condiciones, intersticios en la prohibición claramente establecida por la dominación colonial española.

La revolución de Independencia abre la posibilidad de un avance, un crecimiento, una expansión de estas producciones regionales. A esta revolución, un aspecto que la caracteriza es la liberación del dominio colonial, que podría haber abierto un desarrollo manufacturero. Efectivamente, existió una corriente importante en la Revolución

de Mayo, que no sólo estaba preocupada por garantizar la posibilidad de comerciar libremente con las nacientes potencias europeas, sino que también estaba preocupada por el desarrollo artesanal, manufacturero, agrícola, favoreciendo el desarrollo social y económico que hasta ese momento estaba trabado. Esta corriente no fue la que finalmente hegemonizó esa revolución; lo hizo la liderada por los grandes terrateniente y comerciantes ligados a la exportación e importación a través del puerto de Buenos Aires, que tenían como principal interés mantener el comercio libre con determinadas potencias europeas, comercio que hasta ese momento se realizaba a través del contrabando. Esta última corriente no tenía interés en un desarrollo manufacturero. La corriente derrotada, si bien no hegemonizó el proceso, tuvo importancia: en sus escritos podemos rastrear temas que hasta el día de hoy tienen absoluta vigencia, respecto a la necesidad de un desarrollo independiente y sobre qué cosas hacer o no hacer para evitar la caída en una nueva dependencia colonial o de otro tipo.

Algunos párrafos seleccionados de los escritos de esta corriente revolucionaria en Mayo de 1810, cuyos líderes fueron Moreno, Belgrano, Artigas, nos ofrecen una idea de la propuesta que este sector impulsaba a principios del siglo XIX. Manuel Belgrano en *El Correo de Comercio* de 1810 señalaba: “Ni la agricultura ni el comercio serían casi en ningún caso suficientes para establecer la felicidad de un pueblo sino entrase en su socorro la oficiosa industria. La importación de mercancías que impiden el consumo de las del país porque perjudican el progreso de sus manufacturas y de sus cultivos llevan tras de sí la ruina de una nación”.

Moreno, en el *Plan de Operaciones*, proponía: “Que se prohíba absolutamente que ningún particular trabaje en minas de plata u oro, quedando al arbitrio de beneficiarlas y sacar sus tesoros por cuenta de la nación, una cantidad de doscientos y trescientos millones de pesos puestos en el centro del Estado para la fomentación de la agricultura, navegación, etcétera, producirá en pocos años un continente laborioso, instruido y virtuoso sin necesidad de buscar exteriormente nada de lo que necesite para la conservación de sus habitantes”.

Esta fue la corriente que en la época de la revolución de indepen-

dencia intentó ir más allá de la mera independencia política –más allá de sacarse de encima la dominación colonial para comerciar libremente cueros con Inglaterra, como pretendían los terratenientes– pero lamentablemente fue derrotada. Al mismo tiempo es importante rescatar su existencia a inicios del siglo XIX, en plena Revolución Industrial en Inglaterra.

Esta corriente discutió la hegemonía en la Revolución de Mayo de los terratenientes y comerciantes del puerto de Buenos Aires y discutió también el librecombio, que éstos defendían en función de garantizar la exportación de cueros, base económica del sector. Si bien estos sectores fueron incorporando la salazón de carnes, que algunos plantean como actividad industrial, ésta era apenas una extensión de las estancias y la exportación de tasajo para algunos mercados esclavistas, que alimentaban a sus esclavos con carne salada.

El librecombio que se impuso desde 1810 en adelante va a generar que todas esas producciones regionales que mencionamos fueran quebrando frente a la competencia de la producción importada, sobre todo la textil inglesa, que comenzaba a ingresar a Buenos Aires. Para los habitantes de Buenos Aires era mucho más barato comprar los textiles que venían de Inglaterra que los que se elaboraban en las provincias del país, aun con la cercanía que ellas tenían. En esa época, la falta de transporte encarecía el traslado, por eso en Buenos Aires se consumían manufacturas que llegaban de Inglaterra y esto arruinó a las economías regionales.

Esta situación va a ir generando una serie de discusiones, debates, tensiones entre Buenos Aires y representantes de distintas provincias afectadas por el librecombio. Los inscriptos en la corriente del federalismo argentino se opusieron al librecombio impuesto por Buenos Aires, aunque Rosas, importante representante del federalismo, fue quien garantizó durante muchos años la posibilidad del crecimiento económico de Buenos Aires basado en el librecombio de los productos controlados por los terratenientes y las manufacturas importadas por Europa. Un representante del interior de esta corriente federal –de una de las regiones contrarias al librecombio porteño y que reclamó medidas proteccionis-

tas para desarrollar la industria– fue Pedro Ferré, gobernador de Corrientes.

En 1831, en pleno debate con Buenos Aires y el Litoral en relación a la firma del pacto para unificar la nación y organizarla en términos federales, a partir de la nacionalización de los ingresos de la aduana y el puerto de Buenos Aires –a lo que Buenos Aires se oponía–, y permitiendo la libre navegación de los ríos interiores que Buenos Aires bloqueaba para favorecer el comercio directo con el extranjero, uno de los temas en discusión era la política respecto del comercio con el exterior. Pedro Ferré fue entonces un defensor de las medidas proteccionistas. Hay una famosa polémica con Roxas y Patrón, enviado por Buenos Aires; en esa discusión, Ferré decía: “Considero la libre concurrencia como una fatalidad para la Nación. Los pocos artículos industriales que produce nuestro país no pueden soportar la competencia con la industria extranjera, sobreviene la languidez y la miseria; y entonces se aumenta el saldo que hay contra nosotros en la balanza del comercio exterior, se destruyen los capitales invertidos en estos ramos, y le sigue la miseria. El aumento de la importación de estos productos y la miseria son pues los frutos de la libre concurrencia”. Un pensamiento de enorme actualidad. Roxas y Patrón va a defender el librecomercio argumentando que esto le da riqueza a la Confederación Argentina, por la exportación de cueros y carnes saladas.

A mediados del siglo XIX, entre 1866 y 1873, se produjeron dos crisis económicas importantes basadas en la dificultad de exportar las materias primas de la Argentina, ya en vías de conformarse como Nación. La situación respecto de las exportaciones se agravó, primero en 1866, en la era del lanar –etapa en la que se exportaba esencialmente lanas y los principales compradores eran Francia y Bélgica–; la caída de las exportaciones y de los precios generó una crisis económica profunda, por la dependencia en la que se estaba entrando dada la necesidad de importación de productos industriales que en Argentina no se fabricaban productos a los que el librecomercio facilitaba el ingreso, frenando la posibilidad de un desarrollo industrial propio. Así, cada crisis del comercio mundial o cada crisis de las potencias compradoras implicaba una crisis para la Argentina.

Frente a estas crisis se alzan voces proteccionistas, y empiezan a ser más escuchadas. Dentro de las propias clases dominantes, algunos plantean la necesidad de cierto desarrollo industrial. La Sociedad Rural, creada hacia esa época, como no se podía exportar lana, propuso montar una fábrica de paños nacional, con la intención de colocar internamente la producción de lana y enfrentar a futuras crisis de los mercados extranjeros.

En 1873, la crisis se agravó, comienza una fuerte depresión en toda Europa occidental y también en Estados Unidos; la caída de las exportaciones de materias primas es muy aguda. En el Parlamento argentino, en el propio Senado, surgió el debate sobre qué hacer frente a las dificultades para exportar y frente a la caída de los ingresos de la aduana. En esa coyuntura, algunos legisladores –que luego serán fieles defensores del librecombio– argumentaron la necesidad de cierto grado de protección. En un debate importante, plantearon la necesidad de políticas proteccionistas con impuestos aduaneros que impidieran la entrada de productos extranjeros, para alentar su desarrollo a nivel local. Fidel López, Carlos Pellegrini, Miguel Cané y Dardo Rocha fueron algunos de los principales representantes de esta posición.

Pellegrini, en este debate parlamentario que culminó con una Ley de aduanas con ciertos aranceles “proteccionistas”, decía: “Todo país debe aspirar a darle desarrollo a su industria nacional, ésta es la base de su riqueza, de su poder, de su prosperidad; para conseguirlo debe alentar su establecimiento allanando las dificultades que se opongan a él. El librecombio sólo puede ser la política de las naciones que alcanzaron un alto grado de desarrollo social. El librecombio mata a la industria naciente. Somos y seremos por mucho tiempo si no oponemos remedio al mal la granja de las grandes naciones manufactureras”. Pellegrini sería pocos años después un defensor a ultranza del librecombio.

La Ley de aduana que se implementó después de este debate no tuvo demasiado efecto. Sólo se establecieron aranceles de aduana para algunos productos. Esto generó que, con la normalización del mercado mundial, la recuperación de la crisis de las grandes poten-

cias y su vuelta a comprar materias primas, las clases dominantes argentinas decidieran dejar de lado nuevamente todo proyecto de desarrollo de la industria nacional.

Obviamente, esta decisión de los grandes terratenientes, de las oligarquías argentinas, de los grandes comerciantes del puerto de Buenos Aires estaba ligada a la necesidad de esta clase social de impedir todo desarrollo industrial en función de garantizar los mercados compradores. Estos mercados, que eran las grandes potencias de la época, grandes potencias industriales que van avanzar hacia el desarrollo imperialista en breve, no iban a comprar nuestras materias primas si no se les garantizaba un mercado de consumo a sus productos. Precisamente, el gran negocio de estas potencias era la posibilidad de colocar su producción manufacturera en países como el nuestro. Si la Argentina hubiera desarrollado un proyecto industrial autónomo, independiente, la oligarquía hubiera perdido su negocio. Estos intereses de clases son los que nos permiten entender porqué se siguió esa política. Por eso es importante que rastreemos desde la revolución de independencia y veamos qué sector logró hegemonizar ese proceso.

Asociación de intereses dominantes locales y mundiales

Hacia fines del siglo XIX y principios del siglo XX, el capitalismo entra en una nueva fase, la fase imperialista. Las grandes potencias necesitaron para salir de esa crisis de 1873 que mencionamos –frente a la necesidad de estos monopolios que van a surgir producto de la crisis– buscar lugares más rentables donde invertir sus ganancias, ante la dificultad de obtener ganancias elevadas en sus propios mercados. Salen a la búsqueda de nuevos mercados, y buscan lugares donde apropiarse de materias primas, fuentes de materias primas, regiones que, conquistadas, fueron sometidas a trabajos forzados, para obtener una mano de obra muy barata que les facilitara enormes ganancias.

En esta fase, la Argentina –por la hegemonía de los sectores oligárquicos en el Estado– se insertó en este nuevo mundo imperialista

como país dependiente. Una de las características principales de estos países imperialistas es la exportación de capitales como generadores de dependencia. Horacio Cíaardini² plantea que la exportación de capitales hay que verla no únicamente como exportación de máquinas, sino que esas potencias cuando exportan capitales están exportando relaciones sociales capitalistas, están exportando la relación asalariada, trabajo asalariado. A partir de 1880, inicio de la Nación Argentina consolidada como tal –luego de la masacre en la llamada Conquista del Desierto, de las poblaciones indígenas de la Patagonia y del noreste–, esa oligarquía hegemónica en el Estado logró imponer su proyecto de nación, y la inversión de estos capitales extranjeros en la Argentina generó un desarrollo muy importante de las relaciones asalariadas que hasta ese momento eran débiles, secundarias, marginales, y a partir de la expansión imperialista comenzaron a ser predominantes.

Por ejemplo, se importaban capitales para invertir en ferrocarriles, pagaban el funcionamiento de los ferrocarriles, y entonces se desarrollaron relaciones asalariadas ligadas al desarrollo del ferrocarril, como la instalación de las vías o el propio manejo. También cuando se instalaron frigoríficos. El frigorífico inglés contrató a obreros asalariados para trabajar en su planta.

Pero esta inserción de la Argentina como país dependiente va a coartar toda posibilidad de desarrollo industrial independiente. La oligarquía estuvo interesada en garantizar la exportación de las materias primas, cuando se salió de la era del lanar, y a poco de comenzar la era de la carne, carne de oveja inicialmente y luego vacuna, con los frigoríficos. La expansión imperialista fue garantizada en la Argentina, con inversiones de Inglaterra, alemanas y francesas; así se aseguró que la Argentina consolide su estructura económica en torno a la exportación de materias primas. Todas las inversiones estuvieron ligadas a la transformación de una infraestructura básica de funcionamiento, de esto que se llamó “modelo agroexportador”. Una estructura económica basada en la exportación de materias pri-

2. Cíaardini, Horacio, *Crisis, inflación y desindustrialización en la Argentina dependiente*, Buenos Aires, Ed. Agora, 1990.

mas y la importación de manufacturados, con el tendido de las líneas férreas con las que los ingleses garantizaron que los productos llegaran rápido y a costos bajos de transporte, la instalación de frigoríficos, de bancos, el otorgamiento de préstamos como mecanismo de sometimiento económico; ésta fue la manera como se estructuró el llamado modelo agroexportador, que implicó la inhibición de todo tipo de desarrollo industrial autónomo en este período.

El 77 % de los textiles que se consumían en la Argentina eran importados y el 67 % de los productos metalúrgicos. En el caso de la industria textil, estos datos son más graves porque la Argentina contaba con la materia prima: lana y algodón. Esta situación de inhibición del desarrollo industrial y la estructuración de una economía ligada al puerto de Buenos Aires y a la exportación de materias primas seguirá intacta hasta el estallido de la Primera Guerra Mundial.

La Primera Guerra Mundial generó un quiebre en el mercado mundial, en el comercio internacional; las potencias reorientaron sus estructuras económicas en función de la producción bélica, por lo tanto, dejaron de exportar y también de importar. En países como la Argentina, dependientes, esto condujo a una crisis económica. Lo mismo sucedió con la crisis mundial de 1930 y con la Segunda Guerra. Es decir, las crisis y las guerras, que provocan estos quiebres en el mercado internacional, trasladan la crisis a las economías dependientes basadas en las exportaciones primarias y las importaciones de productos industriales.

La Guerra provocó una situación de crisis económica muy fuerte, pero al mismo tiempo produjo un vacío importante —que muchos autores llaman una protección espontánea o automática—, generador de cierto crecimiento muy precario de algunas industrias frente a la imposibilidad de importar. A nivel global, la industria decayó por la imposibilidad de importar maquinarias, por la dificultad de importar insumos, pero en algunas ramas fue posible, sin grandes inversiones, sin gran desarrollo tecnológico, instalar un pequeño taller: de fabricación textil, algo de metalúrgica, pero poco significativo. Se sostuvo cierto crecimiento, que fue demostrando el grado de dependencia de la Argentina. Los momentos de crisis en las potencias o

países opresores, en los países que nos dominan, son momentos en los que países dependientes como el nuestro pueden sustituir algunos importados con productos locales porque no llegan o no se pueden comprar los productos en el exterior.

De todos modos, cuando la guerra terminó y las potencias volvieron a comprar materias primas e importamos sus productos manufacturados, la experiencia industrial nacional que se generó en esos primeros años de la guerra se detuvo, la mayor parte de esos talleres van a cerrar por la vuelta de la competencia de la producción extranjera.

En la década de 1920, la industria comenzó a tener una importancia relativamente mayor en la Argentina, pero estuvo ligada a inversiones extranjeras. Es una década en la que Estados Unidos emerge como gran potencia económica luego de la Primera Guerra Mundial, ya que salió indemne: entró en la guerra antes de que terminara y aprovechó su situación de acreedora de Europa, protagonizando una gran expansión económica en esa década. Esa expansión norteamericana condujo a ampliar el mercado, ampliar sus dominios económicos, sobre todo en América latina. Con tal motivo, comenzó una disputa por el dominio de la economía argentina. En este sentido, la de 1920 es una década importante por la llegada de inversiones norteamericanas, sobre todo en el sector industrial.

A diferencia de las inversiones de la etapa anterior, después de la guerra, las inversiones estarán ligadas a producciones industriales de bienes de consumo para ser vendidos en el propio mercado interno argentino, no para exportarlos. Por ejemplo, las inversiones en frigoríficos que fueron las más importantes hasta 1920, estaban pensadas para el mercado inglés. Estados Unidos aprovechará la debilidad coyuntural británica, para importar productos industriales a la Argentina y reemplazar los productos británicos. El crecimiento industrial de esa década estará ligado a la expansión norteamericana. En muchos casos, se trata de productos para el ensamblado, porque reducían el costo del transporte, evadían tarifas aduaneras, utilizaban mano de obra barata, pero siempre la tecnología quedaba en la metrópoli, la maquinaria quedaba allá. Por lo tanto, éste es un crecimiento industrial dependiente.

Esta expansión norteamericana generó una fuerte disputa con los ingleses; los norteamericanos presionaron para expandir la industria automotriz, el ensamblado de partes, que significaba una competencia con el ferrocarril inglés; los ingleses jugaron presionando a la oligarquía argentina, dado que en el mercado mundial, los norteamericanos fueron competidores con los cereales y carnes argentinas. La oligarquía argentina, por esta competitividad con Estados Unidos, reforzó los beneficios y privilegios a los ingleses. Cuando estaba a punto de cerrar un acuerdo comercial con los ingleses contrario a los intereses norteamericanos sobreviene la crisis, y esto modifica el panorama.

En este momento se inició un nuevo período, el más importante con respecto al desarrollo industrial que tuvo la Argentina en toda su historia, que fue el de la crisis de 1930. Ésta fue una crisis más larga de lo que se esperaba, que provocó el quiebre del comercio internacional. Surgió en Estados Unidos y rápidamente llegó a Europa, y vía los países imperialistas alcanzó al mundo entero. Cuando el comercio internacional se interrumpe, las exportaciones de materias primas son las que más sufren, ya que los precios de las producciones en el mercado mundial son manejados por las potencias, por los mercados compradores de materia primas. Por lo tanto, la caída del precio de las materias primas fue muy superior a la de los precios industriales, la Argentina sufrió una baja de las exportaciones y la caída del precio de esos productos; esto llevó a una escasez de divisas muy fuerte, que se sumó a la interrupción de la llegada de capitales —ahora sí estamos hablando de capitales en el sentido de préstamos—, y de inversiones extranjeras (las potencias en crisis interrumpen la exportaciones de estos capitales). Esto generó tal escasez de divisas que las importaciones industriales no pudieron mantenerse. Al igual que en la Primera Guerra, pero con una intensidad muchísimo mayor y con una prolongación también mayor en el tiempo, nuevamente se produjo un avance en el grado de desarrollo de la industria argentina, ligado a industrias denominadas livianas.

La industria que crece en este período está protagonizada por tres grupos.

Por un lado, constituyó una vía de escape para la oligarquía terrateniente diversificar sus actividades en un momento de caída de sus ingresos por la vía de la exportaciones de materias primas; fue un momento de inversiones industriales y de diversificación por parte de esa oligarquía, a la espera de la vuelta a la normalidad, a la exportación de las materias primas e importación de los productos industriales. Obviamente, este sector no estaba interesado en un desarrollo industrial independiente. Por lo tanto, las suyas son inversiones de poco monto, de escasa tecnología, con poco grado de desarrollo de las maquinarias importadas. La oligarquía entendía que este tipo de industrias eran ruedas auxiliares, simplemente un parche a la rueda maestra de la economía exportadora, momentáneamente averiada. Menos aún tuvieron interés en el desarrollo de la industria pesada, automotriz, siderúrgica.

A mediados de la década de 1930 volvieron las inversiones extranjeras, un poco más diversificadas, tanto norteamericanas como de países europeos. Trataron de saltar una barrera importante, dado que, por la crisis, la propia oligarquía se vio obligada a imponer aranceles a las importaciones, para obtener alguna recaudación fiscal. Para muchos monopolios extranjeros, frente a la crisis que sufrían, una solución era invertir en la Argentina. Pero era una inversión de ensamblado de partes, de tecnología obsoleta; con este segundo grupo tampoco se produjo un desarrollo interno de industrias pesadas.

Un tercer grupo, que tendrá un peso importante –y luego desembocará en el peronismo– es el que llamamos de burguesía nacional, integrada por empresarios pequeños y medianos que aprovecharon nuevamente esa protección automática que abrió la crisis por la falta de divisas que genera, y con inversiones de pequeños y medianos instalaron establecimientos industriales. Contaron con una mano de obra disponible, proveniente de las migraciones internas por la desocupación rural, producto de la caída de las actividades rurales, la expulsión de arrendatarios y de peones del campo en la década de 1930. Este proceso de migraciones internas hacia las grandes ciudades generó una mano de obra abundante y disponible, que se volcó a este proceso de industrialización. Proceso generado a partir

de la posibilidad de contar con una protección, aunque no fuera automática, porque no podían comprarse los productos importados.

Esa nueva clase, la burguesía nacional, se fue fortaleciendo pero no tuvo acceso al crédito ni lo necesario para invertir en una industria pesada. Este desarrollo industrial por sustitución de importaciones se produjo en tres etapas. Tenía como fin sustituir lo que no se importaba, pero sin buscar un desarrollo integral ni de la industria pesada; entonces, unos porque no pueden y otros porque no quieren, en definitiva fue así, limitado, hasta donde se dio el desarrollo industrial en la década de 1930. Pero con mayor desarrollo precario que el que se dio durante la Primera Guerra, fue un crecimiento más duradero, mayor en cuanto a cantidad y calidad: en cantidad de obreros empleados, en ramas que hasta ese momento no habían crecido tanto. Por entonces la rama textil ya tenía un rol muy importante, creció la industria metalúrgica, alguna producción de electrodomésticos, electricidad (cables, lámparas, etc.), algo también se desarrolló, producto de la instalación de automotrices extranjeras norteamericanas, la producción nacional de caucho para neumáticos, algunos repuestos, talleres de reparaciones. Crecen también ciertos establecimientos en función de las inversiones extranjeras.

Con todo ese desarrollo, sin embargo, el 50% de la producción total la componen alimentos y textiles. Hacia 1935 el sector industrial va a ser el que impulsa el crecimiento económico. En los primeros años de la crisis, la industria recién se desarrollaba, tuvo un crecimiento hacia 1933/ 1934 y tuvo un rol central en el crecimiento económico de la Argentina hacia 1935.

Cuando el mercado mundial comenzaba a normalizarse, en 1939 estalló la Segunda Guerra Mundial. Para el desarrollo de esta industria era fundamental la importación de insumos, sobre todo de petróleo y de maquinarias importadas. Para ello seguían siendo necesarias las divisas y esas divisas seguían viniendo de la exportación de materias primas. Ante el estallido de la Segunda Guerra, la necesidad de divisas hizo que la oligarquía mantuviera su poder intacto. La estructura económica, sin sufrir alteraciones profundas, tuvo ciertos cambios, como que la industria pasa a ser el sector de mayor creci-

miento económico hacia 1935. La oligarquía mantuvo el poder de la tierra, es decir, el poder que le da ser la proveedora de divisas para esa industria en crecimiento. Cuando estalla la Segunda Guerra se agrava la dificultad para importar los insumos y maquinarias que esa industria –que se había desarrollado durante toda esa década– tiene. Problema serio al que se le agregó un bloqueo de los Estados Unidos a la Argentina entre 1942 y 1949, para castigarla por su neutralidad frente a la guerra, pero también para eliminarla como competidora en el mercado mundial de alimentos. Los norteamericanos pretendían dominar ese mercado, especialmente el de granos, y consideraban a la Argentina un fuerte competidor, por tanto bloquearon la llegada de insumos básicos: acero, hierro, y bloquearon cuentas argentinas; con todo esto se hizo difícil mantener el desarrollo industrial propio. Aun así, en condiciones muy difíciles, de escasez de maquinarias, con maquinarias obsoletas (con lo que eso significa para los costos de producción), la industria siguió creciendo en este período de la Segunda Guerra. Argentina aprovechó la imposibilidad de importar de muchos países latinoamericanos y por eso pudo exportar ciertas manufacturas a esos países en este período.

Se fue dando un proceso de cambios en la estructura económica, cambios que dieron nacimiento a lo que fue el peronismo. Por un lado, el crecimiento de esta burguesía nacional, que a diferencia de la oligarquía y a diferencia de los inversores extranjeros, tuvo interés en el desarrollo de la industria local y del mercado interno, y se proponía un desarrollo integral, porque de allí venía su fuente de ganancias. Por otro lado, el desarrollo de una clase obrera ahora industrial, a diferencia de la clase obrera anterior a 1930 que estaba vinculada a los servicios ferroviarios, portuarios. Se fortalece una clase obrera industrial que sufre un proceso de reorganización: en 1930 se crea la CGT. Todo esto anticipa lo que será la conformación del peronismo.

Del impulso industrializador a la desindustrialización

En 1930, la crisis generó la oportunidad para que la oligarquía derrocara al gobierno del radicalismo (el de Hipólito Yrigoyen) y

restaurara su poder con este golpe de Estado. Y en 1943, tendrá lugar otro golpe, dirigido por un sector del Ejército, en el que estará Juan Domingo Perón. Este sector de militares fue muy heterogéneo –entre ellos hay algunos con ideas nacionalistas–; por distintos motivos confluyen en la decisión de derrocar a la oligarquía que se mantenía en el poder a través del fraude. Cuando este sector del Ejército accedió al gobierno, sobre todo cuando accedió el sector nacionalista en el que estaba Perón, en el proceso histórico fue aprendiendo cómo la dependencia del capital extranjero limitaba el desarrollo industrial nacional y trató de impulsar ese desarrollo. Desde el gobierno militar, cuando este sector va adquiriendo más poder, se tomaron medidas respecto a la industria, que se desarrolló luego con el peronismo.

Se creó entonces la Flota Mercante del Estado, Fabricaciones Militares; por primera vez en la Argentina, se fundó en 1944 un Banco Industrial que otorgaba créditos a la industria. También se constituyó el Consejo Nacional de Posguerra, dirigido por Perón cuando asumió la vicepresidencia. Ese Consejo Nacional evaluó qué hacer con la Argentina cuando terminara la guerra, que ya estaba prácticamente concluida. Este Consejo analizó que el desarrollo importante de la industria y de la clase obrera obligaba a su profundización, a generar nuevas industrias y garantizar que toda esa mano de obra ocupada siguiera ocupada. Interpretó que era inviable volver al modelo agroexportador y elaboró su concepto de “justicia social”, con que otorgaba beneficios sociales a la clase trabajadora, para fomentar el mercado interno, con la idea de que el Estado debía ser árbitro entre el capital y el trabajo. Ideología típica de las burguesías que le adjudican al Estado la apariencia de árbitro y la posibilidad de un acuerdo y confluencia de intereses entre el capital y el trabajo. En un país dependiente como Argentina, coyunturalmente, este planteo resultaba comprensible, teniendo en cuenta que confluían para enfrentar a la dominación imperialista y a la oligarquía argentina.

Finalmente, con este diagnóstico Perón ganó las elecciones de 1946, y se implementó un proyecto desde el propio Estado, de industrialización nacional, con los límites que implica que este proyecto fue liderado por una burguesía nacional en un país dependiente, con

los resortes claves del Estado y de la estructura económica todavía en manos de las clases dominantes tradicionales (la oligarquía, el imperialismo, las burguesías monopolistas e intermediarias que tenían un control fundamental, sobre todo del comercio exterior). Sin embargo, con estos límites, fue el primer proyecto estatal de industrialización, y tomó una cantidad de medidas que necesariamente llevaron a recortar ciertos beneficios a la oligarquía terratenientes y al imperialismo. Fue el desarrollo de un cierto grado de industrialización, que se dio en la década de 1940, sin terminar con los superbeneficios y privilegios que tenían estas clases sociales dominantes.

En relación a los terratenientes que monopolizaban el comercio exterior, con la creación del IAPI (Instituto Argentino para el Intercambio) el Estado se encargó del comercio exterior de cereales y le cortó la posibilidad a las grandes casas cerealeras que lo monopolizaban. A través del IAPI, se compra la producción de cereales a un precio y se la vende en el mercado mundial a un precio superior. De esta manera, el gobierno recortó ciertos beneficios a los terratenientes y utilizó las divisas para el desarrollo industrial, a través de créditos, subvenciones, con los que garantizó precios máximos para los productos básicos de la canasta familiar. Al mismo tiempo, tuvo una política contraria a los terratenientes con respecto a los arriendos, ya que impone la prórroga permanente de los contratos de arrendamiento, les rebaja a los arrendatarios el 20% del precio de los alquileres. Por primera vez en la historia argentina se dictó un estatuto para el peón rural, que había sido siempre el último orejón del tarro; por primera vez estos cuentan con condiciones mínimas de trabajo, con beneficios para los peones transitorios, etc. Estas medidas recortaron beneficios a los terratenientes a través del IAPI en manos del Estado, y al mismo tiempo compensaron a los sectores medios y a la clase media rural. Es decir, no perdieron todos por igual en el campo: los que más perdieron fueron los terratenientes; pero éstos tampoco perdieron todo, porque al mismo tiempo no hubo ninguna reforma agraria, ni experiencias de expropiación y entrega de lotes a campesinos arrendatarios; sólo se llegó a algunas distribuciones de tierras fiscales, que no tuvieron mayor significado en relación a

la estructura de tenencia de la tierra que tiene la Argentina desde sus inicios.

Al imperialismo también se le recortó algo, con el proceso de nacionalizaciones de servicios públicos, telefonía, gas, ferrocarriles, la creación de Aerolíneas Argentinas, Gas del Estado. En este proceso de nacionalización de diversos sectores de la economía, especialmente de los servicios públicos, el gobierno de Perón puso muchos límites al saqueo al que estaban acostumbrados los imperialismos. También estableció un tope máximo a las ganancias que podían remitir a sus países de origen, puso tiempo mínimo de estadía en el país para invertir, no podían irse antes de los diez años. Impuso una cantidad de requisitos a las inversiones extranjeras, que no las frenó. Con las nacionalizaciones se discutió mucho si sólo se compraron fierros viejos a precios elevados; lo cierto es que son las primeras nacionalizaciones en la Argentina, con lo que esto implica, además, respecto a la posibilidad de establecer tarifas bajas que beneficien el desarrollo industrial y al mercado interno. Por ejemplo, el manejo del ferrocarril fue fundamental para los ingleses, puesto que cobraban tarifas altísimas a la producción industrial argentina para garantizar que se consumiera la producción industrial inglesa; por eso, el ferrocarril fue fundamental para el desarrollo industrial nacional, así como el transporte en general.

Perón recortó limitadamente a la oligarquía y al imperialismo, dio créditos para la industria local, fomentó un mercado interno en expansión, fortalecido por las conquistas laborales de la clase obrera, que legalizó el peronismo desde 1944 en adelante, lo que significó una expansión importante del mercado de consumo y de la industria que estaba creciendo. El desarrollo de la industria pesada requería necesariamente grandes inversiones por parte del Estado, que no podían obtenerse de otra manera si no era expropiando grandes empresas monopólicas imperialistas, expropiando la tierra a los terratenientes. No era posible en ese momento, y no es posible en la actualidad, un desarrollo industrial independiente en la Argentina sin expropiar a los intereses que impiden ese desarrollo, y para que el Estado cuente con los recursos necesarios para las inversiones que ese tipo de industria requiere.

En esa época en la que no llegaban inversiones extranjeras y el crédito internacional además estaba cortado, la Argentina, con el peronismo, no entró al Fondo Monetario Internacional ni al Banco Mundial; las divisas provenían únicamente de la exportación de materias primas, con lo que se garantizaba la llegada de maquinarias e insumos para esa industria. Obviamente, con todas las medidas que Perón tomó contra los terratenientes, aunque no fueron demasiado profundas, hubo un sabotaje oligárquico que en algunos casos era adrede, pero en otros producto de la disminución de sus ganancias por la vía de la exportación de materias primas; entonces dejaban de producir, lo que llevó a una disminución muy importante de tierras en producción, una consecuente disminución de exportación de materias primas, una caída de la exportación de cereales, sobre todo en este período justo cuando las divisas empezaban a mermar. A esto se suma un período de malas cosechas en 1949, 1950. La industria comenzó a tener problemas. Los empresarios se quejaban ante Perón por los aumentos de los costos industriales, porque no podían importar maquinarias, porque no podían amortizar en el tiempo necesario. Perón, frente a esta crisis de la industria, se comportó como fiel representante de esa burguesía nacional, que quiere pero tampoco se anima. Porque había llegado donde estaba de la mano de la clase obrera, pero tenía miedo de que esa clase obrera al mismo tiempo exigiera más de lo que la burguesía nacional estaba dispuesta a ceder, porque esto pondría en peligro su propia existencia como burguesía.

Por lo tanto, frente a la disyuntiva, la resolución de esta crisis por parte de Perón fue la reconciliación con los terratenientes y sobre todo con el imperialismo norteamericano, que era la gran superpotencia de la época. Tuvo dos caminos: podía avanzar en expropiaciones, con la reforma agraria frente al sabotaje oligárquico y tener el control absoluto de la producción primaria y de la exportación de materias primas para continuar entonces en el desarrollo de la industria pesada; o bien, resolver la crisis otorgándole beneficios a los terratenientes para que produjeran más, exportaran más y entonces obtener divisas para importar la maquinaria y los insumos que la industria necesita. Este último fue el camino que tomó. El IAPI,

que antes compraba a un precio bajo y luego vendía más caro, va a comprar a precios caros y vender a precios bajos afuera; el gobierno inició gestiones para pedir un crédito al Eximbank norteamericano, para poder importar maquinarias e insumos; trató de hacer un contrato con empresas norteamericanas para la extracción de petróleo de la Argentina.

Entonces, ya en su última etapa, antes de ser derrocado, Perón intentó dar respuestas a los límites que tenía, por la vía de la reconciliación con estos sectores. Aun así, con estos pasos hacia atrás que da el peronismo, las clases dominantes tradicionales argentinas decidieron derrocarlo en 1955: estos pasos hacia atrás tampoco le garantizaron a Perón que se mantuviera su representatividad en el Estado.

El golpe de 1955, golpe claramente proimperialista y prooligárquico, tomó las primeras medidas que dieron un vuelco a lo trazado hasta ese momento: la eliminación del IAPI, la anulación de la reforma de la Constitución de 1949, en donde se establecían todos los derechos sociales para los trabajadores y la estatización de los recursos naturales y decidió el ingreso al Fondo Monetario Internacional y al Banco Mundial. Estas fueron tres de las medidas más importantes que tomó la Revolución Libertadora.

Entre 1955 y 1976, se desarrolló un período al que Horacio Ciolfardini denominó de “industrialización dependiente”. En este período, obviamente, es necesario diferenciar el gobierno de Illia, el tercer gobierno de Perón y el de Isabel Perón, gobiernos en períodos muy cortos, que no pudieron prosperar, del resto. El de Illia fue un gobierno vinculado a los intereses de una burguesía nacional, que tomó medidas de carácter nacional. Cuando llegó a la presidencia revisó todos los contratos petroleros que había firmado Frondizi, pagó indemnizaciones y los rescindió. Proyectó también una ley farmacéutica, que perjudicaba los intereses de los laboratorios extranjeros, y por eso fue castigado.

Esta es la situación que sufren las burguesías nacionales que no controlan el aparato estatal, y mantienen un Ejército que sigue siendo un elemento clave en el poder de las viejas y tradicionales clases dominantes: es decir, no rompen con el poder de base de estas oligar-

quías e intereses imperialistas, lo que permite que puedan derrocar a los gobiernos. A Illia le dieron tres años. En su tercer gobierno, Perón intentó hacer algo parecido a sus primeros gobiernos en cuanto al desarrollo del mercado interno; y a su muerte, asume Isabel, que nacionalizó las bocas de expendio –medidas con las que intentaban avanzar en cierto grado de desarrollo nacional– y encuentra sus límites, límites que son los mismos que generan la posibilidad de que las clases dominantes los derroquen con golpes de Estado.

Fines de los años 1950, inicios de la década de 1960, fue un momento en el que se difundieron, estuvieron en boga, las teorías desarrollistas, que criticaban al gobierno de Perón porque no avanzó en el desarrollo de industria pesada y porque sustituyó más de lo que tenía que sustituir; su diagnóstico, en cambio, era que la Argentina no contaba con el capital necesario para desarrollar la industria pesada, y por lo tanto, tenía que hacerlo con capital extranjero. Entonces, proponían darle las ventajas necesarias al capital extranjero para que volviera a la Argentina a industrializar. En esto podemos englobar tanto al gobierno de Frondizi como el período de la dictadura militar de Onganía, pero recurriendo cada uno a diferentes capitales imperialistas.

Con este diagnóstico se tomaron una serie de medidas tendientes a darles enormes beneficios a los capitales extranjeros, para que invirtieran en la Argentina. Todas las medidas que había tomado Perón de restricciones al capital extranjero se eliminaron y se liberó absolutamente la salida de capitales en forma de ganancias de las actividades de inversión de las empresas extranjeras; se les eliminó también el pago de impuestos internos, y de impuestos en la aduana para importar la maquinaria que necesitaban; se les brindó la posibilidad de acceder al crédito interno (pedían créditos locales, no traían capitales, y con la plusvalía que sacaban pagaban esos créditos). Liberaron de los impuestos a las importaciones a todos los bienes de capital que necesitaban, tuvieron protección aduanera para lo que vinieran a producir, se establecieron protecciones importantes a esas producciones extranjeras, lo que les garantizó posiciones oligopólicas en el mercado. Estos capitales venían por-

que reunían un mercado atractivo que les garantizaba condiciones de privilegio.

Esto que se generó con una nueva oleada de inversiones extranjeras siguió impulsando una industrialización dependiente. Dependía de conocimientos técnicos, de las maquinarias, de las patentes, porque todo seguía estando en las casas matrices, es decir, seguían estando en las grandes potencias.

De ninguna manera esto resolvió el problema de las divisas necesaria para importar las maquinarias. Esas divisas seguían dependiendo de la exportación de materias primas. Resultó que las inversiones extranjeras llegaban pero al mismo tiempo que llegaban, se iba mucho más capital, porque se iban capitales al importar, salían capitales para pagar las patentes, por pago de royalties, por el conocimiento técnico, por las remesas de ganancias, salían capitales permanentemente. El problema de las divisas siempre estaba presente. Frente a la permanente falta de divisas se recurría al crédito con la banca internacional, lo que generaba nuevos motivos de drenaje, de fuga de divisas, en el pago de la deuda externa, que crecía y crecía. Se negociaba con el FMI un acuerdo que se convertía en un plan de ajuste, como todo acuerdo con el FMI, y además se iban divisas para pagar la deuda externa. De ninguna manera se resolvió el problema con la introducción de inversiones extranjeras, como había planteado el desarrollismo.

En este período la política desarrollista generó un enorme grado de concentración y de extranjerización de la economía argentina con una industria con estas características. Industria que finalmente desaparece con la dictadura militar de 1976, que condujo a la desindustrialización, potenciando una economía exportadora y dependiente, especulativa, que provocó un proceso de desocupación creciente y la quiebra de las pequeñas y medianas industrias nacionales, y un enorme endeudamiento ilegítimo y fraudulento. Destrucción de nuestra base productiva y de la mano de obra ocupada que fue en aumento, y de la que aún no hemos logrado recuperarnos.

La educación para el desarrollo independiente

Guillermo Volkind¹

“Uno de los principales medios que deben aceptar a este fin, son las escuelas gratuitas, donde pudiesen los infelices mandar a sus hijos sin tener que pagar cosa alguna por su instrucción: allí se les podría dictar buenas máximas e inspirarles amor al trabajo, pues en un pueblo donde no reine éste, decae el comercio y toma lugar la miseria; las artes que producen abundancia que las multiplica después en recompensa, decaen; y todo, en una palabra, desaparece, cuando se abandona la industria, porque se cree no es de utilidad alguna.”

Manuel Belgrano, Memoria del Consulado de Buenos Aires, Julio de 1796

¿De dónde partir para pensar qué quedó o qué queda por delante en relación a una independencia definitiva en el campo de la educación? Un tema recurrente, un problema que permanentemente escuchamos, es el que se plantea en la relación entre educación y crecimiento económico, entre educación y desarrollo, entre educación y cambio. Escuchamos, pensamos y discutimos todo el tiempo acerca de esto. ¿Es la educación parte de un cambio? ¿Se necesita educación para otro tipo de país? ¿Qué educación se necesita? ¿Es posible otra educación en esta estructura político-económica? Cada una de estas preguntas alimentó corrientes pedagógicas, cada una de ellas reconoce orígenes, raíces, detractores y seguidores.

A muchos de los que incluyen a la educación como factor de cambio se los ha llamado “idealistas”, “reformistas”, porque para ellos el cambio sólo es posible desde la educación. Parecen sobredimensionar las posibilidades de la educación en relación con los rasgos, las características, las condiciones de una formación económico-política. Mientras que a los que consideran sólo las formaciones económico-políticas les han dicho “mecanicistas”, “reproductivistas”, porque creen que una educación diferente deriva de un

1. Guillermo Volkind es licenciado en Ciencias de la Educación, psicólogo social, docente de la Universidad de Buenos Aires, asesor de *La Marea*.

cambio de aquellas formaciones, con ausencia de cualquier lucha en el interior del campo educativo.

Algunos antecedentes de la historia de la educación en la Argentina nos ofrecen ciertas pistas para entender el problema. Tal vez sea necesario arrancar con Belgrano, el primero que tuvo una concepción de educación siendo secretario del Consulado, cuando escribe las Memorias. Su planteo en el Consulado fue considerado, posteriormente, un posicionamiento pragmático, porque hablaba sobre la necesidad de la enseñanza de la agricultura, de ciertos oficios. No tuvo gran éxito, fue un planteo valioso para el momento, pero no tuvo encarnadura. Belgrano tuvo un posicionamiento bastante claro con respecto a la importancia de la educación, aunque habitualmente se lo circunscribe a otras áreas.

En la Argentina, los que han marcado tendencia con respecto a la educación fueron Sarmiento, en particular, y Alberdi, contrapuestos en algunos aspectos. La particularidad de Sarmiento y de Alberdi, en lo que tenían en común ambos respecto del punto de vista pragmático, es que sus planteos educacionales estaban ligados al desarrollo de algunos aspectos industriales y agrícolas. En el caso de Sarmiento, a la agricultura y a la minería; en el caso de Alberdi, más hacia lo industrial.

Sarmiento representó más claramente la idea de la posibilidad de cambio a través de la educación: pensaba que el cambio social se correspondía con lo que se pudiera lograr desde el punto de vista educativo. En cambio Alberdi no creía que la educación fuera un factor de cambio, consideraba que el desarrollo de los ferrocarriles, en principio, y de la industria eran factores más eficaces de cambio que la educación. Alberdi descreía –comparándolo con Sarmiento– de la capacidad, del poder, de la intencionalidad transformadora o de cambio que podía tener la educación. Le asignaba un papel mucho más significativo en ese sentido al desarrollo, por ejemplo, de los ferrocarriles, inclusive todo lo vinculado a la modernización de la sociedad.

Estas diferencias no eran sutiles, no pasaban desapercibidas; plantearon dos puntos de vista dilemáticos: ¿la Argentina tuvo un

desarrollo ligado a la educación, como quería Sarmiento? ¿o la educación fue consecuencia del desarrollo económico-político de la Argentina? ¿Alberdi tenía razón: el factor principal de cambio no estaba en la educación?

Sarmiento generó una corriente, nucleó una corriente numéricamente importante, políticamente con peso, y en general, aquellos sectores denominados progresistas, se vieron identificados con Sarmiento. Desde el punto de vista de la estructura económica, Sarmiento proponía que, frente a la tierra improductiva, había que pedirle permiso de algún modo al terrateniente para que en una superficie pequeña se pudiera plantar y ahí instalar familias —es decir, un cierto concepto de radicar población—; pequeñas extensiones y más que oposición, respetar al terrateniente. No tuvo un desacuerdo explícito con el latifundio; se posicionaba como opositor al sector ganadero, por eso planteaba de este modo el tema de la agricultura. Esta perspectiva de Sarmiento es menos conocida, o difundida: el “respetemos al terrateniente” en la medida que nos da el espacio, o que logremos arrancarle un lugar para la instalación de un pequeño sector, que permita el desarrollo de la agricultura. El otro tema era el desarrollo de la minería. Entendía que este país debía aprovechar las condiciones exportadoras, inserto en las relaciones internacionales que tenía, y que más que en la producción interna, el desarrollo estaba en la explotación y exportación. Este punto de vista no prosperó.

Sarmiento no tuvo éxito con este proyecto: estas ideas no prosperaron. ¿Por qué no prosperaron? ¿Quiénes gobernaban? ¿Qué idea tenía esa oligarquía que estaba en el poder? ¿Cómo era la relación entre esa oligarquía y este proyecto de Sarmiento? Es bastante útil pensar esta relación, porque la oligarquía tenía armado un sistema educativo en el que básicamente su expectativa era la formación de un grupo relativamente reducido, con una orientación esencialmente humanista. ¿Por qué un sector oligárquico-terrateniente preparaba o se fijaba en una formación clásica humanista?

En principio, la expectativa sobre la formación educativa estaba dirigida a quienes iban a ser los dirigentes. Es decir, dentro del sistema educativo se formaban a los que iban a dirigir el país. Entre

los que seguían, después de la escuela secundaria, carreras universitarias, predominaban los abogados, luego los médicos y en tercer lugar los científicos técnicos, ingenieros, físicos, matemáticos. No necesitaban para el desarrollo, para el crecimiento del país, otro tipo de formación: se suplía cualquier otro déficit profesional con extranjeros. Estadísticamente, la proporción de ingenieros extranjeros era significativamente superior a la cantidad de ingenieros que se formaban en Argentina. No sucedía así con los abogados ni con los médicos. Fundamentalmente, los que estaban en el poder eran abogados, los médicos empezaron a tener lugar en los órganos de poder del Estado *a posteriori* de los abogados, o se fue incorporando otro tipo de formación para poder ingresar, por ejemplo, al Congreso.

Educación y organización del Estado

La oligarquía no necesitaba, aparentemente, la producción de técnicos, porque el planteo económico, la política económica que tenían, no se basaba en el desarrollo de la industria —como de algún modo planteaba Alberdi, o, en otro aspecto, Sarmiento— sino que tenían que mantener una estructura económica oligárquico-dependiente. Los terratenientes velaban por el mantenimiento de sus intereses: la educación tendía, en tal caso, a generar respuestas para procrear esas élites que iban a estar en los lugares de poder.

Entonces, ¿por qué aparecía la tensión entre desarrollo y educación?, ¿por qué se planteaba que no había desarrollo porque la educación no lo permitía? La educación aparentemente no necesitaba formar un personal especializado para cubrir determinadas tareas. Quienes instalaban industrias en la Argentina traían a sus propios técnicos. Todo lo que fue la instalación de ferrocarriles y frigoríficos no demandó una formación nativa, se utilizaron fundamentalmente el trabajo de los inmigrantes y de su personal capacitado, que, en algunos casos, venían con las empresas, y en otros se contrataba acá.

La pregunta es en qué momento la educación limitó y limita el desarrollo, quién es obstáculo de quién: ¿la educación lo es del desarrollo, o el desarrollo de la educación? ¿La educación es traba del

desarrollo industrial argentino o es el diseño político-económico lo que no requiere esta capacitación y por tanto frena la educación? Esta discusión, que la ubicamos en 1880, 1881, de algún modo continúa hasta nuestros días.

Actualmente, es común escuchar que falta mano de obra calificada, que los industriales no pueden desarrollar más de lo que tienen previsto porque no encuentran personas con la calificación suficiente, que no hay desde la formación de las escuelas técnicas aquellas personas que son necesarias para el desarrollo de la industria. Pareciera que ahora, la responsabilidad sobre las posibilidades del crecimiento económico está en la falta de formación de las personas calificadas. Entonces, de algún modo volvemos a una polémica de 1880: ¿quién es el responsable, de qué y desde qué punto de vista nosotros hacemos estas valoraciones?

Un planteo es que la destrucción de la escuela técnica tiene que ver con la incapacidad de la escuela técnica para responder a la demanda; otro, que la destrucción de la escuela técnica está relacionada con el tipo de diseño político y económico que hubo para la Argentina. Entonces, ¿es una relación política o económica la que tiene la educación con la organización del Estado? Algunos consideran que es una relación económica, otros la consideran política. Sin embargo, prefiero articular ambos aspectos, porque sería muy difícil comprender, si dejamos alguno de ellos fuera, cómo la educación forma parte de la superestructura. Si consideramos que la relación sólo es económica o si sólo es política, volveríamos a poner en funcionamiento un pensamiento mecánico, porque no daría cuenta de la complejidad de este tema.

Es imprescindible pensar la educación en los planos ideológico, político y económico; identificar cuáles son los propósitos de las clases que dirigen el Estado, para pensar cuál es el diseño de educación que se pone en práctica. También es importante tener en cuenta cuáles son las contradicciones dentro del propio sistema educativo, no sólo de acuerdo a quienes ejercen las direcciones del Estado, sino también a las luchas de los que están dentro del propio sistema educativo (docentes, alumnos, padres). Es llamativo que, y para pensar

también, cuando la oligarquía se da cuenta de que pugnan por acceder a los lugares que ellos tenían previsto para las élites personas pertenecientes a otras clases sociales, cuando aquellos que una vez cursada la escuela secundaria pretenden seguir estudiando para llegar a los lugares de poder, empieza a preguntarse sobre la utilidad de tener este tipo de sistema educativo. Porque ese sistema funcionaba en la medida en que ingresaba a la universidad el número de personas que luego iban a ocupar algún lugar en los puestos de dirección de ese Estado. Si cursar la escuela secundaria estaba pensado, y esto está explicitado en muchísimos textos, para el acceso a la universidad exclusivamente, porque era una escuela con una formación enciclopedista, humanista, y no tenía otro espíritu más que el ingreso a la universidad (una vez obtenido ese título la aspiración era ingresar a la universidad), una vez egresado de la universidad, se suponía que eso iba a dar acceso a algún lugar de gobierno. Cuando empieza a aumentar la base de aquellos que ingresan a la universidad, la oligarquía piensa que es el momento de modernizar el sistema educativo. “Algo debemos hacer para poder redistribuir esta presión o esta matrícula.”

Entonces se empieza a pensar en la necesidad de darle lugar a los planteos de formaciones en el comercio, en la industria, oficios que hasta ese momento no estaban contemplados, y se crea el bachillerato moderno. Pero se mantenía una traba: el único que habilitaba para la universidad era el bachillerato clásico. Mientras tanto, se daba salida a una demanda considerada genuina y, a su vez, se respondía a una presión modernizadora de tener una educación que formara a esos técnicos, a esos especialistas en comercio, y, aunque no se necesitaban aparentemente para el desarrollo del país, daban el carácter de un Estado moderno. La presión tuvo que ver también, es decir, fue coincidente, con la revolución de 1890.

Aquellas masas que hicieron una experiencia con la revolución de 1890, también se vieron estimuladas a presionar para lograr esta respuesta de la oligarquía. Tal es así que empiezan a pensarse modificaciones del sistema educativo, se escribe una modificación del sistema educativo en la que aparece una escuela intermedia que no

existía hasta el momento. Piensen ustedes que desde el punto de vista del sistema educativo, lo que se escribe y lo que se establece es fundamentalmente el nivel primario y el nivel superior; en sus orígenes y durante mucho tiempo, un largo período, se escribe y se legaliza el nivel primario y el nivel superior. No hay leyes que hablen del nivel medio, del colegio secundario. Es como si se negara la existencia de ese nivel, dado que el único propósito que tenía era el acceso a la universidad y, a su vez, los contenidos estaban prescritos desde este lugar. No había una discusión sobre los contenidos de la escuela media y quedaba aprisionada entre la escuela primaria y la universidad. Entonces, empieza la oligarquía a pensar cómo darle un formato a esta escuela media modernizada, y ahí aparece la posibilidad de acortar la escuela primaria, poner un nivel intermedio, y después de ese nivel opciones de especialización.

Es importante ver y pensar esto en profundidad, porque todas las veces que en la Argentina se pensó en alguna modificación del sistema educativo se volvió a ese modelo, o sea, a un acortamiento de la escuela primaria, instalación de una escuela intermedia y orientación dentro del nivel secundario previo al universitario. Cuando Yrigoyen asume, su presidencia anula este planteo de reforma educativa. La pregunta sería por qué el radicalismo obtura algo que estaba programado por la oligarquía, pero respondía a un espíritu modernizador con, de algún modo, acceso a la formación en comercio y a lo técnico, y vuelve a lo clásico. Una de las respuestas es que los radicales pensaban que el acceso a los lugares por elección tenía que ver con la formación clásica. Esta formación clásica que estaba estipulada era reivindicada por ellos, lo que cambiaba con ellos era la posibilidad del acceso, ampliaban el acceso al sistema educativo y mantenían en esencia los contenidos del bachillerato clásico.

Para pensarlo con respecto a la actualidad, hoy por hoy cuántas personas siguen pensando que la formación más eficaz es la de bachillerato clásico, en cuántos sectores se sigue pensando que lo que va a dar un lugar laboral, o lo que va a dar más herramientas, o lo que va a abrir más puertas es la formación del bachillerato clásico. Hace varios años atrás, una madre me dijo que pensaba que el Na-

cional Buenos Aires podía ser una escuela para su hijo, porque si él no iba a seguir la carrera militar, ni iba a ser cura, ella quería que estudiara en un lugar en donde de algún modo pudiera acceder a algún ámbito que lo contactara con el poder. Y el padre, diferenciándose un poco de ella, me dijo “o amigos que seguramente van a estar en lugares importantes a los que podrá recurrir”.

¿Tenemos que mirar esta formación para generalizarla? Entonces, ahí viene la pregunta sobre qué es lo que debiera hacer la educación hoy, en este planteo que muchos hacen sobre cuál es la relación entre educación y trabajo. ¿Es la educación, entonces, la que puede garantizar la ubicación de los sujetos que están dentro del sistema educativo en los lugares de trabajo? La respuesta, desde mi punto de vista, es no. Cada vez que la educación teóricamente respondió a la demanda del supuesto sector productivo, tuvo un progreso efímero. En el momento en que decidieron la eliminación de tal o cual rama de la producción, inmediatamente esto tuvo consecuencia en la formación de esos sectores, y cuando se decidió que la Argentina no iba a tener un desarrollo en industria liviana, todos los oficios y formación que estaban ligadas a eso se perdieron, y entonces se inventó el concepto de tecnología en reemplazo de técnica, se inventó que era una adecuación teórica al avance del desarrollo tecnológico. A su vez, la verdadera tecnología, es decir la tecnología que era necesaria para el desarrollo de ciertas industrias, iba a ser procesada en algunos lugares y con un reducido número de personas. Es decir que esa tecnología de punta no iba a llegar a la formación de la escuela media, sino que iba a ser patrimonio de un sector reducido, en algún lugar de la universidad y en algunas carreras. Todas estas limitaciones son producto de lo que necesitan cierto tipo de planes político-económicos. No es la masificación del conocimiento tecnológico, sino muy por el contrario, es la elitización del conocimiento tecnológico.

Mientras tanto, la formación empieza a carecer de sentido, de sostén, y hay deformación de los contenidos. ¿Cuál sería el orden, entonces? ¿Primero tenemos desarrollo económico y después tenemos formación o hay que preparar los recursos humanos, como

dicen algunos, para los “cambios”? Llama la atención que las empresas hoy no tienen una gran expectativa sobre el sistema educativo y tienen organizados sistemas propios de formación. ¿Por qué será que las empresas le otorgan mucha más importancia a los sistemas de formación internos que tienen que a lo que puede dar el sistema educativo? Quizás es porque lo que necesitan del sistema educativo es otra cosa: que cumpla una función simbólica y que colabore en el trabajo de aceptación y adecuación a ciertas pautas de trabajo. De algún modo, parte de lo que se necesitó en su momento (1880) y que luego se mantuvo, fue trabajar para que se aceptara ese modelo político que se estaba imponiendo.

Más allá de que algunos consideran al sistema educativo como un gran distribuidor ideológico, lo real es que en ese momento se necesitaba que una gran cantidad de gente “entendiera” que el país “vivía en democracia” y se estaba “pacificando”. Roca planteaba claramente que las inversiones iban a venir y que la Argentina iba a tener posibilidades en la medida en que siguiéramos demostrando que era un país pacificado, que se había logrado, entre otras cosas, por la Conquista del Desierto y el asesinato de miles de originarios. La educación servía también para mantener esa “pacificación, ese orden, esa tranquilidad”. Entonces, una pregunta sería ¿para qué se necesita hoy el sistema educativo? ¿También para mantener cierto orden? Los procesos sociales, tanto en aquel momento como ahora, nos muestran que el sistema educativo es una expresión de conflictos, diferencias, luchas, conquistas.

El acceso a la educación

El otro tema que me parecía importante pensar es el del *acceso a la educación*. ¿Antes hubo acceso masivo y ahora no? ¿Cómo fue el recorrido del acceso al sistema educativo? Hay muchos mitos; en realidad nunca fue masivo el acceso al sistema educativo, porque su concepción estaba ligada fundamentalmente a los sectores urbanos. Si uno mira la ubicación de las escuelas, era prioridad su creación en sectores urbanos. Si uno mira el mapa de la Argentina va a encon-

trar aún hoy, grandes extensiones del país con muy baja creación de escuelas. A esto se suma que en algunos lugares sólo hay escuelas privadas y no públicas, y sólo hay escuelas privadas subvencionadas por el Estado en reemplazo de la escuela pública. Y esta es otra de las relaciones que estableció esa oligarquía con la Iglesia, es otra de las concesiones que en su momento necesitó instalar.

El acceso a la educación nunca fue masivo; los sectores urbanos y suburbanos, rurales, no ingresaron masivamente al sistema educativo, pero hubo una gran conciencia de la necesidad del sistema educativo. Lo que hoy sucede es que, aunque ingresen masivamente, hay un nivel muy alto de deserción. Para tener una idea, actualmente, en el nivel secundario el 67% de los jóvenes de entre 15 y 17 años no estudia ni trabaja. Estas cifras son alarmantes porque en cifras reales, actuales, en la Ciudad de Buenos Aires, que es la que tiene mayor inversión en la educación *per cápita*, hay un 50% de repitencia en la escuela media y 35% de deserción escolar. El ingreso al sistema educativo primario está en el 92%, y con esos guarismos se lo compara con otros países de América latina: la Argentina es un país que tiene mejor ingreso al sistema educativo en todo América latina, pero no se difunden, ni comparan con los otros datos.

En el interior las cifras son en algunos aspectos peores y en otros no, porque en estos lugares la imposibilidad de continuidad en la educación también está dada por la falta de escuelas. En muchos casos, la deserción no existe por empobrecimiento de la familia, sino por no haber suficiente cantidad de escuelas en ciertos lugares. Vale la pena pensarlo no sólo en cifras, sino en términos de qué es lo que genera estas condiciones hoy en la Argentina. ¿Esto es producto, como algunos dicen, de una relación deficiente? Si uno mira informes del 1900 encuentra que la universidad, ya en aquel momento, plantea una formación deficiente de los alumnos que ingresaban. En tal sentido, los argumentos que hoy se manejan no son nuevos, se los podrá modernizar con algunas palabras. Nos obligan a pensar qué es lo que se mantiene y qué es lo que subyace para que se obtengan resultados, en algunos aspectos, relativamente similares o que los problemas sean relativamente similares.

A su vez, si analizamos los cambios, desde dónde se produjeron, quiénes los produjeron y cuál fue su posibilidad de instalación, de algún modo podríamos encontrar problemas similares: es lo que responde a la pregunta de la relación de la educación con la política económica. Si hoy en la Ciudad de Buenos Aires tenemos estos guarismos no es por responsabilidad del deterioro de la educación, sino porque se han mantenido en esencia ciertas relaciones económico-políticas que hacen que, con otros aspectos, con otras apariencias, otras caras, pero con viejas teorías, se mantenga este tipo de conflicto.

Muchas veces pueden aparecer términos que no sólo no son modernos, sino que reproducen los términos originales, entonces se dice “la educación tiene que preparar para el empleo, no para el trabajo”. Retomando la discusión que tenían Sarmiento y Alberdi, ¿para qué tendría que preparar la educación, cuál sería la diferencia? ¿Tenemos que preparar sujetos funcionales a la demanda de la industria? Respondemos: qué industria, qué rasgos tiene esta industria, de quién depende, qué grado de desarrollo, de crecimiento, , quién determina qué industria, por cuánto tiempo va a ser, en relación a qué intereses económicos se instala hoy cuál empresa, cuándo se va. Y esto ha sucedido cíclicamente en la historia. Aquellos que han venido, se han ido, en diferentes momentos y circunstancias; mientras tanto, la Argentina ha hecho, supuestamente, el gasto de la formación de los sujetos que teóricamente iban a ser los responsables de llevarlos adelante. Muchos padres, cuando tienen que pensar la escuela secundaria para sus hijos –y pueden pensarla, porque muchos directamente no pueden pensar en una escuela secundaria– piensan en cuál es la formación que puede favorecer más a sus hijos. Muchos consideran la más adecuada una formación amplia, humanista, que lo prepare para todo, como si la escuela pudiera preparar a un sujeto que va a ser apto para cualquier tipo de demanda, estudio; creen que la más eficaz es el bachillerato clásico. Esta idea tuvo una aceptación poderosa, proviene de un largo trabajo ideológico de las clases dominantes. Poderosa porque después de tantos años se mantiene esa concepción como la concepción más eficaz. Entonces, más allá de

la organización del sistema educativo, tenemos que pensar en cuáles son los contenidos, qué se enseña, cómo se seleccionan esos contenidos, quiénes los seleccionan, ¿Cuál es la representación de esos contenidos que tenemos nosotros? ¿Desde dónde pensamos que los contenidos son los que se necesitan? ¿Quiénes los piensan y con qué propósitos? ¿Cómo se seleccionan? ¿Cómo se forma a los docentes que van a enseñar esos contenidos? ¿Qué planteos se les hace a los docentes en relación a los contenidos que van a enseñar?

Muchas veces se habla de la utilidad de los contenidos y entonces se los circunscribe a un planteo absolutamente pragmático, que sería “esto sirve para...”, “estos no sirven para...”, “esto es moderno y esto antiguo”. Es decir, que las categorizaciones que se hacen de los contenidos es “esto es lo que corresponde, lo que va a servir en función de que es moderno y esto no porque es una antigüedad leer tal texto”. Leer en la escuela secundaria, con toda la literatura que hay hoy, leer literatura antigua, no tendría sentido. La pregunta sería: ¿por qué en ciertas escuelas hay tanto estudio clásico y destinado a la literatura antigua, a ciertos idiomas muertos, como griego, latín? ¿Cuál sería el sentido de mantener eso? ¿La falta de perspectiva moderna de esos docentes y de esas instituciones o una convicción sobre la utilidad bien pragmática de esos conocimientos? Pocas veces nos hemos metido a discutir el origen, la selección y el sentido de los contenidos que enseñamos. Recibimos los contenidos como los contenidos instituidos socialmente, reconocidos como válidos, pero pocas veces nos preguntamos quiénes validan esos conocimientos o cómo se validan esos conocimientos, y a su vez nos enfrentamos a la no validación de los que supuestamente dicen que esos contenidos no sirven para el crecimiento de la Argentina. Entonces aparecen organizaciones e instituciones que formarían en aquellos contenidos que son necesarios para industrias o instituciones de punta, aparecen institutos tecnológicos, o tal posgrado, aparece el nivel cuaternario como un nivel ya integrado al sistema educativo. Empiezan a degradarse los contenidos de las formaciones de grado y empiezan a sobreestimarse los contenidos de la formación de posgrado.

Así volvemos al tema del acceso: en lugar de amplio acceso fun-

damentado en la mayoría, tenemos amplio acceso con un contenido devaluado y un contenido elitizado para una minoría en los niveles cuaternarios, en donde el cuaternario a su vez está subdividido, porque hay un cuaternario que hoy se considera de grado, ya que lo que se estudia y aprende en ese nivel es lo que antes se aprendía en la formación de grado. Luego, entonces, se aspira a una especialización, lo que sería como un quinto lugar de acceso a aquel contenido que supuestamente es el más válido. ¿Cómo se selecciona ese contenido, quién lo selecciona, cuáles son los contenidos que hoy estamos trabajando, tanto en la escuela primaria como en la escuela secundaria? ¿Debiéramos volver a la escuela de comercio? ¿cuál sería el sentido de volver a la escuela de comercio? ¿Qué tipo de escuela técnica debiéramos tener? ¿Quién define qué tipo de escuela técnica debiéramos tener? ¿Es cierto que no se necesita una formación relativamente especializada en el nivel medio y la especialización recién debiera ser en el nivel superior, universitario o no universitario? ¿Qué ganaríamos con una formación especializada en el nivel medio? ¿Responderíamos a una necesidad de las familias, responderíamos a una necesidad del país? ¿Qué tipo de escuela técnica podríamos tener hoy, después de la destrucción que hubo de la escuela técnica? ¿Cuál fue el momento de mayor expansión de la escuela técnica?

Educación y cambio

Todas estas son preguntas, desde un punto de vista, abiertas, porque para tener otra educación se ve que se necesitan algunos cambios que no provienen especialmente de la educación. Y podemos decir que tenemos una cierta coincidencia entre las condiciones actuales y las del origen, lo que quiere decir que hay algo de ese diseño original que se mantiene, y a su vez, nos preguntamos cuál es la iniciativa que tenemos nosotros en lucha por la organización de otros contenidos.

Hoy existe una nueva Ley de educación, resistida, cuestionada, pero existe. ¿A qué intereses responde? Puede incluir la educación

sexual, un avance en relación a la anterior; puede haber puesto la obligatoriedad del Estado en el mantenimiento de la educación, es otro avance en relación a la anterior. Esta Ley estipuló un aumento del presupuesto educativo de más del 7% , que llegará al 100% en el 2010. Entonces la pregunta sería cuál es la intencionalidad de esta Ley de educación con, entre otras cosas, un presupuesto educativo absolutamente insuficiente que no apunta a responder a las necesidades de demanda sino a sostener la situación actual. La Ley de financiamiento, que se votó con bombos y platillos, no puede hoy responder a las necesidades educativas actuales.

Estos temas son temas centrales para pensar la educación. Cómo es la relación entre educación y cambio, cuál es el acceso, cómo se caracteriza el acceso al sistema educativo, de dónde y cómo se seleccionan los contenidos de la educación en virtud de este propósito; cuál es nuestra participación, cómo participamos nosotros, el pueblo, en la generación de esos contenidos y qué posibilidades de ubicación tiene esta selección que hacemos nosotros dentro de los programas.

En relación a la selección de los contenidos, la formación es más reconocible frente a la enorme distorsión de contenidos que se produjo en la escuela con las nuevas corrientes de pensamiento e ideas que pretendían y pretenden simplificar el conocimiento. En todas las ciencias, pero en particular en las ciencias sociales, se ha bombardeado con posiciones que plantean, por ejemplo, la necesidad de la articulación entre sí. Hay dos grandes modelos; uno que plantearía la disminución de los bordes de la ciencia para hacer supuestamente una nueva ciencia sin discutir su objeto de conocimiento, pero que articulara diversos conocimientos.

Por ejemplo, es difícil hablar de educación cívica. Siempre fue complicada, porque de acuerdo al gobierno de turno se fueron modificando contenidos. Lo real es que hoy cualquier profesor de Educación cívica está hablando de un mundo del que los pibes no tienen ninguna referencia. Es decir, “democracia representativa” no tienen ningún ejemplo en donde apoyar que esta es una “democracia representativa”, más bien tienen el ejemplo de lo que ha sido el pueblo

ejerciendo representación directa. Leemos “Legalidad de los sistemas electorales”. Entonces prendemos la televisión, abrimos el diario y encontramos que en Córdoba, el intendente Luis Juez hizo un cacerolazo porque entendía que el gobernador Schiaretti le “robó” la elección en connivencia con el gobierno nacional. Varios conceptos no tienen representación social. Lo real es que con el paso del tiempo, tras la idea del mejoramiento del acceso al conocimiento, lo que se hizo es disminuir las claves de comprensión del conflicto.

Entonces, las lógicas de esas ciencias pasaron a ser lógicas de “problemas”. Por ejemplo, la geografía pasó a ser una geografía de problemas. Tenemos el problema del medio ambiente, el problema del agua, el problema de la tierra, el problema de la ecología, no hay países, no hay territorios, por lo tanto si no hay países ni territorios ¿quiénes son los que ocupan ese lugar?, ¿qué relación establece un país con otro?, eso no se enseña.

Es muy interesante tener en cuenta que esta concepción no proviene del interior de la escuela, sino de los lugares donde se genera conocimiento, que son las universidades. En cuanto la universidad decide que la forma epistemológica es la del problema, inmediatamente eso empieza a transferirse a la totalidad del sistema educativo. Aquellos que están planteando esto son los que van a formar docentes y van a escribir los libros de textos que serán utilizados. Entonces, cuando un chico aprendía los ríos de memoria, no tenía mucho sentido, pero sabía que los ríos estaban en un determinado lugar, ámbito, país, zona, continente; de los cien que se tenía que aprender de memoria seguramente podría recordar cuatro y ubicar a esos cuatro en el país. Esto, hoy, está descalificado. Por ejemplo, se plantea el problema del agua. El del agua es un problema en cualquier parte del mundo, es un problema del mundo, pero ¿cómo se explica el problema del agua? ¿Es un problema en sí mismo? No se analiza en dónde está ubicado y cómo son las relaciones de dependencia, que en definitiva hacen que el acuífero guaraní esté en manos extranjeras.

En cambio, en la formación clásica, o en la preservación de lo clásico, estaría la conservación de una vieja concepción de ciencia,

que es la concepción de la ciencia dominante, este sería el otro tema. Es decir, donde se expresa la concepción de ciencia que perdura y en definitiva va a explicar el fenómeno en función de quiénes han establecido que ese era el camino correcto, donde jamás van a mezclar una materia, jamás van a articular, sino que van a defender a ultranza la especificidad. En ningún bachillerato clásico uno va a estudiar ciencias sociales; va a estudiar geografía, historia, economía, todo separado, y cada uno con la organización que le da este concepto de especificidad.

En la provincia de Buenos Aires, actualmente, vuelven a la organización por disciplinas después de haberlas destruido para imponer las áreas. Todo esto en un movimiento pendular absoluto, sin hacer un análisis crítico de lo que había y cómo encarar de otro modo, sin discutir qué concepto de ciencia tenemos, cuál es el objeto de conocimiento, qué concepción de conocimiento estamos utilizando, por un lado. Por el otro, la reforma educativa del gobierno de Menem, o sea, la Ley Federal de Educación, lo que hizo fue llevar al máximo el concepto de la descentralización, que se dio en todos los órdenes de la vida. Y en esa descentralización llegaron a un punto en donde se perdió algo que era necesario para el Estado y que es una determinada unidad. Por lo tanto, posteriormente, el ministro Filmus tuvo que trabajar sobre acuerdos, núcleos prioritarios de educación básica, que serían aquellos contenidos que deben ser estudiados por todos los alumnos de todo el país. Entonces, se descentraliza; esto daría cuenta de la necesidad política que tiene el Estado del sistema educativo, porque en realidad no es un problema de unificación de contenidos: si no hay una cierta unificación de contenidos no tiene posibilidad de una dirección nacional.

El tipo de descentralización hacía que en todo el país hubiera 64 formas diferentes de, por ejemplo, la organización de la escuela media, de los ciclos de la escuela primaria, de las orientaciones. Esto es contradictorio con un poder centralizado, por lo tanto tuvieron que recuperar algo de esa centralidad del poder nacional. Y los núcleos básicos fueron los acuerdos a los que llegaron los ministros de Educación de todo el país, que teóricamente se tenían que respetar en cada provincia.

A mí me parece que el camino para los sectores populares es no escindir ninguna lucha, tener en cuenta que una lucha por salario también debiera ser una lucha por los contenidos, y no caer en la trampa de una separación de estos aspectos, que van tan unidos. Sobre todo lo que tiene que ver con el ámbito educativo. La organización de los estudiantes tiene que tratar de unir aquello que la clase dominante trata de separar permanentemente. La clase dominante pretende que mantengamos un nivel de conocimiento y de aprendizaje muy básico, y que no haya algo que estimule tener conocimientos. Creo que esa es la gran batalla: que el conocimiento esté en manos de las grandes mayorías y que si alguien va a ser herrero, eso no significa que no tenga que tener conocimientos que le permitan fundamentalmente comprender la realidad, ubicarse como sujeto activo, no como alguien que tiene sólo un buen oficio. La cuestión es no sólo qué hace él con ese oficio, sino como sujeto activo dentro de un proceso que pretende la transformación. No hay nada que justifique que esa persona no pueda tener acceso a esas herramientas, excepto la acción activa de las clases dominantes para evitarlo. Hay muchos docentes que intentan, intentamos, que ese acceso no se impida. La diferencia es que esta actitud no predomina, pero existe; y la lucha y la pelea es para que predomine. Parte de la estrategia de las clases dominantes es mostrar que esta actitud no tiene existencia pública: “Las ideas revolucionarias no tienen sentido”. También es una pelea que la gente que tiene su título y en cierto sentido es analfabeta no se sienta como tal. Parte de la distorsión es haber transformado al título sólo en la validación de haber pasado por la escuela, y no de la adquisición real de conocimiento. Hay muchos docentes que trabajan para que esto sea diferente y hay mucha presión para que no logren ese objetivo.

Cultura nacional e imperialismo cultural

Cristina Mateu¹

“Si de todo lo criado,/ es el cielo lo mejor,/ el “cielo” ha de ser el baile/ de los Pueblos de la Unión.// (...) Cielito, cielo festivo,/ cielo de la libertad,/ jurando la Independencia/ no somos esclavos ya.// (...) Oprobio eterno al que tenga/ la depravada intención/ de que la Patria se vea/ esclava de otra nación.// (...) Cielito, cielo festivo,/ cielito del entusiasmo,/ queremos antes morir/ que volver a ser esclavos.”

Bartolomé Hidalgo (1788-1822), *Cielito de la Independencia*

Abordar el problema cultural en sus múltiples manifestaciones y con sus principales protagonistas a lo largo de doscientos años, resulta imposible en este espacio. Nuestro propósito, por otra parte, no es hacerlo en los términos que imponen los análisis tradicionales. Nuestras reflexiones intentarán seguir el eje que nos convoca: la relación *independencia-dependencia, desde la perspectiva cultural*. Trataremos de analizar a grandes rasgos cuáles fueron las principales contradicciones en el campo cultural en estos doscientos años, para pensar la importancia de la cultura en el proceso político y económico, y preguntarnos en qué medida conocer nuestra identidad cultural, diferenciar la cultura propia de la impuesta, nos permite avanzar en descubrir las condiciones y contradicciones económicas y simbólicas en las que se desarrolla.

Pretendemos vincular el fenómeno cultural con la producción económica y el trabajo social, en el proceso socioeconómico en el cual, en la reproducción de la existencia, los sujetos generan objetos e ideas. Y ver cómo en ese transcurso sólo algunos se apropiaron de los recursos naturales, de los medios creados para esa reproducción y del trabajo mismo, mientras que otros quedaron despojados de ellos. Al distinguir las clases sociales que se apropian de los recur-

1. Cristina Mateu es historiadora, investigadora y docente en Historia Económica y Social de la Universidad de Buenos Aires.

sos naturales, de los bienes producidos y del trabajo de los otros, intentaremos considerar cómo, a la vez, se “apropian” y buscan controlar las manifestaciones simbólicas que surgen del propio proceso productivo, con el propósito de perpetuar su dominio, acrecentar sus beneficios, evitar resistencias, imponer su visión sobre ese mismo proceso. Esta apropiación de la fuerza de trabajo, de los medios de producción, y el dominio de las relaciones sociales de producción lleva a que las clases dominantes, siendo propietarias de los medios de producción, tengan las condiciones esenciales para la producción cultural; que logren dominar la cultura, en su doble aspecto: material y simbólico.

Desde nuestro abordaje, no sólo consideramos a la cultura manifestación simbólica generada por una clase social, grupo o sujeto social determinado, sino también producto de un proceso de producción objetivo y subjetivo. Es en el proceso productivo, en determinadas condiciones materiales e ideológicas, donde se nutren las particularidades culturales, configurándose a partir de remanentes de elementos preexistentes y de nuevos procesos. De lo viejo surge lo nuevo, lo viejo no muere de una vez o definitivamente. Por ejemplo, el dominio colonial español impuso el derecho feudal de pernada en América, concepción machista y patriarcal de las relaciones entre el hombre y la mujer, que tuvo y tiene innumerables y diversas representaciones y expresiones en la cultura y costumbres americanas pasadas y presentes.

Para analizar estos doscientos años de cultura en la Argentina, partimos de establecer la relación entre la base material y la producción cultural argentina en sus grandes rasgos. Para entender por qué, cómo y quiénes se fueron apropiando de los recursos, de los medios de producción, y con ello impusieron una ideología, una cultura hegemónica: las ideas dominantes. Para ello es necesario tener en cuenta las características de la formación económica y social, las condiciones y formas que adoptó la lucha de clases en la vida política, social y cultural de la Argentina a lo largo de sus diferentes períodos o etapas. Intentaremos hacerlo sin caer en aquella concepción mecanicista que reduce el estudio de la cultura y el arte argen-

tinios a la mera expresión de tendencias, posiciones, estilos, escuelas desvinculadas del contexto mundial. Esto exige hacer un esfuerzo por entender el fenómeno cultural y artístico en su múltiple determinación y en sus principales contradicciones socioeconómicas, para desde allí entender el rol de los intelectuales y de los instrumentos de difusión ideológicos.

Todo ello implica una mirada crítica de aquella historia de la cultura y el arte des-contextuada, que no tiene en cuenta las contradicciones de la superestructura como expresión (reflejo, rebote, repercusión, representación) de la contradicción principal operada en la estructura económica y, por tanto, no considera la existencia de dos culturas: una dominante, la de las clases dominantes (en general, homogénea y hegemónica) y otra dominada, la de las clases subalternas (heterogénea, dispersa y vulnerable, pero también rebelde).

Esta contradicción entre la cultura dominante y la dominada—muchas veces oculta o desvirtuada— se fue redimensionando y reconfigurando en el desarrollo de las condiciones políticas, económicas y sociales a lo largo del proceso histórico. En ambas culturas—dominante y dominada— subyacen subculturas derivadas con contradicciones secundarias.

Para iniciar este bosquejo proponemos una primera división por etapas, determinadas por factores que tienen en consideración las particularidades de la relación estructura-superestructura argentina: Argentina indígena; colonial; independentista; la etapa de las guerras civiles; la del dominio imperialista-oligárquico, y las distintas propuestas nacionales y las democráticas que fueron surgiendo en el siglo XX. En una Argentina que, como hemos visto, desde su independencia fue disputada por distintas potencias extranjeras, las etapas propuestas dan cuenta de cómo las clases dominantes y las subalternas reelaboraron su cultura en lucha, como señala Josefina Racedo.²

2. Josefina Racedo considera que la relación dialéctica entre la cultura oprimida es en resistencia y lucha con la cultura opresora (Ver “Una nación joven con una historia milenaria”, en *Trabajo e identidad ante la invasión globalizadora*, Buenos Aires, La Marea y Ediciones Cinco, 2000).

Nuestra propuesta es tratar de distinguir cómo se manifestó en estos períodos la lucha de estas dos culturas: dominante y oprimida o dominada. En un recorrido sencillo que nos permitirá considerar los rasgos pluriculturales de la Argentina, que configura una cultura nacional y popular diversa y rica en aportes étnicos y socioculturales, y a la vez, identificar el interés de las clases dominantes en los distintos momentos del proceso político-económico, por negar, oprimir y desvirtuar los principales aportes de esa cultura.

Las culturas originarias y el dominio colonial-feudal español

La diversidad de culturas nativas que habitaron el territorio nacional –como en el resto del suelo latinoamericano, que con distintos idiomas, costumbres y religiones se desarrollaron en condiciones socioeconómicas diferentes– constituye una de las primeras características de nuestra identidad cultural.

Estas diversas comunidades no tuvieron un vínculo fluido entre sí; las escasas relaciones que establecieron fueron regionales hasta el dominio incaico, que sometió e influyó a muchas de las culturas del noroeste y noreste de la actual Argentina. A pesar de esta expansión, el imperio incaico no se impuso completamente, ya que no todas las comunidades nativas que ocupaban el actual territorio argentino asimilaron las modalidades incaicas. Esto se debió a múltiples factores, desde la resistencia de los pueblos dominados, hasta las condiciones particulares de producción y el tipo de acceso a los recursos en esas comunidades, entre otros motivos. Pero también a las dificultades del imperio incaico para expandirse y consolidar su hegemonía entre los pueblos dominados, dadas las características de su propio desarrollo económico. Esto le impidió una presencia continua y estable en sus cuatro “suyus” y limitó su dominio eficaz. Su imperio no llegó al litoral ni al sur de nuestro actual territorio. Además, otro de los factores que lo frenaron a poco de iniciar su expansión fue la inmediata presencia de los conquistadores españoles.

La influencia y las particularidades de la producción artística y cultural de las comunidades del noroeste fueron estudiadas exhaus-

tivamente por Alberto Rex González, quien reivindica la incorporación en la historia del arte nacional de estas culturas originarias, ya que muchas historias del arte argentino no valorizan ni analizan las características de la producción artística precolombina. Es muy importante comprender este punto, ya que es necesario incorporar esta etapa a la historia de la cultura y del arte argentinos, y esto implica modificar la concepción de qué historia, qué arte y qué cultura nos permite conocernos y reconocernos. Los estudios que describen nuestro arte se inician, casi siempre, en el período colonial (son muy pocas las obras completas y abarcadoras). Tampoco se conservan las tradiciones orales; las leyendas y mitos indígenas no fueron suficientemente estudiados ni relacionados con las actividades productivas de los pueblos que les dieron origen; si existen estos estudios, son poco difundidos y conocidos.

Por tanto, la existencia multicultural de distintas comunidades aborígenes, con sus representaciones simbólicas particulares en su corpus cultural-ideológico complejo, es aún poco investigada y dada a conocer, y no son cabalmente valorados sus aportes a la cultura nacional.

A pesar de haber sufrido la dominación incaica y la posterior dominación colonial-feudal española, los pueblos originarios no fueron aniquilados completamente, logrando sobrevivir al exterminio sistemático. La educación y transmisión de sus culturas fueron orales y comunitarias; la falta de escritura propia condujo a que muchas investigaciones desestimaran sus aportes por considerarlas de escasa relevancia. Esto explica una tendencia en el estudio de la historia del arte argentino que perdura y que se manifiesta en la no inclusión de estas formas y contenidos de las culturas pre-coloniales. En general, los textos más abarcadores comienzan con las formas y contenidos europeos que impone la colonización española y desde ahí recogen las manifestaciones artísticas de los pueblos originarios. Desde ya que esta elección sobre dónde iniciar el estudio de las artes y técnicas de los pueblos pre-coloniales tiene como trasfondo una valoración y caracterización sobre la constitución de las sociedades, de su economía, de su organización política, que no es individual de este o

aquel investigador, sino que está relacionada con el proceso histórico-social. En 1992, la conmemoración de los 500 años de Conquista fue un momento político-cultural que permitió tomar conciencia y revalorizar estas culturas originarias, aunque aún está pendiente restituir y reconocer sus principales reivindicaciones y derechos.

Con la Conquista de América, España impone un sistema colonial-feudal con relaciones sociales serviles y esclavistas, a partir de la apropiación de la tierra americana, recurso económico, pero también sustento cultural fundamental de los pueblos originarios por la vía de la expropiación de la base material de las comunidades y por la vía de la expropiación de su lengua, su religión, sus costumbres— trastocó todas las relaciones socioculturales preexistentes. Sin embargo, como ya señalamos, este genocidio no logró borrar por completo los rasgos fundamentales y las características propias de estas culturas en las diferentes zonas americanas.³ Aunque esta dominación colonial-feudal forzó a ocultar y negar sus particularidades culturales.

La lengua y la religión fueron el punto fundamental de la dominación cultural española. La lengua quichua, guaraní y mapuche resistieron el embate (se asegura que actualmente sobreviven trece lenguas en el territorio argentino). La religión católica se impuso por la fuerza sobre politeísmos religiosos que fueron desestructurados en su representación simbólica.

Los españoles establecieron su cultura no sólo por la fuerza militar y económica: impusieron las pautas y mecanismos trasplantados desde la propia España, también en el ámbito de la producción artística. Por ejemplo, los artistas se formaban en los gremios de artesanos, de músicos, plateros, escultores en madera, etcétera; algunos aborígenes o negros accedían a una educación artística en los gremios, donde un maestro les enseñaba la técnica. Esto fue aplicado,

3. En 1992, al conmemorarse los 500 años de la Conquista española, organizaciones indigenistas, culturales, multisectoriales, instituciones sociales organizaron un contra-festejo en el que participaron diferentes comunidades que habían permanecido acalladas. La masiva condena social al saqueo y exterminio español y el reconocimiento de las reivindicaciones y derecho de los pueblos originarios abrió un espacio para la organización, rescate y reconocimiento de los pueblos originarios.

especialmente, en las misiones jesuíticas, en donde religiosos de diversas nacionalidades —especialmente en las misiones guaranícas— realizaron grandes obras en las que el trabajo indígena con dirección europea era claramente reconocible. Los jesuitas cuya especialidad artística fue el grabado, impulsaron los primeros grabados en el territorio nacional y promovieron un desarrollo de las artes europeas entre los americanos. Alrededor de la instalación de las misiones jesuíticas durante la dominación española, algunos han planteado un debate: unos sostienen que allí la imposición cultural hispano-católica se atenuaba, y otros acentúan en un reconocimiento y un espacio dados por los misioneros jesuitas a las culturas originarias amerindias. Desde ya que para pensar este problema debemos situarlo en el complejo político-económico-ideológico y en relación a las contradicciones de la etapa y las contradicciones entre las clases dominantes coloniales.

En las grandes ciudades como Córdoba del Tucumán, Buenos Aires o Salta, los originarios, como posteriormente los negros, fueron incorporados al trabajo artesano, mediante la coerción extraeconómica, el trabajo forzado, la esclavización. De este modo se realizaron obras de temáticas españolas con contenido monárquico o religioso, utilizando mano de obra negra e indígena, con soportes e instrumentos tomados de cada zona y reproduciendo técnicas europeas. Sin embargo, originarios y negros les imprimieron a esas producciones un estilo propio y particular, diferente al español. Esto constituyó un estilo en mesoamérica reconocido como barroco americano. Aborígenes y negros se formaban como artesanos especialmente en la escultura, el grabado, la carpintería y la platería. Algunos de ellos lograron cierta fama pintando cuadros, como un originario llamado Ocaña, el mestizo Manuel Garay y un negro esclavo que trabajó con Juan Martín de Pueyrredón. La cultura pre-colonial no dejó de realizarse (tejidos, alfarería, platería) en cada zona, pero desde ya, el exterminio y sometimiento del indígena y la imposición cultural, debilitaron, obstruyeron o desviaron su desarrollo.

La arquitectura tuvo un espacio destacado en la cultura; los españoles en toda América destruyeron las construcciones de los pue-

blos originarios y sobre ellas construyeron sus edificios. En Buenos Aires, las poblaciones originarias precolombinas (querandíes) eran nómadas, no dejaron instalaciones como en las zonas del noroeste de nuestro país (además, fueron poco estudiados los restos pre-coloniales). Hasta el Virreinato no hubo construcciones con argamasa ni fábricas de ladrillos por las características de la zona, pero desde entonces llegaron arquitectos europeos –portugueses, españoles, franceses e italianos– que utilizaban mano de obra aborígen o negra.

Cada una de estas “artes y oficios”, como se llamaban en la época, tenía realizadores destacados asociados a diferentes grupos étnicos: a los sevillanos se los consideraba grandes orfebres, a los italianos se los vinculaba generalmente a la construcción. Los franceses y españoles eran retratistas, mientras que los ingleses, especialistas en pinturas paisajistas y costumbristas.

Había un gran mercado de obras de artes; llegaban barcos cargados con pinturas de gran tamaño, con retratos de monarcas, con imágenes religiosas (entre ellas las pintadas por Zurbarán). Además, los pintores europeos que realizaron su obra en el territorio argentino viajaban por las provincias haciendo retratos de funcionarios, y pinturas de vírgenes y santos.

Proliferaba también un “arte menor”, en tanto no reconocido por las clases dominantes, que era el de la santería en madera, vasijas en arcilla y otros materiales naturales de origen popular. En cuanto a la música, es interesante destacar que es una de las artes más populares, y fue casi imposible prohibir su creación y reproducción: bastaban las cuerdas vocales y la memoria auditiva para ejecutarla. La introducción de instrumentos musicales europeos tuvo una rápida aceptación entre la población criolla, indígena y negra. La tradición oral permitió preservar letras y cantos, como también recuperar formas, leyendas y mitos indígenas que en algunos casos fueron recopilados en forma escrita.

El proceso de dominación colonial-feudal se impuso apropiándose de algunas de estas formas y contenidos amerindios y resignificándolos con nuevos contenidos y reformulaciones, no sólo en las imágenes, también en la música, la danza y los relatos. Por ejemplo,

las formas iconográficas y denominaciones con las que se representó a la Virgen María en las distintas regiones de América, por una parte, se inscriben en una antigua estrategia de las clases dominantes para difundir su ideología —en este caso la religión católica—, que consiste en absorber las formas paganas para imponer la nueva concepción; y por otra parte, para las clases oprimidas esas imágenes tienden un puente entre lo anterior conocido y lo nuevo que se impone por la fuerza, significan una conexión con lo propio, lo destituido y constituyen una de las formas para asimilar lo nuevo.

De la revolución de independencia al predominio de la oligarquía terrateniente

El período independentista produjo un quiebre con el dominio colonial español; se abandonaron los viejos sistemas comerciales y se movilaron cambios, pero no alcanzaron a revolucionar la estructura feudal. Como vimos, la Independencia no resolvió cambios en la estructura económica; pero en las relaciones sociales se abrieron ciertos cambios en algunos aspectos económicos, políticos y sociales del país, sin romper con las causas y las condiciones que habían originado aquella estructura. Se agudiza entonces la disputa por el rumbo a seguir, entre aquellos que querían preservar la situación preexistente y los que querían transformaciones profundas y revolucionarias. Las economías regionales fueron las más perjudicadas luego de la guerra de Independencia, especialmente las del noroeste, del litoral. Buenos Aires mantuvo su economía a resguardo y esto le permitió crecer. Con el ejercicio del libre comercio, la producción ganadera y los saladeros establecieron una relación privilegiada con Inglaterra.

La corriente revolucionaria —en la que se destacaron Moreno, Belgrano y Castelli, críticos de las condiciones imperantes— abrevó en el iluminismo y la ilustración, difundidos con las dos grandes revoluciones de la época: la norteamericana y la francesa. Estas corrientes ideológicas se impusieron entre algunos criollos, quienes fomentaron la educación en matemática y dibujo (ya durante la colo-

nia) para “ennoblecen con las bellas artes, los oficios y el comercio”. Entre ellos prevalecía una visión del dominio del hombre, y de la naturaleza como marco a su desarrollo racional. Otros criollos, en tanto, mantenían una ideología prohispanista y precapitalista.

Dado que la producción rural –basada en el latifundio, la dominación terrateniente y la orientación exportadora de la economía– no se modificó, las condiciones para la integración socioeconómica y la articulación cultural con las masas indígenas, negras y campesino-criollas del interior no favorecieron un desarrollo democrático, como impulsaban los revolucionarios de Mayo. Es decir, con posibilidades de acceso económico y cultural igualitario de estas clases subalternas, especialmente acceso a la tierra. Este tipo de producción desarrollada por los terratenientes y los comerciantes exportadores llevó a que, políticamente, éstos desconocieran y despreciaran a esas masas pobres rurales y urbanas como sujetos creativos y protagonistas de la riqueza. En este período, estas clases subalternas mantenían reserva y resguardaban sus tradiciones culturales: evitaban confrontar con los nuevos modelos culturales impuestos y con las ideologías modernizadoras pro-europeas de la nueva dirigencia política.

Por tanto, y a pesar del sometimiento y explotación social, las culturas y las artes de las comunidades originarias y negras se mantuvieron, se preservaron en el ámbito doméstico. Fundamentalmente, en aquellos lugares donde pudieron mantener algunas de las actividades económicas propias. Así, en la recreación y el encuentro popular daban cabida a la danza, la música, los relatos y la producción de utensilios en sus propios espacios y manteniendo sus características. De esta manera, las formas de representación simbólica y de transmisión cultural pudieron desarrollarse en un ámbito propio, muchas veces evitando el control de la cultura dominante, para no ser abiertamente y completamente denostadas. En las zonas rurales, en donde la coerción extraeconómica, la explotación social forzada, se imponían, la tradición oral de originarios y criollos pudo preservarse, aunque no pura. En las reuniones familiares, como en de las actividades productivas o en las pulperías, las payadas musicales fueron formas privilegiadas a cargo de cultores naturales (artistas

espontáneos), quienes en general no se diferenciaban socialmente del grupo y en donde la temática independentista estaba presente.

Mientras que en la ciudad de Buenos Aires, luego de la Independencia, se acentuaba la adecuación a las culturas eruditas europeas no españolas. La expectativa y la mirada puestas en el puerto y en Europa, la llegada de viajeros europeos no españoles, conectó a los porteños con la tendencia neoclásica, que se desplegó en las construcciones de estilo francés, en la literatura y en los textos con referencias grecorromanas. Las tertulias, el teatro, los salones literarios, fueron expresión de esta cultura urbana proeuropea. El modelo de la Europa republicana, anticlerical, estará presente en muchos de los intelectuales de la época.

La derrota de Moreno y de los morenistas como Artigas, que pugnaban por un cambio de la estructura latifundista de la tierra y el desarrollo de las incipientes industrias locales, a la vez que el triunfo de los terratenientes ganaderos y comerciantes exportadores, no sólo aniquilaron un proyecto económico y político independiente que tenía como protagonista a las clases subalternas, sino que también impidieron promover un ensamble y entrecruzamiento cultural, trabando la integración de las tradiciones culturales originarias y las de las vertientes criollas que estaban unidas políticamente en la lucha contra la dominación española.

Posteriormente, tanto unitarios como federales expresaron una ideología heterogénea; los principios liberales estuvieron mediados por la inserción socioeconómica de sus principales referentes (Rivadavia, exponente de los intereses mercantiles, librecambistas; y Rosas, representante de los intereses terrateniente-ganaderos).

La lucha entre estas dos posiciones puso el centro del debate precisamente en cómo se lograría la unidad nacional; no sólo en su forma política (centralismo o federalismo), o su dirección: si sería con la dirección de Rivadavia o de Rosas, sino en la democratización económica y en la integración sociocultural. Se puso en discusión la valorización e incorporación de los sectores subalternos y el reconocimiento de los modelos europeos: anglo-francés o español. Entre 1824 y 1870, la abolición de la esclavitud, de la servidum-

bre indígena y las reformas propiciadas por las capas cultas urbanas liberales chocaron con el predominio económico y político de los terratenientes ganaderos y los intereses librecambistas, quienes impidieron el ascenso social y cultural de los diversos grupos sociales desposeídos.

Hacia 1830, el romanticismo –que propiciaba ideas democráticas– se difundió en la Argentina; especialmente, las ideas del romanticismo social, nacional y liberal. Estas ideas prendieron entre las capas cultas urbanas (Generación del 37, Sarmiento). Las ideas “progresistas” de esta corriente romántica que se implantó en la Argentina se plasmaron fundamentalmente en los ideales políticos, en las posiciones anticlericales y afrancesadas. Esteban Echeverría será un introductor de estas ideas románticas, en las que se menospreciaba a los pobres y humildes, negros y originarios. En la iconografía predominaron los artistas románticos franceses e ingleses –que introducen la litografía y la pintura– imponiendo contenidos del costumbrismo y paisajismo en donde se exaltaba lo exótico y se representaba como amenaza a los indígenas.

Otro sector más tradicionalista, cuyo romanticismo es de origen español, defendía las costumbres coloniales y los principios católicos; estaban vinculados a Rosas y otros terratenientes, como los Anchorena. Las familias “decentes” realizaban tertulias y acudían al Teatro de la Victoria. El teatro gauchesco surgió en esta etapa, aunque para la élite se “importaban” compañías líricas. Durante los gobiernos de Rosas se restauraron las leyes y costumbres del colonialismo español, lo que fue muy cuestionado por distintos grupos políticos y culturales.⁴

Los viajeros y comerciantes ingleses alertaban sobre las dificultades para comerciar y relacionarse con estas culturas americanas que mantenían viejas costumbres españolas, predominantemente católicas; sugerían a sus representantes que evitaran esos ámbitos o alentaban vínculos más fáciles con sectores liberales y anticlericales como Rivadavia, que prometían mejores acuerdos comerciales.

En los estudios e investigaciones sobre este tema se plantea una

4. En Bolivia, Perú y Centroamérica predominó el romanticismo español.

discusión en torno a estos sectores románticos rioplatenses y sobre estas ideas avanzadas implantadas en el Río de La Plata, vinculadas a las concepciones socialistas emergentes en Europa, como las que encarnó Echeverría. Estas corrientes románticas, avanzadas en contenidos, tuvieron dificultades para integrar la realidad económica y social argentina con aquellas ideas sociales en boga en Europa; el desconocimiento del país y de las diversas vertientes populares les impedía establecer la correspondencia de estas concepciones progresistas con las condiciones materiales existentes. En este sentido, es importante considerar cómo valoraban y caracterizaban a los originarios y negros para su integración política, económica y cultural. Los revolucionarios de Mayo, por ejemplo Moreno, Belgrano, Castelli y Artigas, ya habían esbozado una propuesta político-económica para la incorporación democrática de los sectores indígenas y criollos rurales. Sin embargo, en *El matadero* y *La Cautiva*, de Echeverría, este aspecto de la doctrina de los revolucionarios de Mayo no está presente.

Aunque ignorada o menospreciada por los sectores urbanos e intelectuales, las clases sociales oprimidas no dejaron de existir y de generar sus propias representaciones simbólicas. La gran masa rural y los núcleos urbanos más pobres siguieron desarrollando —en las nuevas condiciones políticas y económicas— sus manifestaciones (candombe, música popular, tradición oral y ritos religiosos) teñidas por la sátira política popular, en las que las ideas dominantes de la época también marcaron su impronta.

Música, canto y danza eran las formas características de estos grupos sociales. Rosas estimuló las expresiones populares urbanas, principalmente de los libertos negros, que generalmente eran artesanos. Los negros vivían agrupados en naciones (angolas, congos, etcétera) fundamentalmente concentrados en el barrio de Monserrat.⁵

5. Solomianski señala que mientras al indio se lo mantenía fuera, negado de raíz, “la negritud, en tanto parte subalternizada pero no excluida de la sociedad resulta representada, en ese momento, a través de un repertorio de operaciones simbólicas más complejas y contradictorias que las que se aplicaban a lo amerindio”. El

En esta etapa, la pintura comenzó a plasmar un arte con imágenes propias. Somellera, García de Molino, Morel, Pueyrredón (*Retrato de Manuelita*), Rugendas (*El rapto de la cautiva*). Retratistas, miniaturistas y costumbristas, la técnica por excelencia eran las litografías que representaban escenas de la época. El gaucho, Rosas, Manuelita, Ferré, las payadas y pulperías, los paisajes fueron sus temas.

Simultáneamente, Europa vivía un período de gran crecimiento cultural e ideológico. El triunfo de las revoluciones burguesas y la organización política e ideológica del proletario favorecieron nuevas perspectivas culturales en aquel continente. La organización política del proletariado produjo una renovación en todas las artes a través de la crítica social. Las concepciones críticas, políticas y culturales, que comenzaron a plasmarse en ese período tuvieron sus expresiones más importantes en el “naturalismo” y posteriormente en el “realismo”.

En el período de la llamada “organización nacional” se difundieron rápidamente la cultura europea y las ideas románticas, afrancesadas y liberales que habían sido combatidas por Rosas. La temática central que se discutía en el ámbito cultural urbano versaba sobre el espíritu civilizador; se planteaba con fuerza la contradicción civilización *versus* barbarie: ciudad *versus* campo. Los relatos rescatan la historia desde el período colonial para establecer una tradición “nacional”; Mitre hablaba de la Nación preexistente; Echeverría, Alberdi, Sarmiento hablaban de la república posible. Pero en ese proceso de construcción del relato de la historia nacional, partes sustanciales de la sociedad son ocultadas y negadas. El peso de la economía, de las costumbres feudales y de las viejas tradiciones caudillistas fueron utilizados en un doble sentido: como demostración de la barbarie que había que combatir, que impedía desarrollar el nuevo proyecto, y por otro lado, para resaltar lo progresista, moderno y pujante de ese nuevo proyecto que se le oponía, a partir de la constitución de la

investigador señala que gran parte de lo que se conoce como cultura argentina es de origen afroargentino (por el ejemplo, el tango) y que los principales payadores eran negros, como Gabino Ezeiza. Solomianski, Alejandro. *Identidades secretas: la negritud argentina*. Buenos Aires, Beatriz Viterbó Ed., 2003.

Nación Argentina. Pero, por supuesto, ese nuevo proyecto no incluía modificar la gran propiedad de la tierra ni tampoco alterar el sometimiento social de las clases populares.

Una de las propuestas para “combatir la barbarie” fue poblar el país con la inmigración. Sarmiento, un impulsor de la iniciativa, proponía que fuera la “sajona”, laboriosa, pulcra, educada, según él. Con el gobierno de Urquiza se impulsaron las primeras colonizaciones desde el Estado, como ya vimos; esa relación inmigración y colonización estará teñida por la apropiación latifundista de la tierra de parte de los terratenientes criollos, que desdibujó los objetivos iniciales de la colonización agrícola y contribuyó a la consolidación de la gran propiedad. Pero a la vez, a fines del siglo XIX, la “gran inmigración” se convirtió en un nuevo problema social para las clases dominantes, porque, con nuevas formas culturales y religiosas, les empezó a disputar un espacio económico y cultural.

La educación, antes que los cambios en las condiciones socioeconómicas, fue la herramienta de la “civilización contra la barbarie”. La creación de escuelas y bibliotecas y los debates públicos fueron el eje de esta etapa. La idea proclamada era “educar al soberano”, pero indígenas y negros no entraban en esta categoría, se los consideraba jurídicamente menores, como a la mujer, y se negaba su capacidad de “progresar”. En la Guerra de la Triple Alianza la población negra rioplatense fue diezmada; con la Conquista al Desierto se perpetrará el genocidio de las comunidades originarias de la Patagonia y el Chaco. Una paradoja de esta “conquista” —que tanto Osvaldo Bayer como Liborio Justo resaltan— es que consideró más extranjero y sin derecho al originario que a los generales extranjeros contratados para combatirlo (como el general Rauch). Así opera la ideología dominante, reconfigurando los términos, tergiversando la realidad, readecuándola a sus intereses económicos y políticos.

Mientras los alambrados sometían al gaucho a peonaje, la esperanza de la oligarquía argentina era “poblar el desierto”. En las letras y la plástica hay una gran proliferación de autores y artistas que comienzan a retratar la hazaña. Lo característico del período es el auge de la poesía gauchesca y la identificación emocional con lo

gauchesco como manifestación típica de un pasado conflictivo (queda claro en obras como *El Martín Fierro*, de José Hernández).

Otra característica de esta etapa en la que se configura el predominio oligárquico es la aparición del periodismo moderno. Al estilo norteamericano, con notas informativas y de opinión. Se dio gran impulso a la lírica y la danza europeas. En la pintura primaron los paisajistas y costumbristas. El más destacado fue Cándido López (que participó en la Guerra de la Triple Alianza), también Gaspar Palacios (domas, escenas de ranchos). La etapa culmina con la hegemonía porteña, el triunfo de Mitre, la subordinación e incorporación de las oligarquías provinciales al esquema exportador y con la Triple Alianza que destruyó los intentos autonomistas del Paraguay. En la presidencia de Avellaneda, algunos de los primeros hombres vinculados a las ideas de izquierda darán crédito a la revolución mitrista por sus posiciones europeístas y anticlericales.

Los límites culturales guardan relación con la brecha económica y política que existe entre las distintas clases subalternas, rurales y urbanas, y las clases dominantes agroexportadoras. Estas últimas impusieron entre las clases subalternas de la ciudad y del campo y entre los grupos políticos derrotados, su visión signada por la consigna “civilización o barbarie”. Muchos de los grupos urbanos medios fueron deslumbrados por la prédica de lo avanzado y progresista de lo urbano europeo, contrapuesto al atraso de nuestro ámbito rural. En las ciudades, las clases dominantes imprimieron un clima épico y grandilocuente a esta etapa “civilizadora”. La historia oficial, catequizada por Mitre, comenzó a consagrar la nación blanca construida sobre el crisol de razas, con la homogeneización cultural, sobre la base, por supuesto, de la negación de lo existente, de las poblaciones multiétnicas más humildes y atrasadas.

La cultura oligárquico-imperialista y la lucha por una cultura nacional

En el período de dominio de la oligarquía bonaerense, que consolidó el modelo agroexportador, en alianza y dependencia, fundamen-

talmente, con el imperialismo inglés, se difundió rápida y completamente la cultura europea, especialmente la francesa.⁶ El exterminio del indio y del negro, el sometimiento del gaucho, la explotación de la inmigración, caracterizaron la política social de la oligarquía terrateniente ganadera, que impulsó la “modernización” y adecuación de la Argentina a las necesidades europeas.

El Estado coopta a intelectuales formados en otras corrientes (como al socialista Ingenieros, a Ramos Mejía, a Bunge, etc.) y los pone a trabajar en su proyecto. Cubren una doble función: son intelectuales y funcionarios públicos; en general, fueron profesionales influenciados por el positivismo. Postulaban el progreso indefinido, el laicismo y el librecambio. Influyeron y dejaron rastros profundos en las generaciones posteriores. Las clases dominantes los cooptaron con prebendas económicas que les ofrecía el poder, pero también porque en algunos de ellos prevalecía una concepción liberal, que les permitía aceptar la ideología impuesta por la oligarquía triunfante (como el librecambio, o el desplazamiento y desprecio de la “barbarie” popular como única vía posible y válida para la modernización).⁷ No les preocupaba la dependencia económica y el recorte de las posibilidades científicas y tecnológicas que esa modernización generaba en nuestro país.

Para estos intelectuales, la brecha existente entre las distintas clases sociales argentinas no era producto de la opresión de las clases dominantes: juzgaban que lo que diferenciaba a los distintos grupos, fundamentalmente, era el laicismo o el catolicismo (Goyena y Wilde, Estrada y Cambaceres), y desde esa perspectiva la oligarquía encajaba con sus aspiraciones. Pero esto a la vez los limitaba para comprender y conocer aquello que escapaba a la esfera cultural

6. Otto Vargas señala que la penetración imperialista en la Argentina se impuso mediante el modelo económico inglés, el modelo del ejército alemán y de la cultura francesa (ver Vargas, Otto, *El Marxismo y la Revolución Argentina*, Buenos Aires, Agora, 1999).

7. Ingenieros comparaba la elevada combatividad y laboriosidad de las masas obreras europeas con lo que consideraba el atraso y la “inercia” de las masas argentinas, sin tener en cuenta las diferentes condiciones políticas, económicas y sociales entre ambas. Ver *La Marea*, Nº 5, Año II, Verano 96.

impuesta por las clases dominantes: la realidad de las masas más oprimidas. Lucio V. Mansilla es quien por primera vez introduce las costumbres indígenas con *Una excursión a los indios ranqueles*. Desde ya, no hubo propuestas de integración reales con estos sectores subalternos, menos aun, alguna propuesta que valorara a estos sectores en sus capacidades para elaborar proyectos y decisiones diferentes a las dominantes. Los relatos históricos que negaron la existencia indígena y proclamaron la nación blanca fueron base de producciones artísticas e intelectuales del período.

Las poblaciones originarias que aparecían en las manifestaciones artísticas eran representadas como amenaza o como sectores pasivos, inermes, mientras que la literatura exaltaba la figura del gaucho, cuando su peso en la estructura social era ya inexistente. El *Martín Fierro*, por ejemplo, pinta al hombre de las pampas corrido por el progreso y la inmigración, tópicos que se repiten, especialmente, en *El Santos Vega* de Obligado. El teatro criollo también tiene su gran obra nacional, el *Juan Moreira*, que luego será representada en teatros con escenario y lugar fijo. Los versos del *Martín Fierro* como la obra *Juan Moreira* tendrán una gran difusión popular y reflejarán aspectos de la cultura popular con ideas de las clases dominantes. El teatro más erudito, más fiel a los dictados de la cultura europea será el lírico, que desde la Independencia fue en creciente desarrollo. En este período, el Teatro Colón, dedicado exclusivamente a esta manifestación, es expropiado para instalar el Banco Nación. Se proyectó entonces la construcción del Nuevo Teatro Colón, que colmará las expectativas de la élite culta, y que hoy, a poco de conmemorarse el Bicentenario, está siendo descuartizado por intereses económicos depredadores y privatistas.

La inmigración impulsada desde mediados del siglo XIX no fue la esperada: prevalecieron los sectores pobres de Europa, cuya cultura e ideología eran opuestas a las planeadas por la oligarquía; sus contenidos y estéticas eran contrarias, además del lenguaje diverso. Esta intromisión inesperada también será retratada por las clases dominantes –tanto en la producción teatral, la literatura y la plástica, como en la naciente sociología y la historia, que con ironía demoni-

zarán a estos extranjeros pobres. Ramos Mejía los catalogará como “guarangos”, “canallas” y “huasos”.

El desarrollo de corrientes de izquierda (anarquistas y socialistas) por un lado y por otro, la formación de una corriente nacional heterogénea a partir de la crisis de 1890 (que dará origen al radicalismo) comenzará la organización y la lucha contra el modelo político de fraude del gobierno oligárquico. Esto contribuyó en un proceso al quiebre político del sector conservador oligárquico y dio inicio a las primeras respuestas populares a la cultura dominante. La crisis del 1890 puso negro sobre blanco los mecanismos y límites del esquema agroexportador y articuló una primera respuesta política. Si bien existían expresiones culturales populares cada vez más diferenciadas de la oligarquía, aún no se había articulado una crítica ideológica fuerte, confluyente y organizada contra al modelo económico, ni sobre las condiciones socioculturales más generales.

El radicalismo se constituirá a través de la abstención revolucionaria en el paladín de la participación política democrática. Aflorarán las formas culturales criollas, rurales y urbanas, en la lucha por la incorporación política y el ascenso social. Las más populares de esas formas culturales fueron la milonga y el tango en el ámbito musical. Aunque fueron minoritarias las visiones críticas de la cultura e ideologías dominantes que ponderaran los aportes e importancia de las clases populares en el proceso social. Entre ellas, podemos mencionar la de Germán Ave Lallemand, uno de los primeros en describir a las clases sociales en la Argentina desde su inserción productiva y económica. La radicación de Lallemand en San Luis le permitió conectarse, conocer y estudiar a grupos sociales rurales.

Posteriormente, un aporte más sistemático y de alcance nacional será la investigación de Juan Biale Massé realizada por encargo del ministro Joaquín V. González, durante la segunda presidencia de Roca. Biale Massé da cuenta por primera vez de la situación de los sectores pobres y de los trabajadores en casi todo el territorio argentino.

El periodismo, en tanto, siguió creciendo en cantidad y forma; los diarios se convirtieron en portavoces de intereses políticos. Surgen los periódicos informativos, las revistas científicas, sociales y humo-

rísticas (*Caricaturas y Caras y Caretas*). Pero también aparecerán diarios de corte popular como *Crítica* y *El Pueblo*, y periódicos de orientación clasista como *El Obrero*, *La Vanguardia* y *La Protesta*.

La oligarquía impulsó una educación laica, obligatoria y pública con la que intentaba homogeneizar el idioma, las costumbres, imponer pautas de higiene, hábitos y ritmo de trabajo. La ley 1420 (1882) no fue cumplida cabalmente; en general, y hasta entrada la primera década del siglo XX, las masas urbanas más oprimidas cumplían los primeros años de instrucción y abandonaban la escuela.

Desde 1880, constituyó un giro significativo en la cultura dominante la asociación de la oligarquía terrateniente con el imperialismo británico, que manifestó su hegemonía no sólo en la estructura económica sino también en los aspectos culturales e ideológicos. Esta alianza, no obstante, generó ciertas diferencias en el propio bloque de las clases dominantes, que la crisis de 1890 evidenció, y que se irán profundizando en las primeras décadas de siglo XX.

Un eje que impulsó esta cultura dominante sobre la base de esa asociación oligárquico-imperialista y del principio de la división internacional del trabajo y de las ventajas comparativas –como ya señalamos– fue impedir el desarrollo técnico-científico independiente, que hubiera dado lugar a una autonomía industrial. Hubo tempranamente muchos sectores interesados en un desarrollo tecnológico nacional, en contradicción con sectores de la élite importadores de tecnología. Predominó la posición que sostenía que nunca alcanzaríamos la autosuficiencia tecnológica y que esta autonomía tecnológica no era necesaria, por la “feliz asociación” de intercambio que nos proveía de todo. Más tarde la Primera Guerra Mundial nos demostraría que no hay “felicidad eterna”; algunos sectores de las clases dominantes buscarán asociarse con otras potencias imperialistas para desligarse de la decadencia del imperialismo inglés y apostar a un nuevo socio. No se propondrán una independencia económica, sólo pretenderán la introducción de nuevas tecnologías impulsadas por otras potencias industrias emergentes y competidoras de Inglaterra.

Las artes plásticas tuvieron un gran incentivo. Desde la creación de instituciones específicas (la Sociedad de Estímulo de Bellas Ar-

tes, la Academia, el Museo Nacional de Bellas Artes y el Salón Nacional) hasta becas y promociones para jóvenes artistas. Los grandes pintores de la época en general estudiaron en Europa, en momentos en que Europa vivía un gran auge de luchas sociales, que algunos de ellos reflejaron en sus obras (Eduardo Sívori, Ernesto De la Cárcova, Reinaldo Giudici, Pío Collivarin).

Leopoldo Lugones, intelectual emblemático cooptado por la oligarquía, celebró la Argentina agroexportadora en los festejos del Centenario, mientras que el movimiento obrero resistía las leyes de Residencia y de Seguridad Social, con las que se intentaba frenar las luchas sociales por mejores condiciones de vida. Frente a la expulsión de los trabajadores inmigrantes que luchaban, los grupos parlamentaristas presentarán la nacionalización de los extranjeros como mecanismo válido de participación política, propuesta que generó enormes discusiones en el movimiento obrero. Algunas de las publicaciones de la izquierda de entonces enfrentaban esa propuesta reformista, denunciaban el chovinismo estatal que exaltaba el nacionalismo para enfrentar a la inmigración, pero no daban cuenta todavía de la penetración imperialista y de la opresión nacional. El apogeo oligárquico del Centenario muestra las fisuras abiertas por la lucha democrática, que fuerza la promulgación de la Ley Sáenz Peña.

La Primera Guerra Mundial y la Revolución Rusa operaron en la Argentina en dos sentidos: en la denuncia de las políticas proimperialistas impuestas y en la emergencia de una esperanza política y social para las masas más oprimidas de la sociedad, que se expresaron, básicamente, en el radicalismo y en el surgimiento del comunismo.

El triunfo del radicalismo no cambió las bases económicas fundamentales del país. Las mejoras educativas y culturales fueron mínimas, pero al incorporar una enorme masa de capas medias que estaban fuera del sistema político y democrático, se abrió una etapa de lucha social que confluyó con las luchas obreras. El movimiento popular ocupó lugares que antes le eran vedados, avanzó sobre propuestas, por ejemplo educativas, que eran territorio de la élite (la Reforma Universitaria de 1918 es una muestra de esto).

La lucha y derrota de los conservadores fortaleció un movimiento de hombres de origen modesto, algunos criollos y otros inmigrantes, que nucleados en las mutuales y sindicatos obreros, en los barrios, en las escuelas obreras y bibliotecas populares fueron formulando una cultura subalterna crítica de la dominante. El anarquismo y el comunismo fueron los más críticos del chauvinismo vernáculo, especialmente por su prédica en la escuela pública. Entre los sectores populares de los centros urbanos hubo poco espacio para el “folclorismo provinciano” o para el rescate de la tradición rural pasada. Bajo el impacto de la represión durante la llamada Semana Trágica y a los obreros de la Patagonia, y siguiendo la guía esperanzadora de la Revolución Rusa surgió una nueva cultura clasista de distintas vertientes políticas, que tuvo un encuentro con los sectores estudiantiles durante la lucha por la Reforma Universitaria, en 1918,

En la cultura no académica aparecen, en el ámbito gráfico, plástico, literario, artistas populares de origen inmigrante y obrero, quienes a partir de su trabajo en los periódicos de sus gremios y en las luchas sociales, realizaron una actividad artística e intelectual intensa que en general los condujo a la profesionalización. El grabado y el dibujo fueron las formas preferidas por los obreros inmigrantes que se incorporaban a las redacciones de los periódicos sindicales y partidarios. Muchos de ellos eran autodidactas, que se profesionalizaban al incorporarse al diario *Crítica* o a otras publicaciones como *Claridad*. El anarquismo impulsaba el grabado como modo más adecuado de producción artística para llegar a las masas inmigrantes que no hablaban español o que eran analfabetas; el afiche era considerado un medio eficaz para educar a las masas. Es conocido que muchos obreros aprendían a leer con los periódicos obreros que se difundían en los conventillos. Más tarde, el anarquismo y luego el comunismo hasta llegar la década de 1930, organizaron escuelas obreras para promover una educación clasista e internacionalista opuesta a la oficial; en esas escuelas los trabajadores inmigrantes muchas veces podían aprender a partir de su propio idioma.

Del anarquismo, del Partido Socialista Internacional, luego Partido Comunista de Argentina (PCA), surgirán, al calor de la lucha

política, propuestas político-culturales. Una literatura y una cultura pre-comunista influyeron en estos artistas de la época, lectores de Tolstoi, Plejanov y el naturalismo socialista. Una cultura con reivindicaciones de clase, que formó intelectuales autodidactas de origen obrero, que retoman la experiencia cultural del anarquismo y el socialismo europeos y desarrollan un movimiento cultural en distintos sectores sociales urbanos (obreros, intelectuales, barriales). Una propuesta que, por las matrices políticas heredadas y las dificultades en conocer e interpretar a las mayorías rurales y campesinas, no logró llegar ni organizar a esa enorme masa de población rural pobre que predominaba en la Argentina.

Nuevos nucleamientos de intelectuales de diversos orígenes y tendencias se opusieron a la cultura oligárquica y confluyeron en las críticas a los principales intelectuales de la oligarquía como Lugones y Groussac. Algunos de ellos darán origen a la revista *Martín Fierro*, y se agruparán en tendencias enfrentadas como Florida y Boedo, en las que la diversidad política y social convivía con formas estéticas y literarias disímiles (unos eran ultraístas, otros naturalistas, entre posiciones opuestas emblemáticas las más conocidas son la de Jorge Luis Borges y Elías Castelnuovo).

Las consecuencias económicas y políticas de la Primera Guerra Mundial llevaron a una readecuación económica que, sin romper los lazos dependientes establecidos con el imperialismo inglés, favoreció la introducción de inversiones de otro imperialismo: el norteamericano.⁸ Entre esos capitales norteamericanos que, al inicio de la etapa de sustitución de importaciones, llegaron al país, estuvieron los que penetraron en la naciente producción de cine local. El capitalismo monopólico dominante en el mundo –ávido de nuevas inversiones, pletórico de nuevas tecnologías y necesitando más consumidores– también invertirá en industrias culturales, como se las denominó posteriormente. Se abrió así una

8. Los capitales norteamericanos comenzaron a penetrar a inicios del siglo XX, disputándoles en 1904 a los ingleses en los frigoríficos la producción, el mercado, pero sin lograr la asociación privilegiada que tuvieron estos últimos, por el carácter competitivo de la economía argentina con la de Estados Unidos.

nueva brecha entre quienes tenían los medios y las condiciones para producir bienes culturales y aquellos que tenían las ideas o iniciativas, el interés, las necesidades expresivas y comunicativas, pero no llegaban a cubrir los costos necesarios para realizarlos. La radio y el cine, que surgieron primero como innovación tecnológica y luego como vehículo para el consumo masivo, con su doble carácter de bien económico y cultural, fueron inmediatamente incorporados en la Argentina; como en otras áreas productivas, estas precarias industrias culturales argentinas inicialmente tuvieron un impulso puramente local y luego fueron absorbidas por intereses extranjeros.⁹

La crisis de 1930 y el golpe militar en la Argentina desarticulaban muchas entidades sociales y culturales que nacieron en esas primeras décadas del siglo XX, muchos agrupamientos y movimientos artísticos se interrumpieron. Pero contradictoriamente, con la vuelta conservadora, el fraude, la corrupción, el debilitamiento de Gran Bretaña, la consolidación de la URSS y el surgimiento del fascismo en Europa se generó un enorme movimiento nacional de origen y destino contrapuesto al oligárquico, fortaleciéndose un antiimperialismo de izquierda.

Ese movimiento nacional decepcionado por la posición alvearista frente al fraude, y la consolidación del comunismo argentino en el movimiento obrero sentaron las bases para la difusión de nuevas propuestas culturales, críticas de la ideología oligárquica. Estas tendencias crecieron al calor de las luchas locales e internacionales como la Guerra Civil Española, la que dejó una marca en nuestra cultura, no sólo en relación a cómo se siguió políticamente su desarrollo en nuestro país, sino también por la renovación de expresiones culturales españolas, especialmente entre los sectores populares. Artistas e intelectuales, en todos los ámbitos de la producción cultural, se vieron impregnados, en este período, por posicionamientos, nucleamientos, pronunciamientos, debates y solidaridades: estaban los partidarios del franquismo y de los republicanos. Debates que

9. Mateu, Cristina, *Avances y límites de la industria cinematográfica argentina, 1935-1955*, Buenos Aires, Ediciones Cooperativas, 2008.

fueron mucho más intensos por la presencia de artistas e intelectuales españoles de ambos bandos.

Producto de la crisis y las guerras crece una industria nacional dependiente que estimuló la emergencia y fortalecimiento de la burguesía nacional y una mayor resistencia del movimiento obrero argentino y, simultáneamente, crecen las migraciones internas fruto de la crisis agraria. Todos estos factores impulsan un movimiento con contenidos nacionales. Estos cambios sociales están presentes en el folclore traído desde las provincias por “los cabecitas negras”, en el cine nacional, en el teatro independiente, en la poesía. En tanto, el tango y el fútbol profesionalizado constituyeron causas nacionales y populares de las grandes mayorías.

Estas manifestaciones tomarán un brillo inusitado e incidirán decididamente en los acontecimientos sociales y políticos, forjando un grupo diverso de intelectuales que participarán de corrientes literarias y artísticas e impregnarán la década de 1930 con sus producciones. Intelectuales como Raúl Scalabrini Ortiz, Roberto Arlt, Leónidas Barletta, Álvaro Yunque, Armando y Enrique Santos Discépolo, Homero Manzi. Pintores como Quinquela Martín, Molina Campos, Antonio Berni, Vigo. Músicos y autores de tangos como Celedonio Flores, Carlos Di Sarli, Juan D’Arienzo, Alfredo Le Pera (Carlos Gardel ya es un ícono), Osvaldo Pugliese, entre otros, así como la música folclórica, tendrán una gran difusión popular. Todas estas manifestaciones compartirán una preocupación: ahondar en las particularidades de la identidad nacional, en los diversos sectores sociales a los que se dirigen.

En un contexto de enorme disputa político-ideológica y de cambios políticos, económicos y sociales, el Partido Comunista (PC) se fortaleció en el movimiento obrero durante la década de 1930 y los primeros años de la siguiente. La influencia político-ideológica del PC fue creciente entre los intelectuales y artistas y contribuyó a la constitución de movimientos y corrientes culturales antiimperialistas. Estos generaron un abanico de respuestas culturales, que tendían a expresar e iban al encuentro de una multiplicidad de afluentes sociales, de los cuales se nutrían. El reconocimiento, registro y

comprensión de la identidad popular argentina quedarán plasmados en los contenidos de diversas obras. Raúl González Tuñón o Antonio Berni traducirán en versos o imágenes las luchas de obreros y campesinos. La incorporación al Partido Comunista de figuras como Atahualpa Yupanqui, en los años cuarenta, o la producción literaria de escritores como Alfredo Varela, con *El río oscuro* (1943), que retratan las condiciones de vida de los más humildes, los sin tierra, los peones rurales, del mensú, ahondan en la cultura de las poblaciones no urbanas, sus condiciones de vida, sus sensibilidades, sus alegrías y tristezas.¹⁰

Por otro lado, los avances en el desarrollo de una política cultural se manifestaron también en la organización, nucleamiento y formación de los artistas e intelectuales sobre los que influía el comunismo. Con la fundación del Teatro del Pueblo por Leónidas Barletta, en 1931, se impulsó un teatro popular, nacional y no comercial, en donde se presentaron importantes obras de autores nacionales. Se creó la Asociación de Intelectuales, Artistas, Periodistas y Escritores (AIAPE), el nucleamiento de Artistas del Pueblo, el Colegio Libre de Estudios, se organizaron orquestas de tango y grupos de folclore.

Este proceso, sin embargo, se vio limitado por las orientaciones políticas que finalmente predominaron en el comunismo argentino. Las políticas de frente único antifascista en ese período habían favorecido su arraigo en la clase obrera y otros sectores populares, alimentando las tendencias antiimperialistas y nacionalistas pero la incidencia de la línea browderista (de cooperación irrestricta con Estados Unidos de los partidos comunistas americanos ante la coyuntural alianza entre Estados Unidos y la Unión Soviética) llevó al PC privilegiar las relaciones con un ala de terratenientes liberales, asociados a los imperialismos “democráticos” (inglés y yanqui), de gran peso en la Argentina. Esto entró en contradicción con otras ex-

10. *El río oscuro*, de Alfredo Varela, inspiró a Hugo del Carril la película *Las aguas bajan turbias*, estrenada en 1952. El film, como la novela, contaba las condiciones infrahumanas de trabajo en los yerbatales del Alto Paraná, la rebelión de los trabajadores y la organización del sindicato, así como la disputa amorosa entre el obrero rebelado, encarnado por Hugo del Carril, y el capataz.

presiones antiimperialistas que sostenían la necesidad de un rescate de la cultura nacional-popular. Y llevará al PC a enfrentar, en alianza con los sectores liberales, al peronismo emergente como enemigo principal, al vincularlo con el fascismo, abriendo paso a las consecuencias político-culturales conocidas.

El peronismo se nutrió de las propuestas y los cuestionamientos “forjistas”, de carácter antiimperialista pero en las que predominó una concepción de cuño hispanista, y promovió, revisionismo mediante, una crítica histórica y cultural de la visión y principios culturales que propiciaba la oligarquía. Este cuestionamiento lo acompañó con medidas políticas y económicas –industrialistas y mercadointernista– que confirmaban su ideología y tuvieron su correlato en las producciones artísticas de la época.

La irrupción del peronismo dividió aguas también en la cultura, entre quienes consideraban que los beneficios sociales a los sectores trabajadores y sus expresiones culturales eran una manipulación populista y los que creían que el peronismo era la expresión de una cultura nacional y popular. La estética y los contenidos, la iconografía de los afiches, las festividades populares, la educación y la publicidad sindical del período fueron considerados por algunos modalidades del control fascista. Para otros, el cuestionamiento a una cultura elitista y oligárquica: se entendía que así como las nacionalizaciones, esas expresiones significaban una crítica a lo extranjero-europeo desde la defensa de lo nacional-popular.

El desencuentro entre los sectores populares que abrevaron en el peronismo y los que lo hicieron en la izquierda tuvo como base, por un lado, una falta de comprensión cabal (especialmente por parte del comunismo argentino) de la estructura económico-social del país, acerca de quiénes éramos, quiénes eran los enemigos, y, por otro lado, la falta de comprensión de la penetración e incidencia que tiene la ideología dominante entre los sectores populares, que obstaculizaba el conocimiento de las verdaderas raíces. La brecha política y culturalmente abierta entre estos sectores del peronismo y de la izquierda les impidió descubrir los orígenes y formaciones culturales que eran comunes, por compartir la misma situación socioeconómica

y un destino común frente a la dominación oligárquico-imperialista, como aprovechar aquellos que supuestamente los diferenciaba en las formaciones gremial, política y étnico-cultural.

Tras el golpe de 1955 se buscó “desperonizar” y se abrió una etapa de resistencia política, social y cultural. Los desplazados fueron desposeídos de los medios y la censura prohibió símbolos, palabras, imágenes vinculadas al peronismo. Los sectores populares iniciaron una resistencia también cultural —como menciona Ernesto Salas en un trabajo sobre la resistencia peronista en la toma del frigorífico Lisandro de la Torre—,¹¹ que inesperadamente se manifestaba en las canchas, en las calles y en los barrios, además de los lugares de trabajo. Los cantitos, las metáforas, establecen una simbología nueva en el espectro cultural.

Simultáneamente, la segunda posguerra abrió una etapa de luchas anticoloniales, revoluciones nacionales y sociales y la expansión del comunismo, lo que permitió ir perfilando, en el marco de la Guerra Fría y la recuperación europea, el desarrollo de ideas y expresiones antiimperialistas que tuvieron gran despliegue en las producciones artísticas y culturales de los países dependientes de las décadas posteriores.

La década de 1960

El golpe militar de 1955 y la Guerra Fría modifican el campo cultural, tal vez de una manera vertiginosa. La división del mundo en dos bloques antagónicos encontró en el occidente capitalista una expansión de la economía producto de la guerra y nuevas tecnologías en desarrollo, con la recuperación de la economía europea en creciente competencia con la norteamericana, mientras que el campo socialista se consolidaba. En muchos países del Tercer Mundo se estaban librando luchas nacionales y sociales que hicieron crujir las economías coloniales y dependientes, generando procesos de liberación nacional y social en China, Checoslovaquia, Hungría, Vietnam

11. Salas, Ernesto, *La resistencia peronista: la toma del frigorífico Lisandro de la Torre*, Buenos Aires, CEAL, 1990.

y posteriormente en Cuba. Este proceso político y económico abrió paso al desarrollo del movimiento juvenil, el de mujeres, a la difusión masiva y al florecimiento de culturas ignoradas hasta entonces, oprimidas y emergentes.

En los años 1960 y 1970, un nuevo proceso de concentración y centralización del capital monopólico produjo una nueva expansión de inversiones imperialistas (especialmente norteamericanas) en los países con escaso desarrollo industrial (el exceso de capital productivo se volcaba en los países del Tercer Mundo). Se acompañó de una consecuente campaña anticomunista, que desplegó EE.UU. desde la década de 1950 (la difusión de películas norteamericanas sobre la Segunda Guerra sumó estos dos aspectos: inversión norteamericana y contenido anticomunista). Muchas de estas inversiones de capital monopólico estuvieron vinculadas a las industrias culturales que, producto de los cambios sociales y tecnológicos, estallaron como el fenómeno cultural de la etapa.

La penetración de los nuevos bienes de consumo, especialmente los culturales, introdujo un debate en torno a su aceptación o rechazo, al consumo masivo y a las industrias culturales. Por ejemplo, la expansión de la Coca Cola significó la ruina de la industria de bebidas gaseosas nacionales –de pequeños capitales nacionales que existía en todas provincias argentinas– a través de una práctica monopólica de producción y distribución. Pero además, junto con su consumo, a partir de la fuerte inversión publicitaria, impuso la penetración de la cultura e ideología imperialistas: que en general se presentaban con la apariencia de contenidos populares (muchas veces utilizaban expresiones de los sectores oprimidos de aquellas potencias) difundida, mediatizada, contenidos que avalaban la dominación imperialista, y estos se impusieron en la TV, el cine, la publicidad callejera. La industria discográfica monopólica, la cinematográfica “hollywoodense”, establecieron un tipo de consumo que no era meramente económico, sino también cultural.

Hasta ese momento, la cultura dominante y hegemónica estaba formateada por los estilos de la cultura de élite, la llamada “cultura universal”, la de las obras “clásicas” europeas, que incluía todas las

formas de la cultura de las clases aristocráticas y burguesas de Europa. Esta nueva fase de concentración y centralización del capital monopólico y de inversiones en industrias culturales se expandirá sobre la base de una nueva difusión cultural: la de las culturas subalternas de las grandes metrópolis que surgían con la emergencia de los movimientos populares y nacionales de posguerra. El capitalismo imperialista cristalizará y re-significará sus contenidos, apropiándose de sus formatos para ponerlos al servicio de los intereses políticos y económicos del capital monopólico. A través de la simpatía que el primitivo origen popular de esos movimientos culturales generaba en los países oprimidos, el imperialismo cultural pretenderá penetrar y disputar su dominio con otras potencias.

Sobre la base de la masificación que producen las industrias culturales, los imperialismos también captan formatos y contenidos surgidos en los países dependientes y entre sus clases oprimidas; los reconfiguran desde su perspectiva monopólica y sus intereses económicos, políticos e ideológicos. En lo fundamental, estos intereses y concepciones predominan en la TV, así como en las grandes discográficas, editoriales y estudios cinematográficos transnacionales. Y generan una recepción contradictoria en los diversos públicos, porque tienen aspectos populares que facilitan el reconocimiento y la aceptación de ese producto cultural, pero a la vez sus objetivos monopólicos son contrarios a los intereses de las grandes mayorías.

Desde la década de 1950, como contrapartida a este fenómeno de las industrias culturales imperialistas, desde los sectores nacionales y populares surge una enorme producción con menos recursos y alcances (porque no cuenta con los medios económicos ni tecnológicos para la elaboración o distribución), que produce una cultura contra-hegemónica. Dispersa y variada, esta cultura enfrenta a la homogeneización cultural que impone el gran capital monopolista. Esta cultura antihegemónica vibra al calor del auge de luchas sociales que en la Argentina tienen un giro con el Cordobazo y otras puebladas de la época, así como con los movimientos pacifistas y los movimientos revolucionarios que conmocionaron el mundo por entonces, como el Mayo Francés. Fue fundamental el impacto que

tuvo la Revolución Cultural China en la producción cultural de y hacia las grandes mayorías. A nivel internacional y nacional, con la consigna “servir al pueblo” introdujo una nueva concepción en relación al rol de los intelectuales y de la cultura popular.

En los países capitalistas, la producción impulsada por las industrias culturales no tiene como objeto operar sólo en lo cultural y en lo económico, sino también en lo político y en lo ideológico. Las marcas de vestimenta y su publicidad, por ejemplo, modelan determinados mercados, a los que les inscriben características sociales identificatorias; construyen estereotipos universales, generando fragmentaciones superpuestas dentro de las culturales oprimidas y desencuentros entre las culturas nacionales que tienen su expresión política en el ámbito local. A este mecanismo apabullante de la penetración económica y cultural se lo denominó imperialismo cultural.

En la década de 1960 y 1970 se debatía el carácter dominante y opresor del imperialismo cultural en su doble aspecto: como propietario de los medios de producción cultural y como reproductor de la ideología dominante.

En aquellos años, una parte importante de la juventud, de los artistas e intelectuales discutían cómo enfrentar al imperialismo cultural, que controlaba las industrias culturales, a las que sostenía y sigue sosteniendo con enormes negocios a nivel mundial. Se discutía si la lucha contra el imperialismo cultural, contra su penetración o por la defensa de las culturas nacionales debía plantearse sólo en términos de crítica ideológica, alentando culturas contra-hegemónicas de mejor calidad y cantidad, o si era necesaria la toma revolucionaria del poder, expropiando los medios de producción cultural a las clases dominantes, destruyendo el aparato de reproducción de la ideología de esas clases opresoras y fundando o construyendo un nuevo Estado con los medios de producción cultural en manos del pueblo. Se discutía qué rol cumplían en este proceso los artistas e intelectuales: si quedaban encerrados en “la torre de marfil”, en sus producciones individuales, o si formaban parte de las luchas por la conquista del poder y por la reformulación de la cultura; si la lucha obrera y campesina se unía con la lucha de estudiantes, de artistas y de intelectuales.

La TV, la música y el cine de los grandes capitales monopólicos, especialmente norteamericanos, se filtraban y se filtran en la cultura cotidiana de la gran masa, y especialmente entre los jóvenes, a través de mega-producciones con capacidad para inundar el mercado por la masiva difusión y distribución que alcanzan. Mientras, todas las producciones nacionales, críticas o no del sistema, debían y deben realizar esfuerzos gigantescos para mantenerse, ser conocidas, acceder al circuito cultural y recuperar lo invertido para poder seguir produciendo, ya sea otra película, otro libro, otro disco, otra muestra plástica.

En esos años, se manifestó la revalorización de la cultura nacional entre los jóvenes, con la difusión de las peñas folclóricas no comerciales, como también de tango. Pero era un tema de debate si la cultura nacional debía reformatearse, actualizarse, para competir en el mercado cultural dominado por el ritmo que imponían las industrias culturales transnacionales, o si el cambio era usado para rescatar la producción artística nacional. Si folclore de proyección o tradición folclórica, si Astor Piazzolla o tango clásico, eran discusiones que apuntaban a este debate entre “renovación o tradición”. Frente al fenómeno del imperialismo cultural se discutía, por ejemplo, si la mejor estrategia contra su penetración era la organización de peñas clásicas o si se debía utilizar el formato del *happening* dándole color local, para atraer a la juventud seguidora del rock, visto, a su vez, como producto “extranjerizante. En tanto, la industria cultural del capital monopolista operaba (y opera) sobre los dos términos de ese debate: toma la producción de la cultura nacional cristalizando o estereotipando sus rasgos (operatoria del tradicionalista), y también híbrida o licúa sus características particulares homogeneizándola con otras expresiones “más actuales” (operatoria modernista). Y en ambos casos estandariza porque impone cambios por fuera de los intereses y necesidades populares, porque su interés es la ganancia que obtiene con la masificación.

En el cine, el cuestionamiento estaba más claro: frente a un cine más banal, un cine que busca reponer contenidos nacionales, vinculados a la literatura nacional o a los mitos nacionales. Leonardo

Favio, Torres Nilson... Una serie de películas en los años 1960 y principios de los '70 pone como protagonista al proletariado argentino, cuenta su historia; todas tienen una proyección política en la época. *La Patagonia Rebelde*, *La Hora de los Hornos*, *Juan Moreira*, por ejemplo, reflejan las luchas de los sectores laborales argentinos oprimidos.

En la industria editorial, la contradicción entre las industrias culturales monopólicas y las pequeñas editoriales nacionales era más evidente. Más aun cuando la palabra, el texto, era el principal vehiculizador de la política y de las ideas revolucionarias. El aspecto más complicado de la producción editorial era el de la distribución. La revista *Crisis* buscó la masividad llegando al mercado a través de los kioscos, mientras que *Los Libros* o *La Comuna* encontraron otros circuitos de difusión no comercial. Van a nacer las discográficas contrahegemónicas, vinculadas al rock nacional y a la canción de protesta, etc. Muchas veces, aquellas producciones que pudieron morder el circuito cultural tuvieron el apoyo político y económico de los sectores antiyanquis, que desde diferentes intereses buscaban horadar la penetración del capital norteamericano, especialmente durante la dictadura de Onganía. Algunos operaban como testaferros de inversiones e intereses económicos de otro origen, principalmente soviético o europeos. A pesar de las condiciones que imponía la disputa interimperialista, la Guerra Fría, la fluidez de capitales, la situación de pleno empleo y consumo que favorecían la comercialización masiva de las producciones imperialistas, las producciones culturales nacionales, aunque de precaria y modesta factura (cinematográficas, gráfica, musical, teatrales), tuvieron enorme creatividad y desarrollo. Presentaron innovaciones, generaron movimientos y produjeron acontecimientos artísticos únicos y vanguardistas, muchas veces meramente estéticos (el más conocido y polémico, el del Instituto Di Tella).

En la universidad, aunque con una estructura académica controlada por el gobierno de facto, circulaban entre los docentes y estudiantes –a través de las organizaciones políticas y sindicales– bibliografías que cuestionaban la cultura dominante. La Revolución

China, La Revolución Cubana, la Guerra de Vietnam fueron experiencias de la lucha popular que estaban presentes en los debates y consideraciones de los jóvenes, artistas e intelectuales de la época que discutían la unidad obrero-estudiantil, el camino para la toma del poder (la insurrección, la guerra de guerrillas, el levantamiento campesino, la vía electoral). En este sentido, el auge de luchas antidictatoriales, el Cordobazo y otras puebladas generaron un hervidero de ideas acerca de la sociedad y la revolución, de la ideología y la cultura necesarias. La Revolución Cultural China movilizó una crítica profunda, que se expresó en el Mayo Francés y en una corriente de izquierda que revalorizó tanto la producción cultural de los intelectuales que formaban parte del campo popular como la producción cultural de los propios sectores populares.

Las obras de Frantz Fanon, de Antonio Gramsci, de Jean Paul Sartre; las películas como *La Batalla de Argelia*, *Los Compañeros* o *Morir en Madrid*, entre otras, junto con los escritos del Che Guevara y de Mao Tse Tung, ponían en discusión qué tipo de cultura y conocimiento científico eran necesarios; al servicio de quién debían estar la cultura, la ciencia, la educación; cuáles eran los contenidos y objetivos de los programas de estudio y de investigación. En ese camino se impulsaron las cátedras paralelas, que enfrentaban la hegemonía de las clases dominante en la universidad. En principio era claro que la lucha por otra cultura implicaba luchar contra los imperialismos y por la defensa de las culturas nacionales y populares, de ello resultaba entonces pensar por qué era fundamental tener el control de los medios y aparatos de producción cultural.

La lucha contra la desnacionalización, vaciamiento y destrucción de nuestra cultura nacional

El golpe militar de 1976 destruyó el proceso democrático abierto con la lucha popular. La Junta Militar impuso el terror fascista e implementó un plan económico que sumió al país en el endeudamiento y la desindustrialización, reforzando la dependencia y el atraso. Reprimió, censuró y desapareció a quien mantuviera cual-

quier actividad política, sindical, social y cultural que no la avalara. El mecanismo de represión y censura fue implacable, impidió la reunión de más de dos personas, quemó y prohibió libros fundamentales de la cultura nacional y universal. La dictadura censuró e intervino en la reproducción de ideas, representaciones y simbologías de diferentes grupos, sectores e instituciones, expresadas en las artes plásticas, la música, la ciencia, el teatro, el cine. Junto a trabajadores, dirigentes, estudiantes, también desaparecieron artistas, intelectuales, científicos, músicos, deportistas; otros se fueron del país; mientras que una gran mayoría resistió y enfrentó, en las condiciones posibles y a veces en la clandestinidad, las políticas dictatoriales.

A pesar de la feroz represión, la lucha popular contra la dictadura estuvo presente desde los primeros momentos, en las rondas de las Madres de Plaza de Mayo y también en las “sentadas”, reclamos, paños, realizados por los trabajadores de las automotrices, los ferroviarios, los obreros de los frigoríficos de Berisso, los estudiantes secundarios. En el campo cultural, las producciones de muchos artistas e intelectuales buscaron burlar las imposiciones dictatoriales: metáforas y alusiones indirectas estuvieron presentes en el rock, el teatro, el cine, la plástica. “Los Dinosaurios”, canción de Charly García; “La Fuente”, obra teatral de Lucila Beatriz Févola, que dirigió Chuli Rossi; los alambrados pintados por Diana Dowek, la edición de revistas culturales como *Nudos* son algunas de las tantas obras que se produjeron en el país en los primeros tiempos de la dictadura, a pesar de la represión y el miedo. Sería imposible nombrar aquí las múltiples expresiones que enfrentaron a la dictadura.

Un pequeño grupo de intelectuales y artistas, en tanto, trabajaron para el golpe y fueron parte del gobierno militar o aprovecharon prebendas representando a la dictadura fascista en otros países y recibiendo recursos para producir películas, grabar discos, editar libros. Algunos lo hicieron en nombre de “la cultura” en abstracto, que según ellos estaría por encima de la política: igualaban así las políticas del gobierno dictatorial fascista con las de un gobierno democrático, avalando el genocidio.

En contrapartida, en esos años se gestó una respuesta cultural antidictatorial que se expresó en el “Movimiento por la Reconstrucción y Desarrollo de la Cultura Nacional”, y realizó importantes actividades. El Movimiento fue constituido por un conjunto amplio y heterogéneo de nucleamientos, instituciones, intelectuales, artistas, trabajadores de la cultura, docentes.

Se estimularon los grupos teatrales como Teatro Abierto, grupos musicales, instituciones culturales en los que la lucha por los derechos democráticos estaban presentes.

La lucha antidictatorial y la guerra de Malvinas, fundamentalmente, pero también las propias contradicciones dentro de la Junta Militar y el descalabro de su política económica, abrieron la etapa democrática. Etapa que generó enormes expectativas sociales pero fue atada al pacto del alfonsinismo con la dictadura.

La década de 1980 se inició con una situación de crisis en toda América latina debido al endeudamiento de los países; los gobiernos socialdemócratas profundizaron ese endeudamiento y el empobrecimiento popular. A esto se sumó la derrota del socialismo, primero en la URSS y luego en China, que favoreció la reconstitución de un mercado único, poniendo fin a la Guerra Fría y la bipolaridad. Esto produjo un enorme retroceso y desesperanza en los pueblos y naciones oprimidos por los imperialismos. En nuestro país, la producción cultural nacional y popular creció en esos años, buscó recuperar su espacio; prevaleció en sus contenidos la cuestión de los derechos humanos y la denuncia del genocidio y el autoritarismo dictatorial, parte de cuyos hechos terroríficos se hicieron públicos en lo que algunos denominaron el “gran destape”.

En los años 1990 el mundo y la Argentina sufren una ofensiva de los monopolios internacionales, del capital financiero, de las grandes potencias. Ofensiva económica, política, militar y cultural-ideológica que arrastra las conquistas históricas del proletariado en todo el mundo, doblega las conquistas anticoloniales y antiimperialistas de los pueblos oprimidos y dependientes, agitando el fracaso del socialismo. La llamada “globalización” condujo a la privatización y cuestionamiento de lo nacional; las teorías posmodernistas acom-

pañaron el proceso predicando el relativismo, el subjetivismo y el idealismo, lo que implicó la negación de la realidad misma, impidió comprender los procesos económicos y sociales objetivamente y entender las grandes transformaciones que se estaban operando. La lucha de los oprimidos, despojados, desocupados, en el México del Subcomandante Marcos o en los movimientos de desocupados que cortaban rutas en la Argentina, al contradecir los análisis subjetivistas y reaccionarios, volvieron a la realidad a muchos intelectuales y artistas que habían sido seducidos por las teorías del “fin de las ideologías”.

En la Argentina, desde el gobierno de Alfonsín, pero fundamentalmente con la llamada “globalización” y la preeminencia de la ideología posmoderna, la cultura ocupa un papel importante en las políticas gubernamentales. Con el gobierno de Menem, y siguiendo con De La Rúa, Duhalde, Kirchner y ahora Cristina Fernández, la producción cultural se incorporó como un rubro de importancia en la economía, como estimuladora del área de servicios, desde la perspectiva del rumbo exportador que prevalece desde la dictadura al presente. Al mismo tiempo que se desalienta a la industria de bienes de consumo duradero y bienes básicos y crecen la desocupación y las crisis, los intereses transnacionales de las industrias culturales promueven entre estos diversos personajes políticos las expectativas económicas sobre los réditos que ofrece la producción cultural.

En los años de la convertibilidad y de la apertura económica del menemismo, la política cultural se desarrolló sobre la base de la penetración imperialista y la privatización a manos de extranjeros en todos los complejos de la industria cultural. A grandes rasgos, la política cultural impuesta en estos tiempos, además de promover contenidos contrarios a las necesidades populares, banales y chabacanos, impulsó la importación de paquetes culturales que traían bienes materiales (escenografías, efectos especiales, asesores técnicos, etc.) y simbólicos, favoreciendo a aquellos “inversores locales” o “gestores culturales” que importaban esos paquetes y a los empresarios extranjeros que obtenían enormes beneficios con esas

importaciones. A la vez, dejaban afuera a gran parte de los artistas, intelectuales y trabajadores culturales locales. Esas importaciones incluían contenidos, formatos, técnicos y artistas, incluso insumos de escasa complejidad y costo, desechando todo lo que existía en el país, reemplazándolo por la supuesta “baratura”, “excelencia” o “calidad” de los “productos culturales” importados.

Este esquema cultural bajo la convertibilidad ponía el centro en el beneficio económico, y respecto de éste, al generado por mercado externo y lo que nos ofrecía ese mercado externo como novedoso y moderno, a través de la importación o adquisición de paquetes culturales diversos. El desprecio y subutilización de la capacidad y recursos artísticos argentinos llevaron a que fuera ampliamente cuestionada la forma “salvaje” en que se nos incorporaba a “la globalización”; algunos cuestionaban más esto que a la propia “globalización”, en tanto maniobra encubridora de la dependencia. Nuevamente, la reacción contra esta supuesta globalización estuvo presente en la Argentina en el contrafestejo de los quinientos años de la Conquista Española, en tanto los festejos eran concebidos como instrumento de penetración y desembarco de los nuevos capitales extranjeros que entraban con las privatizaciones de Aerolíneas Argentinas, ferrocarriles y todos los servicios públicos.¹²

Desde el año 2000, en el marco de diferentes contextos político-económicos nacionales e internacionales (la deuda de los países oprimidos, la invasión y resistencia iraquí, las luchas contra la desocupación, el ajuste económico, las crecientes luchas de los pueblos y los movimientos antiglobalizadores que se desataron en el mundo), algunos proponen para oponerse a esa “globalización salvaje” incorporarse a otro tipo de globalización, que suponen más abierta a la diversidad cultural y que es impulsada por los países europeos (en tanto la “salvaje” imponía formas y contenidos norteamericanos). Supuestamente, con este “modelo de globalización” más benéfico se podía establecer un vínculo económico de la cultura local con la

12. El Movimiento por la Verdadera Historia desarrolló numerosas actividades de contrafestejo en nuestro país, que culminaron con una jornada en la Avenida 9 de Julio de la Ciudad de Buenos Aires el 11 y 12 de octubre de 1992.

mundial sin perder la “identidad”, insertando a la “cultura argentina en el mercado mundial”, manteniendo y potenciando sus características identitarias.

El gobierno de la Alianza inició el proyecto que proponía “jugar el juego global desde lo local” –el juego “glocal”–, a través del programa Turismo Cultural, abundantemente publicitado y que organizó mega-espectáculos gratuitos en distintas regiones del país, impulsó la “defensa de las bellezas naturales” y “los atractivos culturales” de nuestro país, mediante “el desarrollo de una industria en expansión”: el turismo y la cultura, hasta ese momento poco explotada. Esta política cultural oficial se insertó en un marco político de profundización del “ajuste” económico y de dependencia de los organismos internacionales, que agudizaron la crisis política, social, económica –en una situación internacional signada también por la crisis y por la disputa creciente entre las grandes potencias–, y en medio de intereses contrapuestos que pulseaban por la devaluación. La crisis generalizada y el derrumbe del esquema cultural impuesto abrió el camino a quienes fomentaban una “gestión cultural oficial” proponiendo “que la cultura financie a la cultura”, mediante la privatización y la “tercerización” de las “ofertas culturales”.

La crisis del 2001 y el Argentinazo desataron un desarrollo y crecimiento económico notable de las áreas culturales empujadas desde dos vertientes: la de las clases populares, mediante la renovada lucha por la democratización cultural que favoreció el crecimiento de nuevas propuestas culturales desde los barrios, las asambleas y las organizaciones de masas, vertiente que ocupó y descubrió nuevos espacios culturales; y por otro lado, desde las clases dominantes, en una nueva coyuntura económica nacional e internacional, favorecida por una actividad turística intensa facilitada por la devaluación y por la renovación tecnológica (especialmente en medios audiovisuales, gráficos, etc.).

Con la lucha popular las distintas organizaciones sociales y barriales reclamaron y accedieron a espacios, subsidios, capacitación, medios e instrumentos y se amplió la base de la producción, la exhibición de renovadas propuestas creativas (orquestas de niños, ta-

lles, concursos, muestras, planes de estudio, centros culturales) y miles de estudiantes se inscribieron en estudios de cine, de danzas, de música, de sonido, etc. En el campo de las clases dominantes, la crisis de hegemonía y las nuevas condiciones internacionales (políticas, económicas y tecnológicas) obligaron a aceptar los reclamos de democratización del ámbito cultural, reconociendo algunas de estas reivindicaciones, pero manteniendo las palancas claves para la producción, creación, difusión y exhibición cultural bajo el dominio del capital privado y estatal (créditos, subsidios, préstamos, instalaciones, equipamientos, medios de difusión).

Desde entonces, los distintos gobiernos argentinos, poniendo sus equipos y con matices políticos e intereses económicos particulares, impulsaron investigaciones y planes de trabajo para tener un registro del movimiento económico que generan estas actividades y su impacto en el crecimiento económico del país, con el fundamento de insertarse en una “globalización menos salvaje” o desde lo “global”. Para ello se comenzó a medir el impacto de las actividades culturales en la economía registrando sólo aquellas actividades que tienen inversión de capital, aplican tecnología o bienes de capital (que requieren de seguros, mantenimiento, etc.) o con determinado nivel de facturación, que puedan reproducirse masivamente y sean comercializables (como paquetes culturales) tanto en el mercado interno como en el externo.

La gran mayoría de las formas populares de la cultura argentina que se producen diariamente en los lugares más recónditos del país quedan, por supuesto, fuera de este registro. Esta medición es la que permite afirmar a los especialistas y medios de comunicación que la Argentina y ciudades como Buenos Aires y Rosario son “mecas de la cultura”, y particularmente, afirmar, como se hizo a inicios de 2007, que la ciudad de Buenos Aires tiene una actividad cultural más importante que París o Nueva York, por la movilización de recursos económicos, sin tener en cuenta cuál es el valor que la cultura adquiere para las grandes masas populares en la Argentina y qué significa para éstas en cuanto a expectativa de ascenso social con la lucha democrática.

Aunque las actividades culturales aumentaron asociadas a la expansión de espectáculos y servicios para el turismo, y por una gran actividad de la producción artesanal o primaria de cultura de los sectores populares, hoy la crisis mundial y el déficit económico en la Argentina, llevan, en el terreno cultural, a que los gobiernos nacional, provinciales y municipales reduzcan los presupuestos, eliminen subsidios, recorten designaciones para espectáculos y actividades. Esto se está haciendo evidente en los teatros oficiales, en los festivales organizados por el Estado, en subsidios a iniciativas culturales locales o a la protección del patrimonio cultural, en la educación, la salud, etcétera. Nuevamente, qué cultura, a quién está dirigida, quiénes son los que tienen los medios para producir y difundir las producciones culturales, son temas que se definen en relación al presupuesto. A qué se destina ese magro presupuesto para cultura es la vieja y eterna pelea del campo popular.

Las condiciones de vivienda y hábitat en la Argentina a 200 años de la Revolución de Mayo¹

Beatriz Pedro²

“Aquí, donde el río se enoja y se revuelve en hervores y remolinos, sobre la meseta purpúrea rodeada de fosas y cañones, gobierna el general Artigas. Estos mil fogones de criollos pobres, estos ranchos de barro y paja y ventananas de cuero, son la capital de la confederación de pueblos del interior del Río de la Plata.”

José Gervasio de Artigas, al iniciar junto al pueblo oriental el éxodo a territorio entrerriano, tras el armisticio de 1811

Tal vez el título de esta exposición parezca demasiado ambicioso para las posibilidades concretas y los tiempos que nos permite este seminario, donde las presentaciones son numerosas y abarcan diferentes aspectos. Por eso quiero aclarar que lo que intentaremos es apenas un esbozo, una introducción al tema, que nos permita pensar en el proceso de ocupación y de urbanización de nuestro territorio como expresión de los procesos históricos, de los distintos intereses en juego y de las luchas desarrolladas en lo que es la Argentina actual. Algunos de los temas son apenas títulos que merecen futuros desarrollos, otros no están incluidos, pero creo que el conjunto elegido puede dar un panorama general y sumar una mirada desde otro aspecto a lo que ustedes vienen trabajando. Así lo concebimos.

¿En qué contexto vamos a hablar de las condiciones de vivienda y hábitat en el área metropolitana de Buenos Aires (AMBA)? En

1. El presente trabajo es un resumen de la exposición de la arq. Pedro, desarrollada a partir de 140 imágenes y mapas y en diálogo directo con los participantes. Las condiciones de publicación del libro obligaron a pedirle un recorte fotográfico y la adecuación del texto.

2. Beatriz Pedro es arquitecta, docente en la Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo de la Universidad de Buenos Aires, coordinadora del Área Hábitat del Taller Libre de Proyecto Social (FADU), presidenta 2008-2009 de ULACAV, Red Latinoamericana de Cátedras de Vivienda.

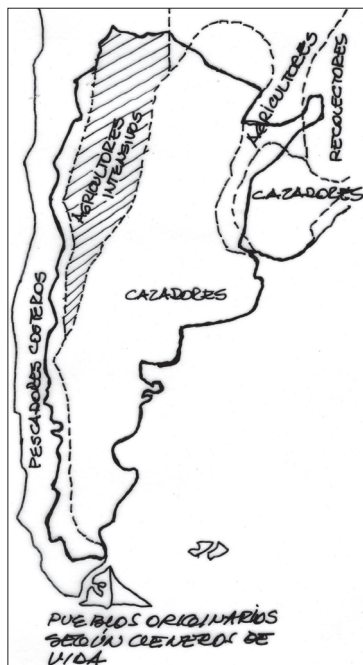
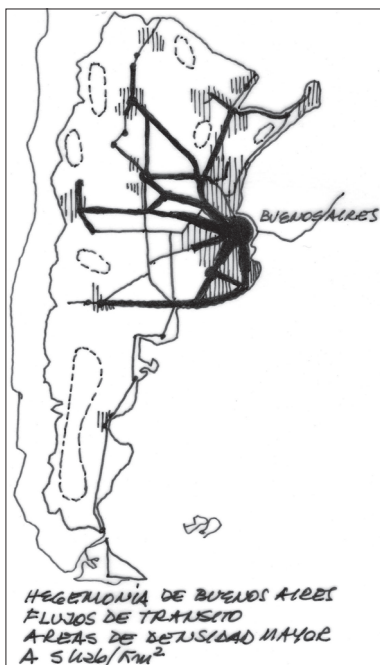
el momento particular del proceso mundial de ocupación y apropiación del espacio, que se desarrolla bajo un gran mercado capitalista único. Este momento se expresa en la urbanización mundial creciente, que ha llevado a algunos teóricos a afirmar que somos la época de las ciudades. Estas han tenido un crecimiento explosivo en los últimos 20 años, y en forma acelerada en las décadas de 1990 y 2000. Crecimiento que se da en particular en los países dependientes, oprimidos y atrasados,³ y en aquellos países donde se ha restaurado el capitalismo, como por ejemplo China, en los que se vive un “agárrese quien pueda” respecto a la posesión y a la propiedad de la tierra urbana y rural.

¿Cómo son las condiciones del hábitat urbano en América Latina? Las situaciones más difíciles que se viven se caracterizan por la precariedad física y ambiental, el amontonamiento y hacinamiento de villas, asentamientos y chavolas. Las condiciones de deterioro, precariedad y hacinamiento de los densos barrios y edificios construidos con las políticas de vivienda en las décadas de 1960 y 1970. En particular en nuestro país, sus habitantes vieron en las últimas décadas sus vidas atravesadas por los procesos de emigración rural y desarraigo, de precarización laboral y desocupación, de privatización de los servicios públicos. Procesos favorecidos por la gran ofensiva a escala mundial contra las conquistas sociales, que se abrió paso tras la derrota del socialismo primero en la Unión Soviética, a partir de los años 1960, y después en China, desde fines de los años 1970. En grandes urbanizaciones, con esas características que describíamos, se produjeron estos años levantamientos juveniles, como los de París.

La urbanización creciente es la expresión del desarrollo actual de la contradicción entre la ciudad y el campo, una de las contradicciones fundamentales que históricamente cruzan nuestras sociedades.

¿Cómo se ha desarrollado y se expresa la contradicción entre la ciudad y el campo, en un país dependiente, oprimido y disputado por distintas potencias imperialistas como es nuestro país? Observemos algunos datos del lugar que habitamos: la República Argentina tiene

3. Los países del Tercer Mundo albergan el 90% de la población mundial.



1. Estructura actual de ocupación del territorio. 2. Ocupación del territorio por los pueblos originarios. Fuente: El territorio argentino Odilia Suárez. Ed. FADU. 1999.

3.761.174 km², incluido el territorio continental antártico y las islas del Atlántico Sur. Viven en ellos alrededor de 40 millones de habitantes. Buenos Aires es una de las 25 provincias de la Argentina, la más grandes y rica de ellas, y en el Área Metropolitana de Buenos Aires, que tiene 5.000 km², se concentran 15 millones de personas: el 40% de la población argentina. Impresionante concentración: el 40% de nuestra población en 5.000 km².

El proceso en el que se ha producido esta concentración está signado por el tipo de desarrollo de nuestro país y sus momentos, y se ha acentuado con el actual curso agro-minero-extractivo-exportador. Sobre el mercado de tierras rurales, el mercado de tierras urbanas, el mercado de vivienda y el mercado de arquitectura cada vez más interrelacionados con el capital extranjero y las multinacionales, se

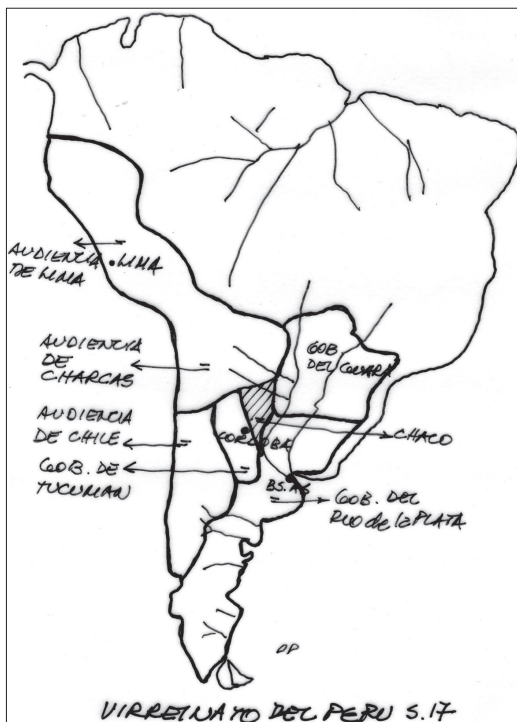
ha generado una estructura deformada, concentrada en el AMBA, que se expresa en el territorio y en el espacio.

Estructura de la ocupación del territorio argentino

Cualquier fotografía aérea de la Ciudad de Buenos Aires muestra esa enorme masa de construcciones que hay en esos 5.000 km². ¿Por qué están concentradas en ellas 15 millones de personas?

Si analizamos en un trazo grueso la estructura de la ocupación del territorio en el presente, observamos que todo converge hacia Buenos Aires, sobre la trama de las redes de transporte. Primero se trazaron las vías ferroviarias, luego, siguiendo el mismo esquema, las rutas y después se trazaron las recientes autopistas (ver Mapa 1).

Vamos a ir hacia atrás para poder indagar cómo se llegó a este presente. La ocupación del territorio de los pueblos originarios antes de la Conquista, en particular la forma de distribución de los sedentarios, con mayor densidad de población y desarrollo urbano, se localizaba sobre la costa oeste, en la cordillera de los Andes (ver Mapa 2).



3. Virreinato del Perú y las gobernaciones y audiencias que lo integraban. Fuente: El territorio argentino Odilia Suárez. Ed. FADU. 1999.

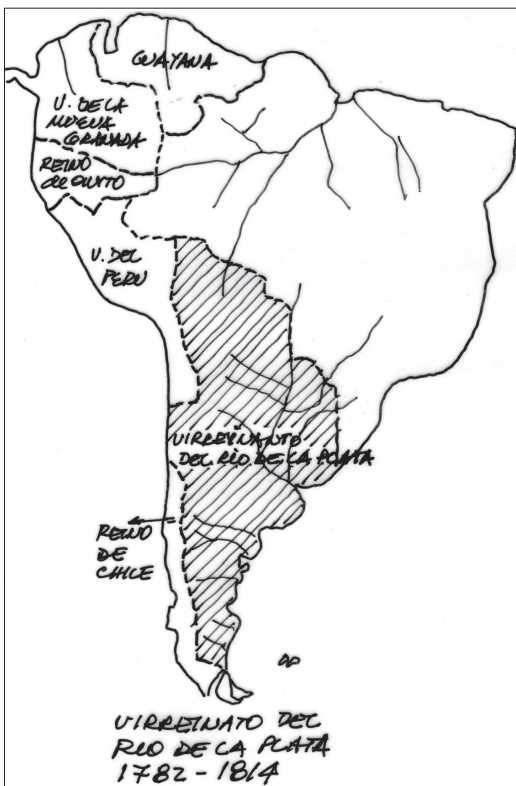
A mediados del siglo XVII, las corrientes principales de la Conquista española, ocuparon nuestro territorio, principalmente desde el norte y el oeste. La evolución posterior del espacio colonial tiene los siguientes hitos organizativos:

- Las jurisdicciones de las gobernaciones del Río de la Plata y de Tucumán, y la Audiencia de Chile, bajo el Virreinato del Perú (ver Mapa 3).

- En 1782 se funda el Virreinato del Río de La Plata (ver Mapas 4 y 5). La nueva distribución territorial organiza

las intendencias de Buenos Aires, de Córdoba del Tucumán, de Salta del Tucumán. Entre ellas hay “grandes vacíos”: el Gran Chaco, zona aún habitada por los pueblos mocovíes, maticos, chiriguano y pilagaes; y al sur, los territorios habitados por tehuelches, pehuenches, araucanos, onas y yámanas-alakaluf.

Las rutas marítimas coloniales, la del comercio monopolista español y la del comercio clandestino, nos muestran a Buenos Aires empezando a tener cierta importancia ya durante la Conquista. Era, no obstante, una de las ciudades que estaba al revés de todo el proce-

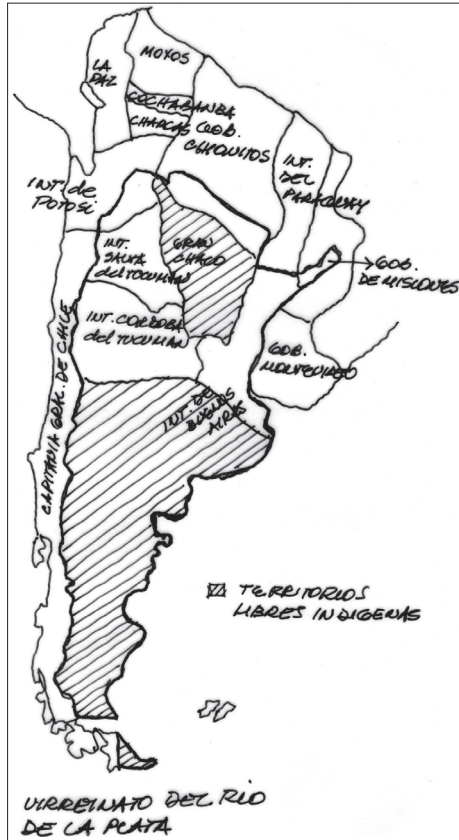


4. Virreinato del Río de la Plata. Fuente: El territorio argentino Odilia Suárez. Ed. FADU. 1999.

so de control del territorio que organizó España desde el noroeste del actual territorio nacional. Buenos Aires, sobre el Atlántico y alejada, se desarrolla vinculada al comercio clandestino, en particular el contrabando inglés.

Con posterioridad a la Revolución de Mayo, los pueblos originarios siguen ocupando parte del actual territorio de la naciente Argentina. Los terratenientes, en un proceso de lucha y disputa, hegemonizan el proceso de constitución nacional. Hacia 1870 toman como objetivo esas tierras ocupadas por originarios, sobre las que se realiza una campaña de dominio y exterminio llamada “Conquista del Desierto”; consiguen apropiárselas y “unificar” el territorio.

Después de consolidado el Estado Argentino, el modelo agro-exportador se expresa en la nueva dirección y organización de la ocupación del territorio; el flujo que anteriormente correspondía a un comercio clandestino, es reemplazado ahora en la organización de la red ferroviaria centralizada en Buenos Aires (ver Mapa 6).



5. Virreinato del Río de la Plata: gobernaciones e intendencias que lo integraban y territorios libres ocupados por los pueblos originarios. Fuente: Nuestros paisanos los indios. Carlos Martínez Sarasola .EMECE. 1992.

EL AMBA

Volviendo a nuestros días, el Área Metropolitana de Buenos Aires (AMBA) es el aglomerado más grande del país, y uno de los más grandes de América Latina. Está integrado por 25 partidos que se han ido “conurbando” por etapas. “Conurbando” quiere decir que la ciudad va creciendo y va incorporando tierra rural de su periferia.

Esa conurbación se desarrolla en “cordones”: el primer cordón rodea la Ciudad de Buenos Aires (está constituido por los partidos más cercanos a la Ciudad); le sigue el segundo cordón, alrededor del primero, y en la

actualidad avanza la conurbación de un tercer cordón, que va consolidando territorio urbanizado desde La Plata a Campana (ver Mapa 7).

El primer cordón tiene un desarrollo vinculado al proceso económico y político de sustitución de importaciones que comienza en la década de 1930 y se desarrolla durante la década de 1940 y parte de la de 1950. El segundo, se desarrolla recién a fines de los años 1980 y en la década de 1990, y en este momento estamos en el proceso de desarrollo del tercer cordón, empujado por la trama de las autopistas, que incorpora nuevas zonas de tierras rurales.



6. Argentina “unificada”. Red de transporte ferroviario a 1914. Fuente: El territorio argentino Odilia Suárez. Ed. FADU. 1999.

Para entender la constitución territorial del AMBA, observemos distintos momentos:

– Una imagen de la ocupación colonial del territorio hacia 1630, con la fundación de Buenos Aires, muestra alrededor de la zona de la actual Plaza de Mayo la traza que impuso la Conquista: un damero con una plaza central. El esquema de ocupación del territorio colonial se completaba con las quintas en la zona norte, como producción hortícola, y casi al sur, la crianza de ganado.

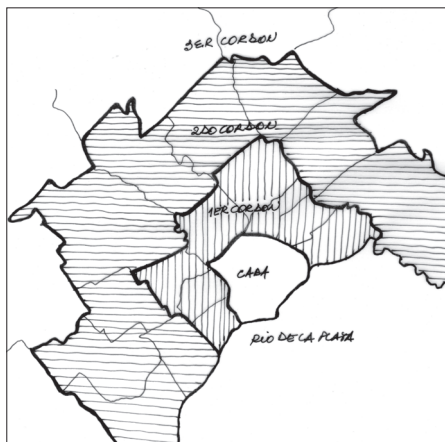
– Hacia 1880, la imagen mostraría la extensión de la mancha urbana, vinculada al desarrollo de la red de transporte tranviario y ferroviario, y cómo empieza a consolidarse, densificarse, en dirección noroeste.

– 100 años después, en 1980, está consolidada la ocupación actual del territorio, siguiendo la trama ferroviaria y vial, con la conurbación de partidos enteros.

Estas imágenes (ver Gráficos 8, 9 y 10) reflejan los hitos de la periodización de nuestra historia; períodos que tienen su reflejo en lo urbano y se van marcando en la ciudad con su materialización.

Profundicemos esta observación:

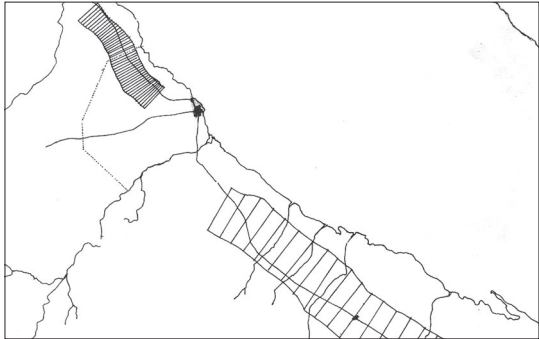
1. La ciudad-puerto. La Argentina agro-exportadora es la Argentina del puerto, de los conventillos, del loteo suburbano y de los negocios de tierra. La Argentina del Centenario. La impronta es la ubicación y construcción del puerto de Buenos Aires, a fines de 1880, que se desarrolla sobre tierras ganadas al río. (Una vez triunfador el proyecto del Ing. Eduardo Madero, el puerto tarda diez años en construirse). Es el momento en que se consolida el



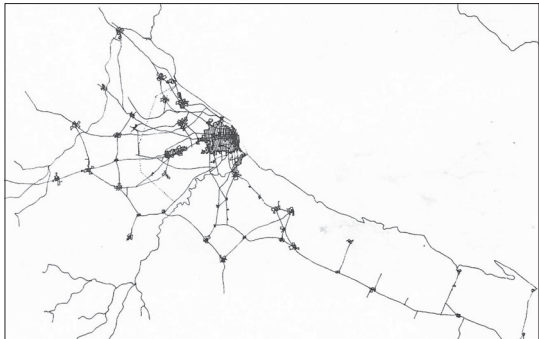
7. Esquema de extensión del AMBA por cordones. Elaboración propia.

Los gráficos 8, 9 y 10 fueron realizados por el arquitecto Dante Shulman para el artículo "400 años de apropiación del espacio" en la revista *Síntomas en la Ciencia la Cultura y la Técnica*, número 1, noviembre de 1980.

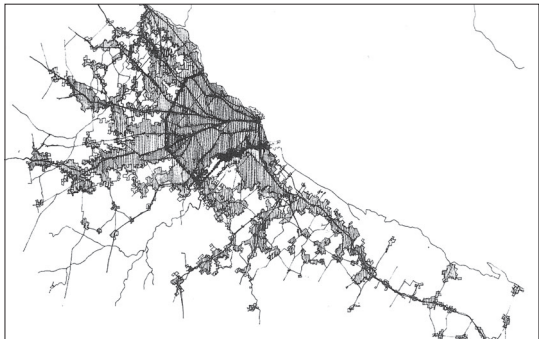
En el gráfico 8, las áreas rayadas indican las primeras zonas de agricultura, al norte, y de ganadería, al sur (c.1700).



8. Crecimiento de la ciudad de Buenos Aires desde su fundación.



9. Crecimiento y doblamiento siguiendo las redes de transporte ferroviario (c.1900).



10. Estructura del territorio del AMBA a 1980.

tipo de ciudad que tenemos, centrada en la relación Plaza de Mayo (gobierno-bancos y compañías intermediarias)—puerto. Se va a consolidando el eje noroeste de la Ciudad, en particular hacia el norte.⁴

En 1910, el proyecto urbano vinculado a los festejos del Centenario se inspira en el modelo de Georges Haussmann. Este político y urbanista francés es el que decidió romper la estructura urbana medieval de París, con el objetivo de marcar espacialmente “la nueva época” a través de la monumentalización (ópera, estaciones ferroviarias, mercados, monumentos urbanos) y la apertura de amplios bulevares y parques, sobre esas callecitas que “le habían complicado la vida” a las clases dominantes en Francia durante la revolución derrotada de 1848.

Este modelo “aplicado” a Buenos Aires rompe la estructura del damero colonial e implanta el eje de Avenida de Mayo, que va desde la Casa de Gobierno hasta el Congreso de la Nación, con las diagonales Norte y Sur, que quedan inconclusas. Más tarde se abrirá la avenida 9 de Julio y se construirá el Obelisco. Se va consolidando así el centro.

¿Y los barrios? Encontramos los conventillos de la época y las primeras “villas miseria”: en la zona del puerto, los obreros que trabajaban en su construcción y más adelante muchos inmigrantes se instalaron en el “Barrio Inmigrantes”, en la actual zona de Retiro.

Empieza la venta de lotes suburbanos, negocio que hacen los terratenientes con las tierras rurales de la periferia. Por ejemplo, en La Matanza, desde la ruta provincial 4 hacia el oeste por la ruta 3, hasta el año 1935 la tierra estaba en manos 15 propietarios, todos ellos de nombres patricios.

Gran negocio de tierras los loteos: se le vendía en cuotas “al pobre” tierras lejanas, “accesibles y valorizadas” por la traza de los tranvías en la zona de la Ciudad, y de los ferrocarriles más lejos.

Las necesidades de vivienda popular sólo se abordaron en pequeña escala, desde concepciones higienistas; algunos edificios fueron levantados por el Hogar Obrero; la Comisión Municipal de Casas Baratas construyó algunos barrios en el Bajo Flores, Liniers, etc; y

4. Ver Gastiazoro, Eugenio, *Historia Argentina*, Buenos Aires, Agora, 1986, Tomo II.

la Acción Católica, construyó el barrio de Barracas, cerca del Parque Pereyra. También algunas fábricas, del débil y trabado proceso de industrialización, desarrollaron barrios aledaños para sus obreros.

En la zona central, predomina la construcción de edificios de viviendas para renta por alquiler: todos los departamentos eran de un propietario, ya que no había normas jurídicas que permitieran subdividir la propiedad del inmueble en partes.

2. El primer cordón. Un incipiente y trabado desarrollo industrial para la sustitución de las importaciones abre fábricas y puestos de trabajo en la ciudad y su periferia, constituyéndose el primer cordón del AMBA. Miles de migrantes rurales llegan a Buenos Aires, alquilan o se instalan en precarias viviendas en las “villas miseria”.

Recién bajo los gobiernos del Gral. Perón se aborda una política pública respecto de las problemáticas de la vivienda; se construye vivienda con los planes quinquenales, se crean nuevos barrios, algunos de importante escala, como Ciudad Evita en el partido de La Matanza. Si bien su localización está vinculada a la compra de tierras bajas y de poco valor, el barrio cuenta con las infraestructuras necesarias y el equipamiento social.

Se implementa un conjunto de disposiciones jurídicas, que por primera vez limitan la propiedad interviniendo el mercado de vivienda. Se declara la emergencia en el mercado de alquileres y se restringe la libre contratación. Una enorme cantidad de argentinos han vivido durante treinta años en la misma casa por haber sido beneficiados por la Ley de Congelamiento de los Alquileres de 1947. Ley que fue derogada por la dictadura en el año 1977.

Se sanciona la ley de expropiaciones, que plantea la expropiación por interés público de caminos, puentes, etc., argumento y antecedente jurídico que en la actualidad han tomado tanto las fábricas recuperadas por sus trabajadores, como los habitantes de los asentamientos (barrio María Elena en La Matanza, por ejemplo⁵) para declarar también de interés público la defensa de la fuente de trabajo y la necesidad de vivienda popular.

5. Ver Alderete, Juan Carlos y Gómez, Arnoldo, *La desocupación en el infierno menemista*, Buenos Aires, Cuadernos de Ágora, 1999.

Con la ley 13.512, Ley de Propiedad Horizontal, sancionada en 1948, se permite subdividir los edificios de rentas y poner en venta los departamentos a los inquilinos. Comienza entonces la construcción de inmuebles para venta y se empieza a constituir el mercado inmobiliario.

Se sanciona también una ley de venta de lotes por mensualidades, que busca impedir el robo que habían sido las anteriores ventas de lotes en el conurbano. Y se crea y desarrolla el Banco Hipotecario Nacional, que con el crédito facilitó a miles de familias el acceso a la propiedad, a fines de la década de 1940 y principios de 1950, así como ampliar las viviendas existentes.

3. Densificación y extensión de la ciudad. Déficit de vivienda.

Con el golpe de 1955, se retrocede en las políticas que favorecieron la vivienda popular.

Desde el gobierno del desarrollismo en adelante, y bajo las políticas de alentar las inversiones extranjeras como “motor del desarrollo”, se construye la Panamericana, consolidando la expansión del eje norte del AMBA alrededor de las fábricas siderúrgicas y automotrices, entre otras.

Este proceso, vinculado al desarrollo monopolístico de la industria extranjera, hace crecer la migración rural; la población se va concentrando, densificando y extendiendo la ciudad. Una parte importante de esta población viene del cierre de los ingenios azucareros en Tucumán.

Miles no encuentran vivienda o no pueden acceder a las existentes. Se instalan en las grandes villas localizadas en terrenos ubicados entre las infraestructuras de transporte y de servicios, en terrenos que descarta la urbanización. O en los loteos periféricos, que se realizan sin condiciones de urbanización (en las cuencas de los ríos, bajo la cota de inundación, al lado de las grandes canteras de las que se extrae el material con el que se construyen los ladrillos), favoreciendo la especulación de los propietarios de tierras.⁶

6. Ver Clichevsky, Nora, *El mercado de tierras en el área de expansión de Buenos Aires, su funcionamiento e incidencia sobre sectores populares*, Buenos Aires, Facultad de Ciencias sociales, mimeo, 1974.

La Ley de Propiedad Horizontal de 1948 permite el crecimiento de la construcción en toda la Capital Federal, con grandes edificios que sustituyen el tejido tradicional, cambio del que son ejemplo las avenidas Santa Fe y Corrientes.

Los planes públicos FONAVI, VEA, entre otros, introducen la figura del hiper-conjunto, inspirado en los criterios y modelos de reconstrucción de la Europa de posguerra, en la que las propuestas del arquitecto francés Le Corbusier son referencia obligada de “la modernidad”. Empiezan los primeros planes de erradicación de las “villas miseria”; se organiza el movimiento villero y hay grandes luchas por sus reivindicaciones.

4. La ciudad se hace inaccesible. ¿Cómo impacta sobre el AMBA el proceso de profundización de la dependencia y de desindustrialización de la Argentina vinculado a la dictadura militar de 1976? En Buenos Aires, Capital Federal de la Argentina, una cantidad de acciones jurídicas, políticas y represivas buscan dar nueva forma y reorientar la estructura urbana. El cambio genera “una importante oportunidad de negocios inmobiliarios”. Se pretende una ciudad para que, como decía un intendente de esa época,⁷ pueda vivir solamente el que “se la merece”. Y “el que se la merece” es el que la puede pagar.

¿Cómo se realizó este proceso? ¿Qué impronta legal, jurídica, económica impuso la dictadura para cambiar la ciudad?⁸ Se entrelazó una compleja trama de factores.

– En el mercado de vivienda: inaccesibilidad de la propiedad y del alquiler por la valorización de las propiedades; dolarización de los precios de viviendas y alquileres mientras los ingresos se percibían en pesos; pauperización de los salarios.

Se sanciona la Ley 1050, que afecta las viviendas hipotecadas, haciendo imposible el pago de las deudas. Miles de familias pierden sus viviendas compradas con préstamos hipotecarios.

7. Ver Blaustein, Eduardo, *Prohibido vivir aquí. Una historia de los planes de erradicación de la última dictadura*, Buenos Aires, Comisión Municipal de la Vivienda, 2001.

8. Ver Ozlak, Oscar, *Merecer la ciudad. Los pobres y el derecho al espacio urbano*, Buenos Aires, CEDES/Humanitas, 1991.

En 1977 se deroga la Ley de alquileres 1047. Se cambia la condición de habitantes de los hoteles, a pensionistas y pasajeros, nueva condición que acentúa la “transitoriedad”. Miles de personas vivían en hoteles como habitantes, lo que exigía a los dueños garantizar determinadas condiciones de habitabilidad. Esas exigencias quedan sin efecto con el pasaje a pensionistas y pasajeros.

– En el mercado de tierras urbanas: en 1977, el intendente Osvaldo Cacciatore pone en vigencia un nuevo código de edificación en la Capital Federal, que introduce cambios en los usos y el factor de ocupación del suelo (FOT). El FOT norma cuántos m² se pueden construir sobre un terreno; su aumento encarece el valor de la tierra. Miles de familias fueron desalojadas cuando deja de estar en vigencia el congelamiento impuesto por la Ley de alquileres, liberando al mercado inmobiliario las zonas con construcciones más antiguas. A la vez, se expropiaron y se demuelen miles de viviendas para la construcción de las cinco autopistas, reduciendo la oferta de tierra. Con los escombros se realizan los rellenos costeros delante de la Ciudad, que hoy conocemos como la “reserva ecológica”.

– En el mercado de tierras del área periurbana del conurbano bonaerense: la sanción de la ley 8912 limita el negocio de las empresas loteadoras. Se produce entonces un enorme abandono de tierras, pues los propietarios ya no las loteaban.

Los servicios públicos se provincializan, y deja de ser un servicio público el tendido y ampliación de la red de agua y de las cloacas.

Al momento del golpe de Estado, marzo de 1976, existía en el AMBA un enorme proceso de organización de las familias sin vivienda que habitaban en villas ubicadas en terrenos intersticiales; el movimiento villero reunía miles.

Desde fines de los años 1960, parte de los planes de grandes conjuntos habitacionales se hicieron para la radicación de estas familias; en algunos casos se les adjudicaron las viviendas. ¿Cómo era la lógica de esas inversiones estatales?: terrenos baratos, gigantesca densidad, industrialización de la construcción. Fueron, también, gigantescos negociados; y las propuestas de configuración espacial y del tejido no sólo no produjeron apropiación colectiva,

sino que la pauperización creciente de sus habitantes, impedidos de acceder a la regularización dominial y la constitución de consorcios únicos, les impidió también los mínimos acuerdos para el mantenimiento y puesta en condiciones de ascensores, cloacas, instalaciones, estructuras.

La dictadura organiza y lleva a cabo un plan de erradicación de las llamadas “villas miseria” de la Ciudad de Buenos Aires.⁹ Las cercan y rodean con el Ejército; en un solo mes del año 1977 sacaron 206.000 personas, en trenes y en camiones. A unos los “trasladaban” a sus provincias o países de origen; otras familias fueron “tiradas” detrás de la General Paz. El mismo procedimiento llevó a cabo Antonio Bussi en Tucumán.

En 1982, el resultado de este proceso era la existencia de miles de familias obreras sin tierra ni vivienda, impedidas de acceder a la compras de lotes, con hipotecas ejecutadas por la 1050, o con viviendas expropiadas, desalojadas y demolidas, hacinadas en casas o lotes de familiares.

Terminada la Guerra de Malvinas, con la dictadura debilitada, hace eclosión social este proceso y miles y miles de estas familias inician una intensa ocupación de las tierras urbanas y periurbanas abandonadas. Empiezan en Quilmes, sostenidas por el obispo de la zona, Jorge Novak, y se van extendiendo por todo el conurbano. Este es el comienzo del proceso de configuración de lo que hoy se llaman “los asentamientos del Gran Buenos Aires”, fenómeno popular de particular interés.¹⁰

5. Fragmentación y privatización de la ciudad y del espacio urbano. En los años 1990 comienzan a impactar en el territorio modelos urbanos organizados alrededor del transporte individual, que organizan las actividades por “enclaves”. Para los usos residenciales

9. Blaustein, Eduardo, *op. cit.*

10. Ver Izaguirre, Inés y Aristizábal, Zulema, *Las tomas de tierras en la zona sur del Gran Buenos Aires*, Buenos Aires, textos de la cátedra, Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo, Universidad de Buenos Aires, 1988. También Merklen, Denis, *Asentamientos en La Matanza. La terquedad de lo nuestro*, Buenos Aires, Catálogos, 1991.

(barrios cerrados y manzanas cerradas para torres), los usos industriales (parques industriales), los recreativos y de servicios (*shopping* e hipermercados). Se privatizan las empresas públicas y el espacio público, se fragmenta la ciudad.

Destacamos:

1) La privatización del puerto y la posterior organización de parte de esas tierras publicas como barrio de élite. La “reserva ecológica” –ese relleno realizado con los escombros de las demoliciones para construir las autopistas– y los servicios e industrias localizados en esa zona están sometidos a intensa presión para incorporar las tierras a nuevos “desarrollos inmobiliarios”.

2) El desarrollo de una enorme disputa y presión inmobiliaria sobre la tierra urbana, periurbana e intersticios que ahora tienen una buena localización, en relación con las nuevas infraestructuras o con el crecimiento de la ciudad que los ha englobado. Las tierras periurbanas, que históricamente fueron el destino de loteos populares, con la construcción de las autopistas y el auge del automóvil privado pasan a ser objeto de interés inmobiliario de las clases sociales acomodadas (se puede vivir lejos y trabajar en el centro). Se calcula que al 2007, unos 700.000 porteños se habían trasladado a vivir en urbanizaciones cerradas de diferente escala. Se desarrollan otras formas de comercialización y esparcimiento, como *shopping* e hipermercados. Y otras formas de organización territorial de algunas industrias, con la instalación de parques industriales.

El presente

Después de la devaluación de enero del 2002, se vive una situación compleja: en la construcción, *boom* inmobiliario, y en la vivienda, emergencia habitacional.

El *boom* inmobiliario construye para la población comprendida por sus ingresos en el rango ABC1,¹¹ y para el inversor extranjero. Va transformando los barrios e imponiendo a los vecinos sus condiciones. Continúan los grandes emprendimientos en Puerto Madero;

11. En el mercado inmobiliario, se califica ABC1 al sector de mayores ingresos.

los *shopping*, parques industriales, “*countries*” suburbanos, manzanas cerradas, enormes torres de lujo con pileta de natación, salón de fiestas, etc. Son emprendimientos que se localizan en la zona norte del conurbano, una parte del corredor del oeste, y en el sur, una parte de Quilmas, en Bánfield, Adrogué y Lomas de Zamora. Y en toda la zona norte de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires (CABA).

Frente a esta situación, sectores de la población de la CABA empiezan a organizarse, luchando contra el avasallamiento del patrimonio cultural, de la identidad de la ciudad y de las condiciones de habitabilidad de los barrios.

¿Y la emergencia habitacional? En los últimos cuatro años creció un 30% la población de las villas. Sobre 2.800.000 habitantes de la CABA, los que están en una situación más extrema son alrededor de 500.000: 150.000 viven en villas; 200.000 en ocupaciones ilegales: casas tomadas, fábricas tomadas, inmuebles que no terminaron de demoler las autopistas; otros 150.000 están en conventillos, hoteles e inquilinatos. Se estima además que unas 120.000 personas viven hacinadas en departamentitos de familiares (proceso que se agudizó en 2001, con familias cuyos hijos volvían a la casa paterna porque no podían pagar el alquiler o la hipoteca), y se suman a ese proceso muchas familias nuevas. Hay actualmente 24 nuevos asentamientos urbanos, localizados en la zona sur, en la reserva ecológica, cercanos a las autopistas, en los terrenos ferroviarios.

Esos nuevos asentamientos están muy vinculados a la desocupación y a las ocupaciones precarias. Muchas familias que viven del cartoneo se quedan en la ciudad, ya que no tienen condiciones para ir y volver todos los días. Aquí consiguen algún lugar precario y terminan quedándose a vivir. De lo que un sector social se desprende, vive el otro. Se extiende y crece en altura la villa de Retiro.

En el Gran Buenos Aires hay una situación parecida, emergencia habitacional y ambiental más elevada aun que en la Capital, y *boom* inmobiliario con las características de la periferia: torres de lujo, barrios cerrados, lugares destinados a recreación y consumo por enclaves, como hipermercados y *shopping*, y se sigue extendiendo la red de autopistas.

Grandes zonas sufren la contaminación por desagües cloacales, basurales y efluentes industriales, llegando a situaciones extremas como la que se vive en la cuenca del Riachuelo-Matanza, denunciada por la Corte Suprema de la Nación haciendo lugar al reclamo de los vecinos.

Colapsan las redes de servicios de agua y de cloacas. Y se suman el deterioro y colapso de la red de transporte público, en particular ferroviario, y el colapso de la red vial por la que circulan más de 2 millones de vehículos por día. Al 2008 había en el Gran Buenos Aires 620 villas más que en el año 2001.

Para hacer una síntesis de la situación habitacional hoy, podemos señalar que la propiedad ya superó el valor en dólares que tenía antes de la devaluación. Los alquileres urbanos están inalcanzables, el crédito es inaccesible. La posibilidad de negocio inmobiliario presiona para el desalojo de los edificios ocupados, hay más desalojos forzosos y se calculan 6.000 previstos judicialmente sólo en la Ciudad.

En el AMBA, en 2001, había 638.000 habitantes en villas; al 2008, 1.144.000.

En este mar de necesidades, los planes de vivienda pública, organizados en varios programas, son desarrollados sin políticas que intervengan el mercado de tierras urbanas: sólo se puede construir en las tierras que ocupan las villas o en tierras baratas, lejanas y anegables.

Merecen destacarse los esfuerzos realizados por miles de desocupados de las organizaciones sociales, que en constreñidas operatorias de programas como el de Emergencia Habitacional, han construido miles de viviendas en las villas, radicando y mejorando algunas, como Villa Palito, en La Matanza, o Villa La Cava, en San Isidro; han levantado barrios enteros como en Tilcara, provincia de Jujuy, o el barrio René Salamanca, en La Matanza, Gran Buenos Aires; o edificado viviendas en los lotes de los asentamientos, como lo hicieron en el Barrio María Elena de La Matanza o Alberdi, en Tucumán. También cooperativas de vivienda en la Ciudad de Buenos Aires construyeron y refaccionaron viejos inmuebles.

Este esbozo hasta aquí intenta reflejar la situación del hábitat en su presente y en su historia. Merecería otro espacio la historia de las luchas y los esfuerzos populares, que a lo largo de este siglo han protagonizado hitos importantísimos para cambiar esta situación. Y habría que destacar también los procesos de articulación de profesionales, docentes y estudiantes con los movimientos sociales, que pueden aportar importantes experiencias. Estos temas quedan pendientes.

Termino con una buena descripción del presente, aportada por una declaración del colectivo “Por la reforma urbana en Argentina”, en el que trabajan sectores políticos, profesionales y sociales:

Declaración en el Día Internacional del Hábitat

“Pese a que desde hace cincuenta años está protegido en la Constitución Nacional el derecho a la vivienda digna, aún no cuenta con un marco jurídico, ni con políticas que garanticen su Faprotección a nivel nacional y provincial. Aunque nuestro país incorpora a la Constitución la Convención Interamericana de Derechos Humanos, en cuyo artículo 21 establece qué propiedad tiene una función social, aún no es considerado en los fallos judiciales, ni en las políticas públicas.

“Cada vez se vuelve más difícil el acceso a una vivienda adecuada y al correspondiente equipamiento urbano para gran parte de la población, por falta de políticas que intervengan en el mercado para frenar la especulación y favorezcan la recuperación de tierras vacantes con finalidad social.

“Las ciudades de Argentina son un espacio de segregación y marginalización de los pobres, a quienes no se les reconoce su papel como conductores sociales del hábitat, la planificación urbana está postergada en la agenda pública, y la sociedad civil con sus organizaciones tiene escasos espacios para decidir cómo se construye una ciudad.

“Existe un aumento creciente de los desalojos, que ponen en evidencia la falta de adecuación de nuestros pueblos al procedimiento

de los estándares internacionales en materia de desalojos forzados, y la utilización del Poder Judicial y las fuerzas de seguridad para realizar actos que vulneran la integridad humana.

“Continúan realizándose planes de renovación urbana, que expulsan a los pobres de los centros urbanos, segregándolos a ciudades o localidades lejos de las redes sociales de supervivencia, negándoles el derecho a la ciudad, encontrando en algunos casos metodologías similares a las aplicadas durante la dictadura militar.

“Los servicios públicos, mayormente privatizados, tienen tarifas que son inaccesibles para los pobres y promueven ejecuciones judiciales en propiedades para la cancelación de deudas.

“No existe en la Argentina aún una política de vivienda que supere el incentivo del sector empresarial de la construcción, que sea descentralizada, que articule los recursos locales y que contemple la integridad del hábitat.”

Octubre de 2005

Historia, cultura e identidad nacional

Josefina Racedo¹

“Hasta aquí hemos tolerado una especie de destierro en el seno mismo de nuestra patria; hemos visto con indiferencia por más de tres siglos sometida nuestra primitiva libertad al despotismo y tiranía de un usurpador injusto, que, degradándonos de la especie humana nos ha reputado por salvajes y mirado como esclavos (...) ya es tiempo, pues, de sacudir yugo tan funesto a nuestra felicidad como favorable al orgullo nacional del español. Ya es tiempo de organizar un sistema nuevo de gobierno, fundado en los intereses de nuestra patria altamente deprimida por la bastarda política de Madrid.”

Proclama insurreccional de La Paz, movimiento dirigido por Pedro Murillo, 20 de julio de 1809

Habernos propuesto desde *La Marea* hacer un curso de historia, esta serie de abordajes de la historia argentina, es una respuesta a necesidades que están planteadas en la vida diaria de todos nosotros desde hace mucho tiempo; hay puntos de emergencia que plantean la necesidad de que trabajemos estos temas. Para nosotros, los integrantes de la revista, ha sido muy productivo, y esperemos que también para ustedes.

Nosotros hemos pensado que el repensar y el reflexionar, el reconocer cuáles son los aspectos que hacen a esta historia que estamos viviendo, encuentran un eje fundamental en esto que nosotros denominamos los orígenes, las raíces, los aspectos que dan cuenta de cómo fue, y por eso tratar de articular estos tres términos –historia, cultura, identidad– puede ser difícil, pero para nosotros es natural, porque los tres son ejes que forman parte de un mismo proceso, que es el proceso de desarrollo de las fuerzas sociales, de las relaciones sociales que establecemos nosotros, los humanos, para resolver nuestras necesidades, para crecer, y es así como, entendemos, hemos

1. Josefina Racedo es psicóloga y psicóloga social, docente e investigadora de la Universidad Nacional de Tucumán y directora de la Escuela de Psicología Social de Tucumán. Es también directora de *La Marea*.

llegado a los distintos desarrollos que en el día de hoy encontramos en el mundo, y también en la Argentina.

Quiero decir que la noción de historia no es la noción de una cronología, de una acumulación de hechos, de una referencia al pasado; nosotros entendemos que la historia, además de ser eso que pasó, es la forma de entender cómo estamos hoy. Y que es en la historia donde encontramos las respuestas para comprender el presente y saber por lo menos desde este presente hacia dónde vamos a ir. Entonces, estos tres términos, la cultura y la identidad articuladas por la historia, también tienen una particular mirada en este curso.

Ya con la clase que dio Cristina Mateu vimos claro que hablar de cultura no es hablar de una identidad meramente filosófica o de conocimientos literarios, o de conocimientos de una sociedad, sino que cuando nosotros pensamos en cultura lo hacemos desde una concepción dialéctica, que al mismo tiempo reconoce los avances, los retrocesos y los desarrollos sociales, y por lo tanto entendemos que la producción de la cultura no está desligada de la producción social, de la producción económica, y de la estructura que va organizando cada sociedad para resolver sus necesidades a lo largo de su vida, de su desarrollo. Por lo tanto, habrá tantas culturas como divisiones en esa sociedad, y la cultura que aparece con mayor presencia es el sello, la forma, la impronta que la sociedad dividida en clases impone, desde las minorías en este caso de las clases dominantes, sobre las mayorías, que son los sectores que producen pero que no reciben la retribución adecuada, sectores que también producen la cultura.

Quiero contarles, por ejemplo, que en este último Congreso de las Lenguas que se ha hecho en Colombia, donde lo han loado a García Márquez, la Real Academia Española ha incorporado el término de “cultura culta”; es para reírse, podemos reírnos tranquilos, ¿qué quiere decir “cultura culta” a esta altura? O sea que desde los pensamientos que hegemonizan o tratan de hegemonizar nuestra forma de pensar, se buscan recursos como para borrar esa existencia de la diversidad, y de la necesaria formulación de otras formas de comprender que tenemos entre nosotros, como hermanos, frente a lo que producimos material o simbólicamente. En función de esa

producción diversa nosotros hemos llegado a saber que, si bien la sociedad se divide en clases y hay una cultura dominante y una cultura subordinada, habrá también en cada sector versiones, variantes o formas de tratar de oponerse al sector dominante; en lucha interna, pero con acuerdos para que ninguno de los sectores denigre lo que otro sector dice.

La versión para la formación de la identidad nacional que acá se imbrica a través de la cultura de las clases dominantes, a finales del siglo XIX y principios del XX, ha sido un denodado esfuerzo para mostrar una Argentina “unificada”, entre comillas, homogeneizada alrededor de la nueva estructura política, la Nación Argentina, que tuvo que seguir acallando con fuego, con sangre, con silenciamientos, la realidad que está detrás de ella. El modelo de la oligarquía nacional fue ése, todos lo sabemos después de algunas de las intervenciones anteriores. Por ejemplo, la imagen de la representación social del gaucho, un gaucho inexistente, no sólo en el siglo en que se la formula sino que nunca existió un gaucho con esos atributos con que lo mostró la clase dominante, fue impulsada por esta clase para que sea el arquetipo argentino. ¿El arquetipo para quién? Porque en realidad esa imagen no era para los oligarcas, que miraban a Europa, era para el conjunto de los sectores oprimidos obreros, campesinos, indígenas, que debían sentirse argentinos a través de esos atributos. Y como esto, toda una serie de iconografías plantearon un modelo.

Entonces, cultura, identidad, historia, son terrenos donde nosotros trabajamos y terrenos donde operamos, porque desde una concepción de los avances en procesos dialécticos, en sumatorias cuantitativas que en un punto estallan en nuevas formas de organización, como han sido a lo largo de los siglos los procesos argentinos, se nos plantea frente a este cumplimiento de 200 años de la Revolución de Mayo qué relación vamos nosotros a sostener para hablar de la necesidad de una definitiva Independencia. Porque entendemos que los procesos históricos de la Argentina plantean hoy esto como una urgencia, y también la necesidad de develar cómo han sido estos dos siglos, y particularmente el último siglo, en cuanto a las formas de afianzamiento de estos modelos, tanto en la cultura como en el

concepto de quiénes somos los argentinos, o sea la noción de identidad, las distintas formas de decir “la identidad nacional”, identidad cultural, identidad de los argentinos.

En la medida en que nosotros nos proponemos trabajar y debatir, probablemente vamos a tener cada vez más precisiones y formas de avanzar en un terreno que ha sido propiedad de la minoría selecta que ha ordenado el Estado argentino. Por los enlaces que hicieron las clases dominantes con los europeos, particularmente a partir de la segunda mitad del siglo XIX hasta mitad del siglo XX, los argentinos en esa etapa tenían que aprender el francés para una actividad que se llama “cultura”, para la educación; el modelo inglés para los negocios –y así nos fue–, y el alemán para la formación de las Fuerzas Armadas. O sea, esa Argentina diseñada y pergeñada por ese sector de la gran burguesía, los terratenientes, los que se enlazan con las nuevas dominaciones, al tener al Estado a su servicio han podido imponer un modelo y casi naturalizarlo como “el ser argentino”. El “ser argentino”, esa fórmula muy deteriorada también por su uso exagerado y represivo durante la última dictadura militar.

¿Cuándo empieza nuestra historia?

Reseño este panorama de entrada porque arrancar diciendo que tenemos miles de años de historia a veces no es fácil de entender, pero si nos disponemos a pensar juntos, veremos que hablar de miles de años de historia tiene razones visibles, vivas, que no siempre conocemos, ya que tampoco hemos sido adaptados a mirarnos en esas razones. La historia de América es muy larga, pero como pueblos que hemos sido conquistados y dominados, dominaciones que han continuado, la posibilidad del conocimiento de esa historia milenaria nos es muy difícil. Si pensamos que los métodos científicos para la investigación arqueológica no son nacionales, sino que son teorías gestadas en otros países –y no es lo mismo estudiar arqueología de los egipcios que la nuestra–, ese modelo tiene un tremendo riesgo para nosotros, y es que cuando no se acomodan los hallazgos a las teorías, se desechan o se los acomoda artificialmente.

Por otra parte, fuimos conquistados por un imperio como el español, dominado primero por el imperio romano, y más tarde por los árabes, lo que dejó en ellos una actitud destructiva: llegar a América fue para implantar lo propio destruyendo lo anterior; en esa destrucción también hemos perdido muchas posibilidades de saber cómo fue lo que había. Hay sin embargo teorías que van surgiendo con un criterio dialéctico materialista en América, no es que no tenemos teoría; pero lo que quiero mostrar es que en nuestro país es tan fuerte la dominación científica extranjera, ajena, que cuesta mucho buscar en nuestras raíces, por ejemplo arqueológicas. Y si no tenemos cómo comprobar nuestros hallazgos con el método de pensamiento positivista, que no es dialéctico, entonces se nos dice que no existen, que no tiene valor lo que hallamos, se lo niega.

Está además todo el tiempo de esfuerzos ideológicos de los dominadores por implantar una noción de que acá estaba despoblado, no había gente en estas tierras; lo siguen diciendo los libros, los docentes, lo aprenden los niños y cuando se hacen grandes lo siguen repitiendo. Despoblamiento, ¿qué quiere decir?, ¿no poblado? El territorio argentino tenía una población distribuida de acuerdo a las regiones; había zonas más intensamente pobladas, y por lo tanto con más desarrollo social, cultural, político, económico; el noroeste, por influencia andina, por la relación directa que tiene a través de la Cordillera de norte a sur con otras poblaciones, cuando llegaron los españoles ya estaba dominado. Había una región sur, patagónica, de pampa, de pueblos en franco proceso de desarrollo, pero resolviendo las necesidades todavía de manera diferente, anterior a los asentamientos agrícolas y de domesticación de los animales. En la región guaraníca, con fuerte influencia en toda la región litoral, también los pueblos estaban resolviendo sus vidas desde miles de años antes de la llegada de los españoles, pero sin lo que llamaríamos “las sociedades civilizadas”. La zona de lo selvático, así llamada, de la selva, del monte, el Chaco, toda la zona hasta el centro de la Argentina, estaba habitada por pueblos que venían en un proceso de revolución.

Si nosotros pensamos que todos estos aspectos, todos estos niveles de desarrollo fueron de pronto interrumpidos, cuando no ani-

quilados, podemos comprender que es muy difícil el conocimiento que podemos tener de quiénes eran los que estaban acá antes de que llegaran los invasores , y es, además, un conocimiento alimentado por esta noción difundida de que aquí no había gente. ¿Nosotros podemos pensar así hoy? Al menos los que trabajamos con una concepción de que los pueblos se organizan en función de ir resolviendo sus necesidades, no podemos pensarlo. Me parece que esto ha sido lo más dramático que ha vivido la población argentina: hemos sido negados; y cuando no negados, puestos en la actitud, en el lugar de los “malos”: nos comimos a Juan Díaz de Solís. Pero en general fuimos puestos como salvajes que entrábamos en malones, cuando en realidad la mazorca la traen los españoles.

Entonces, una de las primeras ideas que vamos a trabajar juntos, es por qué se ha colocado siempre al poblador originario como malo, salvaje, el que atacaba. En realidad, nosotros podemos dar vuelta esto, como todo lo dialéctico, y decir que lo suyo no era un ataque sino una defensa. Una defensa activa ante un ataque previo, de algo inesperado, no llamado, no convocado; una defensa activa ante una agresión muy grande, con instrumentos que no eran pares: aquí sólo había garrote, flecha, lanza, piedra, boleadora. A lo mejor puede parecer que no es tan importante, pero a mí me gusta decir que yo considero que lo que hubo fue defensa de la patria, y que la patria, el territorio argentino, está siendo defendido desde el año en que llegaron los primeros conquistadores, 1516 para el Río de la Plata, 1543 para el noroeste, y quizás mucho antes allí, porque el Imperio Incaico, que estaba en franca expansión, y buscaba para expandirse los pueblos más desarrollados, tuvo ochenta y tantos años antes de la llegada de España, sus asientos en la zona del noroeste. También esos invasores fueron rechazados; la historia no lo cuenta así, nosotros decimos que sí por la cantidad de construcciones defensivas, que tienen que hacer los que dominan. ¿Por qué las tienen que hacer? Porque son rechazados, y el pueblo se organiza periódicamente para expulsarlos.

Con esta noción de que en nuestro propio territorio argentino actual hemos defendido ya entonces la patria, entraríamos a pensar la

noción de patria, a qué alude: a ser parte de un lugar, sentirse perteneciente a un lugar con otros. Por eso patrimonio es lo que recibe alguien que tiene patria, y el patrimonio es aquello que los demás poseen por el hecho de estar y vivir allí. Entonces, la pregunta sería ¿podemos empezar nosotros a decir que defendemos la patria desde la llegada de los invasores? Y en todo caso es por esa destrucción que nosotros no podemos saber, conocer del todo nuestra antigüedad; pero indudablemente, en los niveles en los que estábamos viviendo hemos sabido defendernos. En el caso de los mapuches, por ejemplo, los españoles tuvieron que reconocer la frontera, reconocieron el territorio. La ocupación por el conquistador del espacio territorial de lo que son los valles calchaquíes, desde el nacimiento del valle, incluyendo la Quebrada de Humahuaca, demoró más de 130 años; recién entonces pudieron instalar su colonización, porque fueron rechazados infinidades de veces. Sin embargo, esa infinidad está gloriosamente valorada por la ideología dominante: cuando entramos a la Plaza de San Carlos, a 20 kilómetros de Cafayate, hay un cartel que dice que esa ciudad fue fundada siete veces y “finalmente la organización española logró que esta ciudad tenga esta iglesia que ya tiene más de 200 años”. Se está reconociendo quiénes somos, y que estábamos allí desde mucho antes.

Pero ¿qué tal si nosotros damos vuelta el cartel y decimos que en realidad tuvieron siete rechazos, se les quemaron sus casas, se les quemaron sus chozas, sus piecitas, porque estos pueblos no querían tener sumisión mental, corporal? Quizás si nosotros pudiéramos tener esta actitud descubriríamos tantas otras situaciones con las que hemos conformado nuestros modos de entender quiénes somos los argentinos. Y quizás, cosa que no es tan difícil porque la tenemos muchos de los que estamos acá, esa posibilidad de pensarnos desde el lugar en el que nosotros estábamos va a contribuir también a ordenar los hechos, los sucesos, los procesos históricos que han ido conformando a nuestra nación. Una nación definida como Nación argentina, en la que reconocemos hoy varias nacionalidades; porque aquellos que la Conquista necesitaba como mano de obra, y si se resistían los daba por muertos para que no fueran mal ejemplo, éstos no

desaparecieron del todo, sino que a través de una trabajosa y titánica tarea de memoria, los sobrevivientes fueron contando la verdadera historia a los que seguían para que pudieran sostener su identidad.

¿Y no han hecho algo parecido las clases dominantes argentinas cuando al crear la Nación argentina abrieron las puertas para la llamada inmigración europea? Cuando llegaron los abuelos de muchos de ustedes los maltrataron, les negaron su historia, los castigaron, les hicieron la Ley de residencia, los tuvieron hacinados, porque la promesa de las tierras casi nunca se cumplía. Tendremos que mirar también para el otro lado, y dejar de pensar lo que se nos transmitió a través de ese enorme aparato institucional que armó la clase dominante al apropiarse del Estado argentino. Han logrado casi su propósito, porque la gran mayoría de los argentinos entiende que fue así como dicen y no conoce otra forma de pensar cómo se hizo la Nación argentina.

Entonces, la existencia de nosotros los originarios hoy es un enorme peligro para las clases dominantes, porque es un testimonio real, vivo. No nos pueden ocultar por decreto, como fue en una época. Ahora, ¿por qué las clases dominantes necesitan esas estrategias? Porque permanentemente, en los hechos, en las condiciones concretas de existencia que tenemos la mayoría de los pobladores de la Argentina, aflora la contradicción, y uno descubre que no es lo que nos dicen, que no es cierto mucho de eso que son los pilares que sostienen la noción de que los argentinos venimos todos de los barcos, por ejemplo. Quizás lo importante sería no renegar de esa frase, pero sí habría que adecuarla y decir que muchos argentinos actuales descienden de aquellos que vinieron en barco a trabajar; a lo mejor cambia un poco la idea, porque se pueden bajar de los barcos de muchas maneras, pero si uno baja de un barco para trabajar por ahí también cambia el sentimiento hacia quienes vinieron. Y también quizás pensar que si los pueblos originarios no pudieron ser aniquilados totalmente, ¿qué bueno sería que conociéramos cómo era esa identidad que tenían! Porque no seremos científicos si creemos o empezamos a trabajar con la idea de que la identidad argentina empezó en 1810, como hacen muchos, o que empezó en 1879, 1880. Nosotros decimos que la identidad de los argentinos actuales

empezó hace miles de años, y podemos saber que había identidad, una identidad perfilada, nítida, clara, en la medida en que conocemos cómo defendimos nuestra tierra, cómo nos hicimos estrategias para sobrevivir, cómo, a pesar de toda la imposición de modelos reales e ideológicos sobre nuestras familias y personas, muchas de las formas de vida de los originarios se siguieron manteniendo, quizás ocultadas, quizás indeseadas, pero vivas.

Resistencia y lucha por la identidad

Y en esta conjunción de los aspectos históricos con la construcción de la identidad, nosotros hemos encontrado que en ese proceso de imposición, cuando se ejerce la represión feroz sobre las personas, la cultura, sobre las vidas, lo primero que se genera es reacción. Esa reacción primero fue real, y después, para que no nos sigan matando, nos acallamos, nos silenciamos, y en realidad, internamente, a nivel de la formación de cada subjetividad, de cada pueblo, eso es una resistencia. Resistencia a no aceptar totalmente como válido el modelo, resistencia a perder lo que uno reconoce como valioso. Y ese proceso de resistencia no es solamente colectivo. Muchas veces se piensa que hay una identidad individual y una social, no: toda identidad es social porque se gesta con otros, y son los otros los que la definen; me confirman o me desconfirman, y en ese proceso es que nos reconocemos como personas, como independientes de otros, porque podemos compartir con los otros lo que tenemos en común, y lo que tenemos de singular nos permite seguir avanzando.

Nosotros, en Psicología Social, desde una concepción dialéctica de la construcción de la subjetividad decimos que la identidad de los pueblos no es independiente de la identidad de cada uno de los sujetos que la conforman, por lo tanto, hablar de identidad en sus rasgos individuales es parte de comprender los procesos en los que esa identidad se configura, que son históricos, sociales, de clase, económicos. Y entonces, cuando decimos “la identidad de los argentinos” tratamos de hablar de una concepción que permita comprender que en esa diversidad de inequidades que están dadas por las condiciones

concretas, por la historia, por la pertenencia de clase, es que nosotros construimos y articulamos una identidad propia como pueblos.

Pero ¿por qué les digo esto? Porque en realidad estamos dando la polémica a una identidad impuesta. ¿Y cuál es la identidad impuesta? La que gesta como modelo a lo largo de estos siglos el sector que domina. Primero fueron los españoles con la Iglesia Católica, que trajeron un modelo de identidad y lo aplicaron a sangre y fuego. Luego, en la colonia, en la conformación de las formas de vida se fue devastando la identidad anterior e imponiendo la identidad propuesta; y a partir de los procesos siguientes, para ir rápido en la historia, se consolidó la identidad impuesta. Durante los procesos de lucha revolucionaria esa identidad adquirió otros aspectos. Al mismo tiempo, la imposición de esa identidad ha sido en lucha continua, porque para imponer ese modelo, los españoles tuvieron que recurrir a la conquista espiritual, no había otra. Y para mantenerla vigente en la colonia también tenían que ceder en parte a algunas de las prácticas y de las formas de vida de los pueblos que ellos dominaban. Esa resistencia de los pueblos fue con lucha, lucha interna, lucha real, lucha por no asimilar el modelo, lucha con el contexto que marca al vencido como humillado, como indigno, y si fuimos derrotados, el mayor logro fue hacernos sumisos.

Pero, si esa construcción social a lo largo de estos años hubiera sido lineal, no tendríamos hoy estos conflictos: no fue lineal. A lo largo de esos 300 años de dominación española, por ejemplo, no hubo un solo día en América de paz, es tiempo de que lo sepamos: hubo diez mil maneras, pero cada día una resistencia activa en contra del dominio, para sacar al dominador de nuestro territorio, de nuestras vidas, y por lo tanto también una lucha interna entre los sectores que iban siendo ganados por la conquista ideológica. Entonces, la construcción de identidad de nuestros pueblos no es fácil, no ha sido fácil ni tampoco es claramente hoy un ejemplo de cómo podemos nosotros enorgullecernos: tenemos que conocer más. Porque a medida que va avanzando el tiempo, desde los sectores dominantes hay nuevas estrategias para borrar, para que esa memoria no permanezca.

Nuestra memoria ha sido oral, nunca escrita, y ha sido despreciada, ha sido prohibida, como pasó con el pueblo mapuche, y el avance tecnológico y de nuevas estrategias de dominación como las que se ejercen ahora en los países dependientes, también inciden fuertemente y aceleran los tiempos de la destrucción. Ya logró el sistema dominante que la mayoría de los argentinos no quisiera conocer esa historia; ya lo logró en muchos años de sistema educativo, de sistema legal, de sistema represivo, de sistema de salud, y todas las estructuras de las instituciones del Estado han estado en propósito de negar, ya no solamente al indígena, así llamado, sino a todos los que tenemos que ver con lo indígena, aquellos a los que nos llamaron mestizos (nunca la palabra es más inapropiada, pero así llaman a todo ese pueblo que se conformó a partir de la Conquista y la colonización, con raíces propias, entre las raíces milenarias y las raíces argentinas de la época, entre el esclavo africano y ese pueblo dominado). Pero esta conformación de la población, a medida que avanza el tiempo crece numéricamente, y pone también en jaque a la dominación. Los sistemas ideológicos entonces han sido muy eficaces para controlar esto, y en gran medida hoy siguen siendo eficaces. Uno de los rasgos que nosotros mostramos es la confusión; cuando se instala la confusión, tanto subjetiva como social, real, es muy difícil responder adecuadamente a las situaciones nuevas. Y la confusión ha sido un arma de gran calibre contra la identidad. Después está la negación: nos dicen que los argentinos no tenemos identidad, y están también las generalizaciones.

Yo creo que nosotros tenemos la posibilidad de establecer cómo es la construcción de la identidad argentina haciendo lo que en primer lugar hasta hoy, como vivimos en un país dependiente, como vivimos en una estructura social de clases, dividida en sectores de clases que están en lucha entre sí, no se ha hecho. Y es tener en cuenta una plurivariación de aportes (porque con la llegada de los trabajadores europeos se completó esta diversidad), aunque no me gusta la palabra porque la usan para tantas cosas. Tener en cuenta esta variedad tan rica de aportes para la conformación de nuestras vidas: en esa articulación está la posibilidad de reconocer una iden-

tividad, que no es homogénea, que es diversa, que tiene aspectos de esa falsa identidad impuesta, y que tiene a su vez aspectos en lucha por desmontar esos elementos dominantes dentro de cada uno de nosotros, y que por lo tanto va conformándose a medida que luchamos para resolver también las necesidades principales como pueblo, y van conformándose otros aspectos hacia una identidad que no va a ser producto de las nuevas dominaciones, sino una identidad independiente. Yo los invito a que piensen qué aspectos dominantes tiene en su vida diaria, en sus pensamientos, en sus formas de actuar; si los reconocemos, y si podemos reconocer también en nuestra vida diaria aspectos que no son de la identidad dominante, vamos a ver que tenemos los dos aspectos, a veces con mayor proporción unos que otros, mayor peso, porcentaje. Nos descubrimos muchas veces actuando como el modelo dominante quiere. Por ejemplo, ayer que llovía yo estaba esperando el ómnibus y cuando pasa, no para. Entonces, el hombre negro que estaba esperando conmigo gritó “Negros de...”; le salió a él esa frase, ¿por qué le salió?, porque contiene en gran medida ese modelo. O piensen en todas las formas despectivas que hay, despreciativas de nuestras condiciones, y al mismo tiempo, cómo cuando nos juntamos o tenemos alguna actividad que nos convoca, aparecen tantas formas solidarias, como ocurrió durante nuestras crisis sociales: actitudes solidarias, de compañerismo, de aceptación de las diferencias para poder lograr un objetivo común, como han sido, por ejemplo, las asambleas barriales. No es que uno de estos elementos suplanta al otro, sino que uno tiene que vencer al otro: hay que destruir al anterior para que el nuevo pueda en verdad constituirnos fuertes. Todos tenemos estos dos aspectos, y tenemos también los aspectos de clase, y por lo tanto desde esa idea de clase construimos también nuestra identidad.

Un pequeño aporte para pensar también cómo es de fuerte esto de la configuración de una Nación argentina que se consolidó pisoteando y negando la historia y las raíces, es que pensemos cuál es la condición actual de los indígenas en la Argentina, en qué ha cambiado su situación, qué avanzó, qué retrocedió. Digo esto porque no se puede negar la existencia de los pueblos originarios, aunque no los

veamos, aunque no estén al lado nuestro, aunque no anden en ómnibus; muchos andamos en ómnibus, pero la cuestión es si sabemos quiénes somos y el que está al lado sabe quiénes somos, o sea: si me reconoce como tal.

Disculpen, voy a hacer un paréntesis: en estos días vimos por televisión esa escena tremenda que han pasado todo el tiempo, de un catalán que golpea en el subte de Barcelona a una chiquita ecuatoriana. Ella está sentadita y no se defiende. Ahora parece que había también un argentino sentado, que no intervino. Un argentino también ilegal, maltratado, que limpia baños, igual que la ecuatoriana. El catalán la insultó, la golpeó y se bajó cómodamente, y ahora dicen que solamente estaba borracho. *La Nación* de hoy trae una cosa interesante, en las notas de opinión, justamente referido a la cultura; dice que el bien no es el que domina cuando ella tiene miedo de contestar porque es ilegal y la van a meter presa, tiene miedo de hacer la denuncia y tiene miedo a la fuerza bruta del Ejército. El tipo le dio una patada en la cara, y el testigo, solamente un cobarde. El argentino clandestino también tiene miedo a ser sancionado, y la madre de ella tiene miedo... o sea, todos ellos tienen miedo. Entonces, la conclusión que yo saco, es que estamos en una sociedad tremendamente feroz para sus integrantes, con tanta crueldad e inhumanidad, producto del desarrollo capitalista, que genera esta sociedad del miedo; no es que el miedo está porque tengo miedo a que me expulsen del país, sino que está en la medida en que hay una sociedad, especialmente en Europa, tan decadente y tan tremendamente feroz.

Volviendo al tema de nuestras raíces, y la amenaza que los originarios siguen representando hoy para las clases dominantes, pensemos en las distintas estrategias que éstas usan para acallarnos. Cuando aparecen de vuelta las organizaciones indígenas y aparecen líderes o representantes lúcidos, inteligentes, no tardan las organizaciones del Estado y de afuera del Estado en capturarlos, en agasajarlos, en conquistarlos nuevamente para que no dirijan los rumbos de su comunidad. O cuando los pueblos recuperan y dicen tenemos estos nombres, queremos ser, cómo se los traba en su desarrollo. Las condiciones de los indígenas en la Argentina han estado some-

tidas a las características de este Estado, que siguió teniendo clase dominante y clase dominada, desde la conformación de Estado Nacional hasta hoy. Y las conquistas de los pueblos originarios son a veces unas pocas leyes arrancadas con lucha, porque las otras leyes siempre están disponibles para resolver la apropiación, la extranjerización, la entrega de la soberanía a los de afuera, y los pueblos originarios cada vez son sometidos a los mismos métodos: a la expulsión, a la segregación, a la violación.

Creo que el tema sobre identidad y cultura nos plantea un desafío a nosotros, a quienes queremos contribuir al avance de las razones por las que necesitamos tener independencia. No solamente la independencia política y económica de España que logramos en aquel 1816, sino que necesitamos una independencia también de la dominación cultural, ideológica, sobre nosotros. Y no estoy hablando solamente de una dependencia externa, dependencia es también la que tiene el interior del país hacia el centro de poder. Independizarnos de los sectores que siendo los que manejan el gobierno como gerentes, mandan todavía la falsedad en los datos. Eso va conformando una necesidad en nosotros y es que nos apropiemos de nuestros saberes, de nuestros conocimientos, que tengamos la solidez de conocimiento de la historia que nos sostiene, que es la que en su mayor parte no está escrita.

Quizás una de las razones de los esfuerzos actuales para terminar de destruir la noción de pueblos originarios no sea sólo aquella idea de que para entrar al Primer Mundo no teníamos que tener indios (la idea del grupo de Menem), sino la idea de que es muy peligroso el testimonio vivo. No lograron matar a todos en las últimas campañas; en el Chaco, no logran todavía terminar de matar con la no asistencia, con la no consideración como argentinos completos de nuestro pueblo; por lo tanto, hay un apuro muy grande en terminar de destruir los fundamentos que dan pie a la existencia de los pueblos originarios. Y el primer fundamento es la propiedad de la tierra; ésa que se apropiaron desde la llegada de los conquistadores hasta el día de hoy. Si no hay indígenas no hay quien reclame esas tierras, por lo tanto si no los podemos matar les damos un pedacito para que se callen, que

es la nueva política: les damos la casa, un terrenito, les hacemos un barrio y se acaba. Y esto también es un peligro para nosotros, para todos, como argentinos, porque en verdad mantiene la división entre los que deberíamos estar unidos: el pueblo, la mayoría.

En la medida en que se sigue diciendo que los indígenas están allá, quieren cosas, son ajenos a nosotros, “mirá lo que les pasa a los indígenas del Chaco”, no los consideramos parte nuestra, de nuestro pueblo. Nosotros en el taller del Encuentro Nacional de Mujeres hemos decidido declarar la emergencia provincial del Chaco por hambre, porque la población del Chaco tiene hambre, aunque la información que dan los funcionarios y los medios se focaliza en que solamente tres indígenas han muerto. Esa ideología tremendamente asqueante es peor cada día.

Pero así como las clases dominantes trabajan para acallarnos y acallar nuestra memoria, del otro lado, la lucha por mantener vivas nuestras raíces y defender nuestra identidad es también permanente. Quiero terminar la charla con un homenaje a una gran luchadora en ese sentido. Hace 20 años, en septiembre, por una tremenda y triste situación, un aneurisma cerebral, estando de visita en Paraguay murió una mujer que venía ayudando mucho a construir esta identidad de la que yo hablo. Veníamos conversando juntas desde mucho tiempo antes, diez largos años, y ella había tomado una decisión muy tremenda, con muchísimas dificultades en medio de tormentas internas y externas: hablar, ser la voz de las abuelas que habían silenciado las suyas por la imposición del silencio después del genocidio de la Patagonia. Estaba trabajando, estudiando, leyó todo lo que habían escrito los militares que conquistaron el Perito Moreno, y otros textos. Había iniciado, además, la difusión de eso que iba aprendiendo de las abuelas a distintos lugares del país, no sólo a los pueblos originarios en Chaco, Formosa, Misiones, Tucumán, Jujuy, sino también a toda la población, a nosotros, a los que vamos a la escuela, que somos “decentes”, a los pobladores campesinos en una estancia, a todos.

Todo le era muy difícil porque lo hacía sin la ayuda del gobierno, ni de una ONG, porque no la quería: no quería depender para hacer

su tarea de algo que la iba a condicionar. Por lo tanto, trabajaba durante el año acá, dando recitales en escuelas que le podían pagar (de cada tres uno iba gratis), con eso juntaba platita y en el verano salía a recorrer, a transmitir, a seguir haciendo lo que las abuelas habían vivido en su historia. Por eso, nosotros hemos tratado de ir juntando pequeños pedacitos de su trabajo y hemos hecho un homenaje este año en Tucumán. Yo los invito a que veamos hoy este video. Aunque algunos de ustedes nunca la hayan visto, aunque algunos nunca hayan sabido que existió, van a saber que su tarea no fue en vano, porque en muchos argentinos y argentinas está presente lo que ella había empezado a hacer. Y en nosotros, los que trabajamos en la cultura, está claro que esta es una de las formas, una forma muy buena, para saber quiénes somos los argentinos. Ella se llamaba Aimé Painé.

Bibliografía recomendada por los docentes a cargo del curso

Aramayo, Carlos. “El pueblo jujeño en su lucha ancestral”. En *La Marea* N° 32.

Azcuy Ameghino, Eduardo. “El bicentenario exige mentar al diablo”. En *La Marea* N° 27.

Azcuy Ameghino, Eduardo. *El latifundio y la gran propiedad colonial rioplatense*. Buenos Aires, García Cambeiro, 1995.

Azcuy Ameghino, Eduardo. *Historia de Artigas y la independencia Argentina*. Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 1993.

Azcuy Ameghino, Eduardo. *La Otra Historia*. Buenos Aires, Imago Mundi, 2002.

Azcuy Ameghino, Eduardo. *Trincheras en la Historia. Historiografía, Marxismo y debate*. Buenos Aires, Imago Mundi, 2004.

Basualdo, Eduardo y Khavisse, Miguel. *El nuevo poder terrateniente*. Planeta, Buenos Aires, 1993.

Brega, Jorge, *¿Ha muerto el comunismo? El maoísmo en la Argentina. Conversaciones con Otto Vargas*, Buenos Aires, Agora, 1997

Ciafardini, H. *Crisis, inflación y desindustrialización en la Argentina dependiente*. Buenos Aires, Ed. Agora, 1990.

Dorfman, Adolfo. *Historia de la Industria Argentina*. Buenos Aires, Ediciones Solar, 1982.

Echagüe, Carlos, Argentina. *Declinación de la soberanía y disputa interimperialista*, Buenos Aires, Ed. Agora, 2004.

Echagüe, Carlos. *Argentina, Declinación de la soberanía y disputa interimperialista*. Buenos Aires, Editorial Agora, 2004.

Echagüe, Carlos. *El socialimperialismo Ruso en la Argentina*. Buenos Aires, Ediciones Agora, 1984.

Gaignard, Romain. *La pampa Argentina*. Buenos Aires, Ediciones Solar, 1989.

Gastiazoro, Eugenio, *Historia Argentina. Introducción al análisis económico/social*, Tomo II, Cap. IX, “La Unificación Oligárquica”, Buenos Aires, Ed. Agora, 1986.

Giberti, Horacio. *Historia económica de la ganadería argentina*. Buenos Aires, Solar, 1974.

Gigli, Rafael. *La tierra en la Argentina*, Buenos Aires, 2002. (mimeo)
Gramsci, A. *Los intelectuales y la organización de la cultura*. Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 1972.

Gresores, Gabriela. “San Martín no luchaba por utopías”. En *La Marea* N° 15.

Jorge, Eduardo F. *Industria y concentración económica (desde principios del siglo hasta el peronismo)*. Buenos Aires, Siglo XXI Argentina Edit., 1971.

Laufer, Rubén, “China y las clases dirigentes de América Latina: gestión y bases de una ‘relación especial’”, *Revista Mexicana de Política Exterior*, N°83, México, junio de 2008.

Laufer, Rubén y Spiguel, Claudio. “Las puebladas argentinas: tradición histórica y formas actuales”. En *Trabajo e identidad ante la invasión globalizadora*. Compilación: Cristina Mateu. Buenos Aires, Ediciones Cinco / La Marea, 2000.

Lenin, V. I., *El Imperialismo, fase superior del capitalismo*, Buenos Aires, Agora, 2000.

Mateu, C. *Avances y límites de la industria cinematográfica argentina, 1935-1955*. Buenos Aires, Ediciones Cooperativas, 2008.

Mateu, C. (comp.). *Trabajo e Identidad ante la invasión globalizadora*. Buenos Aires, Ediciones Cinco/La Marea, 2000.

Novick, Susana. *IAPI: auge y decadencia*. CEAL. Biblioteca política Argentina N° 139, Buenos Aires, 1986.

Ockier, Cristina. “La Bandera nacional y su origen rebelde”. En *La Marea* N° 20.

Ortiz, Ricardo. *Historia económica de la Argentina*. Buenos Aires, Plus Ultra, 1971 (2 tomos).

Prieto, Francisco. *Cultura y Comunicación*. Puebla, La Red de Jonas, 1989.

Racedo, Josefina. *Crítica de la vida cotidiana en Comunidades Campesinas. Doña Rosa una mujer del noroeste argentino*. Buenos Aires, Ediciones Cinco, 1988.

Rapoport, M y Spiguel, C. “Estado, regímenes políticos y política Exterior Argentina. Un abordaje histórico“. Seminario internacional “Political Regimes and Foreign Policies: a comparative approach”, Universidad de Brasilia (UnB), Brasilia, 5 y 6 de mayo de 2003.

—Idem, *Estados Unidos y el Peronismo. La política norteamericana en la Argentina: 1949-1955*. Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano, 1994.

—Idem, *Relaciones tumultuosas. Estados Unidos y el primer peronismo*. Buenos Aires, Emecé, 2009.

Ratzer, Emilio. “La Argentina del Centenario, festejo y represión”. En *La Marea* N° 32.

Ratzer, José. *Los marxista argentinos del 90*. Córdoba, Ediciones Pasado y Presente, 1969.

—Idem. *El Movimiento Socialista en Argentina*. Buenos Aires, Ediciones Agora, 1981.

Rodriguez, Gloria. “Invasiones Inglesas: una victoria que afirmó la lucha por la independencia”. En *La Marea* N° 28.

Schvarzer, Jorge. *La industria que supimos conseguir*. Buenos Aires, Ediciones Cooperativas, 2005.

Solomianski, Alejandro. *Identidades secretas: la negritud argentina*. Buenos Aires, Beatriz Viterbó Ed., 2003.

Stavenhagen, Rodolfo y otros. *La cultura popular*. Puebla, La Red de Jonás, 1984.

Spiguel, Claudio. “La cultura frente a la globalización”. En *Trabajo e Identidad ante la invasión globalizadora*. Compilación: Cristina Mateu. Buenos Aires, Ediciones Cinco / La Marea,

Vargas, Otto. *Los ignorados*. Editorial Agora, n° 2, 1992.

—Idem, *Sobre el modo de producción dominante en el Virreinato del Río de la Plata*, Buenos Aires, Editorial Agora, 1983.

—Idem, *El marxismo y la Revolución Argentina*. Tomo I, Buenos Aires, Agora, 1987.

—Idem. *El marxismo y la Revolución Argentina*. Tomo II, Buenos Aires, Agora, 1999.

VV.AA. *La trama de una Argentina antagónica. Del Cordobazo al fin de la dictadura*. Buenos Aires, Ed. Agora, 2006.

Viñas, David. *Literatura argentina y realidad política*. CEAL, Bs. As. 1994.

Weil, Félix J. *La industrialización argentina en los años 40*. Editorial Tesis. Buenos Aires, 1988.

Wexler, Berta. “El Mayo de las mujeres”. En *La Marea* N° 28.

Índice

- 07. Presentación
por Cristina Mateu
- 12. De la independencia a la dependencia
por Claudio Spiguel
- 57. Los procesos sociales: afluentes y conflictos
por Jorge Hugo Carrizo
- 80. La producción agraria y la propiedad latifundista de la tierra
por Pablo Volkind
- 111. El desarrollo industrial: proteccionismo y librecomercio
por Ana Sofía
- 132. La educación para el desarrollo independiente
por Guillermo Volkind
- 149. Cultura nacional e imperialismo cultural
por Cristina Mateu
- 190. Las condiciones de vivienda y hábitat en la Argentina
a 200 años de la Revolución de Mayo
por Beatriz Pedro
- 210. Historia, cultura e identidad nacional
por Josefina Racedo
- 227. Bibliografía recomendada

La **propuesta** de este libro es pensar la historia de luchas por la independencia desde Mayo de 1810, conocer el origen de la nación argentina y sus problemáticas posteriores para comprender la estructura contemporánea, económica y política del país.

Los autores analizan los factores políticos, económicos, sociales, culturales –nacionales e internacionales–, que nos condujeron del proceso independentista a la dependencia que hoy padecemos.

Claudio Spiguel enfoca históricamente el proceso que nos llevó de la independencia a la dependencia. **Jorge Carrizo** recorre las luchas y conflictos sociales, así como el poblamiento diverso de nuestro territorio desde las primeras comunidades de pueblos originarios.

Pablo Volkind analiza la apropiación de la tierra y la producción agropecuaria, mientras que **Ana Sofía** refiere los avatares de la industria nacional. **Guillermo Volkind** encara la problemática educativa y sus vínculos con el aparato productivo. **Cristina Mateu** expone sobre los rasgos particulares de la penetración cultural y la lucha por una cultura nacional. **Beatriz Pedro** describe las características urbanísticas y los problemas habitacionales a lo largo del período. Finalmente, **Josefina Racedo** reflexiona sobre las raíces de la identidad nacional y popular.

En síntesis, doscientos años abordados desde distintas problemáticas que nos permiten repensar nuestro pasado, discutir las soluciones a los problemas presentes y proyectar nuestro futuro revalorizando el espíritu de Mayo, intencionalmente desviado de sus objetivos revolucionarios.

ISBN: 978-987-25690-0-6

EDICIONES REVISTA LA MAREA